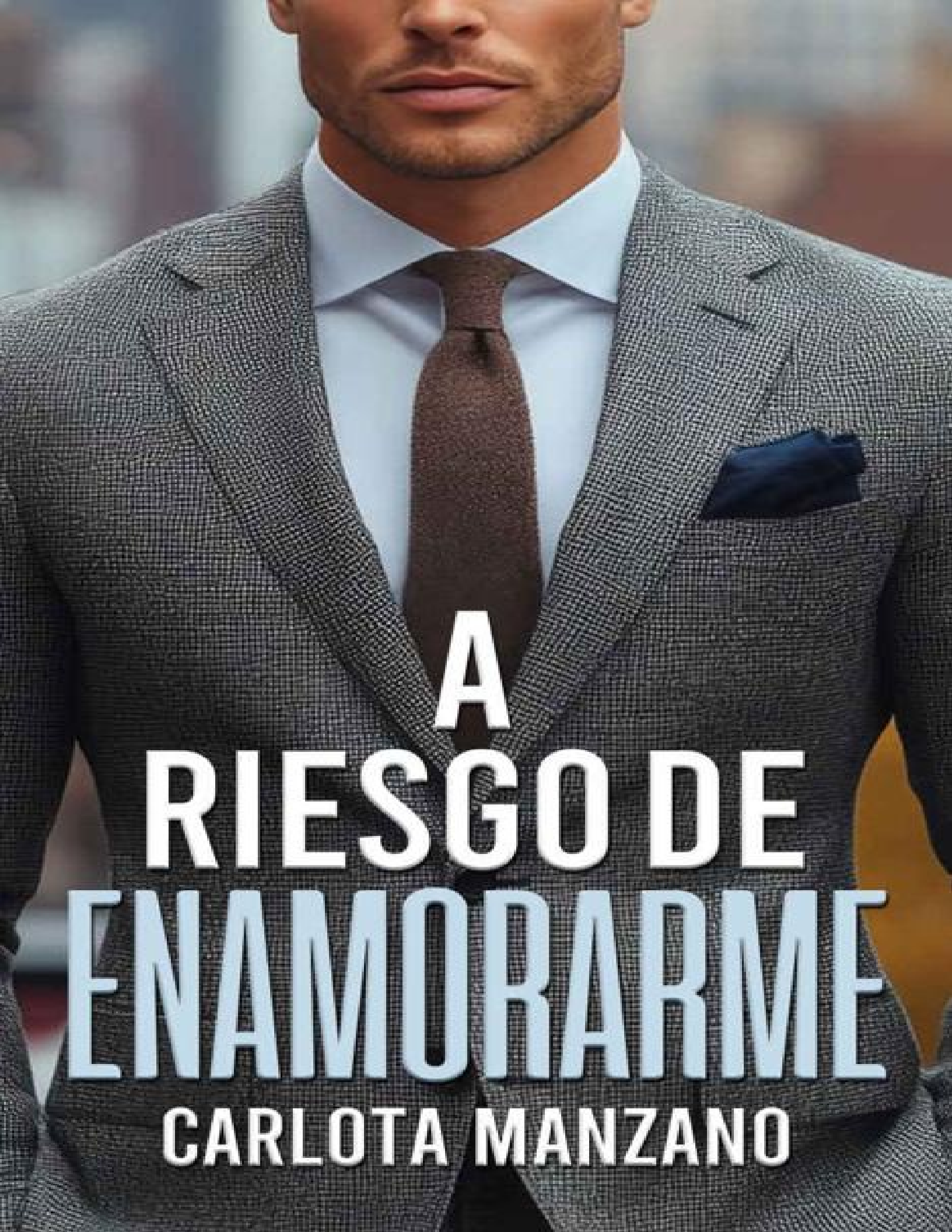

A
RIESGO DE
ENAMORARME
CARLOTA MANZANO

A RIESGO DE ENAMORARME

CARLOTA MANZANO

A RIESGO DE ENAMORARME

CARLOTA MANZANO

Primera edición.

A riesgo de enamorarme

Carlota Manzano

©febrero, 2025

©imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

A riesgo de enamorarme

Carlota Manzano

©febrero, 2025

©imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Epílogo

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Epílogo

Capítulo 1



«Cada vez que dudes, en cada ocasión que las fuerzas te fallen, acuérdate de estas palabras porque son los pilares que nos sustentan…

"La vida es un tesoro sagrado y solo existen dos opciones vitales para afrontarla: luchar y vivir". La superación de cada persona está en los límites que establezca. No hay mejor medicina sanadora que el amor propio, un amor puro que se convierte en el impulso que necesitas, en una predisposición que es absolutamente primordial para enfrentar todos los altibajos que se presentan. Porque ¿qué es mejor, dejarse vencer o revertir la situación a tu favor? Nadie dice que sea fácil, ni tampoco rápido, pero el amor en todas sus variantes, hacia uno mismo y hacia los demás, puede conseguir lo impensable, en el momento más inesperado.

Si luchas no tendrás la batalla perdida de antemano, si vives para conseguirlo, la vida te pondrá en el camino correcto, uno, en el que cualquier cosa puede suceder y bien merecerá la pena descubrirlo».

Jailyn

Todavía, después de cuatro años, me quedaba cautivada con la magia que desprendía este lugar. Con todo el conjunto de donde vivía era así, pero la zona en la que me encontraba en este momento era uno de mis lugares favoritos para aislarme de todo.

El brillo hipnótico del mar Báltico, con los rayos del sol haciendo destellos en él, me tenía embelesada. Había tanta paz en este punto exacto, por el día y la hora que era, y con el agua completamente en calma, me rodeaba solo el silencio.

Estaba en el puerto que era de uso exclusivo para las personas. Había otra localización en la que los pescadores tenían sus barcos, otro puerto en el que destacaban todo tipo de embarcaciones, tanto las que se utilizaban para la actividad comercial, como las privadas con las que sus propietarios se adentraban en el mar.

Este espacio tranquilo, que me encantaba, estaba destinado para que la gente disfrutara de baños salados y de otros entretenimientos, abierto tanto para los habitantes del lugar como para los visitantes. A lo largo del muelle, hecho de madera nórdica, había varios brazos. Cada pocos metros, te encontrabas con escaleras divertidas para acceder al mar, también disponía de otras opciones más fáciles para meterse en el agua, para que fuera accesible para todas las edades. Los más pequeños podían jugar y divertirse en las piscinas artificiales que construyeron en uno de los brazos del muelle.

Es un espacio público que ofrece una nueva dimensión del hermoso archipiélago del sur de la isla de Fionia y d la esplendorosa vista del fiordo de Faaborg, fusionando la simplicidad y la belleza en estado puro.

Aparte, este es un punto de encuentro para realizar actividades deportivas acuáticas. Las opciones incluían desde un paseo relajante caminando al borde del mar, hasta la posibilidad de sentarse simplemente a disfrutar de l panorámica, así como clases de natación, de kayak y de buceo. Había una gran variedad, y antes de acceder al muelle, estaban las instalaciones que acogían todo el material para las prácticas más especializadas. Los vestuarios, una plataforma de buceo, un parque acuático y una cálida y acogedora sauna para los bañistas en invierno. No faltaba ningún detalle para hacer de cualquier experiencia satisfactoria.

Vivo en Faaborg, una pequeña ciudad danesa situada en la isla de Fionia, Dinamarca. Como he comentado, se localiza en la costa sur de la isla, en el fiordo de Faaborg y frente al archipiélago del sur de Fionia. Es la segunda isla más importante de Dinamarca, algunos la llaman el «*jardín de Dinamarca*», otros «*la isla de las sonrisas*», por la amabilidad de sus gentes.

Originalmente, toda la isla fue un lugar de asentamiento de los vikingos, está rodeada por una zona de colinas conocidas como los Alpes fionianos.

Es una ubicación preciosa con orígenes medievales. Sus casas entramadas de madera llaman la atención por sus tejados de un color naranja muy vivo. Se mezclan con casas de ladrillos y hacen un conjunto muy pintoresco, dando forma con sus fachadas a una paleta de colores en la que da la sensación de que no se repite ninguno. Las tiendas especializadas son un encanto extra para la zona, las que tienen mucha fama y atraen a una gran variedad de turistas. Todo el conjunto lo hacía.

Pasear por sus callejuelas adoquinadas es una maravilla para los sentidos, te saca de la realidad para adentrarte en una especie de fantasía. Y, por si no fuese poco lo que he explicado hasta ahora, en los alrededores de Faaborg se alzan varios castillos, imponentes y en perfecto estado, que son dignos de ver. Algunos de ellos están habitados el resto son destinados para actividades turísticas. Lo mismo pasa por toda la extensión de la isla, en la que te puedes encontrar muchas de estas construcciones antiguas que datan de épocas pasadas.

El carácter de los daneses es increíble, en cuanto llegué en seguida me di cuenta de que les gusta la diversión y la vida social. Te hacen sentirte cómoda desde el primer segundo y parte del lugar. Por algo a esta localización la llaman «*la isla de las sonrisas»*.

Para mí, que soy española, fue un extra desde el inicio. Llegar a un lugar totalmente desconocido, dispuesta a establecerme en él, y encontrarme con la acogida que me dieron, no hay palabras suficientes para describirlo.

Me había quedado absorta observando el reflejo del mar, cuando escuché lejano el sonido repetitivo de una bocina. Me separé de la baranda en la que había tenido los brazos apoyados y me giré para mirar hacia la entrada del muelle. Sonreí al ver la figura de Aneka y de su bicicleta en pequeño, y levanté el brazo para que supiera que la había visto.

Mi momento de desconexión había terminado, tocaba volver a la realidad. Empecé a andar y miré la hora en el reloj de muñeca, eran las cuatro de la tarde, en veinte minutos empezaba nuestro turno de trabajo. Ahí es precisamente donde nos conocimos, Aneka me había ayudado tanto…

Cuando llegué a Faaborg mi relación con el idioma de la zona era nula. Aprendí varias palabras y frases sueltas, las justas y necesarias para hacerme entender un poco. Otra cosa fue comprender las respuestas que me daban, y mi entonación que durante el primer año me dio bastantes dolores de cabeza. Admito que las situaciones que viví también me provocaron muchas risas, aún hoy las recuerdo y me hacen sonreír.

La necesidad te hace aprender de forma rápida, a pasos agigantados. Eso fue lo que me sucedió porque desde hacía años dominaba perfectamente el idioma.

Aneka trabajaba en la cafetería en la que fui a pedir trabajo. No fue el único lugar, me recorrí toda la ciudad en busca de un empleo. Mi inexperiencia con el idioma fue un gran problema, pero tuve la grandísima suerte de que en la cafetería en la que ya llevaba trabajando cuatro años, la dueña, Fiona, pasó por alto ese detalle porque según ella, solo necesitaba tener un poco de fluidez con algunas palabras clave.

Me dijo que con la ayuda visual de la carta con la que los clientes elegían otras variedades que no eran las comunes que solían consumirse, tenía suficiente. Siempre he creído que le vino muy bien que yo no supiera expresarme en su idioma, al menos durante los meses que tardé en aprenderlo, lo que a mí en aquel momento me fue genial, la verdad. De esa forma solo ella controlaba la situación, ya lo entenderéis más adelante.

Aparte de lo típico que se sirve en una cafetería, a mediodía el local se convertía en un restaurante que ofrecía comida, al igual que por las noches. En las cenas había más diversidad porque los daneses tienen la costumbre de tomar unos desayunos contundentes desde bien temprano, a partir de las seis de la mañana. Sobre las doce y la una del mediodía comen muy ligero y, para las cenas, entre las seis y las siete de la tarde, disfrutan de platos más elaborados. En los hogares, si hay niños pequeños, la última comida del día suele adelantarse según las necesidades de ellos, sobre las cuatro y media o las cinco.

Como ya he dicho, los daneses tienen un carácter estupendo y mi amiga Aneka es una muestra de ello. Sobre mi jefa, Fiona, no puedo decir lo mismo, creo que hoy día, todavía, no me he encontrado con nadie de la zona como ella. Tiene un carácter muy especial, por no decir que en algunas ocasiones te saca lo peor que llevas dentro.

Por suerte, conseguí adaptarme bastante bien a ella, simplemente pasaba de lo que me decía. La escuchaba atenta, respetuosa, le respondía que sí a todo con la mejor de las sonrisas, para después hacer lo que me diese la gana, aunque con el tiempo esa visión había variado un poquito, o quizás bastante. Eso sí, siempre había sido justa con mi trabajo y con el gran favor que me hizo al contratarme.

Llegué a Dinamarca con algo de dinero ahorrado, del que tuve que gastar el primer mes. Afortunadamente, aún disponía de gran parte de él, incluso con el tiempo había ido aumentándolo. Tenía un muy buen sueldo, más del que me imaginé en un principio, y la casa en la que vivía era de los padres de Aneka.

Al principio, me quedé en un hotel que más bien se parecía a una casa muy grande, siguiendo la línea de todas las construcciones, pero en cuanto conocí a Aneka, al cabo de muy poco, cuando ella supo que estaba viviendo en un hotel, pero que mi intención era quedarme, habló con sus padres y el resultado fue tener una casa para mí sola. Pagaba una cantidad de dinero muy baja por vivir en ella, lo que era un lujo. Estaría eternamente agradecida con mi amiga y sus padres, a los que les tenía un gran cariño. Era mutuo y cada semana, normalmente los fines de semana que no trabajábamos Aneka y yo, me invitaban a comer a la casa en la que viven, para pasar tiempo todos juntos.

Cuando llegas a ciegas a un lugar en el que ni siquiera puedes defenderte con el idioma, no hay formas suficientes de agradecimiento para expresar todo lo anterior.

—Hola —saludé a Aneka.

Nos dimos dos besos y un fuerte abrazo. Para que lo sepáis, algo que es muy bienvenido para el noventa y nueve por ciento de los daneses y les encanta, es dar abrazos. Al menos, a todos los que yo he conocido les gusta el contacto físico, en cuanto a muestras de afecto se refiere. Nuestra jefa es siempre una excepción, en todo.

Lo de los abrazos me quedó claro desde el principio, cuando la mujer que me atendió en el hotel en el que reservé una habitación a las pocas horas de llegar a Faaborg, salió de la recepción con la llave y antes de dármela, me abrazó, dejándome sorprendida. Lógicamente, le devolví la muestra de cariño, con una gran sonrisa.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo Aneka, haciéndome un guiño.

—Conoces demasiado bien mis rutinas —negué montándome en mi bicicleta.

—¿Vamos?

—Sí.

Ese es el medio de transporte que utilizo, me gusta mucho porque me mantiene en forma. Y es el mejor, muchas personas se mueven de un lado al otro con sus bicis, Faaborg está llena de ellas. Durante los primeros días tuve una de alquiler, hasta que me decidí a comprar una de propiedad. Nunca me he arrepentido de la inversión que hice, aunque las primeras semanas en las que me subía a la bicicleta maldecía cada vez que apoyaba el culo en el sillín. ¡Qué dolor! Uno que lógicamente fue menguando, hasta desaparecer.

Recorrimos las calles y las callejuelas, devolviendo los saludos con la mano y con la bocina a las personas que nos saludaban. Conocía a la gran mayoría de los habitantes gracias al trabajo y a la zona en la que estaba ubicada la cafetería, en la plaza del centro de la ciudad, una preciosa y grande en la que se congregan restaurantes y diversos locales de ocio como bares y *pubs*. Estos últimos cobraban una vida muy diferente durante las noches, el ambiente en ellos cambiaba totalmente.

s

Capítulo 2



—¿Qué te parece si vamos mañana a dar un largo paseo en bici? Las dos libramos —comentó Aneka, sonriente

—Me gusta la idea —asentí, mientras me bajaba de la bici.

Las dejamos bien colocadas, en la zona habilitada para los trabajadores de la cafetería, y caminamos hacia la entrada. Por si os lo preguntáis, no era necesario asegurarlas. En este lugar, como en todos los que había visitado de la isla, el respeto iba por delante y a nadie se le ocurría tocar algo que no era suyo. Podías dejar la bicicleta en cualquier parte que la encontrarías en el mismo sitio cuando regresaras, como mucho, un poco desplazada si había obstaculizado el paso de alguien.

Aneka y yo salíamos en muchas ocasiones con las bicicletas, para disfrutar de los alrededores de la ciudad. Había infinidad de caminos por las inmensas praderas del verde más perfecto y vivo que os podáis imaginar. Algunas veces nos llevábamos la comida y parábamos donde nos apetecía, para hacer un pícnic sobre la hierba.

En otras, nos decantábamos por comer en algún restaurante de confianza al volver a Faaborg. Con lo de la confianza me refiero a que conocíamos a los dueños y, aunque la hora de la comida estuviese a punto de terminar, siempre nos servían con una sonrisa. También estaban los días en los que íbamos directamente a la casa de los padres de Aneka, que nos esperaban para comer los cuatro juntos. Se llaman Inga y Arvid.

—¿A partir de las diez?

—Es buena hora, pero como nos recojamos muy tarde esta noche… —La miré de rejo.

—Solo un poquito. —Rio.

Sabía perfectamente lo que significaba esa risa. Una vez que termináramos nuestro turno de trabajo a las nueve de la noche, y dejáramos la cafetería cerrada, iríamos a nuestras casas a ducharnos y a cenar, para después salir a tomarnos una copa. Lo que equivalía a una detrás de otra, la conocía muy bien, y como yo le seguía el ritmo, pues os podéis hacer una idea de a qué hora regresaríamos a casa para descansar.

Teníamos la opción de cenar algo rápido en la cafetería, mucho antes de la hora del cierre, pero a mí me gustaba tomarme ese momento con calma cuando hacia los turnos de tarde. Aneka, había terminado por coger mi

costumbre, cuando ya el resto de los daneses habían hecho la digestión.

—¿Mejor a partir de las once? —pregunté, haciéndola reír más—. Buenas tardes, Fiona —saludé a nuestra jefa, al igual que Aneka.

—Vamos chicas, que llegáis muy justas de tiempo. —Nos metió prisa, cómo no.

Su voz amigable no fue, por si lo queréis saber.

—Quedan seis minutos todavía —dije pasando por su lado.

—A ver cuánto tardas en dejar tus cosas, en ponerte el delantal de trabajo y en estar aquí. —Bufó, adelantándome.

Apreté los labios, conteniendo la diversión, por la forma en la que su cuerpo se contoneó para ser más que yo. Como me riera tenía la fiesta montada y no me apetecía empezar la tarde viendo su cara agría y sus morros, lo que durarían hasta el día siguiente que saliera con cualquier otra cosa. Aparte de todo lo que podía decirme durante las horas que quedaban por delante hasta el cierre.

—A sus órdenes, jefa —dijo Aneka.

La cabeza de Fiona giró a tal velocidad hacia ella que hasta me preocupé de que se le hubiese salido algo del sitio.

No nos paramos para no darle la oportunidad de decir algo al respecto. Fuimos hacia el pequeño vestuario donde estaban las taquillas para los trabajadores, con aseos privados.

—Te va el riesgo —le dije a Aneka, cuando estuvimos dentro.

—Bah, nos adora. —Soltó una carcajada—. No quiero ni imaginar cómo se dirigirá a aquellos que le caigan mal.

Sacudí la cabeza mientras metía el bolso en la taquilla. Puse en silencio el teléfono y lo siguiente fue sacar el delantal y atármelo a la cintura, no era de cuerpo completo.

—Yo tampoco —comenté, y cuando cerré la taquilla reí al ver la mueca que había puesto—. Anda vamos, que todavía nos sobran unos minutos. Así la dejamos callada por unas horas.

—Va a estar orgullosa de nosotras —dijo con una risilla.

—No tengo ni idea de si lo está de alguien. No veo a Fiona mostrando lo que siente, ni transmitiendo algo

positivo hacia nadie. —Me encogí de hombros.

Salimos a la zona de trabajo y nos la encontramos de frente. Lo primero que hizo fue levantar la muñeca para mirar la hora en el reloj de pulsera. Como no podía decirnos nada, levantó la barbilla y pasó entre nosotras. Aneka y yo nos miramos cuando se perdió por el pasillo y tuvimos que hacer un gran esfuerzo para no reír.

No todos los días nos lo tomábamos con tanto humor, al menos yo. Hoy parecía que la jefa tenía uno bueno porque no os imagináis cómo nos hablaba la mayoría de las veces. Me daba igual, como ya he comentado había conseguido controlar la situación, en cierta forma. Intentaba que todo lo que decía me entrara por un oído y me saliera disparado por el otro. Yo con realizar bien mi trabajo y con el sueldo que me pagaba, tenía de sobra.

Esa es la teoría, pero debo confesar que en muchas ocasiones la práctica se me atragantaba, de ahí viene el matiz de que mi actitud había variado un poco con el tiempo o, quizás bastante. Mi carácter no era de quedarme callada ni pasiva, si había aprendido había sido a la fuerza porque no me quedaba más remedio, pero mi sangre hervía demasiadas veces y en más de una ocasión desde hacía más de un año, no podía evitar saltar. Hacía todo lo posible por morderme la lengua y por controlar mi genio, pero Fiona no me lo ponía fácil, ya fuera en contra mía o de Aneka. Hacia mí, podía llegar a soportarlo, pero hacia mi amiga, no.

Nos separamos para empezar a atender a los clientes que ocupaban las mesas, y a los que llegaban. El ritmo no paró, teníamos la suerte de estar en una de las cafeterías en la que muchas personas decidían hacer un descanso de sus rutinas o simplemente querían disfrutar de su tiempo libre.

Hacía un día espectacular, pero, aunque el sol calentaba, la temperatura era fresca. Igualmente, la terraza estaba al completo y al interior del local poco le faltaba para llenarse. Las horas fueron pasando con un ambiente bueno porque Fiona estuvo más tiempo dentro de su despacho que en la zona de trabajo. Era de agradecer cuando se encerraba en él, lo que solía suceder, sobre todo, los finales e inicios de los meses.

✣ ✣ ✣

Aneka y yo, acabábamos de tranquilizarnos después de estar un rato riendo. Eran las once y media de la noche, hacía media hora que estábamos sentadas junto a una mesa circular pequeña del *pub* en el que habíamos decidido entrar para empezar la noche.

Nos rodeaban más mesas, pero solo quedaba una libre a nuestro lado que ocuparon enseguida. La conversación de las tres chicas que quedaron muy próximas a nosotras llamó nuestra atención, en la especie de silencio que se había creado entre Aneka y yo, después de reír. Las teníamos vistas de alguno de los locales como en el que estábamos.

Las escuchamos perfectamente, la música envolvía el local, pero no estaba lo bastante fuerte como para no

entender lo que decían. Divertidas, miramos de reojo hacia ellas, con mucho disimulo.

—Hoy casi me desmayo al ver a un tío —dijo la primera que ocupó un taburete.

—¿Qué dices? ¿Y eso? —le preguntó otra, muy interesada.

—Pues ya tenía que ser impresionante… —sonrió con picardía la tercera.

—No os hacéis una idea. —Se abanicó la cara para que les quedara aún más claro—. Madre mía, en la vida me había cruzado con un hombre como el de esta mañana. —Se mordió el labio inferior.

—¿Es de aquí?

—Yo diría que no, al menos nunca lo había visto —soltó un largo suspiro—. Estaba tremendo, más que eso. Alto, guapo a rabiar, con una constitución fuerte, de los que te coge y te maneja cómo le da la gana, sin apenas despeinarse. —Soltó una carcajada—. Sus facciones eran marcadas, parecía enfadado, aunque creo que podría ser su aspecto habitual, porque el que iba con él le hablaba con total normalidad.

—¿Le has dicho algo? ¿Te has acercado?

—No he tenido la oportunidad. —Bufó con fastidio—. Ha pasado tan rápido por delante de mí que después de salir de la impresión ya se había alejado mucho. —Hizo un puchero.

—Vamos, que has perdido la oportunidad por quedarte embobada. —Soltó una carcajada una de sus amigas.

—Me hubiese gustado verte a ti en mi situación, te habrías quedado igual que yo. —Arqueó las dos cejas.

—Con suerte, lo mismo se ha trasladado aquí y vuelves a verlo.

—Ojalá, porque os prometo que la próxima vez no se me escapa —dijo con mucha intención.

—Eso será si yo no me adelanto a ti. —Rio la que la había picado.

—No te lo crees ni tú, así tenga que tirarte al suelo y pasarte por encima. —Soltó otra carcajada la que había iniciado la conversación.

—¿Y el que lo acompañaba estaba igual de bien? —preguntó interesada la otra.

—La verdad es que también era digno de ver. —Bebió un buen sorbo de su bebida—. Menudos ejemplares de hombres, pero en el que me he fijado sobresalía muchísimo más que el otro. —Hizo una mueca.

—Lo mismo si están por esta zona coincides con ellos esta noche o cualquier otra.

—Dios, solo de pensarlo… Soy capaz de unirme a los dos. —Volvió a abanicarse y después rieron las tres.

Aneka y yo nos llevamos nuestras copas a los labios, mirándonos a los ojos con una sonrisa.

—Vamos a bailar un poco —se animó una de las amigas.

Las otras dos aceptaron encantadas. Se levantaron y dejaron sus consumiciones en la mesa, de esa forma la encontrarían libre a la vuelta. Era la costumbre habitual para hacer saber a los demás que estaba ocupada, algo que se respetaba. En cuanto los clientes se iban, los camareros enseguida limpiaban la zona para que otros viesen que estaba disponible.

—¿Quién será el hombre del que hablaban? —me preguntó Aneka, inclinando el pecho sobre la mesa.

—Ni idea, por lo que ha dado a entender no era de aquí. Será un turista. —Me encogí de hombros.

—Es imposible que esa chica conozca a todos los habitantes de Faaborg, ni siquiera nosotras que vemos a muchísima gente lo hacemos —dijo pensativa.

—Te ha dejado intrigada, ¿eh? —sonreí de medio lado.

—¿A ti no? Joder, ya tengo muy vistos a todos los de siempre. —Hizo una mueca y reí.

—Es con lo que tenemos que conformarnos. —Sacudí la cabeza.

—¿Sabes algo de Lars?

—No, lo último fue antes de que se fuera.

—¿No te ha escrito ni llamado? —Formó una «o» perfecta con los labios.

—Lo último, sí.

—¿Y? —Hizo una pausa—. ¡No me digas que…! No has descolgado sus llamadas. —Agrandó los ojos.

—Estaba trabajando. —Me encogí de hombros.

—Tenéis tanta conexión, cuando estáis juntos parece que… —Ladeó un poco la cabeza.

—Para mí es un amigo, Aneka, uno al que quiero mucho. No pienso en Lars en otro sentido.

—Antes de irse de viaje estuvo viniendo a la cafetería cada día, varias veces.

—¿Y? Le apetecería tomar algo. —Levanté una ceja. Soltó una carcajada.

—No tienes remedio —negó divertida.

—En ningún momento le he dado a entender algo que no es. Si quiere seguir viniendo a la cafetería cuando vuelva, pues más trabajo para nosotras, y yo encantada de verlo.

—Será para ti porque siempre se sienta en tu zona. —Levantó las dos cejas varias veces, de forma graciosa.

—Es un buen chico, increíble. —Acaricié el borde de la copa.

—Pero no te gusta como para que tengáis lo que él quiere —negué.

—Lo sabe. A ver, no se lo he dicho con esas palabras, pero es muy consciente de mis sentimientos de amistad hacia él. No me hagas sentirme mal. —arrugué la nariz.

—Pues Lars está para perder la cabeza.

—Sí —sonreí recordándolo con cariño.

—Tienes que abrirte más. —hizo un puchero.

—No necesito hacer tal cosa, estoy perfectamente bien.

La conversación sobre Lars llegó a su fin y nos dedicamos a disfrutar de nuestra salida, con una copa detrás de otra, pero dejando pasar el tiempo suficiente entre cada una para no pasarnos de la raya. Un detalle para tener en cuenta, más o menos.

—Para mí es un amigo, Aneka, uno al que quiero mucho. No pienso en Lars en otro sentido.

—Antes de irse de viaje estuvo viniendo a la cafetería cada día, varias veces.

—¿Y? Le apetecería tomar algo. —Levanté una ceja. Soltó una carcajada.

—No tienes remedio —negó divertida.

—En ningún momento le he dado a entender algo que no es. Si quiere seguir viniendo a la cafetería cuando vuelva, pues más trabajo para nosotras, y yo encantada de verlo.

—Será para ti porque siempre se sienta en tu zona. —Levantó las dos cejas varias veces, de forma graciosa.

—Es un buen chico, increíble. —Acaricié el borde de la copa.

—Pero no te gusta como para que tengáis lo que él quiere —negué.

—Lo sabe. A ver, no se lo he dicho con esas palabras, pero es muy consciente de mis sentimientos de amistad hacia él. No me hagas sentirme mal. —arrugué la nariz.

—Pues Lars está para perder la cabeza.

—Sí —sonreí recordándolo con cariño.

—Tienes que abrirte más. —hizo un puchero.

—No necesito hacer tal cosa, estoy perfectamente bien.

La conversación sobre Lars llegó a su fin y nos dedicamos a disfrutar de nuestra salida, con una copa detrás de otra, pero dejando pasar el tiempo suficiente entre cada una para no pasarnos de la raya. Un detalle para tener en cuenta, más o menos.

Capítulo 3



De un golpe seco, paré el dichoso sonido estridente del despertador. Solté un quejido antes de meter la cabeza debajo de la almohada. Debían de ser las diez, a esa hora lo puse para que me diese tiempo a estar preparada a las once, para ir a dar el paseo en bicicleta con Aneka.

Demasiado pronto para ser sábado y tener fiesta, lo que no sucedería el domingo. Al menos, solo trabajaría hasta las doce del mediodía, pero, aun así, al día siguiente tenía que madrugar mucho. Las tardes de los domingos la cafetería cerraba al público, por lo que mínimo dos de ellos al mes los tenía libres al rotar los turnos entre todos los que trabajábamos en ella. Esa suerte era inexistente al día siguiente.

La última vez que miré la hora que era antes de llegar a casa, el reloj marcaba las cuatro de la madrugada. El *pub* al que fuimos solo fue el primero, estuvimos en varios más sin tener que movernos mucho de la misma zona. Salimos del último cuando cerró, así que las horas de sueño habían sido pocas porque encima, una vez que estuve tumbada en la cama, me costó bastante dormirme por lo activa que estaba, después de la ducha que me di.

El despertador volvió a sonar y maldecí saliendo de mi escondite. Lo apagué del todo y solté un suspiro, quedándome sentada con los pies en el suelo. A punto estuve de anular la salida, lo que menos me apetecía en este momento era hacer ejercicio porque los días que salíamos con la bicicleta solo para disfrutar, recorríamos mucha distancia.

Aparté ese pensamiento porque sabía que me animaría, por lo que me levanté y fui al baño. En el camino hasta él, cogí la ropa que iba a ponerme. Me lavé la cara varias veces, todavía notaba la cabeza un poco afectada por el alcohol. Me vestí con un pantalón cómodo que no era de deporte y con un jersey, combinando los colores. Continué con mi pelo, para hacerme algo decente en él.

Lo tenía largo y ondulado, de color pelirrojo. Unas pequeñas pecas del mismo tono, un poco menos intenso, decoraban la zona de debajo de mis ojos, hasta la nariz. Me recogí la melena en un moño alto desenfadado, me puse un poco de brillo en los labios, y se terminó mi obra de arte. No estaba para más.

Fui a la habitación para ponerme unas zapatillas deportivas de vestir y salí para ir a la cocina. Necesitaba un café con urgencia y es lo que me hice. Cuando tuve la taza en las manos recorrí la casa, directa hacia la parte trasera. Había un patio abierto, me encantaba pasar tiempo en él. Me abstraía de todo, ya fuese con un café, como ahora, o con cualquier otra bebida, leyendo o, simplemente, mirando el paisaje al que daba el límite del patio.

Tenía la gran suerte de no vivir en el centro de la ciudad, la casa estaba ubicada a las afueras de ella. Todo lo que había detrás del muro alto del patio era una pradera inmensa de la que no alcazabas a ver el final, de un color verde intenso. Algunos árboles salteados complementaban el paisaje, pero la llanura era lo que más destacaba. Me enamoré de este rincón en cuanto lo vi.

Me senté en una silla y apoyé el café en la mesa, después de darle el primer sorbo. Hacía un día perfecto, no había ni una nube y disponía de tiempo de sobra hasta que Aneka pulsara el timbre. Al lado de la casa había varios caminos para hacer rutas, los que llegaban a un punto en el que se bifurcaban en otros para tomar direcciones diferentes. La noche anterior no hablamos de dónde comer, estaba claro que el pícnic quedaba descartado, principalmente porque no había preparado nada de comida. Iríamos a la aventura.

Me tomé el café con calma, disfrutando del silencio. Cuando lo terminé, continué unos minutos más sin moverme, hasta que me levanté para ir al interior. Dejé la taza lavada en la encimera de la cocina y fui hacia la habitación. Cogí el bolso que siempre utilizaba para estos días, era más pequeño que el habitual, el que me ponía cruzado por la espalda. Metí todo lo necesario, lo último fue el móvil y saqué una chaqueta fina.

Me la puse y cuando estaba colocándome el bolso, el timbre sonó. Aneka había llegado puntual, como siempre.

—Ya salgo —dije en alto, desde el pasillo.

Fui hacia patio donde estaba la bici y la entré, cerrando con llave la puerta trasera.

—¿Cómo estás? No tienes tan mala cara como la última vez que salimos de fiesta —fue lo primero que me dijo después de darnos los besos y un abrazo fuerte.

—Las apariencias engañan. Ahora mismo he tenido días mejores —le contesté montándome en la bici. Soltó una carcajada.

—Anoche se nos fue de las manos —dijo divertida.

—¿Qué noche no? —Levanté una ceja.

—Te llevo por el mal camino —sonrió pícara.

—No hace falta mucho para que yo vaya de cabeza a él. —Le hice un guiño.

Riendo, así emprendimos la marcha. Llevábamos los cascos atados a la parte trasera, pero la verdad, era extraño que nos los pusiéramos. Era muy difícil tener un accidente dentro de la ciudad, rara vez sucedía, yo nunca había sido testigo de ninguno. Al haber tanta circulación de bicis, teníamos carriles solo para los que utilizábamos este transporte, aparte de que nadie excedía la velocidad recomendada, ni siquiera los demás vehículos. Era como dar

un paseo tranquilo por el centro de la ciudad.

Por uno de los caminos que tomamos enseguida tampoco los necesitábamos, así que mi moño aguantaría un poco más de tiempo en su sitio. Cómo regresara, ya era otro tema.

Durante un poco más de una hora y media no paramos, yendo a un ritmo normal y cómodo. Recorrimos las praderas desde las que la vista se perdía a lo lejos. Tanto pedaleamos alejándonos de la costa, mientras íbamos saltando de un tema al otro, que cuando nos dimos cuenta vimos a lo lejos Svendborg, otra ciudad portuaria danesa un poco más grande que Faaborg y que seguía su línea de construcciones, pero no con tanto encanto, aunque a la vez era muy bonita de ver.

Al acceder a sus calles decimos parar a comer, para más tarde tomarnos la vuelta sin prisas. Elegimos un restaurante que había frente al puerto, y disfrutamos de las vistas de los impresionantes veleros que estaban atracados, bañados por los rayos del sol. Mientras comíamos un sándwich de salmón, que estaba de vicio, fantaseamos con ser las dueñas de uno y lo que haríamos a bordo de cualquiera de ellos.

Soñar es gratis, y nosotras lo hacíamos muy a menudo.

Cuando terminamos, decimos dar un paseo caminando, llevando las bicis a nuestro lado. Las calles estaban casi desiertas, se respiraba una paz increíble por la hora que era. Nos perdimos por ellas, admirando todo el conjunto.

—La próxima salida será a Odense —dijo decidida Aneka.

Nos montamos en las bicis al salir de Svendborg, dispuestas a pedalear para volver a nuestra ciudad.

—Hay el doble de camino, tardamos dos horas y cuarenta en llegar a un ritmo medio —comenté empezando a moverme.

—Un buen paseo —sonrió, poniéndose a mi lado.

—Sí, pero la noche de antes me acuesto a las diez —la avisé y soltó una carcajada, a la que me uní.

Odense, hacia donde quería ir Aneka en la siguiente salida, es la tercera ciudad más grande de Dinamarca. Se encuentra en la isla de Fionia. Ah, por si no lo sabéis, yo no tuve ni idea hasta que llegué, el centro histórico de Odense gira en torno a la figura literaria H.C. Andersen (Hans Christian Andersen). Fue un escritor y poeta danés. A lo mejor no os suena su nombre ahora, o puede que sí, pero lo que tengo claro es que en cuanto os diga algunas de sus obras más famosas las reconoceréis, al menos algunas de ellas.

¿Quién no ha leído o sabe de la existencia de los siguientes libros? Era un autor famoso y reconocido por sus cuentos infantiles, entre ellos: *El patito feo*, *La sirenita*, *El traje del nuevo emperador*, o *La reina de las nieves*. Odense fue su ciudad natal, en ella se encuentra su casa convertida en museo, con fotografías, dibujos y recuerdos

de Andersen. Se organizan constantemente actividades dirigidas fundamentalmente para los más pequeños.

La vuelta fue igual de tranquila y a la vez entretenida, por otro camino diferente. Cuando veíamos a lo lejos las primeras construcciones de Faaborg, en pequeño, Aneka frenó y apoyó un pie en el suelo. Yo hice lo mismo, un poco adelantada.

—¿Qué? —Giré la cabeza hacia ella—. ¿Estás cansada?

—No —respondió mirando hacia su izquierda.

Dirigí la vista hacia el mismo lugar, encontrando a bastantes metros de distancia un imponente castillo que se alzaba delante de nuestros ojos.

—¿Nos acercamos? —me preguntó con una gran sonrisa.

—¿Para qué? No sabemos si está habitado.

Siempre pasábamos de largo cuando veíamos alguno a lo lejos, estaban muy separados de los caminos.

—Ya, pero no pasa nada por ir a rodearlo, ¿no?

—Yo lo veo perfectamente desde aquí —comenté volviendo a observarlo.

—Va, queda muy poco para llegar a casa —me animó.

—Ha oscurecido mucho, tenemos la noche casi encima y la temperatura ha caído en picado. —Dudé.

No era tan tarde, de acuerdo con lo que marcaban las agujas del reloj, pero la luz del sol ya no nos acompañaría hasta el amanecer del día siguiente.

—No vamos a dejar las bicis, solo es dar una vuelta.

En cuanto terminó de hablar, riendo, se desvió del camino para adentrarse en la hierba, directa hacia él. Hice una mueca antes de seguirla. Tampoco nos íbamos a retrasar mucho con el rodeo por el exterior, y no iba a dejarla sola.

—Cada una, por un lado. Nos encontramos aquí —dijo parada a pocos metros de una pared lateral del castillo.

—Es muy ancho y largo, ocupa mucho terreno.

—¿Te da miedo? —Frunció ligeramente el ceño—. Lo mismo no ha sido buena idea.

—No es eso —le sonreí para dejárselo más claro—. De verdad.

—¿Entonces?

—Entonces nada. Vamos. La última que llegue aquí invita al próximo desayuno que podamos tomarnos con calma. —Le hice un guiño.

—¡Ya has perdido! —Salió volando hacia un extremo, soltando una carcajada.

Sacudí la cabeza y la levanté. Todo lo que tenía delante era una grandísima fachada de piedra, con algunas ventanas elevadas. Empecé a pedalear muy despacio, admirando la construcción. Era una pasada, mi imaginación me llevó a crear historias pasadas, unas en las que las vestimentas eran muy diferentes a las del presente y con unas costumbres de unas épocas de las que conocía muy poco por la historia en general.

El castillo estaba en perfecto estado, pero eso no era indicativo de nada. Tanto los que estaban habitados, como los que se utilizaban para las visitas turísticas, los mantenían como si el tiempo no hubiese transcurrido. No vi ninguna luz. Al llegar a la gran entrada frené, apoyando los pies en el suelo. Admiré desde pocos metros de distancia la inmensa puerta doble de madera. A pesar de la poca claridad que había, se apreciaban los relieves que llamaron mi atención. De día tenía que impactar la visión.

No podía ser original, de antaño, pero quien la había fabricado había conseguido plasmar todos los detalles. Un ruido me alertó, el que me hizo mirar en todas las direcciones. No vi a Aneka, todavía debía estar por la otra parte porque seguro que se había parado igual que yo, con algo que le hubiese llamado la atención.

Levanté la vista por la parte central del castillo, observando que todas las luces continuaban apagadas. El sonido chirriante de unas bisagras cortó el silencio y me erizó el vello de todo el cuerpo. En tensión, mis ojos se movieron rápido, para fijarlos en una puerta muchísimo más pequeña que no había distinguido por la falta de la luz del sol. Quedó abierta del todo, formaba parte de una de las hojas de la gran puerta doble.

Contuve el aliento cuando una figura muy borrosa, en forma de sombra, se alzó entre la oscuridad. Todo lo peor se me pasó por la cabeza en este instante, en el que quién fuese se había quedado tan parado como yo, al encontrarme fuera. No veía nada, ni siquiera el contraste de los ojos, se mantenía dentro del castillo y estaba más oscuro que fuera, pero tuve la sensación de que la mirada de quien fuese no se apartó de mí.

Tragué saliva, sintiéndome extrañamente incómoda y nerviosa. No estaba haciendo nada malo, a no ser que el terreno de los alrededores del castillo fuese propiedad privada. Mi cabeza no coordinó bien para saber que era lo más lógico, y a quién me estaba observando no le gustó nada mi presencia en su casa, castillo o lo que leches fuese.

Era bien sabido por todos los habitantes de la isla que los dueños de estas construcciones eran muy reservados y

no querían a nadie rondando por la zona, mucho menos a tan poca distancia de la entrada.

Justo cuando me recorrió un escalofrío de los pies a la cabeza, la luz de la bici de Aneka me iluminó, por partid doble porque había encendido el foco extra de largo alcance, por lo que maldecí al quedarme completamente a la vista. Mi imagen era perfectamente nítida para quién continuaba sin moverse y dudé hasta que estuviese respirando. Ese pensamiento me estremeció al imaginar cosas que no tenían sentido.

—¿No has pasado de ahí? —me preguntó mi amiga, alzando mucho la voz por la distancia que nos separaba.

Durante unos segundos o minutos, no tuve ni idea, no pude hablar. Mi cabeza se mantuvo girada hacia la oscuridad que parecía impenetrable. Ahora mi visión era nula por la luz de la bici, ni siquiera veía la figura de la persona, aunque sabía que continuaba ahí. Ningún sonido me indicó que la puerta se había movido, lo que habría agradecido inmensamente.

—¿Jailyn? —llamó mi atención Aneka— ¿Qué haces? —Quiso saber parándose frente a mí—. ¿Qué ha sido eso? —Giró rápido la cabeza hacia el castillo.

—Una puerta cerrándose —susurré soplando varias veces hacia arriba.

Me retiré varios mechones de pelo de la cara que se me habían escapado del moño, a estas horas estaba bastante deshecho.

—¿Cómo? Oh, vive alguien dentro. —Levantó la mirada hacia la parte más alta de la fachada.

—Por lo visto sí, vámonos. —Encendí la luz de mi bici y me puse de pie sobre los pedales.

Después de hacerlos girar en una vuelta completa, forcé a mis piernas para que se movieran.

—Pero no has dado la vuelta, la parte de atrás es igual de impresionante que esta.

—Me da igual, ya me hago una idea —dije cortante.

Aumenté el ritmo, sin poderme sentar en el sillín por la inquietud que tenía. Quería largarme de aquí cuanto antes. Aneka me siguió enseguida, en silencio. Hasta que no volvimos a estar en el camino no habló.

—¿Te han dicho algo?

—Eso hubiese sido mejor que el silencio que he recibido. —Sacudí la cabeza.

—¿Has visto quién era?

—No. Ni ganas, la verdad.

—¿Estás nerviosa? ¿Te has enfadado?

—Nada de eso, no te preocupes. Solo es que he cogido frío y quiero llegar a casa para darme una ducha.

—¿Seguro?

—Síií… —Alargué la afirmación y le sonreí.

—Vale —soltó un suspiro—. Podemos venir otro día, cuando sea de día.

No verbalicé lo que pensé al escucharla, y no sé por qué, ni puñetera idea, pero me dio por asentir como respuesta. No tenía la intención de regresar, me lo guardé porque se me había quedado una sensación tan rara que no conseguía quitármela de encima.

—No. Ni ganas, la verdad.

—¿Estás nerviosa? ¿Te has enfadado?

—Nada de eso, no te preocupes. Solo es que he cogido frío y quiero llegar a casa para darme una ducha.

—¿Seguro?

—Síii… —Alargué la afirmación y le sonreí.

—Vale —soltó un suspiro—. Podemos venir otro día, cuando sea de día.

No verbalicé lo que pensé al escucharla, y no sé por qué, ni puñetera idea, pero me dio por asentir como respuesta. No tenía la intención de regresar, me lo guardé porque se me había quedado una sensación tan rara que no conseguía quitármela de encima.

Capítulo 4



Drake

—Baxter —llamé a mi perro con contundencia.

¿Me hizo caso? Pues no, ni al escuchar la orden en mi tono de voz, la que sabía diferenciar perfectamente. Mis pies se movieron más rápidos para intentar alcanzarlo.

No sabía lo que le pasaba, habíamos estado los dos en una sala, él tumbado, enroscado en mis pies, mientras yo bebía del vaso en el que me había servido *aquavit*, una bebida destilada escandinava que tiene bastantes grados de alcohol. Su nombre procede del latín «*aqua vitae*», lo que se traduce en «*agua de vida*». También es conocida como «*agua de fuego vikinga*» o «*agua de fuego noruega*».

El caso es que había dejado el vaso a medio camino de llevármelo a los labios, cuando Baxter había levantado l cabeza de golpe, al igual que las orejas. Lo siguiente para él fue ponerse de repente de pie y salir corriendo hacia la oscuridad del interior del castillo. Para mí, fue soltar el vaso en la mesa pequeña que tenía al lado, igual de rápido y seguirlo.

Llegué al gran patio descubierto y salí, viéndolo parado en el centro, en tensión. Miraba fijamente hacia la puerta de la entrada, la que quedaba a varios metros frente a él. No emitía ningún sonido, pero estaba en alerta sin apartar la atención, por lo que caminé despacio hacia él.

Al pararme a su lado me incliné para acariciarle el lomo, con mi vista enfocada hacia delante.

—Todo está bien —hablé en tono bajo, a la vez que deslizaba las caricias hacia sus orejas. Hice una pausa, hasta que noté que su rigidez se calmaba con mi toque—. Ve dentro —le ordené—. Ahora —añadí.

Levantó la cabeza hacia mí y soltó un pequeño lamento, antes de hacerme caso. Era lo habitual en él, por eso me había extrañado tanto su reacción. Cuando lo vi entrar por donde habíamos salido al patio, giré la cabeza hacia la puerta. Despacio, con el silencio rodeándome, me acerqué hasta ella.

Fuera debía haber algo que hubiese provocado que Baxter llegara hasta aquí, atraído por alguna presencia. No

tenía claro si de otro animal o de alguna persona, aunque las últimas nunca se aventuraban hasta el castillo. Abrí los cerrojos con cautela, deseando confirmar quién estaba al otro lado, ya que, si se trataba de un intruso, no dudaría en actuar rápidamente para deshacerme de él.

Al escuchar el sonido que hicieron las bisagras sacudí la cabeza. Ya tenían que estar engrasadas, al menos eso fue lo que le pedí hacía días a Klaus. Se le había olvidado o directamente lo había dejado pasar, sin darle importancia. Abrí de golpe la hoja pequeña de la puerta, la que formaba parte de la principal grande.

Me quedé parado, sujetando la madera. Una imagen medio cubierta de sombras apareció delante de mí, una imagen que podía apreciar perfectamente, a pesar de la oscuridad. Distinguí el cuerpo de una mujer parado a pocos metros. Estaba en línea recta ante mis ojos, montada en una bici, pero con los pies apoyados a los lados y… Con la cabeza girada hacia mí.

Sabía que no podía verme. Que me intuyera era lo más probable, pero más allá no iba a ir su vista porque me quedé resguardado dentro del castillo, donde la oscuridad era más profunda. En cualquier otra ocasión habría dado un paso al frente sin dudar y me había mostrado, para decirle un par de cosas. No necesitaba más para espantar de mi propiedad a quien quisiera, pero ni puñetera idea del porqué no pude hacerlo.

Mi cuerpo se quedó inmovilizado por voluntad propia. Fruncí el ceño, observando a la chica. La separación que teníamos no impidió que notara sus nervios, pero había algo más que no supe interpretar. Se había quedado igual que yo, sin reaccionar ante mi inesperada presencia para ella. Me pregunté qué mierda la había impulsado a acercarse, era obvio por la bicicleta, pero nadie venía hasta aquí, ni siquiera se aproximaban. Y cuando digo nadie es porque nunca ha variado desde que yo estaba en el castillo.

Las arrugas de mi frente, al tener ceño fruncido, se acentuaron, mientras continuaba con mi observación. El tiempo que es tan relativo pasó sin que ninguno de los dos nos moviésemos, hasta que de repente quedó completamente al descubierto para mí. Yo para ella aún estaba más sumido en la penumbra de lo que había estado hasta este instante. Un foco de luz frente a ella la iluminó, dándome una visión perfecta.

Lo primero a lo que dirigí la vista fue a su pelo rojizo, tenía el color de un fuego intenso. Tuve que parpadear varias veces para bajar la mirada hacia su cara, donde me quedé atrapado por unos instantes. Varios mechones de pelo le caían por un lateral, enmarcando parte de sus finas facciones. Su expresión de sorpresa y de fastidio era evidente, pero, aun así, no apartó la vista de donde yo estaba. Continué con mi inspección visual, recorriendo el resto de su cuerpo.

El foco de luz fue intensificándose sobre su cuerpo, hasta que otra bici se paró junto a ella. Al escuchar la otra voz femenina y lo que dijo, cerré la puerta de golpe, con las puñeteras bisagras ruidosas. No entendí mi reacción fuera de lugar, no me comprendí en este momento, y menos lo que hice a continuación. Despacio, aunque sabía que el movimiento que iba a hacer no me delataría, deslicé la tapa rectangular de metal que quedaba a la altura de mis ojos.

Antes abrir esa pequeña rendija, todavía escuchaba el murmullo de sus voces al hablar, lo que cambió oyéndola

con claridad, en cuanto dejé el hueco destapado. Atento a lo que decían, las observé a las dos. Cuando la primera se movió para irse, no pude apartar los ojos de ella.

Se alzó sobre los pedales haciéndolos girar despacio al principio, con el cuerpo en alto, de pie sobre ellos. Pedaleó más rápido, seguida por la otra, hasta que desaparecieron de mi vista.

Por unos segundos me quedé mirando hacia la oscuridad de fuera, hasta que cerré la tapa de metal y me giré, dándole la espalda a la puerta.

—¿Drake? —me llamó Klaus desde algún punto del patio central.

Lo ignoré y fui directo hacia la puerta por la que había salido anteriormente. No tardó en seguirme.

—¿Qué haces? ¿Qué pasa? —preguntó siguiéndome de cerca.

Continué avanzando en silencio y tomé un camino totalmente diferente al que debería haberme dirigido. En vez de ir hacia la sala para continuar con mi momento relajante, para terminarme la copa, cambié la dirección y empecé a subir las escaleras con pasos rápidos y largos.

—¿Se puede saber qué cojones te pasa? —Quiso saber inquieto Klaus, pegado a mi espalda.

Subí todas las escaleras, pasando por todas las plantas, hasta que llegué a la última puerta que daba a la almena del castillo, la que recorría todo el contorno de la construcción.

Me agarré a una cresta sólida de piedra, localizando desde la altura los dos puntos de luz que cada vez se alejaban más.

—¿Qué es eso? —preguntó con curiosidad Klaus, al dirigir la vista hacia donde yo la tenía.

—Dos mujeres en bicicleta —hablé por fin.

—Ah. —Sentí su mirada—. ¿Cómo sabías…? ¿Han estado aquí? ¿Por eso estabas en la puerta?

—Sí. —Entrecerré los ojos, viendo cómo los puntos de luces se dirigían a la ciudad de Faaborg.

El castillo pertenecía a esa localidad, había alguno más por la zona, pero separado por kilómetros.

—¿Les has dicho algo? —negué— ¿No?

—Ya te he respondido —dije tajante.

—¿Qué te ha alterado tanto? ¿Ellas te han dicho algo a ti?

—Nadie ha hablado conmigo, no he dado pie a que suceda —dije sin apartar la vista de las casi imperceptibles luces, hasta que dejé de verlas.

Acababan de llegar a la ciudad. Levanté la mirada hacia el cielo, estaba inundado de estrellas brillantes.

—He sido yo mismo el que me he alterado tanto.

—¿Cómo?

Giré hacia la puerta y entré en el interior del castillo. Klaus tardó unos segundos más en hacerlo. Bajé los escalones, pensativo, dirigiéndome hacia la sala. Al entrar en ella, Baxter volvía a estar tumbado junto a los pies del sillón en el que yo había estado sentado. Levantó la cabeza y me siguió con la mirada.

Caminé hasta la mesa, me incliné hacia ella para acariciarle detrás de las orejas y cogí el vaso. Me lo llevé a los labios y lo vacié de un trago. El ardor en la garganta fue instantáneo, ni siquiera me dio tiempo a suavizarlo. Fui hacia el minibar y me serví un poco más.

—¿Quieres? —le pregunté a Klaus, sin mirarlo. Acababa de entrar.

—Sí.

Asentí y saqué otro vaso. El hielo tintineó al dejarlo caer en el cristal y vertí la bebida. Añadí un poco más de hielo al mío y fui con los dos vasos hacia la butaca. Alargué la mano en la que llevaba el suyo y lo cogió.

—Gracias —dijo mirándome atentamente.

Me senté despacio. En cuanto estuve en una posición cómoda, Baxter volvió a enroscarse en mis pies.

—¿Qué has querido decir con lo de que te has alterado tú mismo? —Ocupó otro sillón frente a mí.

Con la mirada en el líquido, lo balanceé con el hielo. El ruido de los troncos al moverse me hizo girar despacio la cabeza hacia la chimenea. Al mirar el fuego directamente, me vino a la mente el recuerdo del color del pelo de la mujer que había estado parada frente a la puerta.

—¿Drake estás bien? —Dirigí la atención hacia Klaus.

—Sí, ¿por qué? —Me llevé el vaso a los labios, y esta vez saboreé la bebida en el paladar y en los labios.

—¿Qué por qué? Si te vieras como lo estoy haciendo yo, desde que te he encontrado en el patio, no me lo

preguntarías. —Levantó una ceja.

—En ese momento solo quería asegurarme de que las mujeres se iban de esta zona. —Acaricié el borde del vaso.

—¿Estás seguro?

—Completamente. —Arqueé las dos cejas.

—De acuerdo —asintió bebiendo, sin apartar la vista de mí.

—¿Se te ha olvidado echar el aceite a las bisagras de la puerta principal o es que has pasado olímpicamente de lo que te pedí?

Frunció los labios, con el gesto contraído para controlar la diversión.

—Creo que mi despiste te ha jodido hacia esas mujeres, ¿no? ¿Has quedado mal ante ellas?

—Para nada, ya te he dicho que en ningún momento hemos hablado. Pero cada vez que escucho ese chirrido me produce dentera y escalofríos, con todo el cuerpo reaccionando.

—El gran Drake abatido por unas bisagras insignificantes. —Soltó una carcajada fuerte.

—Yo que tú no tardaría mucho en vaciar el vaso, corres el riesgo de que el líquido termine en cualquier parte de tu cuerpo, menos en la garganta.

Mi amenaza le entró por un oído y le salió por el otro, mientras no podía dejar de reír. Volví a girar la cabeza hacia el fuego. Me quedé absorto en él, no sé por cuánto tiempo. Me aislé de todo lo demás que me rodeaba.

Me pareció escuchar de fondo la voz lejana a Klaus, diciendo que enseguida volvía. Al perder el calor de Baxter en los pies, di por hecho que iba a ponerle de comer.

—Jailyn… —susurré cuando me quedé solo, atento al crepitar del fuego.

La otra mujer que había llegado hasta la del pelo rojizo había dicho ese nombre cuando se paró frente a ella.

Capítulo 5



Jailyn

Levanté la cabeza y miré hacia la plaza. No tardé mucho tiempo en tener apartada la atención de los clientes.

—¿Algo más? —les pregunté.

—Por ahora no —me sonrió la chica.

—Enseguida les traigo el pedido. —Le devolví el gesto.

Caminé hacia la cristalera abierta de la cafetería, pero me giré antes de cruzarla. Volví a dirigir la vista hacia más allá del límite de la terraza. Tenía una sensación rara desde que había salido de casa a las diez y media de la mañana. Había empezado la semana incorporándome al turno del mediodía, el que abarcaba desde las once hasta las cinco de la tarde.

Era la una del mediodía, no había ni una mesa libre para comer. Me tomé unos instantes con la vista perdida hacia las personas que caminaban por la plaza. La sensación no se fue, pero al final sacudí la cabeza y entré para continuar con mi trabajo y servir a los clientes.

Justo cuando me alejaba de dejar los platos que me habían pedido, noté una presencia a mi espalda y me volví agarrando con fuerza y contra el pecho la bandeja.

—Arvid —dije sonriéndole al padre de Aneka.

—Hola, cariño. —Me devolvió el gesto.

No se inclinó para darme un beso y un abrazo porque tanto él como su mujer, Inga, sabían perfectamente qué carácter tenía nuestra jefa. Siempre que Aneka y yo nos quejábamos de ella nos escuchaban atentos, por lo que en el trabajo no mostrábamos ninguna muestra de afecto. La primera vez que lo hice hacia Inga, me llevé una buena bronca de Fiona, con la que durante varios días los oídos me martillearon.

—Hola. ¿Vienes a comer?

—No, a haceros una pequeña visita. He comido con Inga en casa, vengo de allí. —Me guiñó un ojo y amplié la curva de los labios.

—No hay mesas libres. —Eché un vistazo por si se había levantado alguien.

—No te preocupes, así aguanto la barra. —Reí en tono bajo.

Entramos los dos en la cafetería y la emoción se reflejó en la cara de mi amiga, al ver a su padre. Se saludaron de igual manera, manteniendo las distancias, mientras Arvid se sentaba en un taburete. Pidió una cerveza que le serví enseguida.

—No te imaginas hasta dónde fuimos el fin de semana —le comentó Aneka.

—De vosotras me espero cualquier cosa —dijo con expresión divertida.

—Hasta Svendborg, llegamos a buena hora para comer.

—Os disteis un buen paseo. —Pasó la mirada de una a otra.

—Sí, aunque la próxima vez será peor —dije con una pequeña mueca, aunque ambos sabían que era de broma.

—¿Y eso? —Quiso saber conteniendo la risa.

—Iremos a Odense, hace tiempo desde la última vez —le contestó Aneka, cantarina.

—No se me ocurre de quién ha sido la idea. —Terminó riendo Arvid. Lo sabía perfectamente.

Fiona pasó por la espalda de Arvid carraspeando, creo que hasta se hizo daño en la garganta por lo fuerte que sonó. Lo mismo me dio, ya se las apañaría.

—Menos mal que cada vez atiende con menos frecuencia a los clientes —susurró el padre de Aneka, a modo de confidencia.

—Últimamente con ellos se transforma —dije provocando que arqueara una ceja—. Es todo sonrisas. Mírala ahora.

La buscó y la localizó en la terraza y así fue como la vio, sonriéndole a una pareja que ocupaba una mesa.

—Si no estuviese sentado me habría caído al suelo. —Reímos sin alzar mucho el tono.

—El sábado también nos acercamos al castillo que está más próximo a la ciudad —continúo Aneka.

—Hija —dijo, pero nos miró a las dos. Así eran él y su mujer, me trataban como si fuese una hija más para ellos, alguien de la familia—, sabéis que a los propietarios de los pocos castillos que están habitados no les gusta que nadie curiosee alrededor de sus propiedades —negó—. Y si no me equivoco ese lo está.

—Sí, pero no pasó nada —comentó Aneka, mirándome de reojo—. El castillo es impresionante, con todos los años que tengo nunca había estado tan cerca.

—Por algo será, ¿no?

—Continuamos de una pieza, ya nos ves —añadí yo, con ganas de cambiar de tema.

—Solo faltaría. —Arqueó una ceja—. La próxima vez aguantar la curiosidad. —Pasó la mirada de una a otra— Si queréis podemos ir los cuatro a explorar el más próximo que esté abierto para visitar.

—No estaría mal. —Dio una palmada Aneka.

—Me apunto —le sonreí—. Voy a salir a mi zona de la terraza, no quiero que Fiona haga ningún comentario delante de ti. —Pasé por al lado de Arvid.

—Por mí no te preocupes, son muchos años ya conociéndola, y no se atrevería a decirme nada. ¿Por qué os creéis que se ha limitado a carraspear? —Nos hizo un guiño—. Vosotras sí que me preocupáis.

—Tranquilo papá. Solo suelta veneno de vez en cuando, pero somos inmunes —le aseguró Aneka, intentando no reír.

Le acaricié la espalda a Arvid al pasar por detrás y caminé hacia la terraza. Eché un vistazo por las mesas que atendía yo y me dirigí hacia una mesa cuando un hombre llamó mi atención. Entré a por la bebida que me pidió y al llevársela, volví a sentir la misma sensación. Noté un cosquilleo en la nuca y miré disimuladamente hacia la plaza. De nuevo no encontré nada que llamara mi atención, por lo que atendí a otra mesa en la que me pidieron la cuenta.

—Me voy ya, no quiero tentar a vuestra suerte —dijo Arvid cuando me coloqué al otro lado de la barra.

—Vale —dijimos a la vez Aneka y yo.

—¿El sábado venís a casa a comer? Descansáis los dos días, ¿no?

—Sí. —Casi aplaudimos por tener el fin de semana libre. Frunció los labios, con gesto divertido.

—Estupendo, así concretamos lo de la visita al castillo. Al final de la tarde se lo comento a Inga, vuelvo al trabajo por un par de horas más. Que no se os haga muy pesado hasta mitad de la tarde.

Asentimos y nos despedimos de él lanzándole besos al aire, los que atrapó haciéndonos un guiño. Pasó por al lado de Fiona y se despidió de ella, hacia él sí que tuvo el detalle de corresponderle.

Las horas pasaron bastante rápidas, la verdad, lo que agradecimos. A las cinco y pocos minutos entramos en el vestuario para irnos.

—Tengo que ir a comprar unas cosas —me comentó mientras nos quitábamos el delantal.

—No te preocupes —le dije.

. Lo estaba diciendo porque no íbamos a hacer juntas el camino de vuelta a casa. Nos hacíamos compañía hasta más de la mitad del recorrido, en ese punto ella se desviaba.

—Es que esta mañana me he levantado tarde y se me ha echado el tiempo encima. —Rio y sonreí.

—Yo estoy cubierta por varios días. —Cerré la taquilla.

Salimos de la cafetería despidiéndonos de los compañeros que se quedaban hasta el cierre, y fuimos hacia las bicis.

—Nos vemos mañana —dijo dándome un abrazo.

—Sí. No gastes mucho. —La apreté con los brazos.

Sonriendo tomamos direcciones contrarias. Ella se fue pedaleando mientras que yo opté por caminar un rato. Empujé la bici sujetando el manillar y me mezclé con las personas que iban en ambos sentidos, sorteando los obstáculos. Hasta que la sensación que me había perseguido durante todo el día, a intervalos, regresó. Continué mirando hacia delante, pero muy pendiente y consciente de lo que me rodeaba. Al girar al final de una calle me paré de golpe y me volví de la misma manera.

—¡Te pillé! —me gritó, agarrándome por la cintura.

—¡Lars! —Reí cuando mis pies dejaron de tocar el suelo, pero no se libró de mis golpes en un hombro.

Sujetando con una mano la bici, intenté que no se fuese al suelo.

—¿Cuándo has vuelto? —le pregunté cuando me soltó.

—Hola, preciosa. —Se inclinó para darme un beso en la mejilla.

—Hola —le sonreí, devolviéndoselo.

—Esta mañana. Hasta la semana que viene no me incorporo al trabajo, me he cogido unos días de fiesta.

—Qué bien vives —negué.

—Llevo todo el día viéndote.

—¿Qué dices? ¿Has sido tú?

—¿Cómo?

—He tenido la sensación de que me observaban. —Ladeé un poco la cabeza.

—Culpable, supongo. —Levantó una mano.

—¿Por qué no has venido a la cafetería? ¿Por qué lo has hecho? —Arqueé una ceja.

—No he estado todo el tiempo pendiente de ti, ¿eh? —Me hizo un guiño—. Te visto salir de casa cuando ibas para el trabajo, pero no he querido pararte. En ese momento estaba con varios compañeros que tienen el día libre, han regresado conmigo del viaje. Después he estado haciendo recados por la zona de la cafetería.

—Lo tuyo es muy fuerte. En vez de acercarte y saludar, me haces pensar cosas raras. —Soltó una carcajada.

—Ahora mismo parezco un acosador, pero de los buenos e inofensivos —dijo con tono de humor—. ¿Vas para casa? —asentí— Te acompaño.

Me apartó de la bici y cogió el manillar, para tirar de él.

—¿Cómo ha ido en el viaje? —Empezamos a caminar.

—Estupendamente. No he trabajado mucho, he dedicado la mayoría de las horas de los días a hacer turismo.

—Si cuando digo que vives bien… —Sacudí la cabeza, haciéndolo reír.

—No voy a quejarme. —Giró la cabeza hacia mí, con una gran sonrisa—. ¿Y a ti? ¿Cómo te han ido estos días en los que no has disfrutado de mi presencia? —Levantó las dos cejas, varias veces.

—Estupendamente también.

—Auch… —Reímos—. Tengo algo que contarte.

—¿Interesante? —Choqué el brazo con el suyo.

—Eso creo, quizás te sorprenda. ¿Nos montamos para llegar antes? —Se paró.

—Venga —dije pasando por delante de él.

—Ah, no. Yo voy al mando. —Se montó rápido en la bici.

—¿Perdona? ¿Estás insinuando que no puedo controlarla con los dos?

—Eso mismo. —Arqueó las dos cejas—. Por si no te acuerdas es lo que sucedió la última vez que lo intentamos y, aunque ha pasado bastante, todavía recuerdo el dolor que tuve durante varios días, por la caída.

—Eres demasiado blandengue. —Bufé, pero me subí detrás de él.

—Lo que tú digas, aun así, me niego a pasar los días que tengo de vacaciones lamentándome cada vez que me muevo. —Rio empezando a pedalear.

Me agarré fuerte a él. No quedaba mucho camino por recorrer, así que llegamos pronto frente a la puerta de mi casa.

—¿Quieres entrar?

—Sí, pero no estaré mucho. He quedado.

—Vale —sonreí y me giré para meter la llave en la cerradura.

Una vez en el interior, llevé la bici hasta el patio, mientras Lars se reunía conmigo con dos latas de refrescos. Nos sentamos a la mesa y por unos instantes nos quedamos los dos en silencio, observando hacia la pradera que teníamos delante. La luz del día cada vez era más tenue, con el anochecer aproximándose.

—He conocido a una chica —dijo cortando el silencio.

—¿Sí? —Giré todo el cuerpo en la silla hacia él.

—¿Tan raro te parece? —Me miró con expresión divertida.

—No. —Reí—. Es solo que…

—Que estoy sacándote de mi corazón, ¿no? Al menos en un sentido muy concreto.

—Lars…

—Siempre hemos sido sinceros entre nosotros, desde el inicio de conocernos.

—Y no quiero que cambie nunca —dije con una mueca.

—Ni yo, por eso necesitaba contarte que antes de irme de viaje conocí a Grette.

—Me alegro mucho. ¿Es de aquí?

s

—Sí. Me contó que se trasladó a Faaborg hace medio año.

—¿Y cómo te sientes hacia ella?

—Es raro.

—¿Por qué?

—Tengo muchas emociones mezcladas. —Se encogió ligeramente de hombros—. Aunque todo se va aclarando ¿Sabes? Últimamente he pensado mucho en ello y he llegado a una conclusión de lo que siento por ti, y ahora no hablo de la amistad —asentí despacio—. He querido aferrarme a esos sentimientos. Desde que nos conocimos me llamaste muchísimo la atención, Jailyn. No me avergüenza decirlo.

—No tiene por qué darte vergüenza, Lars.

—Lo sé, como también sé que tú me quieres, pero como a un buen amigo.

—Sí —susurré.

—Me he dado cuenta de que yo también, solo es que tuvimos tanta conexión que creí…

—¿Qué? —lo animé a que continuara al quedarse callado.

—Que ahora puedo ver que, seguramente, magnifiqué los sentimientos hacia ti por ese motivo. Puedes decirlo.

—¿A qué te refieres?

—A que te acabas de quitar un gran peso de encima —sonrió de medio lado.

—¿Se puede saber por qué?

—Porque cada vez que estábamos juntos notaba tu tristeza por no poder corresponderme como yo quería. —Arqueó las dos cejas—. No lo puedes negar.

—Pues sí, ahora mismo me has dado mucha paz. Es verdad que entre nosotros hubo mucha química desde el primer día y tienes razón cuando dices que eso pudo confundirte —asintió.

—Grette me hace sentir muy diferente, y tiene gracia porque solo hemos quedado un par de veces para tomar algo, pero estos días que he estado fuera de viaje no he podido dejar de pensar en ella. En ti no.

—Vaya, gracias. —Hice una mueca y soltó una carcajada.

—Me has entendido.

—Perfectamente. —En mis labios apareció una sonrisa radiante—. ¿Es con ella con la que has quedado dentro de un rato?

—Sí.

—Mmm…

—Mal pensada. —Reímos—. Sale del trabajo dentro de media hora. —Miró el reloj de muñeca—. Tengo muchas ganas de verla.

—Estoy muy feliz por ti, de verdad. —Le rodeé el antebrazo con la mano.

Me miró con cariño y nos abrazamos. Sentía tal alivio… Lo quería y es cierto que una parte de mí sufría mucho cada vez que estábamos juntos, o cuando Aneka me hacía algún comentario sobre él con unas insinuaciones que no iban enfocadas a la amistad, pero a la vez, el estar con Lars me hacía feliz porque se había convertido en alguien muy importante para mí.

No imaginaba mi vida sin tenerlo al lado. Este pensamiento real provocó que me faltara la respiración. Cerré los ojos con fuerza y apreté los brazos alrededor de su cuerpo, al atraer a mi memoria los recuerdos de una persona que también lo fue todo para mí, y continuaría siendo así, a pesar del tiempo, a pesar de la distancia…

Me tragué el nudo de las emociones malas y me permití disfrutar de las buenas, por Lars.

Me tragué el nudo de las emociones malas y me permití disfrutar de las buenas, por Lars.

Capítulo 6



Drake

—¿Cómo llevas lo que te pedí? —le pregunté a Klaus.

—La lista parece interminable, pero bien —asintió sin apartar la vista de la carretera—. Esta mañana me he despertado con un mensaje de Lain, llegará esta tarde.

—Lo sé, hablé con él anoche. Va a aprovechar para quedarse unos días.

—Está más emocionado que tú.

—Es de emociones fáciles —comenté provocando que riera.

Estábamos hablando de mi primo y mejor amigo. Lain y yo, habíamos estado toda nuestra vida juntos, me refiero a lo que nos une, no físicamente porque llegó un punto en el que cada uno hizo su vida, lógicamente. A pesar de ello, nos amoldábamos muy bien para no dejar pasar mucho tiempo sin vernos.

Junto a Klaus, hacíamos un equipo de tres perfecto, porque a él no podíamos dejarlo a un lado, es amigo de los dos desde que Klaus llegó a nuestras vidas, y de eso ya hacía muchos años.

—Todos con los que hablé hasta ayer me han dado una respuesta afirmativa, están deseando que llegue el día.

—Lo imagino.

—Nadie se pierde todo lo que tenga que ver contigo, saben que no les vas a defraudar —sonrió de medio lado.

La curva de sus labios tenía mucho sentido.

—Una vez que pase, como hablamos, nos iremos del castillo por un tiempo.

No es mi residencia habitual. La mayor parte del tiempo vivo en Copenhague, la capital y la ciudad más poblad

de Dinamarca. Está situada en la costa oriental de Selandia, la isla más grande de Dinamarca, separada solo por veintiocho kilómetros de Malmö, Suecia.

Cada vez que podía, me escapaba una temporada al castillo, a la isla de Fionia. Era mi refugio, mi remanso de paz dentro del caos que solía acompañarme cuando estaba en Copenhague. Mi aislamiento aquí era total, exactamente lo que buscaba siempre.

—¿Te refieres al siguiente día?

—No, me tomaré unos más para descansar.

—¿Tan agotado piensas quedarte? —Soltó una carcajada.

—Ya sabes la respuesta.

—Pues ahora mismo no te veo muy animado para llevarlo a cabo.

—Desde primera hora de esta mañana tengo la cabeza más en Copenhague que aquí.

—¿Por la documentación que has estado revisando? —asentí— Espero que no te haga regresar antes.

—Eso no va a suceder, hasta que yo lo decida.

—No queda mucho hasta el sábado —dijo mientras estacionaba—. Para que lo sepas, hablé con Karen ayer. Está confirmada.

—Lo daba por hecho.

—Lo imagino —dijo con picardía.

Me bajé del coche y esperé a Klaus en la acera.

—Les he dicho a todos cómo tienen que asistir —asentí mientras empezábamos a caminar.

Eran las once de la mañana del miércoles y, a pesar de ser un día laboral, había bastante gente yendo de un lado al otro. Se notaba cuando llegaba turismo, a veces parecía que se ponían de acuerdo para visitar el lugar.

Concentrado en mis pensamientos, pero a la vez escuchando a Klaus, llegamos a la plaza principal de la ciudad. Teníamos que pasar por ella para ir hasta la tienda en la que ya tendrían preparado parte del atuendo que nos pondríamos Klaus, Lain y yo para la celebración. Días atrás, fue Klaus el encargado de ir para pedir expresamente lo que yo quería. Lo visualicé enseguida como la mejor opción para los tres, variando en forma y color. Sería

decorativo y algo que no podía faltar, porque referente a cómo iríamos vestidos no variábamos nunca: en traje.

Más o menos, a la mitad de la plaza, mis pies fueron frenándose, hasta que me paré del todo. Iba distraído mirando hacia las tiendas y a los locales de restauración que se agrupaban en la plaza, hasta que mis ojos dieron con alguien que llamó mi atención. Entrecerré los párpados, para enfocar bien la vista desde la distancia.

Recordaba perfectamente a la mujer que estaba viendo de lado y de pie en la terraza de una cafetería, sujetando una bandeja. El color de su pelo, de un rojo intenso que destacaba muchísimo más a la luz del día, fue en lo primero en lo que me fijé.

—¿Drake? —me llamó Klaus, adelantado unos pasos— ¿Qué haces? —Hizo una pausa—. ¿Te apetece un café u otra cosa? —preguntó al ver hacia dónde tenía la cabeza girada.

Me mantuve en silencio, observando cómo la chica se movía dándome la espalda. Caminó entre las mesas y por si me había quedado alguna duda de que era la misma que encontré frente a la puerta de la entrada del castillo, terminé por aclararme cuando se reunió con la otra que la acompañó en aquel momento.

Se pararon a hablar en la cristalera unos segundos y entraron juntas. Llevaban el mismo delantal.

—Me apetece un café —respondí desviándome del camino que tenía que recorrer.

—Hoy estás de antojo —dijo al llegar a mi lado.

—Eso parece.

Me dirigí a una de las mesas libres que estaban en la zona en la que la había visto parada, y ocupamos las sillas.

—Cuando salimos, nunca quieres pararte en ningún sitio, a no ser que vayas a buscar algo, como a la tienda a la que tenemos que ir.

—Siempre hay una primera vez para todo —comenté mirándolo de reojo—. ¿Algún problema?

—No, es solo que me extraña tu decisión. —Se encogió ligeramente de hombros.

Una presencia de pie, junto a la mesa, me hizo desviar la atención de Klaus y dirigirla a la persona que se había parado a nuestro lado. Despacio, levanté la mirada, hasta encontrarme con una cara salpicada por pecas del mismo color que su pelo, un poco más tenues, que decoraban la zona de debajo de sus ojos, hasta la nariz. El tono de su melena volvía a delatarla, sería muy difícil no reconocerla en cualquier parte.

—Buenos días —nos saludó con una sonrisa.

Fue un gesto del que no pude apartar los ojos. Sus labios eran carnosos, en su justa medida, perfectos. Con la ligera tensión en ellos al sonreír destacaban aún más, resaltando con el brillo con el que se los había pintado. Klaus le correspondió al saludo, yo me mantuve en silencio.

—¿Qué quieren tomar?

Como esperaba, no supo a quién tenía delante porque no consiguió ver nada de mí en la oscuridad del castillo, días atrás.

—Un café solo —respondí sin apartar la vista de ella, hablando más lento de lo normal.

Nuestras miradas conectaron y noté al instante su nerviosismo. Totalmente culpable, por cómo la estaba observando y era muy consciente de cómo me veía ella. Mi intensidad era nata en mí, pero cuando algo llamaba mi atención, como estaba sucediendo en este instante, se intensificaba hasta límites que provocaban la reacción que estaba teniendo ella.

Cambió el peso del cuerpo de una pierna a otra, mientras movía los dedos por el delantal, haciendo visible su inquietud. Parpadeó rápido varias veces, antes de conseguir continuar con su trabajo.

—Vale —dijo en tono bajo—. ¿Y usted? —Se centró en Klaus.

Mi amigo se tomó más tiempo del debido en contestar, sabía que tenía toda su atención puesta en mí, por lo rarc que le resultaba mi actitud. No había dicho nada que resaltara, pero para él, sí. Me conocía demasiado bien, solo con el tono de voz que me había salido al hablar ya era un indicativo, y por como no podía apartar la mirada de ella… La chica no lo sabía, pero Klaus no había tenido ningún problema en identificarlo, todo.

—Eh, sí, perdón —se disculpó Klaus, al tenerla esperando—. Otro café, igual. Gracias.

—De nada. De acuerdo, enseguida se los traigo.

Se alejó rápido de nosotros, como con prisa. La seguí con la vista, hasta que desapareció en el interior de la cafetería.

—Estoy un poco perdido ahora mismo —comentó al cabo de unos segundos.

—Pues encuéntrate. —Repiqueteé los dedos en la mesa.

Se mantuvo en silencio, hasta que soltó una carcajada. Yo continué con expresión neutra, esperando el momento que no tardó en llegar. La chica salió sujetando la bandeja, en la que llevaba dos tazas pequeñas. Evitó mirar hacia nuestra mesa, hasta que no le quedó más remedio.

—Aquí tienen —dijo con la cabeza hacia abajo.

—¿Cuánto es? —le pregunté.

Al decirme el importe saqué la cartera y le di un billete, con mucha intención. Quería que regresara para traerme la vuelta, por lo que no cogí el más pequeño que tenía. Alargué al mano para dárselo, y cuando lo cogió, lo mantuve sujeto. Levantó los ojos hacia los míos y por unos largos segundos nos mantuvimos sin apartarlos. Ni idea de lo que pasó por su cabeza, por la mía sí, y todo mi cuerpo respondió de una forma que fue como si recibiera un golpe seco en el estómago.

—¿Va a pagar o le tiene mucho cariño al billete? —preguntó, a la vez que su ceño se fruncía ligeramente.

—Ambas cosas. —Arqueé una ceja, por el tono en el que se dirigió a mí.

—Pues el café ya lo tiene delante, no le quedan muchas opciones —continuó.

Solté el billete despacio y recosté la espalda en la silla.

—Tengo otra cosa delante, aparte de un café, y se me ocurren muchas más opciones para hacer. —Mi voz sonó ronca y profunda.

—¿Cómo? —Agrandó los ojos.

—Tranquila, está de broma —intervino Klaus, para sacarla del aturdimiento.

—Ah —dijo ella, mirándome de reojo—. Ahora vuelvo.

Asentí despacio, era precisamente lo que quería.

—Quiero una explicación, y la necesito ya —me pidió Klaus, una vez nos quedamos solos.

—No sé a qué te refieres. —Me llevé la taza a los labios y saboreé el café.

Me gustaba al natural, nada de endulzarlo como hizo Klaus, mientras me miraba con las dos cejas arqueadas.

—¿De qué conoces a esa chica? —Empezó con las preguntas.

—De nada.

Hizo una pausa bastante larga, observándome con detenimiento.

—¿Es la primera vez que la ves?

—No.

e

—Me he perdido algo, y es curioso porque estamos la mayor parte del tiempo juntos. —Bufó antes de beber—. Un momento, ¿has querido venir aquí por ella?

—Es una de las dos mujeres por las que subí a la almena del castillo, la tarde en la que me encontraste en el patio central.

—¿En serio? ¿Las que se alejaron en bicicleta? —asentí.

Silencio de nuevo por su parte, el que volvió a alargar.

—Esto se está poniendo cada vez más interesante. —Giré la cabeza hacia él.

—¿Tú crees?

—Y tanto que sí —sonrió de medio lado—. Me pregunto cuál es el motivo de que, aunque la has reconocido, n has pasado de largo. Eso hubiese sido lo más normal, es como sueles actuar. Si cuando he dicho que esta parada me ha parecido extraña… —Sacudió la cabeza, sin borrar la expresión divertida de su cara.

»Pues siento decirte que ella no se acuerda de ti, lo que me lleva a pensar que es muy raro. Otra cosa no, pero que dejas huella sea en la situación que sea, es innegable.

—No sabe quién soy.

—¿Cómo? —Me miró extrañado.

—Te dije que no intercambiamos ninguna palabra, pero no que cuando me encontré con ella fuera del castillo, en ningún momento me hice visible —le aclaré—. Estaba oscuro y en el interior más. Solo abrí la puerta pequeña de la entrada, no di un paso fuera.

—No jodas. —Soltó una carcajada.

La risa se le cortó cuando vio acercarse a la camarera. Ella llegó a nuestra mesa, dejó el dinero encima sobre un plato pequeño, y nos deseó buen día, pero con los ojos dirigidos solamente hacia Klaus. Yo me gané una mirada rápida de reojo, antes de que se perdiera de nuevo en el interior de la cafetería.

—Interesante —susurré, llevándome la taza a los labios.

—No te imaginas cuánto —comentó Klaus.

Lo ignoré. Me bebí el café de golpe y me levanté de la silla, sin ninguna intención de coger el dinero que ella había traído expresamente. Me ajusté la americana al cuerpo y empecé a caminar, sorteando las mesas. Klaus me siguió de cerca, por suerte para él, en silencio.

ɔ

—No te imaginas cuánto —comentó Klaus.

Lo ignoré. Me bebí el café de golpe y me levanté de la silla, sin ninguna intención de coger el dinero que ella había traído expresamente. Me ajusté la americana al cuerpo y empecé a caminar, sorteando las mesas. Klaus me siguió de cerca, por suerte para él, en silencio.

Capítulo 7



Apoyado en el lateral del coche, tenía la vista fija en la puerta corredera de la estación de tren que no dejaba de abrirse y de cerrarse, dando paso y salida a las personas.

El tren en el que venía Lain ya había llegado, así me lo había notificado mi primo hacía unos minutos. Faltaba poco para que fuese uno de los salieran de la estación.

Había elegido este transporte para regresar a Copenhague en coche, junto a nosotros. La noche anterior, cuando hablamos por teléfono, le dije que Klaus y yo no tardaríamos en irnos, seguramente para la semana siguiente dejaríamos el castillo hasta que volviéramos en otra ocasión. Lain se tomaría unos días libres de más, para volver al mismo tiempo que nosotros.

Estábamos en Odense, la ciudad ofrecía varias alternativas para cruzar de isla a isla y la más rápida, dejando apartado el ir en vehículo, era el tren.

Sonreí de medio lado cuando apareció a unos metros por delante de mí. Igualé el mismo gesto que decoraba su cara, mientras acortaba la distancia con nosotros.

—Bienvenido. —Fue Klaus el primero en saludarlo.

Se dieron un fuerte abrazo, junto a un beso en la mejilla.

—Gracias. Ahora sí, por fin empiezan mis vacaciones —dijo dando los pocos pasos que nos separaban.

Me separé del coche para recibir su abrazo y el beso en la mejilla, los que le correspondí con gusto.

—El tema es, ¿cuándo no tienes tú vacaciones? —Le apreté un hombro.

—Empezamos bien. —Soltó una carcajada, a la que se unió Klaus.

—Te aviso de que hoy lleva todo el día raro. —Carraspeó Klaus. Lo miré de reojo.

—Entonces, no he podido elegir mejor para venir —comentó divertido Lain.

—Ni caso. El que está raro es él, te puede decir hasta las veces que he ido al baño. No ha dejado de estar pendiente de mí, como si fuese lo más extraño que ha visto en su vida. —Sacudí la cabeza, abriendo la puerta trasera.

—No me hagas hablar… —dijo Klaus, poniendo los ojos en blanco.

Lain nos miró divertido, pasando de uno a otro, varias veces. Fue a la parte trasera del coche y abrió el maletero para meter su equipaje.

—Ya podéis ponerme al día de lo que es tan raro para cada uno de vosotros —nos pidió cuando estuvimos los tres montados.

Nosotros dos en la parte trasera, Klaus al volante.

—Que te lo diga él, yo estoy perfectamente.

—En tu línea, ¿no? —me preguntó divertido Klaus— Hoy he sido testigo de algo increíble, y a partir de ahí no veas el carácter que ha tenido. —Buscó a Lain por el espejo retrovisor, mientras arrancaba.

Mi primo arqueó una ceja, dirigiendo la atención hacia mí.

—¿En qué parte de la isla? ¿Es sobre lo del sábado?

—Eso está todo controlado y en marcha —le confirmó Klaus.

—¿Entonces? —insistió con curiosidad— Estáis demasiado herméticos.

—Por mi parte, ya he dicho todo lo que tenía que decir al respecto. Klaus es el que no para de decir tonterías, y de hacerlas —comenté.

—¿Esto es un partido de algo? No dejáis de lanzaros la pelota de uno a otro, y yo sigo sin enterarme de nada. Estoy peor que al principio.

—Tu primo se ha marcado un objetivo —continuó Klaus. Lo fulminé con la mirada, provocando que soltara una carcajada—. Resulta que…

—No resulta una mierda —lo interrumpí—. Estás hablando de más y no tienes ni puñetera idea.

—Buenooo… —Alargó la palabra Lain—. Me tenéis desconcertado, ¿cuánto hacía que no os enfadabais?

—No estamos enfadados —respondimos a la vez Klaus y yo.

Lain soltó una carcajada y cuando se tranquilizó, me observó con una ceja arqueada.

—Ya me lo contarás más tarde. —Me dio una palmada en la pierna.

—Como no lo presiones puedes tirarte toda la vida esperando —añadió Klaus.

—Porque no te centras en la carretera y te callas.

El tono de voz tajante, frío y rotundo con el que hablé hubiese tenido ese efecto en cualquier persona, en cualquiera menos en los dos que tenía al lado y compartían el mismo aire que yo dentro del coche. Que me conocieran tan bien era una mierda.

Bajé la ventanilla, el aire se me quedó atascado porque mi cabreo aumentó considerablemente, un detalle que no les pasó desapercibido a ninguno de los dos.

—Tengo mis métodos para que me lo cuente, a ver cómo te piensas que me las he apañado estos treinta y siete años —dijo Lain con un tono divertido, totalmente opuesto al mío.

Ignoré sus palabras, al igual que lo hice hacia ambos cuando empezaron a hablar. Por suerte, se centraron en otros temas que nada tenían que ver conmigo. Teníamos unos cuarenta minutos hasta que llegáramos al castillo y me arrepentí enormemente de no haberme quedado en él, para que Klaus viniese solo a por Lain.

Klaus llevaba todo el día tocándome las narices, no le había hecho falta mover los labios para hacerlo. Los pocos momentos en los que me había encerrado en mi habitación o que había deambulado por el interior del castillo, eran los únicos en los que pude librarme de su mirada curiosa y directa.

Desde lo de la cafetería, de lo que habían pasado muchas horas, no había apartado la atención de mí, a pesar de que yo no había mencionado en ningún momento nada más sobre la camarera que nos había atendido. Por mi parte, ese tema quedó cerrado en cuanto me levanté de la silla para irnos. Hasta en el más mínimo de mis gestos se había fijado, aunque había sido muy consciente de que me estaba alterando y cambiando el carácter a pasos agigantados.

Poco le importó, había quedado a la vista porque continuaba picándome. Solo había dos opciones en cómo podía reaccionar yo, y estaba intentando evitar a la que me estaba llevando. Lain se había dado cuenta, y más después de escucharnos y de ver mi actitud. Por ese motivo había dirigido la situación bien lejos de mí, y sí, él, mejor que nadie, sabía abrirse camino para bajar mi temperamento y mis barreras. Siempre que se lo permitiera, claro está.

✣ ✣ ✣

—¿Ya te has librado de Baxter? —le pregunté a Lain, antes de llevarme el vaso a los labios.

—Se ha quedado con Klaus —sonrió de medio lado.

—Lo habrás chantajeado con algo. —Me referí a mi perro porque solo se separaba de mi primo cuando yo entraba en escena.

Apoyé el brazo en la pierna que tenía colgando e hice sonar el hielo contra el cristal, al balancearlo.

—Hay ciertos secretos que nunca se pueden desvelar. —Rio y sacudí la cabeza—. ¿Qué haces aquí?

—Sabes que me gusta este lugar, siempre que puedo subo.

—Porque no puedes llegar más arriba para aislarte, ¿no?

—Exacto.

Me moví de lado, para mirar hacia la oscuridad más absoluta que cubría las praderas y las llanuras que daban a la parte del castillo en el que estábamos. Solo diminutos puntos de luces lucían como pequeñas estrellas a lo lejos, a una altura baja porque provenían de la ciudad de Faaborg.

Al lugar al que nos habíamos referido era a la almena, la parte más alta del castillo que estaba decorada por crestas de piedra. Yo estaba sentado de medio lado en el espacio que había entre dos de ellas.

La noche estaba perfecta, corría una suave brisa fresca. La única luz tenue que daba un poco de visibilidad estaba colgada encima del marco de la puerta que daba acceso a esta parte de la almena.

Lain se sentó como yo, en el espacio siguiente. Bebió un sorbo de la bebida que había subido para acompañarme, con los ojos cerrados y en silencio, lo que no tardó mucho en cambiar.

—Había olvidado las sensaciones que transmite este sitio —susurró.

—Hacía tiempo que no venías —comenté.

—Sí. —Giró la cabeza hacia mí—. Me he arrepentido desde que he llegado. —Me hizo un guiño.

—No hace falta que te diga que puedes apropiarte del castillo cuando quieras, esté o no yo en él. —Me llevé el vaso a los labios y saboreé el *whisky* en el paladar.

—Lo sé, pero contigo siempre es más interesante y divertido —sonrió de medio lado—. ¿Qué te pasa? —Tocó con su pie el mío que colgaba en el aire. Fue muy sutil.

—Nada. —Hice balancear el hielo de nuevo, con la vista perdida en el movimiento.

—Klaus estaba en lo cierto al decir que estás raro. En el trayecto en coche te has mantenido neutro y durante la cena has hablado lo justo y necesario. No me ha hecho falta llegar a ese instante para saberlo.

—Tengo varias cosas en la cabeza.

—Lo que no suele suceder cuando te trasladas hasta aquí. —Puso la puntilla y estaba totalmente en lo cierto—. Siempre desconectas de todo y es con el único propósito por el que viajas.

—Sí, pero a veces es inevitable —comenté distraído en mis pensamientos.

Apuré lo que quedaba de *whisky*. No era poco, y noté el ardor en la garganta cuando lo tragué.

—¿Qué te preocupa?

—Nada —repetí y me lanzó una mirada muy significativa—. Todo está bien —añadí.

—¿A qué se ha referido Klaus con lo que ha dicho de que hoy ha sido testigo de algo increíble y que te has marcado un objetivo? Anoche cuando hablamos estabas bien. Eras tú, no como ahora.

—Soy el mismo, Lain. —Arqueé las dos cejas.

—Ya, pero en el humor no. —Imitó mi gesto.

Me quedé callado durante unos segundos, o quizás minutos. Pasó un buen rato hasta que nuestras voces volvieron a escucharse. En el transcurso de ese tiempo, él apartó la vista de mí y volvió a cerrar los ojos, yo me pregunté qué mierda me sucedía. Ni puñetera idea de cuál era la respuesta, por eso me había tocado tanto los cojones la actitud de Klaus, porque no podía contraatacar con algo lógico y racional.

Sí que mi humor había cambiado y esa variación se dio después de lo que la cafetería. Me había dicho, más veces de las que había contado, que no tendría que haberme acercado siquiera a esa terraza. Daba exactamente igual el motivo que me había impulsado a hacerlo, no quería pensar en ello, simplemente lo había hecho y se terminó.

—¿Desde cuándo tengo humor yo? —Lo miré de reojo.

Abrió un ojo, dirigiéndolo hacia mí.

—Ahí te doy la razón —respondió, y le siguió una carcajada.

Mis labios se curvaron, mientras negaba con la cabeza.

—Ahora en serio, a tu manera lo tienes y no se te ocurra rebatirme. Los que te conocemos de verdad lo hacemos en todo, y yo más que nadie, Drake. Hemos sido inseparables desde antes de tener uso de razón. Sé detectar tu estado de ánimo antes de que abras la boca.

—No sé qué me sucede —el desplome de mis barreras fue rápido—, y por más que lo pienso, empeoro mi carácter.

—Cuéntame qué ha sido tan increíble, según Klaus, y lo del objetivo —me pidió en tono bajo.

—Lo primero no tiene mayor importancia, lo segundo, ni siquiera la tiene porque es obra de él. —Sacudí la cabeza.

—Está preocupado. —Curvé un poco los labios.

—No tiene motivos, ni tú tampoco.

—Sé que eres como una pared de roca de duro, pero hasta los más fuertes necesitan un respiro y desahogarse cuando algo los supera. Estas palabras te las he dicho muchas veces y sea una tontería o no, quiero saber qué ha sucedido para determinar si lo es en realidad.

Me agaché para dejar el vaso vacío en el suelo y me incorporé sin levantarme de donde estaba sentado, para dirigir la mirada hacia la oscuridad que nos acompañaba, más allá de la tenue luz de la almena.

—Hace unos días, Baxter se puso nervioso —empecé a contarle—. Estábamos tranquilos en la sala, él enroscado a mis pies, mientras yo me tomaba una copa junto a la chimenea. Salió corriendo sin hacerme caso y lo seguí, llegamos al patio central, y por cómo miraba fijamente hacia la puerta de la entrada, en tensión, supe que había algo detrás de ella.

»Creí que se trataba de algún animal, sabes que por aquí no se acerca nadie —asintió—. Me llevé una sorpresa cuando abrí para comprobar de qué se trataba, podría haberme dado media vuelta porque era imposible que lo que fuese entrara en el castillo, pero no sé por qué narices me dejé llevar por la curiosidad, para salir de dudas.

»Al abrir me encontré de frente y a pocos metros con una mujer montada en bici. Estaba parada mirando hacia la puerta, hacia mí. No me vio en ningún momento, estaba oscuro y no di un paso hacia delante, simplemente me mantuve sujetando la puerta, aún más cubierto de oscuridad por el interior del castillo. Yo no tuve problema en

ver la imagen de ella, como tampoco de la otra que llegó a su lado.

Incomprensiblemente me mantuve callado, no pude… No sé qué me pasó.

»Cerré antes de que se movieran y sin saber de nuevo el porqué, subí las escaleras hasta aquí mismo, junto a Klaus que me encontró en el patio central y me siguió. Las vi alejarse por los focos de las bicicletas. Eso quedó ahí, pero esta mañana me he vuelto a sorprender cuando he reconocido en el centro de Faaborg a la misma chica, la primera. Su pelo…

—¿Qué? —preguntó al quedarme callado por unos segundos.

s

—El color de su pelo destaca mucho, es pelirrojo. Aquella noche me pareció del color del fuego y en sí lo es, pero como he comprobado hoy con la luz del día, tiene muchos destellos de un rojo intenso en las ondulaciones.

—Ajá. —Lo miré de reojo.

—El tema es que me he asegurado de que ella nos atendiera en la cafetería en la que la he visto trabajando y he interactuado con ella, más o menos. —Carraspeé—. Todo lo que ha dicho Klaus y su actitud hacia mí, es por ese motivo.

—Especifica ese más o menos. —Su expresión no varió, se mantuvo serio escuchándome.

Era consciente de que si detectaba algo que me tocara las narices pararía de hablar y no volvería a tener la suert de encontrarme tan dispuesto a hacerlo.

—Nos ha atendido, he tensado un poco la cuerda, pero muy poco. No sé… —Me callé recorriendo con los ojos los kilómetros de negrura—. Ella es el objetivo que según Klaus me he marcado, algo que no es cierto.

—¿Estás seguro de eso?

—Sí. —Apreté la mandíbula.

—¿Por qué? Está claro que esa mujer ha llamado tu atención y déjame decirte que, es algo casi inaudito. —Buf y curvó los labios.

—Lo dices como si no me fijara en ninguna mujer. —Me pasé una mano por el pelo.

—Lo haces, pero no con tanto ahínco por lo que me has contado, y ni mucho menos tú mueves un solo músculo de tu cuerpo para ir hacia ellas. Los dos sabemos que siempre es a la inversa. Es…

—¿Qué? —Lo miré de reojo.

—Interesante. —Fruncí el ceño.

Nuestros ojos conectaron directamente cuando dirigí la cabeza hacia él. Durante unos segundos nos mantuvimo la mirada, en silencio.

—No se ha convertido en mi objetivo —remarqué, acentuando las arrugas de expresión en mi frente—, me quedan días contados aquí.

—¿Y desde cuándo eso es un problema? A no ser que…

—¿Qué?

—Intrigante, sí señor —sonrió de medio lado—. Estás dudando y controlándote, en mi vida te he visto así.

Arqueé una ceja y terminé sacudiendo la cabeza, mientras me levantaba. La conversación había terminado por mi parte y lo supo al instante. Cogí el vaso del suelo y me dirigí hacia la puerta. Lain me siguió callado, al igual que bajamos el largo tramo de escalones, hasta que nos reunimos con Klaus y Baxter.

e

é

,

Nuestros ojos conectaron directamente cuando dirigí la cabeza hacia él. Durante unos segundos nos mantuvimos la mirada, en silencio.

—No se ha convertido en mi objetivo —remarqué, acentuando las arrugas de expresión en mi frente—, me quedan días contados aquí.

—¿Y desde cuándo eso es un problema? A no ser que…

—¿Qué?

—Intrigante, sí señor —sonrió de medio lado—. Estás dudando y controlándote, en mi vida te he visto así.

Arqueé una ceja y terminé sacudiendo la cabeza, mientras me levantaba. La conversación había terminado por mi parte y lo supo al instante. Cogí el vaso del suelo y me dirigí hacia la puerta. Lain me siguió callado, al igual que bajamos el largo tramo de escalones, hasta que nos reunimos con Klaus y Baxter.

Capítulo 8



Horas antes de que acabe el día, en la cafetería…

Jailyn

—Ya se han ido, puedes salir —me dijo Aneka, después de asomarse disimuladamente a la cristalera de la cafetería.

Después de llevar el dinero de la vuelta a la mesa que habían ocupado los dos hombres, le había pedido que me avisara cuando se fueran.

—Voy. —Cogí la bandeja de la barra y pasé por su lado.

Me paré antes de llegar para atender la llamada de una clienta, y después fui hacia la mesa que había quedado vacía. Apoyé la bandeja, colocando las tazas en ella, sin poder apartar los ojos del platito con el dinero intacto que hacía unos minutos había dejado.

Levanté la cabeza para mirar hacia la plaza y la recorrí con la vista para localizar a los clientes que se habían ido. No los vi. Bajé la mirada hacia el dinero, era bastante, por lo que no tenía sentido que por dos simples cafés hubiesen dejado tanto. No era nada habitual que los clientes dejaran propinas, de hecho, aquí no era una costumbre, aunque en contadas ocasiones sí sucedía, sobre todo con los turistas.

No sabía si el hombre que me había dado el billete lo era o no, pero por su acento al hablar apostaba a que no era un turista. Nunca lo había visto, pero eso no significaba gran cosa, conocía a muchas personas de Faaborg, pero a muchas otras que no, al igual que la ciudad era muy visitada por los propios daneses de otras zonas.

Volví a prestar atención a mi alrededor y llevé la vista a lo lejos. Tuve el mismo resultado, por lo que coloqué el platito en la bandeja y me encogí de hombros. Me dirigí hacia el interior y entré detrás de la barra, para colocar las tazas en el pequeño poyete de una ventana del mismo tamaño que nos comunicaba con la cocina. Enseguida desaparecieron, un compañero me hizo un guiño al cogerlas.

—¿Y eso? —Se asomó por encima de mi hombro Aneka.

—No se han llevado la vuelta del dinero.

—Ya lo veo.

—¿Entonces para qué preguntas? —sonreí.

—Jolín, es que es mucho.

—Ya… Lo voy a guardar hasta el turno de mañana, por si ha sido un despiste y vuelven.

—¿Y te esconderás otra vez?

Fruncí el ceño al escucharla.

—Yo no me he escondido. —La miré de reojo.

—Nooo, que va —dijo con una risilla—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué me has pedido que mire por ti?

—Ha sido raro atenderlos.

—¿Te han dicho algo inapropiado? —Soltó un pequeño jadeo.

—No ha sido eso, es cómo me he sentido. —Hice una mueca.

—¿Cómo?

—Uno de ellos me ha puesto nerviosa, una tontería. —Sacudí la cabeza.

Me agaché para coger una pequeña bolsa de plástico con cierre hermético y metí el dinero dentro. Cogí un pósit y escribí mi nombre en él, para después pegarlo en la bolsa y dejarlo dentro de un cajón. De esa forma nadie lo tocaría, excepto yo.

—¿Qué? —le pregunté a Aneka.

Cuando levanté la vista me la encontré observándome.

—Me ha parecido curioso lo que has dicho, nunca te pones nerviosa, y menos de cara a los clientes.

—Si hubieses visto cómo miraba uno de ellos habrías terminado peor que yo. —Me encogí ligeramente de

hombros.

—Leche, ¿cómo miraba? Ahora me has dejado más intrigada.

—Yo qué sé. —Bufé y agrandó los ojos.

—Pero si te ha extrañado por algo será. —Ladeó un poco la cabeza.

—Vamos a dejar el tema. —Puse los ojos en blanco.

—Por ahora, porque Fiona ha salido de su cueva —susurró.

Miré hacia el pasillo y así era, caminaba hacia la zona de trabajo. Aneka y yo nos separamos enseguida para atender a los clientes, yo fui hacia la terraza, ella se quedó en el salón del interior.

En la mesa que hasta hacía poco había estado ocupada, donde me encontré el dinero, se habían sentado dos chicas y me dirigí hacia ellas, con la sensación extraña todavía recorriéndome el cuerpo. Conforme me acercaba, una mirada me vino a la cabeza, unos ojos que desprendían una intensidad que me habían descolocado, y el comentario más destable que había hecho el dueño de esa mirada…

Bloqueé esos pensamientos tontos y les sonreí a las chicas. Fue lo que hice durante la siguiente hora de trabajo, mientras, tanto Aneka como yo, esquivábamos con éxito a la jefa. El final de la jornada estaba cerca, llevábamos trabajando desde las cinco y media de la madrugada, en horario de mañana.

Habíamos quedado para comer con Astrid, una amiga de la infancia de Aneka que con el tiempo que llevaba conociéndola, lo era también para mí. No solíamos verla mucho, por su trabajo siempre estaba viajando a otras zonas de Dinamarca, en las que se quedaba unas semanas. Desde la última vez hacía casi un mes y las tres teníamos muchas ganas de pasar un tiempo juntas.

Cuando las manecillas del reloj marcaron las doce y cinco de la mañana, nos dirigimos hacia el vestuario. Nos quitamos los delantales y al salir nos despedimos de los compañeros, hasta el día siguiente. Fuimos hacia las bicicletas y nos montamos en ellas, para recorrer las calles, hasta el restaurante en el que ya nos esperaba Astrid.

Al no estar muy lejos llegamos rápido y accedimos al interior. En cuanto nos vio se levantó de la silla con una gran sonrisa. Nos saludamos con un fuerte abrazo y un beso en la mejilla, y las tres ocupamos nuestros asientos.

—Me he adelantado y he pedido unos entrantes —comentó.

—Perfecto —le sonreí.

—Y este vino está… —Se relamió los labios mientras cogía la botella.

Nos sirvió en nuestras copas e hicimos un pequeño brindis, antes de beber.

—¿Cómo va todo? —Se interesó Astrid—. Esta vez hemos pasado más tiempo sin vernos. —Hizo una mueca.

—No, la anterior estuvimos casi dos meses sin verte —la corrigió Aneka.

—¿En serio? —Se sorprendió ella misma—. Joder, se me va la vida y el tiempo —resopló, haciéndonos reír.

—Te gusta tu trabajo —comenté.

—Si no fuese por eso anda que iba a aguantar el ritmo. —Puso los ojos en blanco.

—Pero si vives como una reina, vas a gastos pagados a todos los lados y de esa forma te tratan.

—No puedo quejarme, no —sonrió con picardía—. ¿Cómo habéis llevado este tiempo con la ogra de vuestra jefa? —Aneka y yo nos miramos divertidas.

—Me acaba de venir a la cabeza una película de dibujos animados y me da una penita de la protagonista, al pensar en ella por la Fiona de carne y hueso de aquí. —Rio Aneka.

—El tono verde le sentaría muy bien a nuestra jefa —dije y reímos las tres—. Tenemos controlada las situaciones con ella —me dirigí a Astrid—, más o menos.

—Uy, ¿ese «más o menos» qué quiere decir?

—Hace tres semanas, Jailyn no pudo callarse —dijo cantarina Aneka.

—Se pasó mucho. —Arqueé una ceja hacia ella.

—Lo sé —me sonrió con cariño porque si salté fue porque la tomó con ella.

—Pero desde entonces estamos en una calma rara, esperando a que vuelva a suceder. —Me encogí ligeramente de hombros.

—Esa mujer es digna de estudio. —Bufó Astrid—. Vosotras tranquilas que si os quedáis sin trabajo no tardaréis en encontrar otro —comentó segura de ello—. Por el idioma ya no tienes de qué preocuparte. —Se dirigió a mí.

—No. Es un punto muy importante a favor. —Le hice un guiño.

—¿Tú recuerdas alguna vez en la que Jailyn se haya puesto nerviosa en el trabajo, sin contar a nuestra jefe? —l preguntó Aneka a Astrid.

—Ya estamos. —Puse los ojos en blanco.

—Antes no hemos terminado de hablar. —Me señaló con la copa Aneka, antes de beber de ella.

—Eh, ¿nerviosa? —repitió Astrid— Que yo sepa no, al menos no me lo habéis dicho. —Nos miró a las dos—. ¿Qué ha pasado?

—La respuesta a la primera pregunta es un no rotundo. Pues hoy lo ha hecho —dijo con una radiante sonrisa Aneka.

—¿Y eso? ¿Por qué motivo? —Quiso saber con curiosidad Astrid.

—Por un hombre, ¿o dos? —Aneka se giró hacia mí.

—Uno, el que lo acompañaba ha quedado eclipsado. Y estás exagerando mucho —negué con la cabeza.

—¿Quién era? ¿Lo conocíais? ¿A alguno de los dos?

—No —contestamos a la vez.

—Reconozco que es normal. —Levantó una mano Aneka—. He intuido a quién se refiere al verlo, porque, vaya tela… El tío estaba impresionante, más que eso. —Soltó una risilla.

—¿Te ha dicho algo indecente? Cuenta, cuenta. —Astrid apoyó el pecho en la mesa.

«*Tengo otra cosa delante, aparte de un café y se me ocurren muchas más opciones para hacer*». ¿Esas palabras se podían considerar indecentes? Son las que me había dicho el hombre que me había pagado con el billete, sin apartar la vista de mí, con una voz ronca, profunda y hasta me había parecido sensual. Bah, otra tontería.

—Siento desilusionarte, pero no —terminé respondiendo—. Los he atendido a los dos como a cualquier otro cliente, solo es que me ha puesto nerviosa por cómo me observaba —expliqué antes de beber un buen sorbo de vino.

s

Nos quedamos en silencio cuando una camarera vino a nuestra mesa. Colocó en el centro varios platos medianos con los entrantes y aprovechamos para decirle lo que queríamos comer.

—Aunque una cosa os digo, el que lo acompañaba también era digno de ver. Tenían los dos un estilo, un porte, joder, tengo muy vistos a los mismos de siempre de Faaborg —dijo Aneka, haciendo un puchero, pero le duró

epoco cuando fue al ataque de la comida—. ¡Qué hambre tengo! —Cogió el primer entrante para llevárselo a la boca.

—Por eso me he adelantado. —Le hizo un guiño Astrid, antes de imitarla y comer—. O sea, que los dos estaba tremendos, pero el motivo de esta conversación es sobre el tío cañón que te ha dejado con las piernas temblando, solo con unas miraditas por aquí y por allá.

—¿Temblando? —Solté una carcajada—. Tampoco os paséis. —Sacudí la cabeza.

¿Era pasarse? ¿Estaba en lo cierto o exagerando? No iba a admitir bajo ningún concepto lo que me había hecho sentir ese hombre al observarme con unos ojos que transmitían tanta determinación e intensidad, ni con sus palabras, ni durante el tiempo que se había tomado de más para soltar el billete que ambos sujetamos durante unos largos segundos, mirándonos fijamente. Para nada iba a admitirlo.

—Bueno, vengo con un notición. —Agradecí que Astrid cambiara de tema.

—¿Cuál? —Quiso saber Aneka.

Astrid se frotó las manos antes de girarse para coger su bolso. Se lo puso sobre las piernas y buscó algo dentro.

—Mirad. —Lo colocó en la mesa, tapándolo con la mano—. ¿Qué os parece? —Deslizó dos papeles pequeños hacia nosotras.

a Me di cuenta de que de papeles nada, al menos no como había pensado. Eran dos invitaciones en color burdeos, con las letras en dorado.

—¿Qué es esto? —preguntó Aneka, agarrando una.

; —Nos vamos de fiesta —dijo Astrid y levantamos la mirada hacia ella—. Va a ser inolvidable y un *lujazo*, es casi imposible conseguirlas. —Señaló con la cabeza las entradas.

—¿Cómo es que las tienes? —Me interesé.

—Tengo un buen amigo en Copenhague que me las dio antes de venir, tres, para nosotras. —Nos hizo un guiño —. Tengo que llamar al número de teléfono que se detalla, para avisar que iremos tres personas. ¿Qué os parece?

Cogí la tarjeta para verla de cerca. Poco a poco mis ojos se fueron agrandando, al leer la letra pequeña que había en una esquina. Levanté la cabeza despacio, encontrándome con los ojos de Aneka.

—¿Qué pasa? —nos preguntó Astrid.

—Es en el castillo que está a las afueras de la ciudad —comentó Aneka.

—Sí. —Aplaudió Astrid—. ¿Y qué? —. Se puso seria por nuestra falta de emoción.

—¿Quién la organiza? —le pregunté con reticencia.

En la tarjeta no constaba ningún nombre. En realidad, mi actitud era otra tontería porque, aunque alguno destacara, me quedaría igual.

—Pues imagino que el dueño. —Rio—. ¿No os apetece ni lo veis interesante?

Me paré a pensar, las dudas que me habían asaltado no tenían sentido. Quien abrió la puerta del castillo en medio de la oscuridad podía ser cualquier persona que estuviese en el interior, no tenía por qué ser el dueño. No creía que él se dedicase a esas cosas. También pensé en que era imposible que alguien nos reconociera entre toda la gente que asistiría a la fiesta, imaginaba que serían muchas.

Un punto a favor es que conseguiríamos ver el castillo, estar en su interior, al menos dentro de las partes que estuviesen habilitadas para la fiesta.

—Es interesante, sí —dije y una sonrisa fue apareciendo en mis labios.

—¿Sí? —me preguntó extrañada Aneka.

Desde que nos alejamos del castillo no habíamos vuelto a hablar del tema que me cambió el carácter, pero sabía que no lo había sacado por cómo me vio mientras regresábamos aquella noche a Faaborg.

—Sí —le confirmé con un guiño.

Soltó un pequeño grito y empezó a hablar de carrerilla. La emoción la asaltó de golpe y Astrid y yo reímos, con Aneka sin poder dejar de hablar.

—Es en el castillo que está a las afueras de la ciudad —comentó Aneka.

—Sí. —Aplaudió Astrid—. ¿Y qué? —. Se puso seria por nuestra falta de emoción.

—¿Quién la organiza? —le pregunté con reticencia.

En la tarjeta no constaba ningún nombre. En realidad, mi actitud era otra tontería porque, aunque alguno destacara, me quedaría igual.

—Pues imagino que el dueño. —Rio—. ¿No os apetece ni lo veis interesante?

Me paré a pensar, las dudas que me habían asaltado no tenían sentido. Quien abrió la puerta del castillo en medio de la oscuridad podía ser cualquier persona que estuviese en el interior, no tenía por qué ser el dueño. No creía que él se dedicase a esas cosas. También pensé en que era imposible que alguien nos reconociera entre toda la gente que asistiría a la fiesta, imaginaba que serían muchas.

Un punto a favor es que conseguiríamos ver el castillo, estar en su interior, al menos dentro de las partes que estuviesen habilitadas para la fiesta.

—Es interesante, sí —dije y una sonrisa fue apareciendo en mis labios.

—¿Sí? —me preguntó extrañada Aneka.

Desde que nos alejamos del castillo no habíamos vuelto a hablar del tema que me cambió el carácter, pero sabía que no lo había sacado por cómo me vio mientras regresábamos aquella noche a Faaborg.

—Sí —le confirmé con un guiño.

Soltó un pequeño grito y empezó a hablar de carrerilla. La emoción la asaltó de golpe y Astrid y yo reímos, con Aneka sin poder dejar de hablar.

Capítulo 9



Estaba en el baño terminando de secarme el pelo. Las ondas me estaban quedando perfectas. Eran naturales, pero no todos los días parecía que querían colaborar. Estaba más que satisfecha porque iba a dejarme la melena suelta para la gran fiesta. Era esta noche, y según Astrid y Aneka, nos lo íbamos a pasar genial.

Eran las siete y media de la tarde del sábado, en menos de una hora vendrían a recogerme para ir juntas al castillo. Si no fuese por los nervios incontrolables y totalmente ilógicos por ir hasta allí, los que se me habían agarrado al estómago, estaría disfrutando más del proceso de arreglarme.

Ya me había duchado, estaba a punto de terminar con el pelo, y lo siguiente era ir hasta la cama, donde había dejado el vestido extendido, junto a todos los complementos y los zapatos. Astrid se había encargado de todo, al saber cómo debíamos ir vestidas. Aneka y yo nos habíamos dejado guiar por ella y el resultado había sido más qu bueno.

Lo que iba a ponerme me encantaba, y había un detalle decorativo que me hacía gracia. A la fiesta había que ir con máscaras, la mía cubría parte de la frente y los ojos, después bajaba por los laterales de las mejillas con una fina línea de tela, dejando al descubierto las mejillas, la nariz y los labios. No ocultaba mucho, pero imaginaba qu no era para esa la finalidad, solo para darle un toque más especial y misterioso a la fiesta.

Ni idea. Recogí el secador, lo guardé y salí del baño envuelta en el albornoz. Sonreí al ver el vestido. Me acerqué a él, me deshice del albornoz y me lo puse. Era la segunda vez, la primera fue en la tienda y como en aquella ocasión, me vi perfecta en el espejo de cuerpo entero. Giré un poco y la tela onduló por la abertura lateral que dejaba ver la pierna, frente al espejo. En la otra pierna había otra idéntica. Iba a pasar un poco de frío como estuviésemos mucho tiempo a la intemperie, pero bien merecía la pena y esperaba que no fuese mucho.

Hacía muchísimo tiempo que no me arreglaba tanto, y una pequeña emoción se apoderó de mí. Las aberturas de la falda empezaban un poco más arriba de la mitad de los muslos. A partir de ellas la tela no se ajustaba tanto al cuerpo, lo que sí hacía en el trasero, en las caderas, la barriga y el pecho. Y sobre este último lo agradecía, porque el vestido tenía un escote de pico que bajaba hasta el inicio del estómago, dejando una abertura entre los pechos. Imposible llevar sujetador, pero ni falta que hacía porque la tela se ajustaba con fuerza en las zonas clave.

Era sugerente, pero muy elegante. La zona de la espalda tenía el mismo escote que la delantera, por lo que buena parte de la espalda quedaba al descubierto. Giré en una vuelta completa frente al espejo, despacio, hasta qu

di el visto bueno.

Satisfecha fui hasta la cama y me coloqué el collar fino que se quedó ajustado a mi cuello, con una ligera cadena brillante cayendo por el centro, hasta la mitad de los pechos. Me puse dos pulseras, al igual que unos pendientes sencillos que componían el conjunto. Me senté en la cama para calzarme los zapatos de tacón fino y di varias vueltas por la habitación, subida a ellos.

Ya ni me acordaba de cuándo fue la última vez que me puse unos tan altos y refinados. Tampoco es que fuesen una locura, me refiero a la altura, pero sí que era más de lo que estaba acostumbrada de un tiempo a esta parte. Los tacones debían medir entre cinco y seis centímetros.

Fui hasta el baño, me recogí el pelo con cuidado y me dediqué a maquillarme. Lo que más destaqué fueron los labios porque los ojos me quedarían ocultos con la máscara. Una fina base cubriéndome la cara, un poco de colorete, máscara de pestañas y el labial, y ya estaba lista.

Me solté el pelo, moldeé las ondulaciones con las manos y me observé en el espejo. No parecía yo, o sí, pero muy diferente. Sonreí ante mi reflejo.

Regresé a la habitación, comprobé que en el bolso pequeño que iba a llevarme estuviese todo lo necesario y salí con él en una mano, el móvil y la máscara en la otra y con el abrigo colgando de un brazo. No tardé en ponérmelo al primer escalofrío que me recorrió. Lo abotoné dejándome bien tapada y volví a la habitación a por un pañuelo largo para el cuello, el que me coloqué con gracia mientras recorría el pasillo de vuelta al salón.

Guardé el móvil en el bolso y entré en la cocina, para hacerme un café. Me vendría bien para que se me asentara el estómago y para pasar el tiempo, hasta que mis amigas llegaran.

Me lo tomé en el patio trasero y me reí yo sola cuando crucé las piernas. La tela suave y abierta del vestido cayó hacia un lado, dejándomelas al aire, al límite de una zona que ni por asomo pretendía enseñar. Estaba bien saberlo para controlar las posiciones una vez estuviese en la fiesta, aunque dudaba que me sentara en algún momento.

Saboreé el café, recordando el tiempo que había pasado en la casa de Inga y de Arvid, los padres de Aneka. Habíamos comido los cuatro, como quedamos con Arvid cuando vino a la cafetería a vernos. Les habíamos explicado nuestros planes para esta noche. Primero se sorprendieron, después se mostraron contentos por nosotras y la experiencia que sería.

Debido a la fiesta, el viernes descartamos salir por la mañana en las bicicletas. La visita a la ciudad de Odense esperaría hasta el próximo sábado libre. No queríamos cansarnos antes de tiempo en la fiesta, por lo que a excepción de ir a comer a la casa de los padres de Aneka, no habíamos hecho nada más durante el día.

Cuando las piernas se me quedaron frías me levanté y fui hacia el interior de la casa. Cerré la puerta trasera con llave y me terminé el café en el sofá. El timbre sonó al cabo de unos minutos, por lo que me apresuré a coger el

bolso y la máscara de encima de la mesa, donde los había dejado.

—¡Estás espectacular! —gritó Aneka, asomando la cabeza por la ventanilla trasera del taxi.

Reí mientras caminaba hasta el vehículo. Habíamos optado por ir en taxi para despreocuparnos, al igual que regresaríamos. Los precios de los trayectos eran bastante altos, se podía considerar un lujo, pero la ocasión merecía que por una vez nos olvidáramos de ese detalle. Pagarlo entre las tres no supondría tanto y teníamos a nuestro favor que hasta el castillo tampoco había mucha distancia.

—Y eso que solo has visto el abrigo, el pañuelo y los zapatos —comenté divertida una vez me monté junto a ellas, en los asientos traseros.

Entre risas nos abrazamos y nos dimos besos.

—¿Lleváis las máscaras? —susurró Astrid— A ver si vamos a tener que volver.

Yo saqué la mía de detrás del bolso, haciéndola visible. Aneka asintió dando varios golpecitos a la cartera de vestir que colgaba de su hombro por una cadena.

—Estupendo. —Aplaudió Astrid, cuando el taxi empezó a moverse.

Le preguntamos al hombre si tendríamos problema para regresar tarde. No sabíamos a qué hora saldríamos de la fiesta, podía ser pronto o a las tantas de la madrugada, según lo a gusto que estuviésemos. Nos comentó que siempre había alguien de guardia en la central, por lo que no teníamos que preocuparnos. Con llamar unos minutos antes de salir lo tendríamos esperándonos en la puerta, para llevarnos hacia donde quisiéramos.

Se lo agradecimos y nos pusimos a hablar, al menos yo lo intenté porque mis nervios se intensificaron.

—Tengo la sensación de que estoy yendo de cabeza a la boca del lobo —murmuré mirando hacia oscuridad, a través de la ventanilla.

El castillo ya era visible, sorprendentemente iluminado en medio de la nada. Tragué saliva, pero nada bajó por mi garganta al tenerla seca.

—Mientras el lobo esté impresionante y te haga perder el sentido, puedes dejarte atrapar —dijo con una risilla Aneka.

—Creo que esta noche vamos a conocer a muchos lobos —añadió Astrid, levantando las cejas varias veces.

—Sois de una ayuda… —Bufé y terminamos riendo las tres.

—Va a estar muy bien, ya lo veréis —añadió.

—Será que hace mucho que no salgo de esta forma —susurré sonriéndoles.

—Solo tenemos que disfrutar. Ah, lo único que me dijo Anders cuando me dio las entradas, mi amigo de Copenhague, es que no me asustara por lo que pudiera ver —comentó Astrid.

—¿A qué se refirió? —pregunté agrandando los ojos.

—Eso digo yo. —Jadeó Aneka.

—Y yo qué sé, ¿entendéis lo que significa que es lo único que me dijo? —Soltó una carcajada.

—Joder —susurró Aneka—. Bah, ¡qué más da! Estoy dispuesta para disfrutar al máximo, siempre y cuando no cruce ciertos límites que tengo muy claros, por supuesto. —Carraspeó.

Astrid y yo la miramos divertidas.

—¿Qué? Una no asiste a fiestas como estas habitualmente, por no decir que será la única vez que tenga la oportunidad. —Se encogió de hombros, de una forma graciosa.

—Estoy de acuerdo —asentí.

Nos quedamos en silencio cuando el taxista, después de desviarse del camino asfaltado y adentrarse en la hierba, se acercó a los farolillos que habían colocado encima de ella, haciendo un camino de luces. La emoción fue palpable, le habían dado un encanto especial para llegar hasta el castillo, el que solo estaba a unos metros por delante del taxi.

—Las máscaras —habló Astrid.

Las tres las dejamos preparadas y cuando el hombre frenó frente a la entrada, una vez le pagamos, nos las colocamos y nos ayudamos a tenerlas bien posicionas en las caras.

—Que disfruten de la noche. —Nos deseó amablemente el taxista.

Se lo agradecimos y nos bajamos. Nos ajustamos los abrigos al cuerpo, al notar la ligera brisa que corría.

—Con esto en la cara me siento importante. —Rio Aneka, más por los nervios y la anticipación.

—Puedes hacer todas las travesuras que quieras, si no te conoce alguien de fuera es imposible que te reconozca en la calle —dije haciéndole un guiño.

—Joder, espero que no haya nada a quien conozca. —Hizo un puchero.

—Habrá mucha gente —comentó Astrid, agarrándose de nuestros brazos—. Vamos a entrar ya porque nos veo congeladas aquí, sin poder mover un pie, y sería un desperdicio.

Riendo, así llegamos hasta un hombre que bloqueaba la puerta con su cuerpo. Era la misma puerta que se abrió en la oscuridad, cuando me paré con la bici a poca distancia de ella, hacía ya días.

Le enseñamos nuestras invitaciones y al decirle nuestros nombres nos buscó en una lista y cuando nos localizó, hizo tres círculos, invitándonos a entrar con otro disfruten de la noche. Volvieron los agradecimientos y traspasamos la puerta.

La imagen de un inmenso patio central descubierto, con la construcción del castillo alzándose alrededor a él, nos dejó con la boca abierta, asombradas. Nos quedamos unos segundos admirándolo todo, se veía perfectamente por cómo habían decorado el lugar. Había farolillos alumbrando la extensión de la hierba y por las paredes, recorrían toda la altura de ellas.

—¡Qué pasada! —exclamó Aneka.

—Sí —dije y una sonrisa apareció en mis labios.

Era impresionante de ver y me crearon curiosidad las luces suspendidas en el aire, como si flotaran. Ni idea de cómo se mantenían en esas posiciones, sin moverse, pero la sensación visual muy agradable y mágica.

—Buenas noches. —Las tres, al mismo tiempo, nos sobresaltamos.

La impresión de lo que veíamos se terminó de golpe, para ser sustituida por la presencia de un hombre que se había acercado tan sigiloso hacia nosotras que… La verdad es que, aunque hubiese hecho mucho ruido no lo habríamos escuchado.

—Por favor, síganme. Las llevo hacia donde tiene lugar la primera fase de la fiesta —nos sonrió amable.

Asentimos coordinadas y fuimos detrás de él. A cada paso que di lo hice manteniendo el equilibrio. Los tacones se hundían en la hierba y mi estabilidad era nula, hasta que no dejáramos el patio atrás. Agradecí cuando pisé suelo firme y tanto Aneka, Astrid y yo, soltamos un suspiro.

Pero no entramos, continuamos en un lateral del patio. El hombre nos pidió los abrigos mientras llamaba a una puerta pequeña de madera. Una mujer apareció al otro lado y nos sonrió. Le dimos los abrigos, yo también el pañuelo del cuello y volvimos a decir nuestros nombres para recogerlos cuando nos fuésemos. Nos quedamos con los bolsos.

Casi adelantamos al hombre cuando volvió a andar, por suerte entramos rápido al castillo, por otra puerta que estaba muy cerca.

—¿Qué habrá querido decir con la primera fase de la fiesta? —susurró Astrid.

—Ni idea, pero se me ha puesto el vello de punta. —Imitó su tono de voz Aneka.

—¿No será porque hace frío? —Fruncí los labios.

—También, pero… Joder, lo de fuera era precioso.

Estuvimos de acuerdo y nos quedamos calladas, para caminar siguiendo los pasos del hombre. Recorrimos un pasillo largo y ancho, con la vista yendo de un lado para el otro de las altas paredes. Conforme fuimos avanzando empezó a llegarnos el sonido suave de la música, la que fue intensificándose, hasta que la escuchamos perfectamente cuando nos paramos frente a una gran puerta. En este lugar todo superaba las dimensiones normales.

—Adelante. —Nos ofreció entrar, después de abrirnos la puerta.

Casi adelantamos al hombre cuando volvió a andar, por suerte entramos rápido al castillo, por otra puerta que estaba muy cerca.

—¿Qué habrá querido decir con la primera fase de la fiesta? —susurró Astrid.

—Ni idea, pero se me ha puesto el vello de punta. —Imitó su tono de voz Aneka.

—¿No será porque hace frío? —Fruncí los labios.

—También, pero… Joder, lo de fuera era precioso.

Estuvimos de acuerdo y nos quedamos calladas, para caminar siguiendo los pasos del hombre. Recorrimos un pasillo largo y ancho, con la vista yendo de un lado para el otro de las altas paredes. Conforme fuimos avanzando empezó a llegarnos el sonido suave de la música, la que fue intensificándose, hasta que la escuchamos perfectamente cuando nos paramos frente a una gran puerta. En este lugar todo superaba las dimensiones normales.

—Adelante. —Nos ofreció entrar, después de abrirnos la puerta.

Capítulo 10



Un salón enorme se mostró ante nosotras. Por unos instantes nos quedamos cohibidas, cuando muchas cabezas se giraron para ver quién había entrado. Por suerte la máscara sirvió para sentirme anónima, imaginé que a mis amigas les sucedió lo mismo.

Di gracias que todos volvieron a lo suyo, y que nosotras conseguimos movernos. Caminamos hacia un lateral del salón, directas hacia una gran barra. Lo primero que necesitaba hacer era refrescarme la garganta como fuese. Todos los nervios que había pasado se disiparon poco a poco, la verdad es que a los pocos minutos ni me acordé de dónde estaba.

Nos integramos en la fiesta, después de pedir tres consumiciones. Nos sorprendió cuando el chico que nos atendió rechazó nuestro dinero. Por lo visto no había que pagar la bebida durante la noche, lo que era un detalle y de agradecer. El dueño que había organizado la fiesta debía ser alguien importante, bueno, teniendo en cuenta que tenía de propiedad un castillo, me podía hacer una ligera idea de la posición que debía tener.

Los primeros sorbos seguidos que le di al cóctel que había pedido me sentaron de maravilla. Nos giramos en la barra, observando a todas las personas a las que alcanzábamos a ver. Había muchísimas y por la hora que era llegarían muchas más. Digo yo, porque era la primera vez en mi vida que me veía en una de estas.

La música tenía el volumen perfecto para poder mantener conversaciones, la gente hacía corros hablando, otras bailaban sin vergüenza en el lugar que estuviesen, camareros caminaban recorriendo el salón con bandejas. Cuando uno pasó por nuestro lado aprovechamos para coger varios canapés cada una. Nos miramos, reímos y después nos los comimos, soltando un jadeo final por la mezcla de sabores que se fusionaron en nuestras bocas.

—Joder, yo quiero más de estos —dijo Aneka, hablando con la boca llena.

—Enseguida nos hacemos con más. —Rio Astrid.

—Yo con los canapés, los cócteles y este ambiente me doy más que satisfecha —les dije recorriendo con la vista a las personas que estaban más próximas a nosotras.

—¿Te dijeron algo cuando llamaste al número de teléfono? —Se interesó Aneka.

—Hablé con un tal Klaus y al decirle el motivo de mi llamada, me pidió que le dijera de parte de quién venía. Solo eso, lo dio como bueno, anotó nuestros nombres y tachán… —Abrió los brazos.

—Guay —le sonrió Aneka.

—¿Cuántas personas habrá aquí? —pregunté distraída.

—Uf, ni idea. Este salón tiene muchos metros a lo ancho y a lo largo de él.

Comimos más, al igual que bebimos, los cócteles dulces entraban solos. Nos quedamos junto a la barra, divirtiéndonos mientras movíamos las caderas sin separarnos de ella. Cuando llevábamos una hora, más o menos, dos chicos se acercaron a nosotras. Se nos presentaron como Harald y Ulrik, y al ser muy amables y risueños, entablamos conversación con ellos. Por lo que nos contaron también era la primera vez que asistían a una fiesta como esta.

El volumen de las voces y de las risas fue aumentando por los efectos del alcohol, y en un momento dado…

—Vamos a continuar con la diversión. —Nos giramos a la voz fuerte que habló desde el centro de la sala.

Era un hombre, debía estar subido en algo porque sobresalía de los cuerpos que estaban de pie a su alrededor.

—Quien quiera permanecer en esta sala perfecto, pero quien se anime a descubrir otras zonas del castillo, en compañía o sin ella, es libre y bienvenido a recorrer esta planta y la de arriba. Más no, que os conozco. —Se dirigió a todos y las risas fuertes envolvieron la sala.

—Oh, vamos a poder ver más del castillo —dijo emocionada Aneka.

—Eso parece —sonreí porque me llamaba mucho la atención.

Dejé la copa en la barra, cerca, y observé cómo poco a poco las personas salían animadas de la sala. Al ver algunas actitudes tuve claro qué iban a buscar ciertas de ellas, los roces y las caricias intencionadas dejaron en evidencia lo que se proponían. Me imaginé a varias parejas o más, en rincones escondidos del castillo, teniendo una experiencia sexual diferente, envueltos en la oscuridad.

Sacudí la cabeza con una sonrisa, pensado en que, si mi suposición era correcta, esperaba no encontrarme con alguna de frente.

—¿Os animáis? —nos preguntó Harald.

—Por lo poco que sé, ahora empieza lo bueno. —Nos hizo un guiño Ulrik.

—¿Por bueno a qué te refieres? —le preguntó curiosa Astrid.

—Hay muchas habitaciones y zonas que se pueden ocupar, ya me entendéis —dijo Harald.

—Mmm… Pues no —comentó Aneka y aguanté la risa.

—¿Vienes conmigo y te lo enseño? Prometo mantener las manos quietas si es lo que quieres. —Le hizo un guiño.

—¿Qué…? ¡Oh! —Se ruborizó al pillar el significado de sus palabras.

Aneka giró la cabeza, primero hacia mí, después hacia Astrid. Así estuvo unos segundos, yendo de una a otra.

—¿En serio? —preguntó sin terminar de creérselo.

—Sí —le contestó Harald, con expresión divertida.

—Pues sí que quiero ir —se animó sin darle muchas vueltas, y sonreí de oreja a oreja.

Así lo habíamos hablado las tres. No sabíamos cómo iba a ir la noche, ni lo que nos encontraríamos, pero lo que tuvimos claro es que la íbamos a disfrutar al límite que cada una impusiera. Así que me alegré de su decisión.

—Yo voy por libre. —Me adelanté a alguna propuesta.

Ulrik me miró y asintió, por lo que se centró en Astrid.

—¿Estás segura? —Quiso saber Astrid.

—Sí —asentí para dejárselo más claro.

—Mmm…

—Será un placer ir contigo —le habló Ulrik.

—Gracias —le sonrió ella.

—Como seguramente vais a estar muy entretenidas… ¿Dónde nos vemos cuando terminemos? —les pregunté.

—Joder, ¡qué vergüenza! —dijo Aneka, llevándose las manos a los mofletes. Se le habían puesto de un tono rojizo que destacaba.

—No va a pasar nada que no quieras. —Le recordó Harald, amable, como se había mostrado hasta este momento.

Pobre de él que cambiara la actitud y el pensamiento, si valoraba sus cabezas. Sí, me estoy refiriendo a las dos de su cuerpo que podían denominarse así.

—Vale —le sonrió Aneka—. Será divertido recorrer el castillo —Harald asintió.

—¿Escribimos un mensaje y nos reunimos en el patio central con los abrigos? Aquí puede haber mucha gente —habló Astrid.

—Hecho. —Le di un golpecito al bolso, donde tenía el móvil.

—¿Seguro que no te importa? —Esta vez fue Aneka quien insistió.

—Dejaros de preocuparos por mí. —Sacudí la cabeza—. Lo he elegido yo. vosotras a lo vuestro.

—Solo lo sugiero… No hay problema en hacer un grupo de tres —comentó Ulrik y las cabezas de mis amigas volaron hacia él—. No sería tan raro. —Levantó las manos hacia ellas, intentando no reír.

—La virgen —dijo Astrid.

—Te lo agradezco, pero no. Os acompaño hasta la puerta, a ver hacia qué dirección voy. —Les hice un guiño.

—Está bien —aceptó Aneka, con un suspiro.

—Vamos a añadir a los teléfonos el modo vibración, así cuando suene nos enteramos mejor —comentó Astrid y lo hicimos.

Cuando salimos del salón tuve que reírme, las dos se despidieron de mí con abrazos y besos, como si no nos fuésemos a ver en cuestión de horas, porque no creía que sucediera antes. Aneka y Harald fueron hacia la izquierda, caminando por el pasillo. Astrid y Ulrik se dirigieron hacia el lado contrario. Los cuatro mirando con curiosidad por donde pasaban.

Yo decidí ir en la misma dirección que Astrid y Ulrik, cuando me fijé en la escalera que subía a la planta de arriba. Ellos pasaron de largo y fue entonces cuando me moví, alejándome del salón. Conforme subía los escalones, acaricié con la yema de los dedos la pared de piedra. Estaba fría, pero no húmeda. El contraste de temperatura me erizó el vello, pero no paré de hacerlo, hasta que llegué a la primera planta y la última, por lo que había remarcado el hombre que había hablado en medio del salón, hacia todos.

Me encontré con otro pasillo largo y ancho iluminado con luces tenues, y con varias personas. Algunas se perdieron al otro lado de varias puertas, otras continuaron yendo de un lado al otro. Moví los pies y me paré frente a una de las ventanas que daban al patio central. Desde esta altura se veía aún más impresionante la decoración y durante unos segundos recorrí todos los detalles con la vista.

Me imaginé el uso que le darían antaño, y hasta visualicé a la gente de épocas pasadas haciendo sus tareas y comercializando con productos de la tierra y artesanales. A saber, si estaba en lo cierto, pero la imagen en mi cabeza fue muy nítida y clara, y me encontré sonriendo por ello.

Debía impactar tanto vivir en un lugar como este, era increíblemente grande. Yo con dos habitaciones tendría más que suficiente porque daba por hecho que sus dimensiones irían en línea con el castillo.

Unas risas me hicieron girar disimuladamente la cabeza hacia la derecha y curvé los labios al ver a una mujer con la espalda contra una puerta. Un hombre la tenía arrinconada y la sujetaba con fuerza. No tardaron en desaparecer en el interior de la estancia.

Volví a moverme, caminando por el pasillo, distraída mientras observaba las telas decorativas que colgaban de las paredes de piedra. Me acerqué a una de ellas. No creía que fuesen originales, no sabía si eso era posible, pero la realidad que habían plasmado era sorprendente, en todas, y más concretamente en la que observaba con atención.

Un pequeño escalofrío me recorrió. En el salón en el que habíamos estado hacía buena temperatura, pero al salir la temperatura había descendido considerablemente. Lamenté no haber ido a por el abrigo y el pañuelo del cuello, pero no pensaba bajar, para después subir. Había un buen tramo de escalera y con los tacones… Pues eso, que no, que si bajaba era para irme o para quedarme en la planta baja.

Me paré frente a una puerta y me animé a entrar. No buscaba nada, solo ver si el interior de la estancia estaba vacío y podía admirarlo. Así lo hice, tenía permiso y lo único que podía pasar es que hubiese alguien dentro y retrocediera. No entraba en mis planes hacer un trío ni nada, solo disfrutar de la increíble experiencia de estar dentro de un castillo de estas características.

Sonreí cuando cerré la puerta a mi espalda. Recorrí la sala vacía con la vista, contemplando todos los detalles. Dos lámparas grandes colgaban del centro del techo y la iluminaban. Di varios pasos, hasta que me paré junto a un sofá largo. Estaba claro que era moderno y recorrí el respaldo con la yema de los dedos, apreciando su suavidad aterciopelada.

A mis oídos llegaron unos sonidos amortiguados de alguien que se lo estaba pasando realmente bien, la procedencia era bastante cerca porque para traspasar las paredes anchas de piedra… Sacudí la cabeza. No tuve ni idea de que fuese a esto a lo que se refirió el hombre que nos había acompañado al interior del castillo, al llegar, cuando nos dijo lo de la primera fase de la fiesta. No estaba sorprendida, siendo realista me había esperado cualquier cosa enfocada a lo que nos habíamos encontrado, y poco me había equivocado.

Mis salidas nocturnas eran de lo más normales, quizás con anterioridad variasen un pelín, pero de eso hacía tanto tiempo que ya no lo recordaba. No había vuelto a meterme en algo parecido y no tenía la intención de que cambiara. Unos intensos jadeos llegaron de algún lado, pero los ignoré mientras me sentaba en una butaca.

Era tan cómoda como parecía, y fijé la vista en la chimenea apagada, colocando el bolso sobre las piernas. ¿Cómo debía ser hacer lo mismo cuando me apeteciera? ¿Disponer de todo esto como algo habitual?

Cerré los ojos al escuchar el sonido de varias puertas y disfruté del silencio momentáneo que me rodeó, un silencio absoluto que no duró mucho. Abrí los ojos de golpe y giré la cabeza despacio, hacia la puerta.

Alguien había entrado y ese alguien era un hombre que, como todos los demás asistentes a la fiesta, llevaba una máscara cubriéndole la cara.

Mis salidas nocturnas eran de lo más normales, quizás con anterioridad variasen un pelín, pero de eso hacía tanto tiempo que ya no lo recordaba. No había vuelto a meterme en algo parecido y no tenía la intención de que cambiara. Unos intensos jadeos llegaron de algún lado, pero los ignoré mientras me sentaba en una butaca.

Era tan cómoda como parecía, y fijé la vista en la chimenea apagada, colocando el bolso sobre las piernas. ¿Cómo debía ser hacer lo mismo cuando me apeteciera? ¿Disponer de todo esto como algo habitual?

Cerré los ojos al escuchar el sonido de varias puertas y disfruté del silencio momentáneo que me rodeó, un silencio absoluto que no duró mucho. Abrí los ojos de golpe y giré la cabeza despacio, hacia la puerta.

Alguien había entrado y ese alguien era un hombre que, como todos los demás asistentes a la fiesta, llevaba una máscara cubriéndole la cara.

Capítulo 11



—Vaya —se llevó la copa a los labios y dio un sorbo largo—, la suerte me acompaña —sonrió de medio lado.

Se frotó la nariz de una forma muy significativa, no porque le picara. Vi alguna pequeña prueba de ello, antes d que se la retirara.

—He entrado aquí a esperar a que la puerta se abriera y mira qué sorpresa, ya hay alguien dentro. —Volvió a beber, mientras daba varios pasos hacia mí.

Me levanté despacio, sin apartar la vista de él, mientras me colgaba el bolso cruzado. Me dio que era la mejor opción en este momento.

—Siento desilusionarte, vas a tener que esperar igualmente —dije.

—Lo dudo, podemos pasárnoslo muy bien. —Rio—. ¿No te parece?

—No. —Dejé claro. Mi negación sonó rotunda, como lo era.

Caminé en su dirección, para pasar a una distancia prudencial de él. No me apetecía alterarme con un personaje como él, el que no estaba en sus facultades debido a lo que había tomado, en varios sentidos.

—¿Ahora te vas a hacer la estrecha? —Frené mis pasos—. Si estabas aquí sola es por algo, esperando para disfrutar y es precisamente lo que busco yo.

Me dieron ganas de darle un puñetazo en la cara, por cómo recorrió mi cuerpo con la vista, varias veces. Un asco tremendo me subió hasta la garganta.

—Me hago lo que me dé la gana, y para tu información, estaba disfrutando hasta que has llegado, sola. Si buscas compañía de cualquier tipo no será conmigo.

—Mmm… Me gusta cuando os hacéis las duras. —Soltó una carcajada.

Ignoré su comentario y volví a caminar hacia la puerta. De un movimiento rápido se puso a mi espalda y se pegó a mí, rodeándome la cintura con un brazo. El otro lo tenía ocupado sujetando la copa con la mano. Maldije interiormente cuando sentí demasiadas zonas de su cuerpo en contacto con la fina tela de mi vestido.

—Suéltame —siseé.

—No es lo que quiero —«inspira», me dije y lo hice, pero fue peor porque el olor de su colonia se me metió en la nariz y empeoró el asco—. Solo tienes que dejarte llevar —«espira», volví a hablarme—. ¿Lo has pensado mejor? —Inspir…

A la mierda la tranquilidad, en cuanto noté su aliento cerca de mi cuello y su mano moviéndose en mi barriga, lo consideré más que suficiente, cuando no tendría que haberse acercado a mí. Me moví rápido, me deshice del agarre de su brazo y giré hacia atrás, llevándome esa parte de su cuerpo conmigo.

—¿Qué…? Ahhh… —Soltó un quejido.

—¿Qué parte no entiendes de una negativa, imbécil? —siseé haciendo presión en su muñeca.

—Mierda, suéltame.

—Eso mismo te he pedido yo hace unos segundos, ¿lo has hecho en ese momento?

—No. Joder, duele.

—¿No te gustaban las duras? —Hice más fuerza en mi agarre e incliné su cuerpo hacia atrás.

—Era una forma de hablar —siseó.

—Ya…

Lo solté de golpe, dándole un empujón que lo llevó a chocar con el sofá. El líquido de la copa se esparció por el suelo. Se giró despacio hacia mí, frotándose el hombre, el brazo y la muñeca. Su cara todavía reflejaba el dolor. Arqueé una ceja y le di unos segundos para acercarse, por si quería que se lo dejara más claro aún. Lo habría hecho encantada, pero optó por la mejor decisión.

Caminé hasta la puerta y la abrí de golpe, echándole una última mirada, antes de cerrar con un golpe seco. Pareció retumbar a lo largo del pasillo, pero dudaba de que alguien lo hubiese escuchado con lo entretenidos que debían estar. Empecé a andar para buscar otro lugar solitario, sobre todo asegurándome que lo fuese.

Medio giré hacia atrás cuando escuché una puerta abrirse y sabía que era por la que había salido. No quería problemas, solo disfrutar de lo que quedara de noche, por lo que evité otro encontronazo con ese hombre.

Efectivamente lo vi de refilón cuando abrí otra puerta y entré, él salía y miró hacia los lados, por suerte no llegó a tiempo para ver donde acababa de entrar.

Cerré la puerta sin hacer ruido, lo más silenciosa que pude, y solté un suspiro con los ojos cerrados. Hasta que abrí los párpados de golpe, al diferenciar unos sonidos… Tragué saliva y me giré despacio, la cabeza no se me adelantó, siguió el mismo ritmo de mi cuerpo.

Contuve la respiración cuando frente a mí, a unos metros de distancia, una escena se presentó, una que me dejó paralizada.

Mi reacción no fue provocada por el cuerpo del hombre que estaba sentado en un sillón, ni por la mujer que estaba de rodillas en una alfombra mullida que parecía súper suave, ni siquiera la cabeza de ella subiendo y bajando, justo en una zona muy concreta del cuerpo de él, mientras el hombre la sujetaba del pelo.

Tragué saliva y me puse rígida al encontrarme con una mirada desafiante y… Y… Oh, joder, un escalofrío me recorrió de la punta del pelo a los pies, por la intensidad con las que los ojos del hombre se encontraron con los míos.

«Mierda y más mierda», me dije, agobiada de repente. No por intuir lo llena que tenía la mujer la boca, ella no se había dado cuenta de mi presencia, al no hacer ruido al entrar. En el suelo había moqueta y los tacones no sonaron, y con el sigilo que había cerrado la puerta…

Me estremecí sin poder moverme, no supe qué me pasó, pero no pude apartar los ojos de los de ese hombre. Tenía la mandíbula apretada y los labios fruncidos, cuando al girarme los había visto entreabiertos por el placer. Había entrecerrado los ojos, mientras me observaba sin pestañear.

«Sal de aquí», me pedí, pero fracasé antes de intentarlo siquiera. Parpadeé varias veces, como saliendo del trance, al escuchar los sonidos que hizo la mujer. Fueron provocados cuando él le movió la cabeza con la ayuda del pelo que le sujetaba. Aceleró sus movimientos en torno a su miembro, sus acogidas y a mí me entró de todo por el cuerpo.

Sin motivo, pero bueno, hay muchas cosas inexplicables que salen de nuestro control. Sin apartar la atención de mí, intensificó aún más los movimientos de ella y decidí que ya había visto bastante por esta noche. Y tenía gracia porque ahora mismo solo le estaba viendo la cara e imaginando lo que ella le hacía.

A imaginación no me ganaba nadie y por suerte o desgracia en este instante, tenía muy claro lo que se mostraría ante mí si tuviese una posición en la que viese la escena perfectamente. El hombre estaba completamente vestido, suponía que solo tenía al aire lo que la otra estaba utilizando.

Ladeé la cabeza hacia un lado y fruncí ligeramente el ceño. Mi melena cayó hacia un lado, mientras analizaba sus ojos… Tuve la sensación de reconocerlos, pero no caí en qué momento los había visto. Podría haber sido en la

cafetería, o tal vez me lo encontré en la calle, o en alguna tienda que frecuentaba. Con la máscara que llevaba, más grande que la mía, era difícil diferenciar más rasgos de su cara. Le cubría más de la mitad de ella.

Empecé a retroceder de espaldas, di varios pasos hacia atrás. Cuando vio mi intención paró del pelo los movimientos de la mujer. Si pensaba que iba a quedarme a observar mientras él encontraba el placer… Iba apañado. Ella se quejó, por lo visto le había frenado la diversión, él tensó más la mandíbula y si no me equivocaba el cuerpo también. Cuando toqué la puerta con la espalda, busqué el pomo con la mano, sin darle la espalda.

Lo agarré y fue en ese momento en el que me giré rápido y abrí. Salí al pasillo cerrando igual de despacio que minutos antes y cogí una bocanada de aire. Miré hacia los lados del pasillo, estaba vacío y lo agradecí inmensamente.

«Menuda noche más rara», me dije. Al final me había cansado de castillo y de mierdas. Decidida a que me diera el aire me dirigí hacia la escalera. Bajé peldaño a peldaño y giré a la derecha al llegar abajo. Salí al patio y me estremecí por el significativo cambio de temperatura. Fui a buscar mi abrigo y el pañuelo del cuello, y cuando la chica me los devolvió, me los coloqué rápido.

Se lo agradecí y empecé a caminar por la hierba. No había mejor lugar para esperar a mis amigas que el patio central. Cuando me cansé de que se me hundieran los tacones en la hierba, me agaché y me quité los zapatos. El contacto directo con la hierba fresca y húmeda me hizo estremecer, pero era mucho mejor porque pude caminar tranquilamente.

Recorrí el patio, haciendo zigzag entre los farolillos del suelo. Me paré cuando llegué a las luces que se mantenían suspendidas y elevé la vista. Estaban sujetas por finos hilos de que debían pasar de lado a lado de la construcción del castillo. Por unos instantes me mantuve sin moverme, pensativa y embobada con las luces.

Hasta que bajé la mirada y localicé una zona en la que podía esperar tranquilamente. Al fondo había varios bancos pegados a la pared de la fachada contraria por la que había entrado para la fiesta. Mejor lo más lejos posible y preferiblemente casi a oscuras porque en esa parte solo varios farolillos iluminaban un poco.

Me senté en la fría piedra, coloqué los zapatos encima y saqué el móvil del bolso para comprobar que no tenía ningún mensaje de Aneka ni de Astrid. Así fue y lo guardé, rodeándome la cintura con los brazos. Sabía de antemano que no habían escrito, no había sentido la vibración.

Solté un largo suspiro y dirigí la vista hacia el cielo.

Al final la noche no había salido como esperaba, pero tampoco iba a quejarme. Había salido airosa de las varias situaciones que me había encontrado y ya solo la experiencia de estar en un castillo como este, había merecido la pena. Nunca iba a repetirse.

Hice una mueca porque me hubiese gustado descubrir más cosas de él, pero, en fin, era lo había y con lo que me

sconformaría. Me tapé bien las piernas para que la tela me cubriera lo máximo posible y apoyé la espalda en la pared de piedra. Cerré los ojos disfrutando del silencio.

El murmullo de unas voces me llegó lejano y entreabrí los párpados. Al ver que era una pareja que salía y recorría el patio dirección a la salida, los dejé caer, volviendo a la oscuridad. El recuerdo de una mirada intensa a me hizo entrecerrar los ojos, intenté hacer memoria, pero no di con nada que me hiciera saber que la sensación que todavía continuaba teniendo era cierta.

Era muy difícil porque vale que me hubiese transmitido mucha intensidad al mirarme, al colarme en la estancia que ocupaba él con la mujer que estaba arrodillada, pero era normal por lo que le estaba haciendo ella. El placer que debió sentir había provocado que sus ojos se viesen de una forma diferente a cómo serían en realidad. Estaba segura de ello, aunque basarse solo en unos ojos, para reconocer a alguien, era bien difícil.

a

Aparté esos pensamientos y saqué el móvil del bolso, para escribir un mensaje a las chicas. El temor y la duda de que pudiesen haberse encontrado alguna de ellas con un impresentable como lo había hecho yo, me asaltó y me puso nerviosa. A pesar de que imaginaba que continuaban con los chicos, todo podía ser y me levanté despacio de banco de piedra, intranquila de repente.

Jailyn: *Hola, solo necesito saber que estáis bien con un «ok» rápido. No es para meteros prisa, si estáis disfrutando continuad haciéndolo.*

De Astrid tuve respuesta pocos minutos después, de Aneka pasó el tiempo y no supe nada y me tocó la moral porque ella más que Astrid me habría respondido, estuviese haciendo lo que estuviese haciendo.

Caminé decidida hacia la otra parte del castillo y recorrí rápido el césped del patio, descalza, con los zapatos colgando de una mano. En cuanto llegué al otro lado me calcé y pisé sobre el suelo de piedra, decida a dar con Aneka. Si la encontraba en una situación favorable para ella perfecto, me iría como habría llegado, pero si no…

Solo de imaginármelo se me heló la sangre porque la noche iba a terminar mal, pero que muy mal.

e

conformaría. Me tapé bien las piernas para que la tela me cubriera lo máximo posible y apoyé la espalda en la pared de piedra. Cerré los ojos disfrutando del silencio.

El murmullo de unas voces me llegó lejano y entreabrí los párpados. Al ver que era una pareja que salía y recorría el patio dirección a la salida, los dejé caer, volviendo a la oscuridad. El recuerdo de una mirada intensa me hizo entrecerrar los ojos, intenté hacer memoria, pero no di con nada que me hiciera saber que la sensación que todavía continuaba teniendo era cierta.

Era muy difícil porque vale que me hubiese transmitido mucha intensidad al mirarme, al colarme en la estancia que ocupaba él con la mujer que estaba arrodillada, pero era normal por lo que le estaba haciendo ella. El placer que debió sentir había provocado que sus ojos se viesen de una forma diferente a cómo serían en realidad. Estaba segura de ello, aunque basarse solo en unos ojos, para reconocer a alguien, era bien difícil.

Aparté esos pensamientos y saqué el móvil del bolso, para escribir un mensaje a las chicas. El temor y la duda de que pudiesen haberse encontrado alguna de ellas con un impresentable como lo había hecho yo, me asaltó y me puso nerviosa. A pesar de que imaginaba que continuaban con los chicos, todo podía ser y me levanté despacio del banco de piedra, intranquila de repente.

Jailyn: *Hola, solo necesito saber que estáis bien con un «ok» rápido. No es para meteros prisa, si estáis disfrutando continuad haciéndolo.*

De Astrid tuve respuesta pocos minutos después, de Aneka pasó el tiempo y no supe nada y me tocó la moral porque ella más que Astrid me habría respondido, estuviese haciendo lo que estuviese haciendo.

Caminé decidida hacia la otra parte del castillo y recorrí rápido el césped del patio, descalza, con los zapatos colgando de una mano. En cuanto llegué al otro lado me calcé y pisé sobre el suelo de piedra, decida a dar con Aneka. Si la encontraba en una situación favorable para ella perfecto, me iría como habría llegado, pero si no…

Solo de imaginármelo se me heló la sangre porque la noche iba a terminar mal, pero que muy mal.

Capítulo 12



Giré la cabeza hacia los lados del pasillo, todo parecía como lo había visto anteriormente. A mis oídos llegaban ligeros sonidos, procedentes de todas partes. Imposible adivinar detrás de qué puerta salían los más intensos.

Me agaché despacio, sin apartar la vista del pasillo. Coloqué los zapatos de tacón junto al marco de la puerta po la que había entrado desde el patio central. Como no los recuperara, intactos, me iba a cabrear un montón. En este momento no los necesitaba, incluso eran un incordio para moverme. Me quité el pañuelo y lo enrollé en la correa del bolso, después me desabroché el abrigo, agradeciendo la temperatura más cálida.

El frío del suelo de piedra pulida me estremeció a cada paso que di, hasta que dejé de notar la sensación. Elegí i hacia la derecha, para empezar. Me acerqué a la pared en la que estaban las puertas y avancé hasta la primera. Sin ningún reparo la abrí de golpe, las cuatro personas que estaban en el interior ni se inmutaron ni prestaron atención a mi presencia. Estaban demasiado entretenidos, de sus bocas solo salían jadeos, gemidos y ronroneos, lo último es lo que me pareció diferenciar.

Cerré y continué con mi recorrido. En las siguientes que abrí me encontré con los mismo, variando en posiciones y número de personas. Pasé por delante de la puerta grande que daba acceso a la sala en la que se había iniciado la fiesta. Me paré en un lateral y observé desde un lateral el interior. Bastantes personas continuaban dentro, bebiendo, hablando, riendo y algunas moviéndose al ritmo de la música que continuaba envolviendo la sala.

Moví los pies para seguir, repitiendo los mismos movimientos. Las dichosas puertas parecían no terminarse y pensar que el lado por el que me estaba moviendo solo era una pequeña parte, que me quedaba mucho más… Caminé más rápido cuando el remolino que se me había formado en el estómago pareció que se me saldría por la boca.

Maldije cuando llegué al final de pasillo, después de comprobar detrás de la última puerta. Descorrí mis pasos, nerviosa y ansiosa. Saqué el móvil del bolso, comprobando que Aneka ni siquiera había visto mi mensaje. Maldecí mientras lo guardaba y casi me puse a la carrera, casi, sin llegar a hacer para no captar la atención de alguien que pudiera salir de las habitaciones que ya había comprobado.

Me paré de golpe, cuando mis ojos encontraron en la pared de enfrente, la que daba al patio, una caja elevada con un botón en rojo, para hacer saltar algún tipo de alarma. Estuve a punto de romper el cristal para activarla,

hasta ahí llegaban mis nervios. Opté por pasar de largo, por el momento. Imaginaba que con lo grande que era el castillo, habría más repartidas, solo tenía que fijarme, lo que no había hecho anteriormente.

Cuando llegué frente a la puerta donde todavía estaban mis zapatos, lo que agradecí inmensamente, retomé mi inspección de las puertas que quedan desde ese punto hacia el lado izquierdo. Mi agobio aumentó al no encontrar a Aneka. ¿Dónde mierda estaba? Cuando nos separamos al salir del salón, ella y Harald se dirigieron hacia la izquierda, hacia la zona que ya había revisado, la que había quedado a mi derecha al entrar por la puerta del patio central.

Sentí un poco de alivio porque en una de las puertas que abrí, me encontré con Astrid y con Ulrik. Mi amiga no me vio, estaba demasiado entretenida cabalgando encima de él, pero Ulrik sí que miró en mi dirección, con todo e cuerpo en tensión por el placer. Me puse un dedo sobre los labios, indicándole que no dijera nada. Asintió despacio, o como pudo, con los labios entreabiertos, antes de centrarse en mi amiga y lanzarse a sus pechos.

Solté un suspiro entrecortado al cerrar despacio y giré la cabeza hacia lo que me faltaba de pasillo por recorrer. Solo había dos puertas más y esperé y deseé encontrar a Aneka en la misma situación que Astrid, que ese fuese el motivo por el que ni siquiera hubiese escuchado el sonido del mensaje y su vibración. Podía ser, ¿verdad?

Mis pasos se ralentizaron y cuando llegué a la siguiente puerta, agarré el pomo despacio, al igual que lo giré, tan despacio que no supe ni cómo pude controlarme para no entrar como un huracán dentro. Para mi sorpresa porque era toda una novedad, me encontré con la estancia vacía. Esta vez me moví más rápido hasta la siguiente y última en la que se me cayó el alma a los pies cuando comprobé que sí había una pareja, pero ninguno de ellos conocidos.

No me vieron, estaban en unas posiciones que era muy difícil que sucediera. De repente el pasillo me pareció enorme, me hice minúscula al pensar que a Aneka le había podido pasar algo, o le estaba pasando. Sacudí la cabeza, pensar en que estaba con Harald no me tranquilizó. ¿Y si él había mentido muy bien hacia las tres? ¿Y si había querido meter a alguien más y no había respetado…? Una fuerte presión me apretó el pecho, mientras volví hacia donde estaban mis zapatos, cerca de la escalera que había subido y bajado anteriormente.

No quería pensar en que el tío al que le había tenido que dejar las cosas claras, de malas maneras, continuase en la planta superior. Un escalofrío me recorrió y me pregunté si no estaba siendo demasiado paranoica. Pero Aneka habría respondido a mi mensaje, aunque fuese con algún emoji para dejarme tranquila. Lo sabía de sobra.

La intranquilidad me cerró la garganta, mientras sentía como si el castillo entero estuviese desmoronándose encima de mí. Cuando llegué arriba me paré para observar a ambos lados del pasillo, ancho y largo. En esta planta había más puertas que en la de abajo y maldije susurrando. Miré hacia el siguiente tramo de escaleras, hacia donde continuaban subiendo.

Estaba muy oscuro, sabía que nadie podía pasar de donde estaba, pero el temor me apretó fuerte porque todo podía ser. En mi locura transitoria y desquiciante fijé los ojos en algo que llamó mi atención. Destacó un poco en la oscuridad, por la luz que subía del pasillo. Entrecerré los ojos y subí el primer peldaño, continué haciéndolo,

hasta llegar frente de dos mazos cruzados que se mantenían colgados, como decoración.

Miré hacia abajo, no había rastro de nadie. Fijé los ojos en la pared otra vez y no me lo pensé, tenía ganas de estampar el mazo en la cabeza de alguien. Subí los brazos y los alargué, hasta que mis manos rodearon el mango. Impulsándome hice varios intentos para descolgarlo, hasta que lo conseguí. La pesada madera se asentó en mis manos y cogí una gran bocana de aire, mientras cerraba los ojos unos instantes. No era gran cosa, o sí, pero era mejor que no tener nada al alcance.

—Todo va a estar bien —susurré al abrirlos.

Bajé rápido y empecé a caminar por el pasillo, recto desde la escalera. Con el mazo escondido detrás de mi cuerpo, volví a abrir puertas. Las imágenes que me encontré detrás de ellas no fueron muy diferentes, pero ninguna la que buscaba. Un escalofrío me recorrió cuando me puse delante de la sala en la que me había encontrado con el hombre sentado y la mujer arrodillada.

La abrí de golpe, sin ningún miramiento, pero estaba vacía en este instante. No quise pensar en el estremecimiento que tuve cuando fijé los ojos en el sillón vacío. Cerré y continué. No encontré nada interesante, más allá de cuerpos desnudos y en acción.

Me crucé con un par de personas que me saludaron, saludo que les correspondí tapando el mazo. Cuando llegué la final del pasillo, en serio que mi preocupación rayaba más allá del límite de mi cordura.

En esta ocasión sí que decidí correr para terminar de revisar desde las escaleras hacia la parte contraria que había recorrido.

Y sucedió, después de varias puertas más, sentí un inmenso alivio, pero a la vez todo mi cuerpo se puso en tensión cuando mi cabeza se centró y pude analizar lo que estaba viendo. La imagen me revolvió el estómago. Di un paso dentro, dejando la puerta abierta. Los ojos de Harald, con los párpados entrecerrados, se agrandaron de golpe al encontrarse con los míos. No pudo decirme nada, le habían tapado la boca y lo habían inmovilizado en una butaca. La sangre me hirvió, y con un gesto le pedí calma, para que no me delatara.

Fijé los ojos en los dos tíos asquerosos que me daban la espalda y sujetaban a Aneka con fuerza, mientras ella no se resistía. Un ardor me subió por la garganta porque tenía los ojos cerrados, su cuerpo parecía inerte, y eso solo podía deberse a una cosa… Le habían hecho tomar algo para dejarla a la merced de quien fuese. También le habían tapado la boca, tenía una corbata en ella, atada detrás de la cabeza, para amortiguar los sonidos que seguramente hizo al inicio.

¿Cuánto tiempo llevaban esos desgraciados así? ¿Qué le habían hecho? Un poquito de tranquilidad, una mínima, me recorrió cuando vi el vestido de Aneka un poco descolocado sobre su cuerpo, pero tapando las partes más importantes. Harald tenía los pantalones subidos, pero desabrochados, haciendo visible su virilidad porque el bóxer estaba bajado. Di varios pasos silenciosos, centrándome en Aneka, justo cuando uno de los tíos… No, no vas a llegar más lejos de lo que lo has hecho ya.

—¿Os estáis divirtiendo? —pregunté en alto, bastante.

Mi voz ronca retumbó entre las paredes de piedra, irreconocible, mientras hacía chocar el mazo de madera contra la palma de la otra mano con la que no lo sujetaba.

Las cabezas de los dos giraron al instante hacia mí. Agrandaron los ojos, con ellos fijos en lo que estaba moviendo.

—¿A esto lo llamáis diversión? Me gustaría saberlo porque estoy deseando daros lo mismo que ofrecéis. —Curvé los labios.

—¿Quieres apuntarte a la fiesta? —dijo uno, alejándose del cuerpo de Aneka— Estaríamos encantados, la diversión aumentaría.

—Por supuesto que me voy a apuntar, pero creo que vuestros pensamientos o ideas son totalmente opuestos a los míos. —Arqueé una ceja—. Apártate de mi amiga si no quieres que te estampe el mazo en la cara —le advertí al que todavía tenía el cuerpo sobre ella.

Aneka estaba tumbada bocabajo, sobre el respaldo de un sofá, él la tapaba con el peso de su cuerpo.

—¿En serio? ¿Quién te has pensado que eres? —dijo y soltó una carcajada que me removió completamente.

—¿Lo quieres averiguar? —Ladeé un poco la cabeza.

Mi melena cayó sobre el hombro hacia el que me incliné, esperando su respuesta.

—¿Qué pretendes hacer con eso? —Se refirió al mazo, con tono divertido.

—Atacarte, ¿te parece bien?

La risa de ambos provocó que Harald me mirara con los ojos llenos de pánico.

—Veo que sois muy cobardes si tenéis que someter a las personas, para buscar un placer que os sería negado.

—¿Cobardes? —siseó.

Conseguí mi propósito, se separó de golpe de Aneka, que cayó sin fuerzas hacia el asiento del sofá. Se quedó con la cabeza apoyada, con la cintura sobre el final del respaldo.

En un parpadeó se lanzó sobre mí. Balanceé el mazo, mientras giraba rápido por debajo de unos de sus brazos

extendidos. Di un golpe seco en una de sus piernas, la que cedió por el impacto, haciéndolo caer al suelo con un gemido de dolor.

—Zorra —siseó el otro.

—Mmm… Me han llamado muchas cosas, pero eso en concreto no. —Curvé los labios hacia arriba—. Que así sea si lo que estoy haciendo lo consideras para tener ese honor.

Con un rugido, grito, o qué mierda sabía porque no me paré a escucharlo, solo a verlo, salió corriendo hacia mí, mientras el otro se incorporaba inestable. Volví a balancear el mazo, elevé el brazo, pero no conseguí darle con él porque encontré una fuerte resistencia.

Solté un jadeo al sentir un cuerpo pegado a mi espalda. Levanté la mirada hacia la mano que me sujetaba con fuerza de la muñeca.

—Ni se te ocurra —me advirtió.

Me estremecí ante la voz susurrada en mi oreja, una voz masculina ronca y profunda. Su advertencia se debió a que ya estaba en posición de moverme para hacerle daño: con los pies, las piernas, la otra mano… Cualquier opción hubiese sido buena.

Obedecí porque los otros dos captaron toda mi atención. Se quedaron paralizados al ver quien había frenado mi ataque, me hubiese gustado saber el motivo del miedo que apareció en sus caras. ¿Lo reconocieron? ¿Sabían quié era?

Supe cuando el que me mantenía agarrada fue consciente de todo lo que nos rodeaba, más concretamente de Harald y, sobre todo, de Aneka. Su cuerpo se puso rígido y su aliento se desestabilizó, con respiraciones cortas y rápidas, al igual que su pecho se movía contra mi espalda.

—¡Lain! ¡Klaus! —bramó, haciéndome dar un pequeño respingo porque todo mi cuerpo vibró por la cercanía que teníamos— Hijos de… —siseó.

No terminó de hablar, lo interrumpieron la presencia de dos hombres que cruzaron la puerta como una exhalación, con sus máscaras cubriéndoles la cara.

extendidos. Di un golpe seco en una de sus piernas, la que cedió por el impacto, haciéndolo caer al suelo con un gemido de dolor.

—Zorra —siseó el otro.

—Mmm… Me han llamado muchas cosas, pero eso en concreto no. —Curvé los labios hacia arriba—. Que así sea si lo que estoy haciendo lo consideras para tener ese honor.

Con un rugido, grito, o qué mierda sabía porque no me paré a escucharlo, solo a verlo, salió corriendo hacia mí, mientras el otro se incorporaba inestable. Volví a balancear el mazo, elevé el brazo, pero no conseguí darle con él porque encontré una fuerte resistencia.

Solté un jadeo al sentir un cuerpo pegado a mi espalda. Levanté la mirada hacia la mano que me sujetaba con fuerza de la muñeca.

—Ni se te ocurra —me advirtió.

Me estremecí ante la voz susurrada en mi oreja, una voz masculina ronca y profunda. Su advertencia se debió a que ya estaba en posición de moverme para hacerle daño: con los pies, las piernas, la otra mano… Cualquier opción hubiese sido buena.

Obedecí porque los otros dos captaron toda mi atención. Se quedaron paralizados al ver quien había frenado mi ataque, me hubiese gustado saber el motivo del miedo que apareció en sus caras. ¿Lo reconocieron? ¿Sabían quién era?

Supe cuando el que me mantenía agarrada fue consciente de todo lo que nos rodeaba, más concretamente de Harald y, sobre todo, de Aneka. Su cuerpo se puso rígido y su aliento se desestabilizó, con respiraciones cortas y rápidas, al igual que su pecho se movía contra mi espalda.

—¡Lain! ¡Klaus! —bramó, haciéndome dar un pequeño respingo porque todo mi cuerpo vibró por la cercanía que teníamos— Hijos de… —siseó.

No terminó de hablar, lo interrumpieron la presencia de dos hombres que cruzaron la puerta como una exhalación, con sus máscaras cubriéndoles la cara.

Capítulo 13



Drake

No podía creerme lo que estaba viendo, un fuego interno tomó el control de cada una de las partes de mi cuerpo

Un hombre estaba sentado en una butaca, inmovilizado y con la boca tapada. Sus ojos se movían de un lado al otro, tan rápido que no creía que estuviese captando nada con ellos. Estaba consciente, con una parte de su cuerpo al aire, pero consciente, lo que no sucedía con la mujer que estaba desmadejada sobre el respaldo del sofá, con la cabeza caída en el asiento.

La furia se apoderó de mí porque lo que estaba visualizando iba en contra de todas mis normas y de mis valores jamás había sucedido. A duras penas conseguí contralarme, si lo hice fue gracias al cuerpo femenino que estaba casi fusionado a mi pecho. Todavía le mantenía el brazo en alto, al haber frenado…

¿En serio había estado a punto de atacar con el mazo al que se había quedado petrificado delante de nosotros? ¿Mi mazo? No salía del asombro, pero la cojera del otro, el que vi de reojo moverse, para chocar con una mesa, me indicó que ya lo había hecho.

Una sonrisa siniestra tiró de mis labios, al saber que sí, que, si no hubiese aparecido yo, alertado por las voces altas, habría estampado el mazo de madera sobre el cuerpo de quien se le acercara.

Lain y Klaus, que me habían ayudado para hacer una ronda de comprobación, para asegurarnos de que todo iba bien, se habían quedado paralizados al ver la escena que se habían encontrado al entrar corriendo en la estancia, advertidos por mi voz.

Lain soltó varias maldiciones, Klaus no pudo mover los labios, impactado. Sus ojos iban de mí hacia la mujer que yo sujetaba, hacia el mazo, y hacia los dos que eran los más afectados. No salía del *shock* y no me extrañaba, yo estaba todavía haciendo un esfuerzo supremo por no soltar a la mujer y lanzarme a alguno de los dos que continuaban sin moverse.

—¡Sacadlos de aquí! —les pedí, o más bien les ordené, con una rabia inmensa.

Lain fue el primero en reaccionar, mientras yo no variaba la posición con la mujer que mantenía agarrada.

—¿Dónde los llevamos? —me preguntó al pasar por delante nuestro.

Sus ojos subieron hacia el mazo y después bajaron hacia la cara de la mujer. Sacudió la cabeza, pero una sonrisa de aceptación apareció en sus labios.

—Arriba —hablé sin cambiar el tono de voz—. Enseguida voy.

—De acuerdo —dijo.

Agarró al que teníamos más cerca del cuello y cuando se resistió para zafarse de él, le dio un golpe seco en el estómago, con el que disfrutó, por si hay alguna duda al respecto.

Tiró de él, casi arrastrándolo. Klaus, consiguió moverse saliendo de su estupor y caminó decidido hacia el otro, el que había visto cojear. Hizo lo mismo agarrándolo con fuerza, en este caso el tío fue más listo y no provocó que Klaus le dejara las cosas claras.

Hasta que no desaparecieron por la puerta no me moví. Aflojé el agarre de la mano con la que sujetaba la muñeca de la mujer, soltando los dedos uno a uno, despacio.

—¿Dónde se los han llevado? —preguntó. Su voz también estaba cubierta de rabia.

—Tendrán su merecido, te lo aseguro.

—¿Y tengo que confiar en ti? No sé quién eres —siseó en tensión.

Coloqué su brazo pegado a su cuerpo y pasé la yema de los dedos sobre la manga de su abrigo, despacio, bajando del hombro hasta su mano.

—¿Qué haces? —Cogió una bocanada de aire, rígida.

La piel se le había erizado, pero lo ignoré todo, solo con el fin de conseguir lo que quería.

—Eres muy inestable con esto —susurré cerca de su mejilla, inclinado sobre ella.

—¿Qué…?

Antes de que terminara de hablar le quité el mazo de la mano.

—Creo que me pertenece.

Se apartó de mí y se giró rápido, encontrándose de frente conmigo. Al verme, al reconocer mi aspecto con la máscara, su cuerpo se puso rígido y sus ojos se abrieron al máximo. Ladeé un poco la cabeza, pero no había tiempo para hablar en este instante.

a

—Ayuda a tu amiga —le pedí con voz ronca.

Di por hecho que lo eran, primero al verlas la primera vez en el castillo, cuando yo fui invisible para las dos, en medio de la oscuridad; y segundo y último, porque ambas trabajaban en la cafetería

Soltó un jadeo y me dio la espalda, corriendo hacia ella los pocos metros que las separaban.

Caminé despacio hacia el hombre. El miedo y el susto todavía eran evidentes en su expresión.

—Lo lamento mucho. —Apreté la mandíbula, arrodillándome frente a él.

e

Me incliné para deshacer el nudo de la corbata, en la parte de atrás de su cabeza. Movió la boca cuando estuvo libre, varias veces, incómodo y dolorido. El trozo de tela había estado apretado muy fuerte.

—Van a pagar por todo lo que han hecho —le dije con los ojos fijos en los suyos, para mí fue una promesa.

—Gracias —susurró con la voz rasposa y ronca—. Ella… —Dirigió la mirada hacia la chica.

Asentí y me dediqué a quitarle las ataduras de las muñecas y de los tobillos. Cuando terminé le pedí que no se levantara durante unos segundos, por si se mareaba. Me incorporé y me volví hacia las mujeres. La pelirroja, la que yo había frenado, había hecho lo mismo que yo y en este instante le retiraba el pelo de la cara a su amiga, mientras le acariciaba la mejilla y le susurraba algo.

Sentí la tristeza y el miedo palpitando en el aire, y apreté la mandíbula, antes de caminar hasta ellas.

—Déjame —le pedí lo más suave que pude.

—¿Qué? —Levantó la cabeza de golpe—. No —negó varias veces, bloqueándome el paso.

No sé cómo no me rompí algún diente por lo fuerte que los presioné entre sí. Ver sus ojos humedecidos fue como recibir un golpe seco y contundente en el estómago.

—Solo quiero ayudarla, cogerla para llevarla a algún lugar en el que esté más cómoda. No sabemos qué le han dado. —Otra cosa que di por hecho, por su estado.

Bajó la mirada hacia su amiga y con una mano temblorosa le acarició la espalda. Le di el tiempo que necesitó

para aceptar y apartarse. Cuando lo hizo, cuando dio varios pasos hacia atrás y se rodeó la cintura con los brazos, me acerqué al sofá y cogí a su amiga. La moví de la posición que tenía y pasé un brazo por detrás de sus piernas y el otro por su espalda. Me incorporé con ella, tratándola con la máxima delicadeza. Su cabeza cayó sin fuerzas hacia atrás, por encima de mi brazo. No me pasó desapercibido el respingo que dio Jailyn, ni cómo sus ojos brillaban más.

Sí, me acordaba perfectamente de su nombre, el que escuché de la misma chica que mantenía sujeta contra mi cuerpo.

Klaus entró en la estancia y todos lo miramos.

—Lain se ha quedado con ellos —me informó y asentí.

—¿Será suficiente? No quiero que se vayan. —Dirigí la mirada hacia Jailyn.

Ahora sus brazos estaban rectos junto a su cuerpo, tenía las manos apretadas en puños.

—Es suficiente, no van a ir a ningún lado. —Intenté tranquilizarla porque mi primo podía controlar la situación sobradamente.

Buscó mis ojos y durante unos segundos nos mantuvimos en silencio, sin apartarlos de los del otro.

—Vale —susurró y pareció que se relajaba.

—Quiero a todo el mundo fuera del castillo —le exigí a Klaus—. Me importa una mierda cómo estén o quiénes sean. No quiero a nadie dentro.

—Tengo otra amiga que está aquí —dijo Jailyn, inquieta.

—¿Cómo se llama? —le preguntó con suavidad Klaus.

No lo reconoció, la máscara que llevaba era casi idéntica a la mía, por lo que le cubría gran parte de la cara y las facciones que podían delatarlo.

—Astrid, está con Ulrik. Los he visto en una estancia. —Tragó saliva.

—Yo puedo ayudar —intervino el chico que se levantó nervioso de la butaca. Se tambaleó y Klaus caminó rápido para sujetarlo—. Él es mi amigo y sé quién es ella.

—¿Estás bien? —Yo sabía la respuesta, pero por lo visto él no. Asintió de todas maneras—. Ve con Klaus. Gracias. —Acepté al ver la decisión y la rabia en su mirada por primera vez, más o menos recompuesto.

Ambos salieron, dejándonos solos. Empecé a caminar para salir de la estancia, con Jailyn pegada a mí, sin pode apartar los ojos de su amiga. La preocupación era palpable en ella, y con razón. Volví a tensarme al imaginar… Mejor no hacerlo porque estaba a nada de perder el control y si sucedía, no iba a poder mantenerlo a raya.

Llegamos hasta la escalera y cuando empezamos a subirlas, comenzamos a escuchar las voces de las personas que salían, para irse. Accedimos a la planta de arriba y me encaminé hasta una de las habitaciones que estaban preparadas para acoger a invitados. Jailyn se adelantó a abrir la puerta cuando me paré delante de ella. Encendió l luz, mientras yo iba hacia la cama y la tumbaba.

—¿Cómo se llama? —le pregunté, mirándola de reojo.

—Aneka —susurró subiéndose junto a ella.

Se quedó sentada, retirándole el pelo.

—A ti no te lo he dicho. —Levantó la cabeza hacia mí—. Siento muchísimo lo sucedido.

—¿Quién eres? —continuó hablando en tono muy bajo.

Solté al aire despacio.

—El dueño del castillo, el anfitrión de la dichosa fiesta.

Frunció los labios y asintió despacio.

—En todos los años… —Carraspeé—. Nunca me he encontrado con algo ni remotamente parecido. Lo que organizo es para disfrutar como cada uno quiera y le guste, sin ataduras, sin coacciones, libremente y con el respeto por delante. Por lo visto dos impresentables se han colado esta noche, pero te aseguro que van a pagar por lo que han hecho.

—Tres —murmuró.

—¿Qué?

—Han sido tres.

—¿Dónde está el otro? —pregunté en tensión.

—No lo sé —bajó la mirada hacia Aneka—, pero no creo que el tercero tenga algo que ver con los otros dos. Solo ha querido propasarse conmigo, al entrar en la estancia vacía en la que me había parado a descansar y a

admirar.

r

Buscó mis ojos, moviendo rápido la cabeza. ¿El motivo? De mi garganta salió un sonido que en mi jodida vida había emitido. Uno de rechazo, de rabia, de indignación y múltiples cosas más, imaginándola a ella en esa situación.

—No he tardado en quitármelo de encima, ni siquiera me ha tocado. —Se mordió el labio inferior.

a

Fruncí ligeramente el ceño, observándola y analizándola a conciencia.

—¿Estás bien? ¿Es verdad lo último que has dicho?

—Sí —soltó un suspiro.

—Quédate con ella, volveré en un rato.

—¿Dónde… Dónde vas?

—A solucionar las cosas. Klaus traerá a tu otra amiga aquí.

—Gracias.

Asentí. Nos sumimos en un silencio tranquilo, sin dejar de mirarnos. Conseguí que mi cuerpo obedeciera las ordenes de mi cabeza y rodeé la cama, para salir. En el pasillo, me froté la cara varias veces y me pasé la mano por el pelo. Miré de reojo hacia la puerta cerrada y cogí una gran bocanada de aire.

No tenía ni puñetera idea de lo que me sucedía con esa mujer, Jailyn, pero me había costado horrores separarme de ella. Sacudí la cabeza y empecé a andar, directo hacia donde imaginaba que Lain había retenido a los dos hombres. La rabia y el fuego volvieron con fuerza, por la anticipación de lo que estaba a punto de suceder.

Abrí la puerta de golpe, provocando que chocara con la pared de piedra. Efectivamente, la estancia estaba ocupada. Di un paso dentro, después otro. La puerta se cerró detrás de mí, Lain se encargó de hacerlo, mientras yo me quitaba la máscara de la cara, muy, pero que muy despacio.

—No tenéis ni puñetera idea de con quién os habéis metido. —Mi voz sonó muy suave, tanto, que Lain se preparó para acompañarme en mis siguientes movimientos.

Capítulo 14



—Aún no se ha despertado, pero ya están las tres amigas juntas, con los otros dos hombres —me informó Klaus.

—Bien. —Me llevé el vaso a los labios y bebí un buen trago.

—¿Cómo ha ido aquí? —nos preguntó a Lain y a mí.

Abrí y cerré la mano que no sujetaba el vaso, varias veces. Todavía notaba el calor en los nudillos doloridos.

—Muy bien, ¿acaso tenías alguna duda? —le respondió mi primo.

—Para nada, pero temía que la situación se descontrolara.

Eso iba por mí, por si hace falta aclaración.

—Drake les ha dado su merecido, después de que se quedara a gusto he llamado a la policía, cuando han llegado les hemos contado todo lo que sabíamos y se los han llevado —le informó.

—Perfecto —dijo Klaus, satisfecho.

—¿Te has asegurado de que el castillo está vacío? —Quise saber, sin apartar la vista de la ventana.

No se veía nada en el exterior, la oscuridad lo cubría todo.

—Sí —confirmó Klaus y asentí de espaldas.

Me giré despacio hacia ellos. Lain estaba apoyado en el respaldo del sofá, Klaus se encontraba de pie, cerca de él.

—¿Cómo estás? —me preguntó mi primo.

—Bien —respondió Klaus por mí.

Arqueé una ceja en su dirección, mientras Lain reía y tosía, todo al mismo tiempo.

—Es lo que ibas a contestar, ¿no?

—Ahora mismo no sé cómo estoy —hablé.

—Joder, eso es una novedad. Me refiero a que lo digas —dijo sorprendido.

—¿Cómo te sentirías tú, después de lo que ha pasado? —Apreté la mandíbula.

—Jodido —respondió rápido—. E imagino que la implicación de la chica de la cafetería no favorece en absoluto, la misma que viste anteriormente aquí, cerca de la entrada del castillo días atrás. ¿Me equivoco? —Klaus la había reconocido perfectamente.

—No jodas. —La cabeza de Lain se movió de uno a otro, asombrado—. ¿Ella es la que…?

—No. —Solté el aire de golpe, no quería ni imaginarla en la situación en la que estaba Aneka, su amiga.

—Es la del mazo. —Carraspeó Klaus.

—¿En serio? —Sus ojos volaron hacia mí—. ¿La que iba a utilizarlo en cualquier momento?

—La misma —confirmé, antes de vaciar el vaso de golpe. Lo dejé encima del poyete de la ventana.

—Habrá alucinado. —Sacudió la cabeza.

—Sigo siendo invisible para ella, los dos, Klaus esta noche también. —Arqueé una ceja y frunció el ceño—. ¿Cómo podría habernos reconocido con las máscaras que llevábamos? Solo se nos veían los ojos, el labio inferior y la mandíbula.

Por suerte los tres nos las habíamos quitado hacía rato, pero sin ellas no nos habíamos cruzado con ninguno de los invitados inesperados que estaban dentro de una habitación.

Los labios de mi primo subieron hacia un lado, observándome con atención. Sobre mi máscara, me reservé un recuerdo en concreto.

—Jodida casualidad —dijo.

—Borra esa expresión porque si mi humor brilla por su ausencia la mayoría de las veces, esta noche lo he

enterrado bien profundo —le advertí.

—Ella está bien, Drake —comentó poniéndose serio—. Y su amiga también lo estará, ya lo verás.

Asentí despacio, pasándome las manos por el pelo.

—¿Cómo han reaccionado todos, al decirles que se fueran? —Me interesé dirigiéndome a Klaus.

—Bien, no han hecho preguntas, lo han aceptado rápido —asentí—. ¿Dónde está Karen? A ella no la he visto —preguntó.

Me puse en tensión al escuchar ese nombre.

—Yo sí. He esperado fuera del castillo con ella, a que llegara su taxi —comentó Lain.

—Gracias —susurré, pensativo.

—Me ha pedido que te diga que se ha quedado con las ganas de despedirse de ti, en condiciones y en la intimidad. —Levantó las dos cejas.

—Pues continuará con las ganas.

Soltó una carcajada, Klaus sonrió de oreja a oreja.

—Dadme un rato —les pedí.

—Claro. —Aceptó mi primo, separándose del respaldo del sofá.

—¿Vas a ir a la habitación con máscara? —Quiso saber Klaus.

—No lo sé. —Desvié la mirada, fijándola en la chimenea apagada.

—En algún momento tendrás que mostrarte ante ella, que se dé cuenta de que eres el mismo que atendió en la cafetería —me sugirió Klaus.

—Esta noche no sé si es la mejor para eso —murmuré.

—Yo de ti, daría el siguiente paso muy consciente —me aconsejó Lain.

Busqué su mirada y me hizo un guiño, antes de caminar hasta la puerta.

—Le gustará saber quién la ha ayudado, y a su amiga también. A todos —añadió, abriendo—. Por cierto, he encendido la chimenea de la habitación en la que están.

—Gracias. —Fue lo poco o mucho que salió de mis labios.

Lain salió de mi habitación y Klaus lo siguió, pero el último, antes me miró con ojos preocupados.

Cogí una bocanada de aire y la solté de golpe, en cuanto me quedé solo. Me giré hacia la ventana y apoyé los antebrazos en el poyete, al lado del vaso vacío.

No podía quitarme de la cabeza al tercer hombre que había mencionado Jailyn, el que había intentado propasarse con ella. Apreté la mandíbula, jodido porque se hubiese ido del castillo sin tener un contacto directo conmigo. Maldecí, mientras veía mi reflejo en el cristal.

La presencia de Jailyn en la fiesta, en mi castillo, había sido tan inesperada y sorprendente... Tenía que hablar con Klaus, a ver si sabía cómo habían venido las tres amigas. Solo las personas que estaban habituadas a este tipo de fiestas eran conocedoras de cuándo organizaba una. No íbamos repartiendo entradas porque sí.

Ese era un tema insignificante, para todos los que tenía encima. Necesitaba con desesperación que su amiga, Aneka, abriera los ojos, pero algo me decía que pasaría la noche como estaba. Daba igual el tiempo que tardara, lo importante es que lo hiciera. Su pulso era estable, solo estaba… Durmiendo, protegida.

Cuando estaba con Karen en una sala, lo que menos llegué a imaginar es que la persona que abrió la puerta y se coló dentro, silenciosa, fuese Jailyn. Por unos instantes me quedé tan descolocado y en *shock*, rígido al verla y al reconocerla. Su máscara no ocultaba tanto como la mía, y su pelo… Imposible que pasara inadvertida.

Se quedó ahí de pie, sin moverse, con los ojos puestos en lo que Karen me hacía. La visión del puñetero vestido que acariciaba sus curvas me había dejado sin aliento, ni siquiera la correa cruzada del bolso fue un impedimento para recrearme en ella. Al principio había sentido rabia, pero no hacia ella, sino por la situación. Después, esa rabia se había convertido en excitación, inexplicablemente. Observar cómo no apartaba los ojos de nosotros, del placer que me daba Karen, con su cabeza subiendo y bajando, mientras acogía a mi miembro en su boca… Joder, había tenido una imperiosa necesidad de invertir sus posiciones, de… De sentir la boca de Jailyn, de perderme hasta lo más profundo.

Había tenido un montón de sensaciones contradictorias, mientras obligaba a Karen a que aumentara el ritmo entorno a mi erección. En cuanto se fue, cuando salió de la sala, aparté a Karen. Mi reacción la descolocó, pero no le di ninguna explicación, solo le dije que lo sentía y la traté lo mejor que pude en ese instante, antes de desaparecer de la sala, para ir directo hacia mi habitación.

Durante bastante tiempo me negué a salir, bloqueé mis ganas de ir a buscarla por las dos plantas del castillo, me

impuse no hacerlo. Hasta eché la puñetera llave de esta habitación, la mía, como si eso fuese un impedimento.

Y después, cuando hacía la ronda de comprobación, abriendo todas las puertas para asegurarme de que todo iba bien, al igual que mi primo Lain y Klaus… No esperaba volver a ver a Jailyn en la primera planta, aunque algo dentro de mí se soltó, por lo que pude respirar tranquilo porque la había imaginado dentro de una de las salas o de las habitaciones, y la rabia me había consumido.

Llegué justo al pasillo de la primera planta, cuando Jailyn había pasado las escaleras. Al verla me sorprendí, porque no entendí lo que hacía. Iba abriendo todas las puertas y no pude evitar seguirla intrigado, manteniendo las distancias. Ella iba tan concentrada en lo que hacía que no se dio cuenta de mi presencia silenciosa.

Cuando entró en una estancia, me paré al hablarme Lain. Me giré hacia ellos, Klaus estaba a su lado. No pasaron muchos minutos, solo intercambiamos varios comentarios, antes de que cada uno tomara una dirección del pasillo, para terminar antes con las comprobaciones, como habíamos hecho en la planta inferior.

Yo me dirigí hacia la zona en la que había desaparecido Jailyn, y encontrarme con la puerta abierta, y verla con el mazo en alto, encarando al que parecía querer abalanzarse sobre ella... No había oído nada, no vi a nadie más de los que ocupaban la habitación, solo pude centrarme en ella.

Caminé rápido hasta llegar a su espalda y le bloqueé el brazo, pegándola a mi pecho, inmovilizándola, provocando que se quedara rígida por la impresión y la sorpresa. Los dos tíos que estaban de pie en la habitación se quedaron paralizados al verme, bien sabían que no tenían escapatoria. Yo no los reconocí, a pesar de que sus máscaras dejaban ver muchos detalles de sus caras, pero ellos no tuvieron ningún problema en saber quién era yo.

Necesitaba averiguar de donde habían salido esos dos. Me pasé las manos por el pelo y dejé la cabeza hacia abajo, sujetándomela.

Me urgía… Me incorporé despacio, apoyando las manos en el frío poyete de la ventana, con los ojos fijos en el reflejo del cristal. Apreté la mandíbula y giré la cabeza, fijando la vista en la máscara. La había dejado encima del escritorio, y… Ahí continuaría.

Me di la vuelta y caminé hacia la puerta, decidido, sin mirar atrás. En el pasillo me recibió más silencio y lo recorrí en la dirección de la habitación en la que estaban Jailyn, sus amigas y los dos hombres. Tenía pensado decirles que podían quedarse a pasar la noche, darles habitaciones a todos, aunque dudaba de que Jailyn y su otra amiga, Astrid, se alejaran de Aneka, hasta que no abriera los ojos.

Tenía tantas cosas en la cabeza para decirles y ofrecerles, pero como por arte de magia me quedé en blanco, en cuanto di varios golpes con los nudillos en la madera y me dieron paso. Abrí despacio, comprobando que nada había cambiado.

Avancé varios pasos en el interior y fue en ese instante en el que Jailyn levantó la cabeza y desvió la atención de

su amiga, para centrarla en mí. Sus ojos se abrieron al máximo, reconociéndome por fin del día que me atendió en la cafetería. Se movió rápido de la cama, como si fuese una amenaza desconocida. Se arrastró por el nórdico y se puso de pie, en tensión.

No fue la única, yo también me puse rígido al verla de nuevo solo con el vestido. Debía haber dejado el abrigo y todo lo demás por algún lado de la habitación. Continuaba descalza.

—Sigo siendo el mismo. El dueño del castillo, el anfitrión de la fiesta, y el que ha irrumpido en la estancia bloqueándote con el mazo —le advertí.

Abrió la boca, la cerró, así lo hizo varias veces, sin emitir ningún sonido. La sorpresa no se borró de su expresión, incluso diría que aumentó, pero al menos ya no quería echarme a patadas, como me pareció que fue su intención.

—¿Qué…? —susurró.

—¿Cómo está Aneka? —Me interesé, dejando la conversación pendiente.

—Igual —murmuró, haciendo una mueca.

—Podéis quedaros todos en el castillo esta noche, sois libres de iros cuando queráis: ahora, dentro de un rato, mañana, cuando os apetezca. —La memoria regresó a mí—. Lo digo en serio, es muy tarde y todos necesitamos descansar. —Miré de reojo a Jailyn—. Aneka más que nadie, hasta que se recupere.

—Eres muy amable, gracias —habló su otra amiga—. Mi nombre es Astrid. —Levantó una mano hacia mí y asentí, sabiéndolo de antemano.

—Encantado —me sonrió.

No dije mi nombre, ninguno de ellos lo sabía y por el momento continuaría siendo así. Me giré hacia Jailyn, que todavía continuaba observándome. Le mantuve la mirada, escuché algún carraspeo, pero poco me importó. Jailyn se pasó las manos por la melena, las ondulaciones saltaron cuando pasó los dedos por ellas. Me quedé como hipnotizado o idiotizado mirando su pelo.

—Si… —empezó a decir, pero hizo una pausa— Si no es mucha molestia, nos gustaría quedarnos. No queremos mover mucho a Aneka. —Tragó saliva.

—Os lo he pedido yo —asentí despacio—. Sed bienvenidos.

—Vosotros podéis iros. —Astrid se dirigió a los dos chicos.

Klaus me había dicho que se llamaban Harald y Ulrik. Vi la indecisión en sus caras, era de admirar que no quisieran dejarlas solas al conocerlas solo de esta noche, como le había explicado Harald a Klaus, mientras buscaban a Astrid y a su amigo Ulrik. No porque sintieran que las dejaban en un mal lugar, sino por cómo estaba Aneka.

—Si queréis iros, pido que llamen a un taxi —dije mirándolos—. Puedo hablar con vosotros mañana, para informaros de cómo ha pasado la noche Aneka. Si me dais vuestros números de teléfono, lo haré. —Me ofrecí.

Al final, ambos optaron por quedarse un rato más, por lo que dijeron que en una hora o así se marcharían. Salí de la habitación diciéndoles que me encargaba del taxi, con los ojos de Jailyn puestos en mí.

Klaus me había dicho que se llamaban Harald y Ulrik. Vi la indecisión en sus caras, era de admirar que no quisieran dejarlas solas al conocerlas solo de esta noche, como le había explicado Harald a Klaus, mientras buscaban a Astrid y a su amigo Ulrik. No porque sintieran que las dejaban en un mal lugar, sino por cómo estaba Aneka.

—Si queréis iros, pido que llamen a un taxi —dije mirándolos—. Puedo hablar con vosotros mañana, para informaros de cómo ha pasado la noche Aneka. Si me dais vuestros números de teléfono, lo haré. —Me ofrecí.

Al final, ambos optaron por quedarse un rato más, por lo que dijeron que en una hora o así se marcharían. Salí de la habitación diciéndoles que me encargaba del taxi, con los ojos de Jailyn puestos en mí.

Capítulo 15



Jailyn

Tumbada en la cama, con el cuerpo de lado y la cabeza apoyada en la almohada, no podía dejar de observar a Aneka. No había abierto los ojos, ni siquiera había movido un poco los párpados. No podía quitarme la preocupación de encima, necesitaba que nos diera algún indicio de que todo estaba bien.

Astrid se había dormido a su otro lado, acurrucada dentro del nórdico. El cansancio había podido con ella haría una media hora. Después de todos los nervios y de la intensidad de la noche, y teniendo en cuenta que la última vez que miré el móvil eran las cinco y media de la madrugada, era lo más normal. Yo no había podido cerrar los ojos, pendiente de hasta el más mínimo detalle de Aneka, pero no había habido nada que destacara.

Harald y Ulrik hacía un par de horas que se habían ido, estuvieron cuando un médico vino a atender a Aneka. E dueño del castillo se encargó de llamarlo, el doctor le extrajo sangre y le hizo un reconocimiento. Antes de irse nos comentó que en cuanto tuviese los resultados de la analítica nos lo haría saber, como también nos dijo que nuestra amiga estaba estable, solo que los efectos de lo que bebió aún estaba en su interior.

Intercambiamos los números teléfonos con los chicos, para estar en contacto. Salieron de la habitación serios, con expresión preocupada, pero no tenía sentido que se quedaran. Aneka ya estaba bien, iba a estar bien, recuperada de lo que fuese que le habían dado. Harald no supo decirnos qué había sido, solo que Aneka empezó a actuar de una forma extraña después de beber de una copa.

Por lo visto ellos dos también intimaron, estuvieron juntos, como Astrid y Ulrik, pero después decidieron dar una vuelta por las dos plantas del castillo. Por eso los localicé en la primera planta. Por lo visto entraron y se quedaron en la sala en la que los encontré, cuando los dos… Impresentables estaban dentro y les dijeron que podían hacerles compañía, tomando una copa. En ese momento a Aneka y a Harald les pareció normal porque los otros estaban sentados en el sofá, charlando. No detectaron la amenaza que supondrían, no la supieron anticipar.

Tragué saliva y cerré los ojos con fuerza unos segundos, recordando las palabras de Harald: «*No le han hecho nada Jailyn, aparte de lo que es evidente. Has aparecido justo a tiempo».* Harald me aseguró que Aneka no fue consciente de nada, solo al principio hizo un comentario de que empezaba a sentirse muy cansada. De ahí, a quedarse inconsciente, pasó poco tiempo. Harald también había notado ciertos efectos, pero no tantos como para no mantenerse con los ojos abiertos.

Lloró contándonoslo todo, por la rabia, la impotencia y el miedo que sintió por Aneka. Antes de irse me había pedido por favor que lo llamásemos por la mañana, para ver cómo había ido el resto de la noche.

Me notaba cansada, pesada, sentía todos los músculos del cuerpo doloridos, pero sabía que no podría dormirme Solté un suspiro y volví a cerrar los ojos un momento, mientras le acariciaba la mano a Aneka, la que no le había soltado en ningún instante, desde que me tumbé a su lado.

A sumar a todo esto, luego estaba la presencia inesperada del hombre que atendí en la cafetería. Bueno, lo de inesperado iba más bien dirigido a mí, dado a quién era él. En cuanto lo vi en la habitación, cuando vino a vernos y a interesarse por el estado de Aneka, y me dijo que era el mismo de la máscara, entendí por qué sus ojos me llamaron tanto la atención y me transmitieron la sensación que me dejó tan desconcertada, al verlo sin nada en la cara, nuevamente.

Era él, el de la mirada y los ojos intensos de la cafetería. Recordar cómo lo encontré la primera vez, en el castillo, no favorecía para que mi estómago se asentara. A pesar de la máscara que llevaba en ese momento, lo poco que se apreciaba de él destacaba por el placer que le proporcionaba la mujer que puso mucho énfasis en comerse cierta parte de su cuerpo. No sabía cómo se quedó al verme en su casa, en su castillo, en su propiedad, en el tipo de fiesta que había organizado, ni en la situación en la que lo encontré.

Ni puñetera idea, pero yo aún lo estaba asimilando, y no sé por qué. Se habían dado un cúmulo de casualidades entre nosotros, coincidencias inesperadas. Era el puñetero dueño del castillo, ¿sería él el que abrió la puerta aquella noche en la que Aneka y yo nos aventuramos con las bicicletas hacia este mismo castillo? Cabía la posibilidad, pero como lo único que conseguí ver en aquel momento fueron sombras y oscuridad…

Entreabrí los ojos, comprobando que todo continuaba igual en la cama. Me incorporé despacio y me quedé sentada. Me deslicé y puse los pies en el suelo. Un pequeño escalofrío me recorrió el cuerpo, por el contacto del frío contra las plantas de los pies. Una vez que me levanté, ajusté el nórdico a los cuerpos de Aneka y de Astrid y fui hacia el extremo opuesto de la habitación.

Cogí el abrigo y me lo coloqué. Necesitaba moverme, por mucho que me había quedado quieta muchas horas, la intranquilidad iba abriéndose en mi interior a pasos agigantados. «Mis amigas están bien», me dije mirando cómo descansaban. Solo tenía la intención de caminar por el pasillo, cambiar de ambiente y despejarme, recorriéndolo. Era lo bastante largo como para cansarme después de ir de punta a punta, varias veces, y más con los tacones, si es que a estas alturas encontraba los zapatos.

Me acerqué al móvil, para mirar la hora que era: las seis y cuarto de la mañana. Solté un suspiro, lo bloqueé y apagué la luz tenue de la lámpara de la mesita de noche. Caminé hasta la puerta, decidida a buscar mis zapatos. Con toda la gente que habría salido por el acceso que daba al patio central, podían estar en cualquier lado, menos donde los dejé.

Giré el pomo despacio y abrí. La luz del amanecer se colaba por las ventanas de la pared que se alzaba por el

patio, la justa y necesaria para ver. Cerré la puerta despacio, mirando hacia los lados del pasillo. Había un silencio absoluto. Me quedé apoyada en la madera unos segundos, moviendo los dedos de los pies por el contraste de temperatura.

Hice una mueca al bajar la cabeza y para mi sorpresa no tuve que ir muy lejos para encontrar mis zapatos. Estaban bien colocados junto al marco de la puerta, alguien los había traído. Automáticamente pensé en una persona, pero el dueño del castillo no estaba solo en él, por lo que descarté al instante la posibilidad de hubiese sido él.

Por sorprendente que parezca agradecí el subirme en ellos, aunque sentí unas pequeñas molestias. Al menos podía irme como vine, aunque lógicamente sin el mismo humor. Me rodeé la cintura con los brazos, ajustándome el abrigo abierto al cuerpo, y empecé a caminar hacia un lado del pasillo, cerca de las ventanas desde las que se veía el patio central.

Los farolillos todavía estaban encendidos por la hierba y suspendidos en alto, en ese espacio todo continuaba igual. La magia que le había dado la noche y la oscuridad ya no era tan impactante, pero igualmente era muy bonito de ver. Intenté hacer el menor ruido posible a cada paso que daba, no sabía si en esta planta había alguien más, aparte de nosotras.

Necesitaba un café con urgencia, o dos, o tres, o los que me entraran. Pero no quería aprovecharme de la amabilidad del dueño del castillo, como para aventurarme a buscar una cocina. Bastante que nos había dejado quedarnos, lo que era muy de agradecer.

Cada vez que recordaba su cuerpo en tensión detrás de mí, con mi espalda pegada a su pecho y con su mano rodeándome con firmeza la muñeca, justo en el momento en el que fue consciente de cómo estaban Harald y Aneka… Y de cómo había hablado en ese momento. Me estremecí al acordarme de su voz: fuerte, rotunda, ronca, profunda y con matices oscuros. La determinación en todo él había salido disparada hacia fuera, llevándome a mí con ella.

Me puse en alerta cuando a los que llamó se llevaron a los dos con los que me hubiese gustado desahogarme. Sentir sus dedos deslizarse despacio por la manga de mi abrigo me había puesto el vello de punta, pero me prepar para volver a actuar, sin saber a quién tenía detrás. Por suerte fue rápido al dejarme claro el motivo que tuvo para hacerlo, para quitarme el mazo de la mano, a pesar de que podría haberlo hecho directamente.

Aunque siendo sincera, en aquel momento mi cordura brillaba por su ausencia, con la rabia recorriéndome. Y cuando me giré y me encontré de frente con su máscara y su cuerpo… Me costó reaccionar para ir hacia a Aneka. No esperé que fuese él, ni siquiera se me pasó por la cabeza, para nada imaginé que sería el mismo que vi disfrutando con la mujer arrodillada entre sus piernas.

Me paré frente a una tela que colgaba entre ventana y ventana. Se sujetaba por anclajes en los extremos superiores y me quedé embobada, admirando la imagen que habían retratado. Eran un hombre y una mujer, vestidos de época. Miraban hacia el frente, pero el cariño que había quedado plasmado, con la mano del hombre

sujetando a la mujer por los hombros, era más que evidente.

Me giré de golpe, al escuchar el sonido de una puerta. No tenía ganas de cruzarme con nadie, pero parecía que iba a ser inevitable. La luz del interior de una habitación inundó el pasillo de un tono amarillento.

—Hola —susurré hacia el hombre que salió y me vio.

Era el dueño del castillo, del que por cierto no sabía el nombre. Ahora que lo pensaba, yo tampoco me había presentado, como hizo Astrid cuando vino a vernos a la habitación.

—Hola. —Me devolvió el saludo.

Apoyó el hombro en el marco de la puerta, sin apartar la vista de mí. «Igual de impresionante que con traje», me dije. Y así era porque verlo era un pecado demasiado tentador. Llevaba un pantalón caído, sujetado por sus caderas, junto a un jersey de cuello de pico. Tenía el pelo alborotado, como si se lo hubiese peinado con los dedos

—Yo… —dije dubitativa, ante su observación— Solo quería despejarme, por eso he salido de la habitación. —Carraspeé al notar la voz rasposa.

—No hay problema en ello —habló serio.

—Gracias —susurré.

—¿Cómo está tu amiga, Aneka?

—Igual, todavía no ha despertado —asintió despacio.

—Llamé a la policía. —Lo miré atentamente—. Les dije que vosotras hablaríais en otro momento con ellos. Vamos a llegar hasta el final con lo que ha sucedido.

—Grac… No sé cómo agradecerte todo lo que has hecho por nosotras.

—Demasiado poco. —Apretó la mandíbula—. Y no tienes que agradecerme nada. —Hizo una pausa—. Me alegro de no haberme equivocado.

—¿Qué?

—Los zapatos. —Señaló hacia ellos con un gesto de la cabeza.

—Oh. —Bajé la mía hacia ellos—. Los dejaste tú fuera de la habitación —confirmé y él también lo hizo, con un asentimiento—. Gracias.

Pues no me había equivocado con mi primera suposición al respecto.

—Al verte descalza y encontrarlos en la planta de abajo, pensé que serías la dueña de ellos.

—Sí. —Ladeé un poco la cabeza.

—¿Tu otra amiga Astrid y tú habéis podido dormir? —Se interesó.

—Ella se ha dormido hace un rato, yo no he podido cerrar los ojos —solté un pequeño suspiro.

Me estaba costando horrores mantenerme quieta, por los nervios. Así me ponía su intensa mirada y sus facciones marcadas cubiertas de seriedad, algo que ya descubrí cuando lo atendí en la cafetería.

—Todavía tienes tiempo para descansar, no hay ninguna prisa para iros.

—Lo he hecho, no me he movido del lado de Aneka en la cama.

Se puso recto, separándose del marco de la puerta. Salió al pasillo y di un pequeño respingo cuando la cabeza de un perro se coló hacia fuera.

—Él es Baxter, no te hará nada —dijo al ver mi reacción—. Estuvo en una planta más alta, anoche lo aparté de todo lo que pudiese alterarlo —asentí—. Fui a buscarlo cuando me encerré en mi habitación para dormir.

—Me alegro de que lo hayas hecho.

—Tampoco he podido cerrar los ojos.

—¿Por qué…?

—¿Qué?

—¿Por qué me mira así? Parece que quiere abalanzarse sobre mí. —Tragué saliva.

—Es solo curiosidad, eso es lo que siente.

Con un movimiento de la mano, sin tener que hablarle, el perro obedeció su orden silenciosa y se sentó junto a él.

—No tienes nada que temer, a no ser que me enfades.

Aparté los ojos de Baxter, llevándolos rápido hacia los suyos.

—¿Cómo? —Entrecerré los párpados.

—Que, si le ordeno que ataque, lo hará.

—Oh… Vale. —Volví a tragar saliva, no muy contenta con eso.

—Como he dicho, no tienes de lo que preocuparte.

—Eso es muy esperanzador. —Sacudí la cabeza.

Sus labios se curvaron hacia arriba de un lado y ese increíble gesto, el primero que veía en él, provocó que algo en mi interior se removiera. ¿El qué? Ni idea, seguramente sería por el hambre al tener el estómago vacío.

—Acompáñame —me pidió, empezando a caminar por el pasillo.

—¿Adónde? —le pregunté sin moverme.

—A la cocina, creo no equivocarme en que necesitas un café tan urgente como yo. —Giró la cabeza hacia atrás sin pararse.

Su perro Baxter se había quedado en la puerta de la habitación, mirándome fijamente.

—Hasta que no te muevas no lo hará él —me advirtió.

Como si el suelo quemara, empecé a caminar rápido, queriendo llegar a su lado cuanto antes porque Baxter me siguió de cerca.

Aparté los ojos de Baxter, llevándolos rápido hacia los suyos.

—¿Cómo? —Entrecerré los párpados.

—Que, si le ordeno que ataque, lo hará.

—Oh… Vale. —Volví a tragar saliva, no muy contenta con eso.

—Como he dicho, no tienes de lo que preocuparte.

—Eso es muy esperanzador. —Sacudí la cabeza.

Sus labios se curvaron hacia arriba de un lado y ese increíble gesto, el primero que veía en él, provocó que algo en mi interior se removiera. ¿El qué? Ni idea, seguramente sería por el hambre al tener el estómago vacío.

—Acompáñame —me pidió, empezando a caminar por el pasillo.

—¿Adónde? —le pregunté sin moverme.

—A la cocina, creo no equivocarme en que necesitas un café tan urgente como yo. —Giró la cabeza hacia atrás, sin pararse.

Su perro Baxter se había quedado en la puerta de la habitación, mirándome fijamente.

—Hasta que no te muevas no lo hará él —me advirtió.

Como si el suelo quemara, empecé a caminar rápido, queriendo llegar a su lado cuanto antes porque Baxter me siguió de cerca.

Capítulo 16

Drake

Al escuchar sonidos de pisadas en el pasillo me asomé para ver de qué se trataba, y la había encontrado a ella, de espaldas, atenta a la imagen que colgaba de la pared de enfrente.

Sabía que era demasiado pronto como para que Lain o Klaus, o los dos, estuvieran despiertos. Como le había dicho a Jailyn, la había igualado en lo de no poder dormir. Imposible cerrar los ojos al darle vueltas a lo que había sucedido y, mucho menos, siendo consciente de que ella estaba a unas habitaciones de distancia de la mía.

Estábamos en la cocina y notaba la mirada de Jailyn en mi espalda, siguiendo todos mis movimientos. Ya había preparado unas tostadas para los dos y ahora estaba entretenido terminando de hacer los cafés.

Me giré hacia ella con las tazas llenas e intenté no mostrar diversión. Se había sentado en un taburete, frente a la larga isla de la cocina, esperando a que me reuniera con ella como le había pedido, al rechazar su ayuda. En este instante estaba rígida, su espalda no podía estar más recta, mientras observaba de reojo a Baxter, el que no apartaba los ojos de ella, con la cabeza ladeada. Él se encontraba tumbado a un metro de distancia, la que había ido acortando poco a poco, desde que llegamos.

—Es muy juguetón —al oírme se centró en mí—, cuando quiere. —Me senté en otro taburete, enfrente.

—No lo parece. —Volvió a mirarlo, directamente y desconfiada.

—¿No te gustan los animales? —pregunté con curiosidad.

—Claro, pero los dóciles y los propensos a las muestras de cariño. —Sacudió la cabeza, despacio.

—Te sorprendería lo cariñoso que es Baxter, en contadas ocasiones se separa de mí. —Me llevé la taza a los labios, sin apartar la vista de ella.

—Tú eres su dueño, a mí me está observando como a una intrusa o amenaza. —Arrugó la nariz.

—Te acaba de conocer y te has mantenido alejada de él, sin acariciarlo.

—¿Está esperando eso? —Agrandó los ojos y asentí—. Pues no da mucha confianza acercarse —soltó un suspiro.

—Poco a poco. —Hice una pausa—. Sírvete todo lo que quieras —dije refiriéndome a la bandeja de embutido variado y la crema dulce que había sacado de la nevera, para acompañar a las tostadas.

—Gracias —susurró.

Los siguientes minutos nos mantuvimos en silencio, mientras desayunábamos. Sus ojos se quedaron fijos más de una vez en mis nudillos, por lo que supe que en cualquier momento sacaría el tema, y no me equivoqué.

—¿Te duele?

—No —mi contestación fue tajante, como sonó mi voz.

—Los tienes magullados y doloridos. —Buscó mis ojos.

—No es nada. Mereció la pena y teniendo en cuenta que no disponía de ningún mazo… —Arqueé una ceja.

—Puede ser de mucha utilidad —sonrió de medio lado.

—Lo imagino, cuando lo vi en tu mano… —Sacudí la cabeza.

—Iba a devolverlo a su sitio. —Se mordió el labio inferior y mis ojos volaron hacia ellos.

Lo soltó despacio al darse cuenta, dejando los labios entreabiertos, inquieta por la intensidad que percibió de mí Durante un rato nos mantuvimos la mirada, hasta que me bajé del taburete y recogí todo lo que había encima de la encimera de la isla.

—Me llevé una sorpresa al verte anoche —dije con voz rasposa—. ¿Quieres otro café?

—Me he quedado bien —asentí—. Yo también, varias veces —lo dijo en un tono tan bajo…

—No me dio la sensación de que te molestara lo que viste la primera vez. —Apoyé la cadera en la encimera, cruzando los brazos en el pecho.

—¿En serio vas a sacar ese tema de conversación? —Me miró sorprendida.

—¿Qué problema hay? —Fruncí el ceño— Te gustó lo que viste, lo vi en tu indecisión de irte de la sala.

—Con todas las puertas que abrí, créeme que no me asustó. —Bajó la vista hacia sus manos—. Siento haber interrumpido de esa forma. —Tragó saliva, girando la cabeza hacia Baxter.

Él levantó la suya de sus patas delanteras y la ladeó de nuevo, observándola fijamente.

—Yo no —dije y buscó rápido mis ojos.

—¿Cómo? —susurró.

—Si no hubieras entrado no habría sabido que estabas en el castillo, al menos hasta aquel momento. Me excitó que no pudieras apartar los ojos de como la otra mujer subía y bajaba la cabeza, de cómo imaginabas lo que se hundía en su boca, una y otra vez, y de verme a mí, en tensión, por ese mismo motivo y por tu presencia.

—Por Dios… —Se giró en el banco.

—Si viniste a la fiesta es porque eres adulta.

—Lo soy, pero no me hace falta saber tantos detalles. —Bufó—. Y al venir no sabía lo que iba a encontrarme, nunca…

—¿Qué?

—Nunca había asistido a una igual, ni parecida. —Carraspeó para aclararse la voz—. Pero me sentí cómoda, antes de todo lo malo que pasó. —Solté el aire despacio.

—Lo lamento, te aseguro que no volverá a pasar.

—¿Sueles hacer muchas de ese estilo? —me preguntó sin mirarme a los ojos, mientras acariciaba la encimera con los dedos.

—De vez en cuando.

El silencio nos rodeó durante unos minutos, sin que ninguno de los dos lo interrumpiéramos.

—Me gusta ser claro y directo, me refiero a la explicación un poco detallada que te he dado de lo que sucedió en la sala, de lo que viste. Dime qué sentiste y dejo el tema olvidado, por ahora.

Se tomó unos segundos para contestar, incluso pensé que no lo haría. Se bajó despacio del taburete y me miró de reojo, hasta que volvió la cabeza hacia mí, para hablarme cara a cara.

—No me molestó, me gustó porque… También me excitó, a pesar de lo nerviosa que estaba.

—¿Por qué lo último? —Entrecerré los ojos.

—Me estaba escondiendo del hombre que intentó…

—No lo digas —la interrumpí, con una voz que ni yo mismo reconocí.

—No era por miedo, solo es que no quería complicar más las cosas. —Elevó un hombro, quitándole importancia—. Retomando mi respuesta… Detrás de todas las puertas que abrí me encontré con una gran variedad de todo, pero en la sala en la que estabas tú… Fue en la única estancia que entré y me costó salir. ¿Contento?

—Sí. —Apreté la mandíbula.

—Estupendo. Y que conste que te lo he dicho por todo lo que has hecho, por lo amable que has sido y continúas siendo. —Remarcó.

—¿Solo por eso?

—Claro. ¿Por qué tendría otro motivo?

Mis labios volvieron a curvarse hacia un lado. Tuve ganas de contestarle, pero opté por el silencio sobre ese tema.

—¿Quieres ir a descansar?

—No, pero sí ir a ver a mis amigas, por si Aneka…

—Vamos. —Me separé de la encimera.

Baxter se puso de pie sobre sus cuatro patas al instante, pero no se movió. Ni lo haría hasta que Jailyn no me siguiera.

Ella, al deducirlo, caminó rápido detrás de mí, con Baxter siguiéndola de cerca. Subimos por las escaleras hasta la segunda planta y esperé, apartado de la puerta, a que comprobara si había algún cambio dentro de la habitación en la que había descansado. Supe lo que me diría antes de que dejara la puerta entornada y hablara en tono bajo, dentro solo había oscuridad.

—Siguen durmiendo —soltó un suspiro—. Voy a entrar un momento para asegurarme de que Aneka continúa como la dejé. —Señaló la madera y asentí.

—Te espero aquí.

—¿Para qué?

—Por si te apetece que te enseñe más del castillo.

—Ah, sí —sonrió.

Me dio la espalda y se perdió dentro, con la puerta abierta para tener un poco de claridad. Me apoyé en la pared y le acaricié la cabeza a Baxter, se había sentado junto a mis piernas.

—No hay ningún cambio —dijo al salir, cerrando con cuidado.

—En cuanto su cuerpo elimine lo que tomó, empezará a reaccionar, como dijo el médico —comenté convencido también de ello—. Hablé con él.

—Vale —soltó un suspiro.

—Imagino que te paraste a ver el patio central —volví a hablar, dirigiéndome hacia las escaleras.

—Sí, esa zona estaba preciosa anoche. El castillo es impresionante, anoche vi más de lo pensé que haría, al ir de puerta por puerta. —Sacudió la cabeza.

—La otra parte, el ala contraria, no es muy diferente de esta. Aun así, si quieres ir a verla… Me gustaría que sustituyeras los recuerdos de lo que viste, dándole otra perspectiva.

—No hace falta, pero gracias. ¿Qué haces con tanto espacio?

—Nada. —La miré de reojo.

—No me extraña, yo me perdería aquí.

—Siempre suelo utilizar las mismas zonas, poco varío. Pero me gusta venir porque para mí representa paz y desconexión.

Callados, llegamos a la siguiente planta y le enseñé las pocas novedades que había, la decoración del pasillo que la recorría y una gran sala que hacía de biblioteca. Dentro de ella me senté en el filo de una mesa, con Baxter tumbado a mis pies. Seguí con la vista a Jailyn, caminó cerca de las estanterías que iban del suelo hasta el techo, todas ellas repletas de libros. Estaba la sección de los más antiguos, pasando por varias épocas, hasta llegar a la actual.

Cuando se quedó más o menos satisfecha, porque me dio la impresión de que si por ella fuese no habría salido de la biblioteca en todo el día, la llevé hacia el último tramo de escaleras. Le abrí la puerta que daba a la almena y se quedó asombrada por las vistas que ofrecía desde tanta altura.

—Me gusta —una sonrisa apareció en sus labios.

—Me alegro y ahora soy yo el que no se extraña. Este es mi lugar preferido para aislarme de todo y de todos —le confesé.

—Normal, parece que tan alto nada puede llegar hasta ti —susurró haciendo un recorrido visual por las praderas y las llanuras, con las manos en la pared de piedra.

La miré de reojo cuando dio un paso lateral, acercándose a mí. Ni se dio cuenta de que nos quedamos muy cerca, al no apartar los ojos de Baxter que subió las patas delanteras sobre el espacio que quedaba entre las dos crestas de piedra. Noté su indecisión, pero al final tomó el control. Levantó una mano hacia su cabeza, moviéndola muy despacio, hasta que la posó sobre Baxter. Él movió la cola, más que contento con las caricias que le dio.

—Tiene un pelo muy suave —murmuró.

—Sí.

Dio un pequeño respingo. Me había puesto a su espalda, casi rozando mi pecho con ella.

—¿Qué…? —Bajó la mirada, siguiendo el movimiento de mis manos.

Alargué los brazos por delante de su cuerpo. Me mantuve callado cuando contuvo la respiración. Le abroché el botón más bajo del abrigo y continué haciendo lo mismo con el resto, ascendiendo poco a poco. Por impulso, cuando llegué a la altura de su pecho retrocedió, chocando conmigo. Intentó apartarse, pero la retuve en esa posición.

—Me encanta tu vestido, pero no sería bueno que cogieras frío, —Mi voz sonó ronca, al hablarle cerca de la mejilla, inclinado hacia ella—. ¿No te parece?

—Sí —susurró cuando terminé con el botón por debajo del pecho.

Pasé al siguiente, al que quedaba justo encima, entre ellos.

—Aquí siempre se nota mucho el cambio de temperatura —seguí hablándole de la misma forma, parándome a acariciar la costura del ojal. Respiró entrecortada—, a esta hora y por la noche, más.

Se lo abroché con movimientos lentos y terminé con los dos últimos.

—Podía hacerlo yo —susurró.

—Yo también, y es lo que he hecho. Espero que… No te haya molestado.

—No —contestó al cabo de un tiempo.

—Bien —dije con la vista fija en su melena.

s

Caía por su espalda y no pude resistirme. Me separé un poco de ella y cogí un mechón de pelo rojizo. Enrollé el dedo siguiendo la forma de las ondulaciones, mientras no podía pensar en lo que estaba haciendo, en si le gustaría o no que le tocaran el pelo. Era algo muy personal, y más que lo hiciera un desconocido.

Deslicé el dedo hacia abajo, estirándolo, y al soltar el mechón subió hacia arriba, amoldándose a las ondas.

e

—No… No me he peinado, ni mirado en un espejo.

Sus hombros se movieron, señal de que volvía a controlar la respiración.

—Está perfecto —afirmé en tono muy bajo.

—Gracias. —Alargó la palabra al decirla—. Con todo lo que ha pasado, no te he dicho mi nombre, tampoco sé el tuyo.

—No hace falta que me lo digas, lo sé. —Se tensó.

—¿Cómo…?

—De la noche que abrí la puerta principal del castillo y te encontré a unos metros de distancia, parada frente a ella, montada en una bicicleta. Tu amiga Aneka lo dijo en alto. Os vi a las dos.

—Eras tú… —murmuró.

—Sí, llamaste la atención de Baxter.

—Siento si fuimos muy molestia, sé por la gente de Faaborg que a los dueños de los castillos no les gusta…

—Fue de todo menos una molestia, Jailyn. —Soltó el aire de golpe.

—Estoy en desventaja desde el principio. ¿Tu nombre?

—Drake.

—Suena… Como tú —murmuró.

—¿Cómo soy yo? —Le retiré el pelo de un hombro, para ver mejor el perfil de su cara.

—Duro, imponente e impenetrable.

—¿Eso piensas de mí? ¿Doy esa sensación?

—Sí.

—Estoy en desventaja desde el principio. ¿Tu nombre?

—Drake.

—Suena… Como tú —murmuró.

—¿Cómo soy yo? —Le retiré el pelo de un hombro, para ver mejor el perfil de su cara.

—Duro, imponente e impenetrable.

—¿Eso piensas de mí? ¿Doy esa sensación?

—Sí.

Capítulo 17



Jailyn

«Madre mía», me dije. No sabía qué estaba sucediendo ni cómo habíamos llegado hasta este instante, pero me sentía… Me hormigueaba la piel. Tenerlo detrás mí, tan cerca que notaba su respiración y el calor que desprendía su cuerpo a través de la ropa, no ayudaba para que encontrara la cordura para apartarme de él.

¿Quería hacerlo? Gran pregunta. La respuesta apareció veloz en mi mente: no. Me quedé aturdida por ese mismo motivo y me estremecí un poco.

—Tienes frío. —Cerré los ojos con fuerza, al escucharlo de nuevo.

Su voz sonó como una suave caricia en tono bajo. No es que estuviese alucinando, ni soñando. Tampoco es que él fuese a evaporarse por arte de magia, era demasiado real y las sensaciones que me provocaba me tenían inestable, hasta el punto de no saber cómo reaccionar por espacios breves de tiempo. Como fue este caso.

—No tanto —conseguí decir—. Estoy bien. —Lo rematé.

Quería convencerlo de que así era porque tenía la impresión de que si notaba lo contrario nuestro momento se terminaría rápido. Si supiese cuál era el motivo que había propiciado que se me hubiese erizado el vello y lo que había provocado mi estremecimiento… No tenía nada que ver con el frío, la temperatura, ni con la brisa que corría al estar tan altos.

—¿Tengo que creerte?

Mierda, esa maldita forma de hablar, otra vez.

—Estaría… Bien que lo hicieras. —Lo miré a la cara.

Se movió hasta ponerse delante de mí. Sin apartar los ojos de los míos acarició la cabeza de Baxter. El perro llevaba con la atención puesta en nosotros bastante rato, con la cabeza ladeada hacia un lado. Todavía continuaba con las patas delanteras apoyadas en el muro de piedra.

—Entonces lo haré.

Me dio la sensación de que me dio la razón para complacerme, no porque lo creyera realmente.

—Gracias. —Me humedecí los labios.

Los notaba bastante resecos, o sería que se me había secado la garganta y no encontré otra cosa mejor para hacer. Me arrepentiría si se me cortaban.

—Hay una cosa que me crea curiosidad de lo de anoche —comentó desviando la vista de mí.

Los primeros segundos lo agradecí porque sus ojos observaban con tanta intensidad que era inevitable que los nervios fluyeran alocados en mi interior, pero después reprimí la sensación que se asentó en mi estómago, porque ya no me miraba.

—¿El qué?

Se giró con la atención puesta en el exterior del castillo y apoyó una mano sobre la alta cresta, sin dejar de acariciar con la otra a Baxter. Yo hice lo mismo, fijando la vista en la pradera. La primera luz del día bañaba la hierba de un color verde intenso, creando un reflejo brillante, al dar directamente en las finas gotas de agua que la cubrían.

—Bueno, en realidad son varias cosas. —Carraspeó y lo miré de reojo—. Es sobre el mazo que retuve en tu mano —continuó con la vista perdida hacia delante.

—No lo iba a romper. —Cambié el peso del cuerpo, de un pie al otro.

—Eso me trae sin cuidado. —Giré la cabeza hacia él, sonó como… ¿Enfadado?
a

Los matices se diferenciaron perfectamente.

—¿Entonces?

—Sé que estabas buscando a tu amiga, por eso ibas de puerta en puerta.

—Sí. —Mi voz se perdió entre la poca distancia que había entre los dos, al afirmarlo con un susurro débil.

—¿Cómo es que se te pasó por la cabeza cogerlo, antes de haberla encontrado?

—Ah, eso… —solté un suspiro— Ya había tenido la experiencia desagradable con el tercero que te comenté.

Su cara giró tan rápido hacia mí que… Tragué saliva. Drake tenía unas facciones dignas de contemplar, pero en este instante, con ellas tan marcadas, me quedé en blanco totalmente por unos segundos.

—¿Eso prendió la mecha de la duda y el miedo? —preguntó con voz fría.

—Sí. Cuando salí de la sala en la que tú estabas muy ocupado —arqueó una ceja—, en la que entré para esconderme, pues quise salir del castillo porque estaba agobiada. Recogí el abrigo y me quedé en el patio central, a esperar a mis amigas. Me senté en un banco de piedra, en la pared contraria a la puerta por la que entré para la fiesta y… No sé, me dio por pensar y empecé a ponerme nerviosa porque mis amigas pudiesen haberse encontrad con algo parecido. —Solté el aire despacio.

»Les escribí un mensaje, daba igual lo que estuviesen haciendo o con lo que se entretuvieran, sabía que me contestarían, aunque fuese con unos minutos de retraso. Astrid lo hizo, Aneka no, a pesar de que pasó mucho tiempo. Ella más que Astrid habría querido dejarme tranquila, y no lo hizo en ningún momento. Por eso volví a entrar decidida, dejando los zapatos olvidados.

»Me dediqué a ir puerta por puerta, como ya sabes. Primero de la planta baja, donde encontré a Astrid y a Ulrik pasándoselo bien. Por ella me quedé más tranquila, aunque ya me había respondido al mensaje. Al no saber nada de Aneka y al terminar de revisar esa planta, subí a la de arriba, la primera. —Dirigí la mirada hacia abajo, siendo más consciente aún de la altura que tenía el castillo. Se me removió un poco el estómago por ello.

—El mazo lo descolgaste del tramo de escaleras que sube a la tercera planta.

—Sí. —Lo miré de reojo—. Lo vi por casualidad y como a esas alturas ya tenía los nervios crispados, pensé qu un mazo sería mejor que nada, por si la situación que me encontraba favorecía para utilizarlo.

—Un mazo. —Sacudió la cabeza y me encogí ligeramente de hombros.

—Le iba a dar muy buen uso, por si te interesa saberlo.

—No tengo duda de ello. De hecho, lo habías utilizado antes de pararte yo, ¿no?

—Sí. —En mis labios apareció una gran sonrisa.

No me arrepentía, en absoluto. Volvería hacerlo una y otra vez, y con peores resultados, pero no para mí.

—Ya veo.

—Anoche no era una damisela en apuros, nunca lo seré. —Apreté las palmas de las manos en la piedra fría.

Ni puñetera idea del por qué utilicé la palabra «damisela», en mi vida la había pronunciado. ¿Sería el castillo que me transportaba a otras épocas? A saber, igualmente mi mensaje fue claro, directo y contundente, sin importa

cómo me definiera.

—Sé defenderme —añadí por si se lo estaba preguntando—, pero Aneka no. —Cogí una bocanada de aire.

—Daba por hecho lo tuyo, no cualquiera hubiese cogido el mazo en un arrebato.

—Lo vi por casualidad. Me paré junto a la escalera y llamó mi atención.

—¿Qué hubieras hecho si no lo hubieses encontrado?

—Utilizar cualquier otra cosa, empezando por cualquier parte de mi cuerpo. —Me encogí de hombros.

—Está claro que no eres una damisela en apuros.

—Estuve a punto de estampártelo a ti en la cabeza. —Carraspeé.

Noté cómo giraba el cuerpo hacia mí y lo apoyaba en la piedra.

—No puedo creérmelo.

—Unos segundos más sin saber el motivo por el que deslizaste los dedos por la manga de mi abrigo y hubiese volado hacia arriba. —Me mordí el labio, intentando contener la diversión.

—Eres un peligro, Jailyn.

Contuve dar muestras del estremecimiento que me provocó oírlo decir mi nombre, de una forma tan suave que… «Mierda», me dije.

—En situaciones que lo requieren, puedo serlo, a mi manera.

Me giré hacia él, imitando su posición. En silencio, nos mantuvimos la mirada. Ninguno de los dos hizo nada por desviarla, hasta que la interrupción de un carraspeo y una voz nos hizo girar las cabezas hacia la derecha.

—Hola.

No reconocí la cara del hombre que salió por la puerta de la almena, pero imaginé que sería uno de los dos hombres que entraron en la habitación donde encontré a Aneka y a Harald, para llevarse a uno de los que habían estado a punto de hacerle más daño a mi amiga. Desvié ese pensamiento para controlar la rabia.

—Hola. —Le correspondí al saludo.

—Perdón, pensaba que estarías solo aquí. —Se dirigió a Drake.

—Ya ves que no estabas en lo cierto —comentó él, sentándose en el filo de la piedra que había entre las separaciones de los dos pilares.

—Obvio —sonrió de medio lado el otro—. Disculpa mis modales, no me he presentado. —Caminó hacia mí—. Las dos veces que nos vimos anoche iba con máscara, cuando entré en la sala para sacar a rastras a uno de los agresores y después, cuando fui a la habitación en la que habéis descansado, para encenderos el fuego de la chimenea. Mi nombre es Lain, soy el primo de Drake.

Me ofreció una mano y se la agarré, devolviéndole el saludo.

—Encantada, yo me llamo Jailyn —asintió sonriente—. Y gracias por darle el primer golpe a ese… —Fruncí los labios—. Yo me quedé con las ganas.

Soltó una carcajada y después me hizo un guiño.

—Algo me pareció ver, mientras mi primo te mantenía bloqueada con el mazo en alto —sonrió de medio lado —. Por si todavía no lo sabes tuvieron su merecido, para empezar. —Miró de reojo a Drake.

Giré la cabeza hacia él, dirigiendo la vista hacia la mano que tenía apoyada en la piedra. Sus nudillos magullados eran prueba del merecido que acababa de mencionar Lain.

Eran familia y no era muy difícil de adivinar viéndolos juntos, sin que nada les ocultara las caras. Tenían muchos rasgos similares, partiendo de la altura, al color del pelo, aunque Drake lo tenía un tono más oscuro, casi imperceptible a la vista. También tenían mandíbulas parecidas y los ojos, pero los de Lain eran más suaves en intensidad. Ni punto de comparación con lo que transmitían los de Drake.

—Lo tuvieron y no hace falta sacar el tema. —La voz profunda de Drake me hizo desviar la atención de su mano, para encontrarme con su mirada.

En este instante observaba directamente a su primo, con esa maldita intensidad de me dejaba siempre descolocada. Por lo visto a Lain poco le importó, todo lo contrario, no le afectó y lo mostró tensando más la curva de sus labios, ampliándola.

Lain se mostró muy seguro, pero yo no las tuve todas conmigo en tener que interponerme entre ellos dos, en algún segundo, los que por cierto se hicieron interminables, en silencio.

—Espero que hayas podido descansar —me preguntó amablemente Lain, centrándose en mí.

Agradecí el cambio de dirección que le dio a la conversación.

—Cómoda en la cama sí, pero no he dormido. —Hizo una mueca.

—¿Cómo está tu amiga? ¿Hay algún cambio?

—Sigue como… dormida. No ha movido los párpados en ningún momento.

—Estoy seguro de que te has asegurado de ello, por eso no has querido dormir —dijo Drake.

—Pues sí. —Arqueé una ceja hacia él, para después fruncir el ceño—. No es que no haya «querido» —remarqué la última palabra—, es que no tenía cuerpo para poder dormirme. Me alegro de que a Astrid la haya vencido el cansancio al final.

—Es normal. —Lain suavizó el tono de voz—. Espero que tu amiga despierte pronto —asintió.

—Gracias —le sonreí un poco.

—¿Os apetece un café?

—Sí —respondí rápido porque mi estómago lo agradecería.

—¿Drake?

—Dentro de un rato.

Se incorporó de donde se había sentado y se giró, dándonos la espalda.

—Vamos a por ese café, Jailyn.

Dudé unos segundos, pero al final asentí hacia Lain. Me ofreció pasar primero por la puerta abierta y se puso a mi lado, bajando la escalera.

—Drake… ¿Se ha enfadado? —No pude contener la pregunta.

—¿Qué te hace pensar eso? —habló con una media sonrisa.

—Desde que has aparecido se ha puesto más serio, no sé… La verdad es que no sé nada, llevo hablando con él solo hace unas horas. Y ahora parecía que quiera quedarse solo.

Su sonrisa se amplió. Solo hacía faltar estar con ellos dos para saber que sus caracteres no tenían nada que ver. Los primos podían parecerse mucho exteriormente, pero internamente, eran completamente opuestos, como la luna y el sol, como la noche y el día, pero a la vez parecían complementarse y encajar perfectamente.

—De lo primero no me he dado cuenta.

—¿En serio? —Me miró de reojo.

—Lo conozco como si fuese una parte de mí, con esto te doy la respuesta sincera, pero sin detalles.

—Vale —solté un pequeño suspiro.

Pues sí, acababa de darme la razón. A Drake le había cambiado el carácter ante la llegada de su primo.

—Y sí, quería quedarse solo.

—¿Por… qué? ¿Por mí?

—Sí y no.

—¿Eso qué quiere decir? —Fruncí el ceño.

—Me gustaría aclarártelo, Jailyn, pero no me corresponde a mí hacerlo. —Me hizo un guiño—. Quédate tranquila, no has hecho nada malo, sé que ha sido todo lo contrario.

—Ahora lo entiendo menos.

Soltó una carcajada, yo me quedé pensando en sus palabras, intentando darle una lógica coherente a lo que significaban.

—Drake a simple vista parece difícil de entender —Lain captó toda mi atención—, pero cuando consigues rascar todas las capas con las que se protege, logras llegar a ver y a saber quién es realmente.

—¿Por qué se protege?

—¿Noto mucho interés en mi primo o es que te gusta hacer muchas preguntas?

Me sonrojé. Noté un calor extremo en toda mi piel y dirigí la cabeza hacia delante, para que no fuese tan evidente para Lain. Por suerte en la zona de la escalera no había mucha luz.

—Soy curiosa —susurré.

—Tendría que haberme dado cuenta anoche, caer en ello por mí mismo. —Lo miré extrañada—. Me gusta el color de tu pelo.

—¿Qué has querido decir? Y… ¿Gracias?

—De nada. Son cosas mías, estaba divagando sobre algo que me contaron hace un tiempo.

Con un guiño dio la conversación por finalizada y yo no me atreví a insistir más en el tema, ni en la actitud de Drake. No por nada, simplemente de repente me apeteció estar en silencio, con muchos pensamientos en la cabeza.

—Tendría que haberme dado cuenta anoche, caer en ello por mí mismo. —Lo miré extrañada—. Me gusta el color de tu pelo.

—¿Qué has querido decir? Y… ¿Gracias?

—De nada. Son cosas mías, estaba divagando sobre algo que me contaron hace un tiempo.

Con un guiño dio la conversación por finalizada y yo no me atreví a insistir más en el tema, ni en la actitud de Drake. No por nada, simplemente de repente me apeteció estar en silencio, con muchos pensamientos en la cabeza.

Capítulo 18



—Buenos días. —Me dirigí a Astrid.

Acababa de abrir los ojos, después de estirarse debajo del nórdico. Yo llevaba bastante tiempo sentada en la cama con la espalda apoyada en el cabecero, en la parte en la que pasé la noche tumbada.

—Hola —dijo con la voz ronca—. Buenos días. ¿Nada todavía? —Se incorporó despacio.

No dejó de observar a Aneka que se mantenía en la misma posición desde que se fue el médico. Levantó la vista hacia mí y negué, dándole la respuesta.

—Joder. —Bufó—. Voy al baño.

Se bajó de la cama y corrió hasta el sillón en el que dejamos los abrigos. Se lo puso, al igual que los zapatos, y se perdió en el interior del baño. El fuego de la chimenea hacía unas horas que se había consumido y la temperatura de la habitación, como la de todo el interior del castillo, era muy fresca por las gruesas paredes de piedra.

Lain, del que ya sabía el nombre, cuando vino a encendernos el fuego, enmascarado, dejó varios troncos para que lo mantuviésemos encendido. Mientras me tomaba el café con él en la cocina, se me olvidó decirle que había terminado con todos los troncos. Durante la noche fue lo poco que hice, controlar el fuego para que continuase vivo y estar tumbada en la cama, junto a mis amigas.

—¿Cómo has descansado? —me preguntó Astrid, caminando de vuelta hacia la cama— Yo al final me he quedado dormida. —Sacudió la cabeza.

—Lo necesitabas —le sonreí—. Ojalá yo hubiese podido hacerlo un poco, la cabeza ha empezado a dolerme. —La eché hacia atrás, apoyándola en el cabecero.

—En el bolso que traje para combinar con el vestido no tengo ninguna pastilla. —Hizo una mueca.

Se sentó a los pies de la cama.

—No te preocupes, tengo la esperanza de que Aneka abra pronto los ojos y podamos irnos —susurré.

—Estoy intentándolo.

Astrid y yo soltamos un pequeño grito, la que había hablado era Aneka.

—Cariño —me arrastré por encima del nórdico—, ábrelos despacio.

—Joder, me pesan un montón los párpados —se lamentó, con voz muy débil.

—Es normal, has dormido como una marmota —dijo Astrid, haciendo una broma.

—A ver. —Me incliné sobre ella.

Necesitaba ver sus ojos, sus pupilas y como no conseguía levantar los párpados, le levanté uno. Las tres terminamos riendo por ello. Me quedé muy tranquila, me entró una paz… No tenía la pupila dilatada y giró el ojo hacia mí, viéndome bien. Aparte de escucharla como siempre, un poco cansada, pero eso es todo.

—Menuda fiesta tuve que darme —soltó un suspiro—. Lo último que recuerdo es…

—¿Qué? —le preguntó Astrid.

—Que estaba bebiendo con Harald y con otros dos hombres que conocimos. Hasta ahí. —Se encogió de hombros—. Pero como… —Miró hacia los lados.

—¿Qué pasa? —Quise saber, aunque tenía claro lo que iba a decir a continuación.

Teniendo en cuenta que no recordaba nada, lo que agradecí inmensamente.

—¿Hemos dormido las tres juntas? —Se incorporó despacio, haciendo una mueca—. Me duele todo el cuerpo. —Bufó—. ¿Y dónde estamos? ¿En un hotel?

—Hemos pasado la noche juntas —empezó a explicarle Astrid, mirándome de reojo—, y supongo que es normal que te sientas así.

Aneka se quedó con más dudas, por la expresión que puso.

—Voy a hacerte un resumen rápido, ¿vale? —intervine y asintió.

Le expliqué calmada qué sucedió para que no recordara nada, hasta llegar a este momento. No me dejé ningún detalle, mientras me miraba con cara de sorpresa. Hubo algunas pinceladas de miedo, pero fueron breves.

—Me alegro de que te perdieras las peores partes. —Le hice un guiño.

—Joder. —Sacudió la cabeza—. Se me ha erizado el vello, al escucharte me he puesto nerviosa, pero no me siento tan mal. No tengo la sensación de miedo.

—Porque no te enteraste de nada, cariño. —Le acarició una mano Astrid—. Y está bien así, es lo mejor. No queremos ningún trauma para ti —le sonrió con cariño.

—¿En serio le diste un mazazo a uno de ellos? —Me miró.

Asentí y me encogí de hombros, provocando que en sus labios apareciera una sonrisa radiante.

—Gracias.

—Como vuelvas a agradecerme algo así, busco el mazo y lo estampo en la cabeza —dije.

Tanto Aneka como Astrid soltaron una carcajada.

—Qué fuerte, hemos pasado la noche en el castillo y no he sido consciente.

—Si quieres dar un paseo por él no creo que haya problema —comentó Astrid.

—Ahora mismo solo me apetece darme una ducha, ponerme el pijama y lanzarme en el sofá. —Hizo una mueca.

—Pues eso harás dentro de poco.

—Cuando estés preparada nos vamos. Tómate tu tiempo, no hay prisa —le pedí.

—Vale —soltó un suspiro, apoyando la cabeza en el cabecero.

—Voy a llamar a Harald, se va a alegrar mucho de saber que estás bien —dijo Astrid.

—Que mal lo tuvo que pasar. —Hizo un puchero.

—Bastante, pero ya está —comenté.

Gateé por encima del nórdico y me senté a su lado. Al quedar hombro con hombro dejó caer la cabeza en el mío y le di un beso en el pelo. Entrelazamos las manos. Astrid sonrió al vernos y se alejó para ir a hacer la llamada.

—Sé que no te gusta, pero… Gracias por estar conmigo —susurró Aneka—. No quiero ni imaginar lo que hubiera pasado ni no me hubieses buscado y encontrado a tiempo.

—Ni lo pienses, no vale la pena. —Le apreté la mano—. Hacerlo no tiene sentido porque no pasó. —Apoyé la mejilla en su pelo—. Tenemos que ir a la policía, pero cuando te veas con fuerzas. Supongo que los resultados de la analítica estarán en varios días.

—Tengo que contárselo a mis padres —soltó un suspiro largo.

—Yo te ayudaré.

—Lo sé, pero no por ello dejará de impactarles. Se van a preocupar.

—Es inevitable, y lo más lógico.

—Ya… Me gustaría no hacerlo para evitarles el mal rato.

—Es tu elección, pero si por cualquier casualidad se enteran por alguien que no seas tú, se lo tomaran mucho peor.

—Jooo…

Sonreí y nos quedamos calladas, escuchando la última parte de la conversación de Astrid con Harald, al menos la parte en la que ella hablaba.

Al cabo de un buen rato Aneka se animó a salir de la cama. Fue al baño y cuando salió nos dijo que podíamos irnos. Nos pusimos los abrigos, cogimos los bolsos, ella se calzó y salimos de la habitación. El pasillo estaba solitario y silencioso y las guie hacia la cocina, con la esperanza de ver a alguien en ella.

No queríamos irnos sin despedirnos, no sería justo, después de todo lo que habían hecho tanto Drake, como Lain y Klaus. A este último no lo había visto en persona, aparte de la noche anterior, con la máscara, pero Lain me había hablado de él. Me contó que era amigo de Drake y de él, que eran los únicos que estaban en el castillo, junto a nosotras.

Al acercarnos a la cocina escuchamos un murmullo de voces, el que fue ampliándose, hasta que pude identificar dos de ellas. Era cerca de la una del mediodía, por lo que supuse que estarían comiendo o terminando.

—Hola —dije desde el marco de la gran puerta que daba acceso a la cocina.

—Eh. —Fue Lain el primero en reaccionar, al quedar frente a nosotras.

Los tres estaban sentados alrededor de la isla.

—¡Qué sorpresa! Nos alegramos de verte bien y de pie. —Se dirigió a Aneka.

—Muchas gracias, por todo —dijo sonrojada.

—Por favor, era lo mínimo que podíamos hacer. —Le quitó importancia.

Desvié la atención de Lain, mientras se presentaba a Astrid y a Aneka. Hasta este momento no habían querido molestarnos en la habitación, ninguno de ellos, sin contar la visita que nos hizo Drake de madrugada a cara descubierta, y la presencia silenciosa de Lain con máscara, para encender el fuego en la chimenea. Fijé la vista en el hombre que caminaba junto a Drake. Venían hacia nosotras, y lo reconocí de la cafetería, cuando lo atendí.

—Jailyn, hola. —Se dirigió a mí directamente, imaginé que o Drake o Lain le habían dicho mi nombre.

—Hola, Klaus. —Hice lo mismo porque no podía equivocarme con su nombre, era el único que me faltaba por ubicar.

Klaus no se conformó con estrecharme la mano, se acercó para darme un beso en la mejilla. Sentí la mirada de Drake, pero evité dirigir la mía hacia él. Klaus continuó con las presentaciones hacia mis amigas.

No tuve ni idea de si a Drake se le había pasado el enfado de la última vez que lo vi en la almena, su expresión era indescifrable. Solo sabía que estaba serio, cuando no pude retrasar más el encontrarme con sus ojos, después de que saludara a Astrid y a Aneka. Hacia la última se presentó y le preguntó cómo se encontraba.

—Hola —me dio por decirle, cuando se acercó a mí.

—Dentro de un rato iba a subiros la comida, tendría que haberlo adelantado.

—No pasa nada —negué.

—¿Os vais ya? —preguntó Lain— Podéis quedaros a comer y después os pedimos un taxi, aunque si queréis Drake puede llevaros.

Lo dijo tan normal… Ni idea de lo que pensó su primo al escucharlo, solo pude diferenciar un atisbo de la intensidad de sus ojos, dirigidos a Lain.

—Un taxi estará bien —comentó Astrid, sonriente—. Lo de comer depende de las fuerzas que tenga Aneka. —

Me miró para buscar mi aprobación y asentí.

—Mientras coma sentada lo podré soportar —dijo Aneka.

—Por favor —le habló Klaus, extendiendo el brazo para que fuera hacia el taburete de la isla.

—Gracias. —Volvió a ruborizarse, esta vez con más intensidad.

Sonreí observando cómo Klaus la acompañaba hasta el taburete y la ayudaba a subir en él.

Astrid y Lain los siguieron.

—¿Estás bien? —le pregunté en tono bajo a Drake.

Éramos los únicos que continuamos de pie, en la entrada de la cocina. Me arrepentí al instante de hacerle esa pregunta porque no teníamos la confianza necesaria, pero las palabras salieron antes de que pudiese retenerlas.

—¿Por qué debería estar mal? —Frunció ligeramente el ceño.

—Eh, no sé. —Desvié la mirada—. Ha sido una tontería.

—Ponte cómoda.

—Sí, gracias.

Caminé por su lado y no tuve más remedio que sentarme en uno de los dos taburetes que habían quedado libres. Había más, pero apartados hacia un lateral. Iba a pasar una comida de lujo, con Drake a mi lado, pero no podía quejarme, continuaban siendo muy amables con nosotras.

Drake retiró los platos que habían vaciado ellos y empezó a servirnos en otros nuestra comida. Lain se levantó y se reunió con él. En poco tiempo teníamos delante los platos llenos, vasos, copas y servilletas, junto a una botella de vino y una jarra de agua.

—Que aproveche. —Nos deseó Drake, antes de llevarse su copa de vino a los labios.

—Gracias —dijimos las tres a la vez.

El silencio que se creó no fue incómodo, pero enseguida Lain y Astrid empezaron a hablar. Aneka y Klaus también se unieron a la conversación, y yo fui interviniendo de vez en cuando.

—¿No tienes hambre? —Miré de reojo a Drake.

—No mucha —contesté.

—Llevas horas sin comer. —Arqueó una ceja.

—Estoy acostumbrada por el trabajo. —Me encogí de hombros.

—¿No te gusta? —Se refirió a la comida.

—Eh, sí. Está muy buena. —Bebí un poco de agua.

—Os obra de Drake. —Dirigí la vista a Lain—. A pesar de ser un hombre de negocios y de lo ocupado que está siempre, le gusta pasar tiempo en la cocina, experimentando.

—Tampoco es para tanto —comentó Drake, con tono seco.

—No te quites méritos, primo —dijo Lain, sonriendo de medio lado.

Drake solo sacudió la cabeza y me dio la sensación de que fue un gesto como si Lain no tuviese remedio. A partir de ahí, se quedó callado, bebiendo vino de vez en cuando, atento a las conversaciones. Yo me dediqué a hacer un esfuerzo por comer, pero sobre todo en tragar. Tener su cuerpo al lado no me ayudaba mucho a relajarme. Tenía muy presente su presencia, en toda la dichosa cocina se notaba y precisamente pequeña, no era.

Aneka aguantó muy bien, pero en cuanto terminamos de comer decidimos irnos.

—Os llamo a un taxi o puedo llevaros yo —se ofreció Klaus enseguida y Aneka le sonrió.

—El taxi está bien, no queremos molestar más —le dijo.

—No es ninguna molestia, pero como quieras. Tú mandas. —Klaus aceptó y Aneka amplió la sonrisa.

Bajé la mirada hacia la encimera de la isla y desvié los ojos hacia la mano de Drake. Me llamó la atención ver cómo apretaba el cristal de la copa. ¿Qué le pasaba? ¿Volvía a estar molesto? ¿Se había vuelto a enfadar por algo? Hasta este instante había estado relajado, o al menos eso creí, pero ahora la tensión en él era evidente.

Giré la cabeza hacia la suya y no me equivoqué, tenía la misma expresión que cuando me fui de la almena con su primo Lain. Sus reacciones eran todo un misterio. Se movió un poco hacia mí, nuestros ojos se encontraron y la puñetera intensidad me atravesó.

Escuché un carraspeo a mi otro lado procedente de Lain, pero no pude apartar la atención de Drake, como si una corriente eléctrica me tuviese enganchada a él. Las palabras de Klaus consiguieron sacarme del aturdimiento.

—Ya está. Llegará en muy pocos minutos, había uno cerca —nos informó.

Nos bajamos de los taburetes y nos acompañaron hasta la puerta principal. Baxter apareció corriendo de algún lado y salió disparado, para frenar sin dejar de mover la cola. Empezamos a despedirnos de Klaus y de Lain, dejamos olvidados los apretones de manos y nos dimos un beso en la mejilla, volviéndoles a agradecer todo lo que habían hecho por nosotras, pero, sobre todo, por Aneka.

Drake fue el último en imitar la despedida hacia mis amigas, mientras yo me inclinaba hacia Baxter, con los nervios cogidos al estómago, por lo que iba a suceder en poco tiempo.

—¿Amigos? —le susurré al perro.

Ladeó la cabeza y sonreí. Se la acaricié y se levantó, para frotarse con mis piernas.

—Eso significa que sí. —Levanté la cabeza hacia Drake.

—Vale —sonreí un poco, sintiendo vergüenza de repente—. Me ha encantado conocerte, Baxter. —Le acaricié detrás de las orejas y me hizo gracia el sonido de satisfacción que hizo.

Me incorporé despacio, cogí aire y me puse de cara a Drake. El taxi acababa de llegar y mis amigas estaban junto a él, con Klaus y Lain a sus lados, separados a cierta distancia de nosotros.

—Sé que ya lo he dicho, pero… Gracias por todo —asintió serio.

—Cuídate, Jailyn.

—Eh, gracias. Lo mismo digo. —Carraspeé.

Di un paso hacia él, pero no llegué más lejos. Drake se movió. Apoyó la palma de la mano abierta en mi espalda y noté su contacto como si quemara traspasando la ropa. Se inclinó hacia mí y el roce de sus labios en mi mejilla me abrasó la piel que tocó. Me dio beso que pareció muy breve, pero no lo fue, y se lo devolví sintiéndome indispuesta de repente.

—Ya nos veremos —susurró, antes de separarse y ponerse recto.

—Sí. —No pude decir nada más, por el temblor que tenía.

Dudaba que volviera a suceder, aunque si él quería lo tendría fácil, solo necesitaba ir a la cafetería.

Le di la espalda y caminé hasta el taxi. Mis amigas ya estaban dentro, esperándome. Me monté, Lain cerró la

puerta y nos despedimos de ellos por última vez levantado las manos. Drake me mantuvo la mirada cuando me encontré con la suya, cuando el taxi empezó a moverse.

Tragué saliva, sin poder dejar de observarlo a través de la ventanilla, hasta que Aneka habló.

—¡Dos de ellos eran los de la cafetería! Los he reconocido en cuanto los he visto en la cocina.

—Sí —sonreí—. Qué casualidad, ¿verdad?

—Ya te digo —dijo con una risilla.

—No sé de quiénes habláis —dijo Astrid.

—¿Te acuerdas cuando te pregunté en el restaurante que fuimos a comer, después de mucho tiempo sin vernos, si recordabas algún momento en el que Jailyn se había puesto nerviosa en el trabajo?

—Sí —respondió Astrid, con una ceja arqueada.

—Y te dije que fue por un hombre —continuó Aneka, sonriendo de oreja a oreja—. Pues era Drake, el otro que lo acompañaba ese día era Klaus.

—No fastidies. —Soltó un pequeño jadeo, y las dos me miraron.

Me mantuve callada y terminé poniendo los ojos en blanco. Empezaron a hacerme preguntas, pero salí victoriosa de todas ellas porque no respondí ni una, así que se quedaron con más dudas y las ganas.

No estaba para más en este momento, bastante tenía con lidiar con todas las sensaciones y emociones que me recorrían.

puerta y nos despedimos de ellos por última vez levantado las manos. Drake me mantuvo la mirada cuando me encontré con la suya, cuando el taxi empezó a moverse.

Tragué saliva, sin poder dejar de observarlo a través de la ventanilla, hasta que Aneka habló.

—¡Dos de ellos eran los de la cafetería! Los he reconocido en cuanto los he visto en la cocina.

—Sí —sonreí—. Qué casualidad, ¿verdad?

—Ya te digo —dijo con una risilla.

—No sé de quiénes habláis —dijo Astrid.

—¿Te acuerdas cuando te pregunté en el restaurante que fuimos a comer, después de mucho tiempo sin vernos, si recordabas algún momento en el que Jailyn se había puesto nerviosa en el trabajo?

—Sí —respondió Astrid, con una ceja arqueada.

—Y te dije que fue por un hombre —continuó Aneka, sonriendo de oreja a oreja—. Pues era Drake, el otro que lo acompañaba ese día era Klaus.

—No fastidies. —Soltó un pequeño jadeo, y las dos me miraron.

Me mantuve callada y terminé poniendo los ojos en blanco. Empezaron a hacerme preguntas, pero salí victoriosa de todas ellas porque no respondí ni una, así que se quedaron con más dudas y las ganas.

No estaba para más en este momento, bastante tenía con lidiar con todas las sensaciones y emociones que me recorrían.

Capítulo 19

Me asomé a la terraza, para comprobar que todos los clientes de mi zona de trabajo estaban servidos y no les faltara nada.

Era miércoles y el día no podía haber empezado peor en la cafetería. Al poco de llegar, sobre las seis de la mañana, porque durante toda la semana me tocaba hacer el turno de mañana, había tenido un encontronazo con m jefa, Fiona.

Debo reconocer que yo llevaba varios días en los que no hacía falta mucho para crisparme los nervios y ella era una experta en llevarme al límite. Hoy me había pillado peor y no me había apetecido seguirle la corriente. Mi humor y mi paciencia brillaban por su ausencia para sus tonterías, y esa mujer tenía demasiadas.

Aneka junto a otra compañera habían intervenido en mi defensa, y también habían salido perjudicadas de la situación. Más cabreada me había puesto porque si solo hubiese sido hacia mí… En fin, no me había quedado otra que lidiar con ello, así que, aquí estaba, intentando por todos los medios no volver a cruzarme con ella para no saltar y terminar por complicarme la vida a mí misma.

Tenía unas ganas tremendas de que llegara el final de la jornada y todavía eran las diez. Quedaba poco, solo dos horas, pero hasta diez minutos podían hacerse interminables con el ambiente que se había quedado. El resto de mis compañeros me apoyaban porque era un sin sentido que lo hicieran hacia Fiona. Bastante bien lo sabían, ninguno de ellos se libraba de vez en cuando de sufrir en sus carnes los comentarios de la jefa, sus modales, su prepotencia y sus acciones.

Cogí una bocanada de aire y fui hacia una de las mesas en la que una chica llamó mi atención. Me pidió otro café y fui a hacérselo. Cuando se lo llevé e iba hacia la cristalera, me alegré un poco y sonreí. Inga, la madre de Aneka, caminaba entre las mesas. Hoy no era el mejor día para que nos hiciese una visita, pero me dio exactamente igual. Me acerqué a ella.

—Hola, cariño. —Evitó darme un beso.

—Hola —nos sonreímos—. Aneka está en la barra, hoy le ha tocado ahí como segundo castigo. —Hizo una mueca.

—Eso no suena muy bien.

—Créeme, pinta maravillosamente bien. Si hubieses estado aquí a las seis de la mañana lo sabrías.

—¿Desde tan temprano? —asentí.

—Con solo un café en el cuerpo.

Soltó una risilla por cómo lo dije.

—Ve con ella, estará contigo todo lo que pueda. Yo hoy me mantengo al margen, para las dos horas que quedar quiero que terminen lo más pacificas posible.

—Algún día la cogeré del pelo y la sacaré a rastras de la cafetería. —Bufó, refiriéndose a Fiona.

—Me encantará ver eso —sonreí de medio lado—. Te haría una fiesta y no podría dejar de aplaudir, animándote.

Soltó una carcajada, haciéndome sonreír.

—Tiempo al tiempo, cariño. —Me hizo un guiño—. No iba a estar mucho, pero después de lo que me has dicho, solo voy a saludar a Aneka y me voy.

Asentí. Inga se perdió en el interior de la cafetería y yo volví a quedarme en la cristalera. Estaba preocupada, el domingo a última hora de la tarde, cuando Aneka descansó en su casa, después de llegar del castillo, fuimos a ver a Arvid y a Inga, para explicarles lo «entretenida» que fue la fiesta.

En cuanto se enteraron de lo que sucedió se alteraron. Hicimos todo lo posible para tranquilizarlos y lo conseguimos, pero, aun así, entendía que tanto Arvid como Inga, estuviesen más pendientes que de costumbre de Aneka. Mi amiga estaba perfectamente, solo se estremecía si recordaba mi explicación. Al no haberse enterado de nada, no tenía que lidiar con ningún sentimiento negativo. Lo que era de agradecer, mucho, infinitamente.

Astrid volvía a estar ocupada con el trabajo, a saber, cuándo volveríamos a verla. Podía ser en unos días, una semana o alargarse algún mes. Igualmente, de vez en cuando nos escribíamos o nos llamábamos, pero las conversaciones no eran muy largas. Siempre estaba muy liada.

Dirigí la mirada hacia la plaza, hoy no había mucho movimiento, aunque nuestra terraza y alguna otra estaban casi llenas.

—Me voy ya, cariño. —Me giré hacia Inga.

—Vale, ya nos veremos —le sonreí.

—Por supuesto. Le he comentado a Aneka que vengáis el sábado a comer, después de salir de aquí.

Por desgracia este fin de semana nos tocaba trabajar.

—Claro.

—Esto es lo único que sabes hacer, perder el tiempo y hacer el vago.

Esas últimas palabras, con una maldad impresionante en cada una de ellas, por cómo sonaron, las escuchamos a nuestras espaldas. Me mordí el labio por dentro, hasta el punto de hacerme daño, y cerré los puños contra el estómago. Iban dirigidas a mí, lógicamente, y no hace falta que diga quién las había dicho.

—Ignórala —susurró Inga, mirándome con expresión preocupada.

Cogí una gran bocanada de aire y la solté de golpe. Repetí lo mismo varias veces, hasta que conseguí asentir y hacerle un guiño.

—Tranquila, acabo de controlar el genio —le sonreí con cariño.

—Me he dado cuenta. —Puso la mano encima de una de las mías y me la apretó para infundirme ánimos—. Me voy ya —asentí.

Giró la cabeza hacia el interior de la cafetería y miré de reojo. Fiona se quedó parada en el centro, siendo una diana directa para la mirada fulminante que le lanzó Inga. Sin más, cuando se quedó a gusto, la madre de Aneka levantó la barbilla y caminó por la terraza.

Automáticamente oí la queja de la jefa, pero muy de fondo porque desconecté de ella. No me interesó saber exactamente lo que dijo, continué con mi paz mental, metida en mi mundo.

Una hora después, a falta de otra para irme junto a Aneka, lo que menos esperaba sucedió, aunque sí que había deseado en silencio que pasara. Mientras recogía y limpiaba una mesa que acababan de dejar libre unos clientes, noté una presencia al lado. Levanté la cabeza, encontrándome con Drake. Pero no iba solo, Klaus lo acompañaba, de nuevo.

—Hola —dije en tono bajo, poniéndome recta, después de dejar la última taza en la bandeja.

—Hola, Jailyn —me habló sonriente Klaus. Le devolví el gesto.

—¿Cómo estás? —Fue el saludo de Drake.

—Bien.

Asintió antes de arrastrar una silla y sentarse. Lo mismo hizo Klaus. Y entonces pasó algo que me descolocó aún más. Al principio me quedé sin saber reaccionar porque me pareció surrealista y de muy mal gusto. Fiona sobrepasó una vez más sus límites hacia mí, cuando se puso a mi lado y me apartó con el lateral de su cuerpo, empujándome. No fue nada sutil, cuando siempre se llenaba la boca diciendo que hacia los clientes no podíamos mostrar nada fuera de lugar.

Contuve la respiración, con ganas de estamparle la bandeja en la cabeza, con todo lo que estaba llena en este instante.

—Vete, no pierdas más el tiempo. —Se dirigió a mí, hablándome con desprecio—. Yo me encargo de estos clientes, hoy no vales para nada, solo para molestar.

La sangre me hirvió y noté la piel ardiendo, por la rabia y por la vergüenza, aunque la primera ganó por goleada. No fui capaz de mirar hacia Drake y hacia Klaus, no tenía ni idea de cómo se habían quedado ante la aparición de Fiona porque el silencio fue absoluto a mi alrededor.

No pude contenerme, acababa de exterminar la poca paciencia que me quedaba.

—Si tantas ganas tienes de atender en la terraza, lo que en la vida te he visto hacer, por mucho que sonrías falsamente de vez en cuando a algún cliente… —Giró rápido la cabeza hacia mí. Primero agrandó los ojos, después los entrecerró. Mi tono de voz fue de asco total, complementándolo con irritación y enfado— Encárgate también de la bandeja y de recoger —terminé de soltar.

»Atrévete a decirme algo más hoy —siseé sin importarme una mierda quién estuviese mirando. Se quedó con los labios abiertos, sin pronunciar sus siguientes palabras—, porque más caliente no puedes tenerme y estás a nada de conocer a una Jailyn que ni te imaginas.

Esperé unos segundos, no me dijo nada más, por lo que me salió una sonrisa llena de ironía. Su expresión de impotencia y de coraje no tenía desperdicio, por lo que sentí una gran satisfacción. Seguramente acababa de perder mi puesto de trabajo porque este encontronazo no se terminaba aquí, bien lo sabía, pero me dio exactamente igual quedarme sin trabajo en este momento.

Me giré dejando la bandeja en la mesa y di un paso con las manos vacías, hasta que una voz fuerte y rotunda, me frenó.

—Quédate donde estás —las palabras de Drake sonaron a exigencia, una exigencia que pocas personas se atreverían a obviar por la dureza con la que sonó.

Me estremecí y por unos instantes me quedé paralizada, el suficiente para darme cuenta de que todos los

clientes que ocupaban las mesas más próximas tenían la atención puesta en nosotros, con caras de sorpresa y de desagrado. Sabía que no era por mí porque miraban el cuerpo de Fiona.

Me volví despacio hacia la mesa y casi me caigo al suelo de la impresión. Las piernas me temblaron al ver cómo Drake tenía los ojos fijos en Fiona, con intensidad, fulminándola con ellos, como si quisiera desintegrarla. Por otro lado, mi jefa había empezado a hacer movimientos nerviosos, sin poder contener las sensaciones malas que iban directas hacia ella. Incluso tenía los ojos más abiertos de lo normal, entre asustada y desconcertada.

No voy a negar que sentí otra gran satisfacción al observarla, aunque más tarde se desahogaría conmigo.

Klaus estaba inmóvil, con el ceño fruncido y en tensión, por lo que había presenciado. Drake movió la cabeza despacio hacia mí, encontrándose con mi mirada. Noté el calor en las mejillas, la vergüenza regresó con fuerza y se apoderó de todo mi cuerpo. Aparte de unos nervios increíbles porque Drake ni parpadeó con toda su atención puesta en mí.

—¿Quién atiende esta zona de trabajo? Esta mesa en concreto. —Dirigió la vista hacia Fiona, muy despacio.

La pregunta tenía un propósito claro porque él lo sabía, estaba al lado de la mesa que ocupó con Klaus la vez anterior. Si Drake hubiese tenido superpoderes, su frialdad al hablar y al comportarse, habría congelado mínimo toda la plaza.

—Eso no tiene importancia —se atrevió a decir mi jefa, encontrando las palabras para expresarse.

—No es respuesta para mi pregunta. —Tamborileó los dedos en la mesa.

—Esta zona es de ella, pero yo soy la dueña de la cafetería —contestó Fiona, regalándole una sonrisa que nunca le había visto desde que la conocía.

¿Estaba coqueteando con Drake? O más bien, ¿quería coquetear con él? La virgen, no salí del asombro porque eso mismo es lo que parecía. A ver, que no me extrañaba, ¿quién no querría? Pero ¿tan descaradamente? ¿Por eso me había querido quitar de en medio? ¿Y con los modales que había mostrado?

Iba de sorpresa en sorpresa, de *shock* en *shock*… La observé alucinada por su descaro, sin que le importara ni lo más mínimo cómo me había hecho sentir.

«Respira», me dije. «Suelta», me pedí, incapaz de hacerlo de forma natural, como era lo habitual.

clientes que ocupaban las mesas más próximas tenían la atención puesta en nosotros, con caras de sorpresa y de desagrado. Sabía que no era por mí porque miraban el cuerpo de Fiona.

Me volví despacio hacia la mesa y casi me caigo al suelo de la impresión. Las piernas me temblaron al ver cómo Drake tenía los ojos fijos en Fiona, con intensidad, fulminándola con ellos, como si quisiera desintegrarla. Por otro lado, mi jefa había empezado a hacer movimientos nerviosos, sin poder contener las sensaciones malas que iban directas hacia ella. Incluso tenía los ojos más abiertos de lo normal, entre asustada y desconcertada.

No voy a negar que sentí otra gran satisfacción al observarla, aunque más tarde se desahogaría conmigo.

Klaus estaba inmóvil, con el ceño fruncido y en tensión, por lo que había presenciado. Drake movió la cabeza despacio hacia mí, encontrándose con mi mirada. Noté el calor en las mejillas, la vergüenza regresó con fuerza y se apoderó de todo mi cuerpo. Aparte de unos nervios increíbles porque Drake ni parpadeó con toda su atención puesta en mí.

—¿Quién atiende esta zona de trabajo? Esta mesa en concreto. —Dirigió la vista hacia Fiona, muy despacio.

La pregunta tenía un propósito claro porque él lo sabía, estaba al lado de la mesa que ocupó con Klaus la vez anterior. Si Drake hubiese tenido superpoderes, su frialdad al hablar y al comportarse, habría congelado mínimo toda la plaza.

—Eso no tiene importancia —se atrevió a decir mi jefa, encontrando las palabras para expresarse.

—No es respuesta para mi pregunta. —Tamborileó los dedos en la mesa.

—Esta zona es de ella, pero yo soy la dueña de la cafetería —contestó Fiona, regalándole una sonrisa que nunca le había visto desde que la conocía.

¿Estaba coqueteando con Drake? O más bien, ¿quería coquetear con él? La virgen, no salí del asombro porque eso mismo es lo que parecía. A ver, que no me extrañaba, ¿quién no querría? Pero ¿tan descaradamente? ¿Por eso me había querido quitar de en medio? ¿Y con los modales que había mostrado?

Iba de sorpresa en sorpresa, de *shock* en *shock*… La observé alucinada por su descaro, sin que le importara ni lo más mínimo cómo me había hecho sentir.

«Respira», me dije. «Suelta», me pedí, incapaz de hacerlo de forma natural, como era lo habitual.

Capítulo 20

Drake

—Y si esta zona es de ella, si la dueña nunca atiende en la terraza, o sea tú, y si… La chica ya estaba aquí terminando de recoger la mesa y nosotros la hemos ocupado, me gustaría saber el motivo por el que la apartas de su trabajo. Estoy deseando escucharlo, para después entrar en el tema de lo que acabo de presenciar.

—No tiene mayor importancia, lo que ha dicho mi «empleada» es mentira. Le gusta llamar la atención.

Apreté el puño de la mano que tenía encima de la mesa, por el veneno con el que hablaba. Noté un golpe en el pie, vino de Klaus. Me estaba pidiendo silenciosamente que me controlara. Directamente me importó una mierda.

¿Llamar la atención? Con el desprecio que había pronunciado lo de «empleada», cómo acababa de dejar a Jailyn por mentirosa y otras cosas, sumándole la forma en la que se había dirigido a ella anteriormente y el empujón que le había dado…

En cuanto apareció al lado de Jailyn y la echó a un lado, de malas maneras, tuve que hacer un esfuerzo enorme para no levantarme de la silla que acababa de ocupar. Me hubiese erguido con toda mi altura sobre esa mujer impresentable, habría sido mucho más claro, seco y cortante con mis palabras, y os aseguro que ella habría enmudecido y corrido al interior de la cafetería.

En cambio, la intervención de la reacción de Jailyn había frenado todo eso, haciéndome presenciar una situación que di por hecho que era más habitual de lo que yo quería imaginar.

Jailyn había descargado parte de su rabia hacia su jefa, devolviéndole su propio veneno, por lo que había sentido satisfacción. Una pena que ese sentimiento se viese enturbiado por cómo me sentía yo, no lo había podido disfrutar.

—Os voy a atender —añadió.

Aprovechó que yo estaba haciendo un ejercicio de contención para volver hablar, pensándose que iba a salirse con la suya. Un gran error por su parte si creía que eso iba a suceder. Klaus continuó callado, bien sabía que por e

momento no tenía que intervenir.

—No. —Mi negación fue rotunda, fría y seca.

—¿Cómo?

—La quiero a ella. —Agrandó los ojos.

—Señor…

—He sido muy claro en mi petición y no es cuestionable, en absoluto.

No miré directamente a Jailyn, estaba muy entretenido con la vista fija en su jefa, pero noté cómo se hacía un poco más pequeña a cada palabra pronunciada. Me jodió por lo que representaba.

—Vamos a dejar las cosas claras ahora mismo. —Apoyé los antebrazos en la mesa y entrelacé los dedos de las manos—. Estoy seguro de que todas las personas que nos rodean y están atentas a esta bochornosa situación, a la que nos has llevado tú con tu impertinencia y descaro, estarán encantadas con mis siguientes palabras. —Miró de reojo hacia los lados, nerviosa, dándose cuenta de que teníamos la atención de todas.

—Si quiere que les atienda ella está bien. —Apretó los puños a los lados de su cuerpo y levantó la barbilla.

—No he terminado de hablar. —Mis labios se curvaron hacia un lado.

Contuvo la respiración. Era consciente de la malicia que desprendía mi expresión, pero buscaba precisamente lo que se dio automáticamente en su cambio de actitud. Iba a pasar más vergüenza de la que le había provocado a Jailyn, y no solo hoy, de eso me iba a encargar personalmente. Esta mujer no tenía ni idea de con quién había dado, había hecho una malísima elección hacia mí y al querer dañar a Jailyn, rematándolo ante mi presencia.

—Por supuesto que nos va a atender la chica, no voy a permitir otra cosa. —Arqueé una ceja y noté cómo volvía a dejar de respirar por unos segundos—. No tengo ni puñetera idea de quién te piensas que eres, del poder imaginario que te das a ti misma, por el simple hecho de ser la dueña de una cafetería que funcionaría igual de bien sin ti. —Me froté las manos, disfrutando de cómo abrió aún más los ojos—. Tienes un mal gusto impresionante en tus modales y ya no digamos en el carácter. Si crees que estoy siendo demasiado brusco, te aseguro que esto no es nada de hasta dónde puedo llegar.

»Has menospreciado a tu «empleada» delante de los clientes, de mí, pasando por encima de ella sin tener el más mínimo tacto por cómo podía sentirse, no quiero ni imaginar cómo la tratas cuando nadie os ve. No tenía ni idea de esta situación, pero aquí —golpeé la mesa con un dedo, con firmeza—, y a partir de ahora, como me entere de lo más mínimo hacia esta chica o hacia cualquier otra persona a tu cargo, te habrás sentenciado definitivamente.

»Ni una sola palabra fuera de tono ni de menosprecio, ni un comportamiento sacado de contexto porque tú te

creas con la autoridad suficiente como para hacer lo que te da la gana. Estás totalmente equivocada y hasta aquí has llegado. Ponme a prueba, lo estoy deseando. Haz que llegue a mis oídos cualquier comentario, aunque sea insignificante, y me encargaré personalmente de destruir todo lo que has conseguido.

»No tienes ni idea de quién soy, ni lo vas a saber. Guárdate tus sonrisas y miradas llenas de mierda para al que le puedan interesar, lo que no creo que suceda muy a menudo, o más bien nunca. Conozco a esta chica, Jailyn —soltó un pequeño jadeo—, como también a Aneka, su compañera y amiga. Tómatelo como que están bajo mi protección, como jodidamente te dé la gana, pero tanto ellas como el resto de los trabajadores que realizan sus trabajos amablemente y con una sonrisa siempre en esta cafetería, quedan fuera de tu alcance para despreciarlos con el veneno que llevas dentro.

»Sabré cómo actúas, conoceré todos los pasos que des, sin fallo alguno. Siéntete intimidada porque eso es lo que pretendo, ni más ni menos. ¿He sido claro? Yo diría que sí, pero si lo necesitas, puedo serlo aún más.

—Veo que me he perdido algo muy interesante. —Carraspeó Lain.

Apareció por al lado de Jailyn y se paró a su lado, para sonreírle y hacerle un guiño. Ella le correspondió con una sonrisa nerviosa. Mi primo arrastró la silla de al lado de Klaus y se sentó, estirando las piernas, cruzando los tobillos y los brazos sobre el pecho, con la espalda recostada en la silla. Parecía indiferente y muy relajado por su postura, al no dejar de sonreír, pero todo era una fachada. Había estado presente desde el inicio, solo que se quedó parado a la espalda de Jailyn y la dueña de la cafetería, reflejando en su expresión la rabia por lo que escuchaba.

—Nada por lo que merezca la pena perder más tiempo —comenté.

—Estoy totalmente de acuerdo —asintió hacia mí—. Yo que tú me escondía donde quieras porque todo lo que acabas de oír es una gran verdad y se hará realidad. —Se dirigió a la dueña—. Estaré esperando ese momento nervioso, para que suceda.

—Todo se ha sacado de contexto —dijo ella, frotándose las manos en la ropa.

—¿Tú lo crees, Klaus?

—De ninguna manera, hemos visto y presenciado cómo ha tratado a Jailyn. No solo nosotros tres.

—Eso pensaba. Vete. —Tamborileé los dedos en la mesa, con los ojos fijos en ella.

Soltó el aire de golpe, le salió tembloroso. No se atrevió a decir nada más, optó por la mejor decisión, girarse para darnos la espalda y caminar entre las mesas, con la barbilla alta, mientras todas las personas que las ocupaban la seguían con la vista, cuchicheando.

Se perdió en el interior de la cafetería, pasando como una exhalación por al lado de Aneka que estaba asomada en la cristalera abierta, junto a varios compañeros de trabajo. Por lo visto, habíamos llamado la atención de todos, porque los clientes que estaban en el interior de la cafetería, la gran mayoría se encontraban pegados a la cristalera

fija, cerca de las ventanas batientes.

Durante unos largos segundos no puede apartar la atención del camino que había tomado esa mujer, escuchando de fondo algunos aplausos y comentarios de aprobación, de los que teníamos alrededor. Arrastré los brazos por la mesa y me separé de ella, hasta que apoyé la espalda en la silla.

Giré la cabeza hacia Jailyn, encontrándome con su mirada. Continuaba nerviosa, todavía colorada, pero diferencié la satisfacción en su expresión.

—Gracias —susurró.

—No tienes que dármelas. —Apreté la mandíbula.

—Sí, claro que tengo que hacerlo. —Se mordió el labio inferior.

Me centré en ese gesto, con la vista fija en su imagen.

—Sé que no has solucionado nada, que en cuanto pueda pillarme será peor, pero me da igual. Ha valido la pena —añadió.

Sus palabras me pusieron tenso y entrecerré los párpados.

—Estás muy equivocada porque me vas a informar de todo lo que te diga o lo que haga hacia ti, a partir de este mismo instante.

Se puso rígida por el tono de voz que me salió.

—Relájate, Jailyn, mi primo todavía está muy caliente y enfadado —le pidió Lain, captando la atención de ella —. Es como un oso amoroso, pero con muy malas pulgas cuando se empeñan en tocarle las narices. —Frunció los labios para no reír, cuando se encontró con mi mirada.

—¿Estás bien? —Se preocupó Klaus.

—Sí —le sonrió, después de soltar un pequeño suspiro.

No fue un gesto alegre y más me cabreé.

—Hola —nos saludó Aneka, al llegar al lado de su amiga.

Le correspondimos al saludo.

—¿Tienes miedo de que te despida? —le pregunté a Jailyn.

—Ya lo había dado por hecho al hablarle como lo he hecho. —Rio.

—No creo que… —Intentó tranquilizarla Aneka.

—Eso no va a suceder —la interrumpí con sequedad.

—No puedes evitarlo. —Arqueó una ceja.

Mis labios volvieron a curvarse, pero esta vez dándole a mi sonrisa de medio lado un significado muy diferente.

—¿Qué Drake no puede evitarlo? —habló Lain, captando la atención de las dos— No os imagináis de lo que es capaz de hacer cuando se lo propone. —Les hizo un guiño—. Bueno, y sin proponérselo. —Rio—. Podéis estar completamente tranquilas al respecto.

Klaus soltó una carcajada.

—Drake, te agradezco muchísimo lo que has hecho por Jailyn —asentí hacia Aneka—. Vuelvo al trabajo, me alegro mucho de volver a veros a los tres —nos dijo con una gran sonrisa.

—Y nosotros a ti y lo bien que estás. —Se adelantó Klaus—. No te canses mucho.

—Gracias —le dijo sonrojada.

Se alejó yendo directa hacia el interior de la cafetería.

—Puedes ir a ayudarla si quieres, eres libre de hacerlo —lo picó Lain.

—¿Y meterla en más problemas? No. —Frunció el ceño.

Mi primo volvió a reír por el significado de que no había rechazado la opción de ayudarla, sino que se retraía por no poner en un aprieto a Aneka. Ambas cosas tenían mucho significado, Klaus ni se dio cuenta.

—¿Qué queréis tomar? —Nos centramos en Jailyn.

—Tres cafés solos —respondió Lain.

—Enseguida os los traigo —asintió ella.

La seguí con la vista, hasta que dejé de verla.

—¿Tengo que hacer lo que creo que tengo que hacer? —me preguntó Klaus.

—Por supuesto, en cuanto nos vayamos de aquí —le dejé claro.

—Estupendo —asintió conforme.

—Mmm… Estoy deseándolo —comentó Lain.

—No más que yo. —Apreté la mandíbula.

—Ninguno de los dos lo dudamos. —Me hizo un guiño.

Jailyn regresó al cabo de pocos minutos, cargando con una bandeja. La colocó en la mesa y nos dejó una taza delante a cada uno.

—¿Fuisteis a la policía por lo de la fiesta? —le pregunté.

—Sí, el lunes al salir del trabajo —me confirmó—. Ya no tenemos que volver.

—Estupendo. —Me llevé la taza a los labios, sin dejar de mirarla.

—Esto es tuyo.

Bajé la vista a lo que se sacó del delantal. Era una bolsa con cierre hermético, la que arrastró hacia mí. Dentro había dinero, el mío, el que dejé cuando no recogí el cambio que me trajo la primera vez. No me hacía falta preguntar si estaba en lo cierto.

—No.

—Sí —insistió, acercándola más—. Lo he estado reservando por si acaso volvías, pero dado a que nos conocimos inesperadamente en la fiesta del sábado, pues aún más lo he guardado.

—No voy a cogerlo, ya no soy el propietario de él —dije.

Frunció el ceño, pero las pocas arrugas que habían aparecido en su frente se esfumaron cuando coloqué la palma de la mano sobre la suya. La mantenía encima de la bolsa, al haberla deslizado. Bajó la mirada a nuestras manos y me encantó ver cómo tragaba saliva, cuando le rocé la muñeca con la punta de los dedos.

—Yo que tú lo aceptaría —carraspeó Lain—, si no, podemos tirarnos todo el día viendo la bolsa ir de él hacia

ti. Te aseguro que no se la va a quedar.

—Pero…

—No hay peros que valgan, ese dinero pasó a ser tuyo cuando me fui sin cogerlo —comenté.

—Es mucho. —Levantó la vista para encontrarse con la mía.

—Por el buen servicio —comentó Klaus.

Giró la cabeza hacia él, viendo cómo le hacía un guiño.

—Gracias —susurró poniéndose recta.

—Guárdatelo —le pedí.

Soltó un suspiro, o más bien diría que fue un bufido, pero cogió la bolsa y volvió a meterla en el bolsillo del delantal.

—Yo… Faltan menos de cinco minutos para que termine mi turno. Que tengáis buen día.

—No voy a moverme de aquí hasta que te vea salir bien.

—No hace… Vale. —Lo aceptó—. Adiós.

—Hasta otro momento.

a

ti. Te aseguro que no se la va a quedar.

—Pero…

—No hay peros que valgan, ese dinero pasó a ser tuyo cuando me fui sin cogerlo —comenté.

—Es mucho. —Levantó la vista para encontrarse con la mía.

—Por el buen servicio —comentó Klaus.

Giró la cabeza hacia él, viendo cómo le hacía un guiño.

—Gracias —susurró poniéndose recta.

—Guárdatelo —le pedí.

Soltó un suspiro, o más bien diría que fue un bufido, pero cogió la bolsa y volvió a meterla en el bolsillo del delantal.

—Yo… Faltan menos de cinco minutos para que termine mi turno. Que tengáis buen día.

—No voy a moverme de aquí hasta que te vea salir bien.

—No hace… Vale. —Lo aceptó—. Adiós.

—Hasta otro momento.

Capítulo 21



Jailyn

En cuanto entré en el interior de la cafetería, solté la bandeja en la barra y fui hacia el pasillo, para ir directa al vestuario. No iba a dejar pasar unos minutos del final de la jornada, como solía hacer siempre. Después de todo lo que había pasado durante la mañana ya podían darle mucho por saco a todo. Aneka ya esperaba verme entrar y se unió a mí rápido.

La puerta del despacho de Fiona estaba cerrada y me salió una sonrisa malévola.

—¿Otra vez con eso encima?

—Drake no ha querido aceptarlo, por más que he insistido. —Me encogí de hombros abriendo la taquilla y meti la bolsa dentro del bolso.

—Me encanta ese hombre. —Soltó una risilla.

—Te encanta más otro —la miré de reojo.

—Buenooo… —Reí con ganas—. Jo, es que Klaus me pone muy nerviosa. —Bufó.

—¿Por qué será?

—¿Por lo guapo que es? —sonrió de forma exagerada.

—Los tres son más que guapos, Aneka.

—Ahí te doy la razón. —Hizo un puchero.

Sacudí la cabeza, mientras me dedicaba a deshacer el nudo del delantal. Ambas los dejamos en el interior de las taquillas y nos pusimos los abrigos, cruzándonos los bolsos por el hombro.

—Vámonos ya, no vaya a ser que nos crucemos con Fiona —susurró—. Todavía tiene que estar subiéndose por las paredes. —Se tapó la boca.

—Estará rabiosa, miedo me da de que llegue mañana. —Puse los ojos en blanco.

—A lo mejor se le han quitado las ganas de abrir la boca, Drake ha sido muy contundente.

—Aún no me creo cómo la ha enfrentado —negué.

—Ha sido una pasada cómo nos ha defendido a todos, pero en especial a ti. Tanto los clientes como los trabajadores hemos ido hacia él como las polillas a la luz, al escucharlo. —Rio en tono bajo.

—No me extraña. Ha sido digno de ver, aunque no hubiese ni una parte de mi cuerpo que no temblara. —Le abrí la puerta—. Vamos.

—¿Ya se habrán ido?

—Drake me ha dicho que se quedaban hasta que saliéramos. —Me encogí de hombros.

—Joder, si es que es para enamorarse —soltó un fuerte suspiro.

La miré divertida, pero no quise pensar en sus palabras porque eran muy ciertas, como también prohibidas. Nos despedimos de los compañeros y cuando levantaron los pulgares hacia nosotras reímos. De esa forma salimos a la terraza. Mis pasos se hicieron más cortos y los ralenticé, con la vista fija en la mesa en la que continuaban Drake, Lain y Klaus.

Aneka y yo levantamos las manos hacia ellos. Klaus y Lain nos correspondieron al gesto con una sonrisa, Drake se limitó a asentir hacia nosotras, mientras se levantaba despacio de la silla.

—¡Qué monos! —exclamó Aneka.

—Monísimos. —Fruncí los labios.

Fuimos hasta las bicicletas y nos montamos, para mandar a la mierda la cafetería por hoy. Cuando empecé a pedalear, noté como si alguien me observara y estuve segura de que así fue, refiriéndome a una persona en concreto. No miré hacia ningún lado que no fuese hacia delante.

Hicimos gran parte del recorrido juntas, pero antes de que ella se desviara en la calle de siempre frené.

—Voy para allí —le dije señalando hacia la derecha.

—¿Y eso? —Se paró un poco adelantada.

—Te lo iba a decir antes, pero entre unas cosas y otras… Tengo que ir a comprar, no me queda casi café, leche y algo más, pero lo principal es eso porque empezaría fatal mañana sin poderme tomar un café en condiciones, antes de salir temprano de casa. Prefiero ir ahora y alargar el sentarme a la mesa a comer, así no salgo esta tarde.

—Ah, vale. ¿Quieres que te acompañe?

—No —le sonreí—, que al final te lías y me echas la culpa. —Rio—. Nos vemos mañana, ten cuidado y descansa.

—Vale, igualmente. Sobre todo, tenemos que prepararnos para la posible explosión en cuanto estemos en la cafetería. —Puso los ojos en blanco.

—Estoy preparada. —Le hice un guiño.

Me acerqué a ella, nos dimos un beso, junto a un abrazo y tomamos direcciones diferentes. Desde donde estaba hasta el supermercado, solo tenía que cruzar dos calles. Al llegar, dejé la bici bien apartada y entré. Saludé a las dos cajeras que conocía y cogí un carro pequeño. No iba a comprar mucho, pero siempre terminaba llevándome más cosas de las necesarias.

Media hora después, salía con cuatro bolsas; dos de ellas las coloqué en la parte trasera de la bici, atándolas bien, y las otras colgaron de los dos lados del manillar. Retomé el camino hasta casa, sin prisa, mientras pensaba en qué hacerme de comer. No me apetecía liarme en la cocina por lo que empecé a descartar posibilidades más elaboradas.

Mi mente me llevó a la terraza de la cafetería, más concretamente a Drake. Sentí un pequeño escalofrío al recordar su impactante apariencia y dureza, tanto visual como al hablar. Todavía daba saltos de la emoción, por todo lo que le había dicho a Fiona. Me costaba creerlo, pero había sido muy real.

Era cierto lo que le había comentado a Aneka, no dejé de temblar en ningún momento. Drake consiguió sustitui la rabia que se apoderó de mí hacia mi jefa, transformándola en algo totalmente diferente. Había sido tan directo, no se había cortado ni lo más mínimo, ni siquiera al hacer alusión al coqueteo que había visto en ella.

Intenté no darle muchas vueltas porque las sensaciones que me recorrieron me dieron varias veces el aviso de que tenía que frenar esos pensamientos. Me permití tenerlo un poquito más tiempo en mi recuerdo, justo hasta qu llegué frente a la puerta de la casa.

Me bajé de la bici, la apoyé en la fachada y saqué la llave. Cuando la giré en la cerradura y abrí fui a por la bicicleta, para entrarla, pero me quedé con ella enderezada, sujetándola del manillar. Recorrí con la vista la calle, era muy tranquila por la ubicación que tenía la vivienda, pero noté algo que provocó que mirara en las dos

direcciones, varias veces.

Me quedé como una tonta observando a la nada, hasta que sacudí la cabeza y entré. Cerré la puerta, eché la llav y solté las bolsas en el suelo, para llevar la bici al patio trasero.

Cuando regresé al interior hice una parada en la habitación. Me desprendí del abrigo y del bolso, me quité los zapatos para ponerme las cómodas zapatillas de estar por casa, y entré un momento al baño. Después de lavarme las manos fui al salón, de donde recogí las bolsas. Las coloqué en la pequeña isla de la cocina y sacudí la cabeza, pensando en el tamaño de la del castillo.

Me dediqué a guardar toda la compra y dejé fuera un paquete de pasta fresca rellena que había comprado. Me decidí a comerla porque necesitaba pocos minutos para hacerse. Tenía en la nevera un bol con salsa, la preparé a principios de semana porque siempre me gustaba tenerla a mano, para ocasiones como esta.

En menos de diez minutos me serví en el plato la comida y fui hacia la mesa del fondo, debajo de la ventana. Comí en completo silencio, el que era muy bien recibido. Aneka tenía razón, teníamos que prepararnos para el estallido de Fiona, y seguramente desde que llegáramos bien temprano al día siguiente.

Las palabras que Drake le había dedicado puede que la hubiesen dejado cortada, avergonzada e inestable con él delante, pero no me cabía duda de que en cuanto se encerró en su despacho, para desaparecer de la vista de todo e mundo y después de soltar su rabia, se había olvidado del significado de todo lo dicho.

La verdad es que yo tampoco creía que Drake pudiese actuar en consecuencia si se enteraba de algo más referente a su actitud, aunque había sido muy bonito, emocionante y satisfactorio presenciar cómo la había atacado y encarado, en respuesta a las faltas de respeto que había tenido hacia mí.

En fin, que la guerra estaría servida dentro de unas largas horas, lo tenía claro. Guerra, que no batalla, porque sería apoteósica. Conociéndola como lo hacía, estaba segura de que iba a esperar a hacerme madrugar para despedirme en cuanto pusiera un pie dentro de la cafetería, sería demasiado considerada conmigo para haberme despedido hoy, a pocos minutos de finalizar el turno de trabajo.

r

Lo mismo fue su intención, pero como ni Aneka ni yo habíamos esperado para irnos, le habíamos chafado el plan. Solo esperaba que no metiera a mi amiga en el mismo *pack* que a mí, porque entonces sí que podía hacerme perder los nervios, por completo.

e Estaba preparada para dejar el trabajo, pero no todas las horas que pasaba con Aneka, eso me entristecía solo de imaginarlo. Por desgracia no estaba en nuestras manos, por lo que en cuanto terminé de comer y de recoger lo poco que había ensuciado en la cocina, me senté cómoda en el sofá.

El portátil estaba encima de la mesa pequeña, donde lo dejé la noche anterior. Me estiré para cogerlo y con las piernas tapadas con una manta, lo coloqué encima de ellas. Iba a empezar a buscar un nuevo trabajo en Faaborg,

hacía tanto que no estaba al día de las ofertas que no supe qué me encontraría.

Para mi alegría vi varios en los que podían encajar con mi experiencia y fui copiando la información en un archivo en blanco, para ir agrupándolos todos y así tener la información a mano.

De esa forma, entretenida, pasaron casi dos horas hasta que apagué el ordenador y volví a dejarlo en la mesa baja. Coloqué un cojín contra el brazo del sofá y me estiré, tumbándome bien tapada con la manta.

Estaba cansada, los días en los que hacía el turno de mañana madrugaba mucho. Antes de las cinco estaba en pie porque empezábamos a trabajar a las cinco y media de la madrugada. Eso, sumándolo a todos los nervios y a la contención que había hecho durante horas, con los subidones y las bajadas en picado del ánimo, provocaron que los ojos se me cerraran rápido, cayendo en un sueño profundo.

Entre la seminconsciencia pensé en que no había puesto una alarma para despertarme, pero ya no pude hacer nada, sintiendo los párpados muy pesados, más dormida que despierta.

Sin saber cuánto tiempo había pasado, abrí los párpados despacio y parpadeé varias veces, para aclararme la vista. Me quedé quieta, escuchando atenta que el silencio que tenía que haber no lo perturbaba nada. Algo me había despertado, pero no supe diferenciar el qué.

Me incorporé despacio, hasta quedarme sentada. Dirigí la vista a una de las ventanas del salón, dándome cuenta de que había dormido mucho porque fuera solo había oscuridad. Giré la cabeza hacia la izquierda, rápido, al escuchar un sonido. Fruncí el ceño, agudizando todos mis sentidos, para darle precisamente eso, sentido al ruido.

Me levanté despacio del sofá, lanzando la manta a un lado y caminé silenciosa hacia el centro del salón. Fui a asegurarme que tanto la puerta de la entrada y la trasera que daba al patio estaban bien cerradas y cuando lo comprobé, sacudí la cabeza, quitándome la paranoia.

Entré en la habitación y fui directa al bolso, para sacar el teléfono. Eran las seis y diez de la tarde y solté un suspiro porque me iba a costar mucho dormirme una vez me metiera en la cama. Decidí que era el momento para darme una ducha y a eso fui, cogiendo el pijama y la ropa interior.

No me demoré mucho debajo del agua, tenía el pelo limpio porque me lo lavé la noche anterior, por lo que fue rápido. Calentita con el pijama, salí para ir a la cocina. Saqué un refresco y bebiendo de él, me acerqué a la ventana. Observé los pocos coches que circulaban, al igual que algunas personas que caminaban para terminar su jornada. No era tarde, pero los que no estaban cenando ya lo habían hecho o no tardarían en dar buena cuenta de ello.

En línea recta tenía una farola que iluminaba con una luz tenue la parte delantera de la casa. Dejé pasar los minutos ahí de pie, abstraída con el exterior, hasta que solté un suspiro y fui hacia la encimera, para prepararme la cena.

El día por fin iba a terminar, en cuanto acabara de comer me metería en la cama para ver un poco la televisión, a ver si así, con el tiempo y estando entretenida, conseguía dormirme antes de lo que creía que iba a suceder.

El día por fin iba a terminar, en cuanto acabara de comer me metería en la cama para ver un poco la televisión, a ver si así, con el tiempo y estando entretenida, conseguía dormirme antes de lo que creía que iba a suceder.

Capítulo 22



Drake

—No has comentado nada, pero tengo la impresión de que te vas a quedar más días de los que pensabas, ¿no?

Desvié la vista de la chimenea para centrarla en Lain. Estaba acomodado en el sofá de enfrente, cerca de Klaus.

—No he pensado en eso. —Le acaricié la cabeza a Baxter.

Se había tumbado rápido a mi lado en el sofá que teníamos ocupado los dos, antes de que alguno de ellos le quitara el sitio. Tenía la cabeza apoyada encima de mi pierna y los ojos cerrados. Levanté el vaso para darle un trago a la bebida que hacía pocos minutos había preparado Klaus.

—Si es así, ¿te quedarás con nosotros? —le preguntó Klaus.

—Puedo retrasar la vuelta, sí —sonrió Lain.

—Estupendo —asintió Klaus.

—¿Estás más tranquilo? —Quiso saber mi primo.

—¿Acaso no me ves relajado? —Arqueé una ceja.

—Perfectamente, pero la mayoría de las veces esa relajación es muy engañosa. —Imitó mi gesto.

—No lo está —dijo Klaus.

—Últimamente te estás acostumbrando demasiado a hablar por mí —comenté.

—Que Lain no lo haya dicho tan abiertamente como yo, no significa que también lo sepa. —Rio.

—No empecéis con vuestros juegos porque acabareis mal —les advertí.

—Mmm… Todo lo que tenga que ver con juegos me tienta. —Estaba claro que Lain se estaba divirtiendo, no lo ocultó en su forma de hablar.

—A ti lo que te va es el riesgo extremo. —Sacudió la cabeza Klaus.

Estábamos en una sala, con un buen fuego haciéndonos compañía, calentando la estancia. Hacía un rato que terminamos de cenar y nos habíamos desplazado hasta aquí para tomarnos una copa, antes de irnos cada uno a nuestras habitaciones.

Tranquilo, lo que se dice tranquilo, no lo estaba, la verdad. No había podido dejar de darle vueltas a qué se encontrarían al día siguiente Jailyn y Aneka, cuando fueran al trabajo. No estar presente en ese momento, ni durante las horas que estuvieran allí, me mantenía en un estado de intranquilidad que no conseguía dominar.

Hacia Lain y Klaus controlaba lo que se cocía en mi interior, pero me conocían demasiado bien, y mi aparente calma podía significar varias cosas. No se estaban equivocando en sus suposiciones.

Levanté el vaso acercándomelo a los labios, con la vista fija en las llamas intensas. Verlo me relajaba, lo mismo que me sucedía con el pelo de Jailyn, no podía evitar comparar los colores desde que la conocí. Este dato se quedaba para mí, ni loco abría la boca para hacer alguna comparación porque tendría a los dos de enfrente cachondeándose durante un buen rato, o quizás días.

Los valoraba mucho como para tentar a la suerte de tener el impulso de lanzarme hacia ellos cuando me llevaran al límite.

—La chica a la que le he pagado los cafés ha dicho que tanto Jailyn como Aneka entraban mañana muy temprano a trabajar, como el resto que queda de la semana —comentó Lain, dando en el clavo de lo que me tenía inquieto—. ¿Tienes pensado pasarte mañana?

—Sería muy interesante y beneficioso para ellas y sus compañeros —intervino Klaus—. Esa mujer no se atreverá a tratarlos mal si te ve por allí, con la que le ha caído hoy.

—No puedo meterme tanto en sus vidas, ni estar allí todas las horas que trabajen —dije pensativo.

—Pero lo estás deseando, me refiero a lo de meterte en sus vidas, y con más profundidad en la de una en concreto.

Ignoré las palabras de Lain, sin apartar la vista del fuego, pero continuó hablando.

—Entiendo el motivo por el que te quieres resistir, para no tensar más la cuerda por las represalias que puedan tener por lo de hoy, pero por eso mismo pienso que…

—Como me entere de lo más mínimo… —Apreté el vaso—. He sido muy claro.

—No vas a poder evitarlo, Drake. Es la dueña, la jefa de los empleados y ni tú, ni nosotros, vamos a estar presentes. No podemos mantenernos allí cada día, durante todas las horas, como bien has dicho.

—¿Estás buscando romper mi calma? —Giré la cabeza hacia él—. No empecéis a contradeciros.

Klaus silbó al ver mi expresión, Lain se mantuvo indiferente.

—Sabes que tengo la razón.

—No hace falta que me digas lo que sé de sobra.

—¿Entonces?

—Entonces, no puedo irrumpir en la vida de ellas como un huracán, arrasando con todo a su paso. Por lo poco que las conozco se valen por sí mismas, sobre todo, Jailyn.

—Siempre puedes regalarle el mazo que cogió —dijo Klaus.

Lain lo miró como si le hubiesen salido antenas de la cabeza, yo sonreí de medio lado porque me pareció una idea brillante.

—¿Qué? —le preguntó Klaus a mi primo— Está claro que Jailyn le daría muy buen uso, como también que lo puede llegar a necesitar.

—Deja de darle ideas a Drake. —Sacudió la cabeza Lain—. Le sobran.

—Solo quería puntualizarlo. —Rio Klaus.

Bajé la mirada hacia la mano con la que continuaba acariciando a Baxter. Todavía tenía los nudillos enrojecidos y apreté la mandíbula al recordar la razón de su estado.

—Los dos sabéis que lo que quiero es ir mañana, estar allí desde primera hora, pero no lo voy a hacer por los motivos que he dicho. Estoy seguro de que ellas no se lo tomarían muy bien.

—Ese es tu pensamiento, el de ellas no lo sabes. ¿Desde cuándo te detienes por la opinión de alguien? —Continuó Lain hurgando en el tema.

—Buena pregunta, por lo visto desde ahora. —Carraspeó Klaus.

—No me toquéis la moral. —Levanté la mirada lentamente hacia ellos.

—Esa es la señal para que me vaya a dormir ya. —Klaus se levantó con una media sonrisa.

Nos deseamos buen descanso y se fue hacia su habitación.

—Nunca te había visto así. —Miré de reojo a Lain.

—Es la segunda vez desde que llegaste que dices eso. —Bebí un buen trago, notando el ardor en la garganta.

—Porque este viaje ha sido muy interesante desde el principio.

—¿No tienes sueño?

—No. —Soltó una carcajada—. ¿Te quieres librar de mí?

—Eres muy perspicaz. No estaría mal dejar de escuchar tonterías.

—Yo también te quiero.

Lo dijo con doble sentido, sobra aclararlo, pero era una gran realidad por ambas partes.

—Es normal que te sientas atraído por Jailyn, Drake.

—Deja de darme tus teorías.

—Verdades, que nos conocemos. —Hizo una pausa y, al no responderle, continuó—. Es una mujer preciosa, de buen carácter y la protección que proyectas hacia ella me dice que…

—Yo de ti no continuaría —le advertí centrado en el fuego de nuevo.

;

—¿Por qué no dejas caer la coraza y actúas como eres tú?

—¿Cómo mierda se supone que estoy actuando? He sido yo en todo momento.

—Eso es gran mentira y lo sabes. Vale que en ciertos momentos sea así, pero te estás limitando y no lo entiendo. ¿Tanto te importa Jailyn? Yo sé la respuesta, pero tú no quieres admitirla. Y me da exactamente igual el poco tiempo que haga que la conoces, tienes la prueba y el resultado en mis padres. Mi padre se enamoró de mi madre en cuanto la vio y la persiguió, en el buen sentido, pero incansablemente, hasta que ella se atrevió a verlo

de la misma forma.

»Las cosas y las situaciones suceden sin más, cuando menos te lo esperas, y eso exactamente es lo que te ha sucedido a ti. Entiendo el *shock* que pude suponer para ti, pero que niegues la verdad no va a cambiar lo que sientes, todo lo contrario, lo va a empeorar porque vas a estar de un humor insoportable, por no ponerle remedio a lo que te pasa.

El silencio envolvió la sala durante largos minutos, interrumpido solo por el crepitar del fuego.

—¿Sabes cómo terminaron aquí Jailyn y sus amigas? —pregunté en tono bajo, queriendo cambiar de tema— ¿Te lo ha contado Klaus? No me he acordado de preguntárselo.

—Estoy informado. ¿Te acuerdas de Anders? Trabaja en la filial de Copenhague, donde también vive.

—Sí, siempre está invitado.

—Él no pudo venir y como se reparten varias entradas por persona para las fiestas, se las dio a Astrid. Ella pasa mucho tiempo en la ciudad y por lo visto son buenos amigos, se conocen bien. Así es como accedieron la otra noche ella, Jailyn y Aneka —asentí—. Fue Astrid la que llamó a Klaus, para dejar constancia de que asistirían.

—Entendido.

—¿Qué piensas?

—Ahora mismo en nada. —Bajé la mirada hacia la bebida.

Balanceé el vaso y el movimiento del hielo esparció el líquido por las paredes.

—Te dejo para que medites bien las cosas. —Se levantó apurando lo que quedaba en su vaso—. Descansa Drake.

—Igualmente. —Lo miré a la cara—. Gracias.

—Mmm… Acabas de conseguir que me vaya feliz a la cama —sonrió de medio lado—. Conmigo no tienes que utilizar esa palabra, lo sabes de sobra, para nada ni en ningún sentido.

—Cuando no te la diga me lo reprocharás. —Arqueé una ceja.

—Lo más seguro. —Rio y sacudí la cabeza, con una pequeña sonrisa—. Me gusta picarte. —Me hizo un guiño.

—Fíjate, no me había dado cuenta a estas alturas. Yo que tú saldría ya de la sala.

Soltó otra carcajada, de esa forma se fue, riendo. Escuché durante unos minutos su risa como eco por el vacío castillo.

No quería pensar en todo lo que había dicho Lain, por lo que me dediqué a beber y a dejar la mente en blanco, continuando con las caricias a Baxter y con la mirada perdida en el fuego.

Daba igual lo que pensara ahora, en cuanto me despertara podía haber cambiado de opinión y actuar en consecuencia. Estuvimos en la sala una media hora, hasta que decidí ir a la habitación. Baxter se quedó sentado en el sofá, mientras yo protegía la chimenea para que se consumiera el fuego.

Me siguió de cerca, pegado a mis piernas y en cuanto estuvimos en la habitación, fue directo hacia su cama. La tenía en el suelo debajo de la ventana, a poca distancia de la mía. Entré en el baño y salí quitándome la sudadera. Solo me dejé el pantalón del pijama, era ligero y fresco. Me metí debajo del nórdico, dejándolo a la mitad del pecho y subí los brazos. Los doblé para apoyar la cabeza en las manos, sobre la almohada, y me quedé mirando el techo, con la tenue luz de la lámpara de la mesita de noche.

No pude frenar los pensamientos, diciéndome que, al menos, me quedé tranquilo al ver cómo salieron Jailyn y Aneka de la cafetería. Riendo, lo que fue muy bienvenido. Me centré en ese recuerdo, en la tensión de los labios carnosos de Jailyn al reír, en sus facciones relajadas, totalmente opuestas a las que tuvo junto a su jefa, y en cómo levantó la mano hacia nosotros.

¿Qué hubiera pasado si no hubiésemos sido nosotros los espectadores directos? ¿La dueña habría actuado igual? ¿Era algo habitual? ¿Con cuánta frecuencia sucedía? ¿Qué más cosas se atrevía a hacer? ¿Qué tanto tenían que soportar los trabajadores de la cafetería, para mantener sus puestos de trabajo?

Cuando me di cuenta todo mi cuerpo estaba en tensión y apretaba la mandíbula. No me gustaron las respuestas que me di a mí mismo, para nada.

Alargué un brazo para apagar la luz y cerré los ojos despacio, sabiendo que me iba a costar dormirme, demasiado.

Soltó otra carcajada, de esa forma se fue, riendo. Escuché durante unos minutos su risa como eco por el vacío castillo.

No quería pensar en todo lo que había dicho Lain, por lo que me dediqué a beber y a dejar la mente en blanco, continuando con las caricias a Baxter y con la mirada perdida en el fuego.

Daba igual lo que pensara ahora, en cuanto me despertara podía haber cambiado de opinión y actuar en consecuencia. Estuvimos en la sala una media hora, hasta que decidí ir a la habitación. Baxter se quedó sentado en el sofá, mientras yo protegía la chimenea para que se consumiera el fuego.

Me siguió de cerca, pegado a mis piernas y en cuanto estuvimos en la habitación, fue directo hacia su cama. La tenía en el suelo debajo de la ventana, a poca distancia de la mía. Entré en el baño y salí quitándome la sudadera. Solo me dejé el pantalón del pijama, era ligero y fresco. Me metí debajo del nórdico, dejándolo a la mitad del pecho y subí los brazos. Los doblé para apoyar la cabeza en las manos, sobre la almohada, y me quedé mirando el techo, con la tenue luz de la lámpara de la mesita de noche.

No pude frenar los pensamientos, diciéndome que, al menos, me quedé tranquilo al ver cómo salieron Jailyn y Aneka de la cafetería. Riendo, lo que fue muy bienvenido. Me centré en ese recuerdo, en la tensión de los labios carnosos de Jailyn al reír, en sus facciones relajadas, totalmente opuestas a las que tuvo junto a su jefa, y en cómo levantó la mano hacia nosotros.

¿Qué hubiera pasado si no hubiésemos sido nosotros los espectadores directos? ¿La dueña habría actuado igual? ¿Era algo habitual? ¿Con cuánta frecuencia sucedía? ¿Qué más cosas se atrevía a hacer? ¿Qué tanto tenían que soportar los trabajadores de la cafetería, para mantener sus puestos de trabajo?

Cuando me di cuenta todo mi cuerpo estaba en tensión y apretaba la mandíbula. No me gustaron las respuestas que me di a mí mismo, para nada.

Alargué un brazo para apagar la luz y cerré los ojos despacio, sabiendo que me iba a costar dormirme, demasiado.

Capítulo 23



Jailyn

Levanté la cara para que me diera el sol directamente. Hacía un día increíble, la temperatura no era tan fresca y apetecía estar al aire libre.

Por fin era viernes, aunque para la mitad de mis compañeros, para Aneka y para mí, el día que era no suponía gran alegría. Trabajábamos sábado y domingo con el mismo turno, estaba deseando que fuese el domingo al mediodía porque hasta el miércoles no me incorporaba a trabajar.

Las semanas que nos tocaba estar en la cafetería los fines de semana, siempre teníamos dos días libres a continuación.

Y sí, sorprendentemente todavía tenía trabajo. Tal vez se debiera a que Fiona no había estado mucho por aquí desde el miércoles. El mucho se resume a minutos dentro de su despacho. El jueves a las cinco y media, cuando abrimos la cafetería, no estaba. Llegó a media mañana, pero fue directa a su despacho y se encerró en él, para salir pocos minutos después.

Ese fue el breve tiempo que la vimos ayer, en el que no nos ganamos ninguna mirada de ella. Por suerte, nos ignoró a todos, lo que agradecimos pudiendo trabajar tranquilamente. Hoy, viernes, parecía que iba por el mismo camino. Hacía cinco minutos que había llegado y volvía a estar en su despacho. Esperaba que continuara siendo así, la otra opción favorable es que se fuese como el día anterior.

No había tenido que enfrentarla, lo que me escamaba. Estaba preparada, acumulando la determinación necesaria, pero por lo visto hoy tampoco se daría. Me encontraba de pie en la puerta de cristal y justo pareció que la invoqué, porque pasó por mi lado, eso sí, me dio un ligero golpe en el costado, como si estuviese en su camino, cuando tenía mucho espacio para esquivarme.

En fin, me mordí la lengua viendo cómo se alejaba.

—Hay algún problema. —Me giré hacia Aneka.

—¿A qué te refieres?

—Hans me ha dicho que ha ido a su despacho a preguntarle una cosa y lo ha echado casi sin dejarlo hablar. La ha escuchado murmurar algo de que no llegaba a solucionar el problema de la cafetería.

Hans era un compañero nuestro de trabajo.

—¿Qué podrá ser? —pregunté pensativa.

—Ni idea. —Se encogió de hombros.

—Pues habrá que aprovechar hoy, porque el fin de semana no tendremos tanta suerte. —Le hice un guiño.

—Tanta calma e indiferencia de ella me tienen el estómago cerrado —soltó un suspiro.

—¿En serio? —La miré de reojo, divertida—. Siempre que te miro estás masticando.

—Joder, es que los nervios me dan por comer, aunque me siente mal. —Hizo un puchero y reí.

—Hablando de comer…

—Nos toca el descanso. —Terminó por mí, sonriendo de forma exagerada. Volví a reír.

El descanso venía acompañado por el desayuno, teníamos veinte minutos para desconectar. Fuimos detrás de la barra y nos preparamos dos cafés. A Aneka le podía la ansiedad y llenó un plato con cinco cruasanes medianos, y elegí un minibocadillo. Cuando lo tuvimos todo, entramos en la cocina para desayunar en compañía de los que se encargaban de ella.

—¿Cómo estás Jailyn? —Se interesó Gladys.

—Bien —le sonreí.

—¿Habéis escuchado los rumores sobre Fiona?

Aneka y yo asentimos, entonces intervino Sten.

—No saques ese tema mientras comen. —Sacudió la cabeza, sin apartar la atención de la tarta que estaba decorando.

—No tenemos otro momento relajado para hablar —se justificó Gladys.

—Sea lo que sea lo que tiene a la jefa tan estresada y fuera de aquí, no va a afectarlas a ninguna de las dos, en especial a Jailyn. Ni eso, ni lo que suceda cuando vuelva a la rutina normal. Ya veremos mañana, todos estamos esperando a que Fiona dé el primer paso negativo. —Sten se mostró muy seguro.

—¿Y eso? —le preguntó Aneka.

—Porque vamos a salir en vuestra defensa. —Paró unos segundos lo que hacía y levantó la cabeza hacia nosotras—. Ya lo hemos hablado todos. —Nos hizo un guiño.

—Oh. —Frunció los labios Aneka, emocionada.

—Gracias —le sonreí—, pero no quiero que os veáis salpicados. Estoy preparada para todo.

—Pues ya puedes aferrarte a este trabajo con uñas y dientes, no permitiremos que te eche. Lo que sucedió el miércoles les ha abierto los ojos a muchos de los compañeros, te aseguro que están dispuestos a no quedarse callados nunca más —asintió mirándonos con cariño.

Sten tenía pocos años más que nosotras, pero a diferencia de muchos otros, jamás se había quedado callado hacia Fiona. Durante los años que yo llevaba trabajando en la cafetería, siempre que se había enterado de sus salidas fuera de tono, había intervenido en defensa de quien fuese el afectado por la jefa. Era inexplicable, pero hacia él no tomaba nunca represalias. Me alegraba mucho, pero me creaba curiosidad porque no eran amigos, ni tenían ningún vínculo que los uniera.

—Y tú no has tenido nada que ver con eso, ¿no? —sonreí de medio lado.

—Mmm… ¿Yo? Soy completamente inocente. —Soltó una carcajada y las tres sonreímos, sabiendo que no era verdad.

—Niñas, ¿de qué conocéis al hombre que puso recta a Fiona? —preguntó curiosa Gladys.

—De una fiesta —contestó Aneka.

—Joder, ¿solo de una fiesta? —asintió mi amiga— ¿Y defendió a Jailyn con tanta ferocidad? Yo pensaba que estaba enamorado de ella, o como poco que os estabais conociendo.

El sorbo de café que estaba tragando en ese momento se me fue por mal camino y empecé a toser como si me fuese la vida en ello. Aneka me dio rápido varias servilletas, las que sustituí por la mano en la boca.

—¿Mejor?

Noté la diversión contenida en la pregunta de Aneka, pero ni la miré de reojo, mientras bebía un sorbo de agua del vaso que me acercó Gladys.

—Está claro que algo hay —dijo sonriente—. Y no me extraña, menudo hombre. Me asomé cuando se formó el revuelo.

—Eh… No, no. —Por si no fuesen pocas mis negaciones, giré la cabeza de un lado al otro, varias veces—. Él… Fue muy amable, considerado y atento, pero ya está. —Me encogí de hombros.

—Eso no lo pongo en duda, pero me cuesta creer que entre vosotros no haya…

—De verdad —la interrumpí, pasando la mirada de ella a Sten.

Él no había apartado la atención de la tarta, pero sonreía.

Aneka cambió de tema rápido y agradecí que se centraran en otra cosa. Pude terminar de desayunar relativamente bien, relativamente porque no conseguí eliminar de mi cabeza lo que había dicho Gladys. Cuando se nos terminó el tiempo de descanso nos despedimos de ellos y regresamos a nuestros puestos de trabajo.

Las horas pasaron tranquilas, trabajando en armonía, hasta que a las once y media apareció Fiona. Entró haciendo mucho ruido con los tacones, con la barbilla en alto y con una expresión… Yo directamente la ignoré, hasta que no se dirigiera a mí personalmente no iba a perder el tiempo. Y la verdad, esperaba que pudiese librarme, solo faltaba media hora para irme.

Tuvimos suerte todos porque se encerró en su despacho y, al menos yo y Aneka, no volvimos a verla. Cuando pasaron varios minutos del final de la jornada nos despedimos de nuestros compañeros y fuimos hacia las bicicletas.

—Te invito a comer —me dijo Aneka.

—Dejé la comida hecha ayer por la tarde —le sonreí.

—¿Y? Pues ya la tienes para el domingo, mañana vamos a casa de mis padres. —Me hizo un guiño.

—Vale —acepté rápido y reímos—, pero te invito yo.

—De eso nada, lo he propuesto primero. —Me señaló montada en la bici.

—No seas pesada. —Sacudí la cabeza, enderezando la mía.

—La pesada eres tú. Pon el culo en el sillín y sígueme. —Salió disparada, riendo.

Sonriendo, dándola por imposible porque cuando se le metía algo en la cabeza no paraba hasta conseguirlo, pas por la entrada a la terraza. Giré la cabeza hacia la cristalera y arqueé una ceja. Fiona estaba ahí parada, siguiéndome con la mirada, con semblante serio.

En ese momento supe que nuestra buena racha se había terminado, que al día siguiente volvería a ser ella en su máximo esplendor. Poco me importó y para dejárselo claro, le sonreí de medio lado, antes de desaparecer de su vista. Pedaleé rápido para alcanzar a Aneka y en diez minutos llegamos a un restaurante.

Dejamos las bicis bien colocadas y apartadas, y entramos, saludando afectuosamente a los dueños. Solíamos venir a menudo, por lo que los conocíamos bastante bien, igual que ellos, siempre que podían, venían a la cafetería.

Ocupamos una mesa y Ofelia, la dueña, enseguida apareció con una botella de vino: el que nos gustaba.

—¿Cómo ha ido el final de la semana?

—Trabajamos sábado y domingo —respondimos a la vez.

—Vaya, pero ya veréis cómo se os pasan rápido los dos días.

Miré de reojo a Aneka. Yo no las tenía todas conmigo, pero mi amiga asintió sonriendo.

—¿Qué queréis comer?

—¿Nos sorprendes como la última vez? —le pidió Aneka.

—Por supuesto —dijo con satisfacción—. Ahora os traen unos entrantes a cuenta de la casa. —Nos rellenó las copas de vino.

—No hace falta —me apresuré a decir.

No sé ni para qué me molestaba porque cada vez que veníamos teníamos extras, pero nunca conseguía que los incluyeran para pagarlos.

—A callar —me ordenó Gladys y fruncí los labios, divertida.

—Los entrantes los queremos, pero lo otro… —insistí.

—¿Qué he dicho? —Arqueó una ceja.

—Que nos va a encantar todo los que nos traigan —intervino Aneka.

é

—Menos mal que una de las dos me escucha. —Puso los ojos en blanco y terminamos las tres riendo—. Enseguida regreso —asentimos.

Fue hacia otra mesa, dejándonos solas.

—Vamos a brindar.

Levanté mi copa, pero retiró la suya antes de que chocara la mía.

—Felicidades —dijo sonriendo de oreja a oreja. Levantó una mano para que no hablara—. Sé que no te gusta celebrar tu cumpleaños y si fuese por ti borrarías este día del calendario, pero a mí sí que me importa felicitarte y celebrarlo contigo, porque te quiero.

—Aneka…

—Cariño, es tu día, uno más de vida y todos los que quedan por delante. Sabes lo que pienso sobre estas fechas en concreto, que cumplir años significa que continuamos respirando y eso es vida. No hay nada más preciado e importante.

—Lo sé —le sonreí con cariño y emocionada—. Nunca se te olvida el día, debía haberme acordado. —Sacudí la cabeza.

—Eso es —asintió—. Por ti. —Acercó su copa, y por fin brindamos.

—Gracias. Por nosotras —dije y bebimos.

—Y ahora… —Se giró en la silla.

—No.

—Síií… —Rio.

Sacó una bolsa pequeña del bolso y la puso frente a mí.

—Mira lo que es. —Aplaudió.

—Jooo…

Tragué saliva, mientras cogía la bolsa. No estaba acostumbrada a los regalos, solo los había recibido de cuatro

personas, dos de ellas iban en un *pack* indivisible: una de ellas era Aneka, desde que nos hicimos amigas; las otras dos Arvid e Inga, sus padres; la otra, alguien que atesoraba en mi corazón, pero que estaba muy lejos desde hacía demasiado tiempo.

Dentro había una caja cuadrada y la saqué. Al abrirla se me escapó una sonrisa y levanté la vista hacia ella.

—Es preciosa.

—Sabía que te iba a gustar. Dame.

Era una pulsera de oro blanco. No es que fuese muy entendida, a simple vista podías pensar que era de plata, pero la etiqueta que había pegada en la almohadilla lo indicaba.

La desenganché y se la di, no tardó en ponérmela en la muñeca del brazo que extendí hacia ella.

—Gracias. —Me levanté para pasar el cuerpo por encima de la mesa.

Ella hizo lo mismo y nos abrazamos. Fue un abrazo fuerte y sincero, uno con el que noté presión en el pecho.

—Te queda perfecta.

a —Me encanta —le sonreí—. Pero no tenías…

—Shhh… —Se puso un dedo en la boca—. Bebe. —Reímos.

—Te quiero.

—Y yo. —Se le nublaron los ojos.

Nos interrumpió un camarero que llegó sonriente para dejarnos los entrantes. También me felicitó, por lo que di por hecho que Aneka había hablado con Ofelia y tendría sorpresa para el postre.

Y no me equivoqué, porque fue Ofelia quien, al finalizar nuestra comida, apareció en el salón con una tarta adornada con velas encendidas, entonando una canción a todo pulmón. Sentí cómo mis mejillas se sonrojaban al convertirme en el foco de atención de todos los comensales del restaurante, quienes se unieron a la melodía con entusiasmo. Cuando la tuve delante, cerré los ojos con fuerza y pedí un deseo, lo que hacía muchísimos años que no me había atrevido a hacer.

Soplé con fuerza, repetidamente, y al final acabamos riendo todos cuando metí las velas en la copa del agua. Eran de las que no se apagaban y lo intenté, ¿eh? Muchas veces, hasta que perdí la paciencia. Me levanté para abrazar a Ofelia y después me giré hacia los que nos rodeaban, agradeciéndoles el detalle. Todavía aplaudían y

s algunos sonreían, por mi hazaña con las velas.

Aneka se levantó cuando me acerqué a ella y nos dimos otro abrazo fuerte.

—Gracias —susurré con voz temblorosa, sobre su hombro.

—Te mereces esto y mucho más, Jailyn. —Me frotó la espalda.

Le di un beso en la mejilla al separarnos y volvimos a sentarnos.

—He esperado a este momento porque no podéis devolverme nada de lo que os habéis comido. —Le prestamos atención a Ofelia—. No solo los entrantes van a cuenta de la casa, todo lo demás también.

—Ofelia… —Empecé a quejarme.

—No supe con tiempo que era tu cumpleaños. —Me agarró de la mano que tenía encima de la mesa—. Este es mi regalo, ¿vale?

—Yo… —Tragué saliva con dificultad—. Gracias. —Me acarició la mejilla.

—Seguid disfrutando. —Nos hizo un guiño, antes de irse.

—¡Qué pinta tiene! —Reí al ver cómo Aneka se relamía los labios.

Cogió el cuchillo y partió dos buenas porciones. La tarta era muy bonita, decorada con mucho gusto. Ponía mi nombre y sabía que la había hecho personalmente Ofelia. Tenía muy buena pinta como había remarcado Aneka, pero no le hacía justicia a la textura y al sabor. Tanto nos gustó que nos dio igual estar a punto de reventar, nos comimos otras dos porciones, aunque un poco más pequeñas.

algunos sonreían, por mi hazaña con las velas.

Aneka se levantó cuando me acerqué a ella y nos dimos otro abrazo fuerte.

—Gracias —susurré con voz temblorosa, sobre su hombro.

—Te mereces esto y mucho más, Jailyn. —Me frotó la espalda.

Le di un beso en la mejilla al separarnos y volvimos a sentarnos.

—He esperado a este momento porque no podéis devolverme nada de lo que os habéis comido. —Le prestamos atención a Ofelia—. No solo los entrantes van a cuenta de la casa, todo lo demás también.

—Ofelia… —Empecé a quejarme.

—No supe con tiempo que era tu cumpleaños. —Me agarró de la mano que tenía encima de la mesa—. Este es mi regalo, ¿vale?

—Yo… —Tragué saliva con dificultad—. Gracias. —Me acarició la mejilla.

—Seguid disfrutando. —Nos hizo un guiño, antes de irse.

—¡Qué pinta tiene! —Reí al ver cómo Aneka se relamía los labios.

Cogió el cuchillo y partió dos buenas porciones. La tarta era muy bonita, decorada con mucho gusto. Ponía mi nombre y sabía que la había hecho personalmente Ofelia. Tenía muy buena pinta como había remarcado Aneka, pero no le hacía justicia a la textura y al sabor. Tanto nos gustó que nos dio igual estar a punto de reventar, nos comimos otras dos porciones, aunque un poco más pequeñas.

Capítulo 24



—Como me monte en la bici salgo rodando. —Bufé apoyada en la fachada del restaurante.

Aneka soltó una carcajada, delante de mí.

—Pues todavía no ha terminado, ya verás mañana en casa de mis padres. —Levantó las dos cejas, de forma graciosa.

—El domingo no me cerrarán los pantalones. —Hice una mueca.

—Pues te pones un vestido. —Se encogió de hombros y reímos.

Acaricié la pulsera, sin bajar la vista hacia ella.

—Gracias por todo.

—Deja de dármelas —negó divertida—. Cada año te doy una sorpresa, aunque no suelo hacerlo coincidir con e día de tu cumpleaños, para que no fracase mi intento por anticipado —sonreí—. Este me he arriesgado, no te lo esperabas. —Se encogió ligeramente de hombros.

—Para nada. —Sacudí la cabeza—. He tenido tan concentrada la cabeza en lo de Fiona que esta mañana me he levantado sin saber qué día era.

—¡Lo dudo! —Solté una carcajada.

—Bueno, quizás me di cuenta anoche, de pasada, cuando miré el calendario. —Fruncí los labios—. Pero es verdad que durante toda la mañana se me ha ido de la cabeza.

—No te preocupes por Fiona, ya has escuchado a Sten. Todos estamos contigo.

—Lo sé —solté un suspiro—. La verdad es que no me preocupa en absoluto que me despida, de hecho, hace unos días estuve mirando ofertas de trabajo y había bastantes. —Hizo una mueca de tristeza—. Eso es

precisamente lo que me tiene nerviosa y triste, el pensar que si sucede no estaremos juntas.

—No va a pasar, ya lo verás. —Me abrazó—. ¿Qué vas a hacer el resto del día?

—Descansar.

—¿Si te apetece salir por la tarde…?

—Hoy no…

—Vale, no he dicho nada. ¿Lo dejamos para mañana?

Asentí y nos despedimos. Me monté colgando la bolsa que Ofelia me había dado con una parte de la tarta que había sobrado, la otra se la llevaba Aneka. Fuimos juntas hasta el final de la calle y después nos separamos tomando direcciones diferentes.

Con el estómago tan lleno y por la hora a la que me había levantado, lo que más me apetecía era tumbarme en e sofá para echarme una siesta. Es lo que iba a hacer en cuanto entrara en casa y con ese pensamiento moví más rápido los pies. Llegué en unos minutos frente a la puerta. Me bajé de la bici e hice lo de siempre, la apoyé en la fachada para sacar la llave de dentro del bolso que llevaba cruzado en el hombro.

Era la misma rutina, nunca variaba, pero estaba vez… Estaba vez me quedé petrificada por el cambio tan repentino e inesperado. Una voz dijo mi nombre, una voz que reconocería en cualquier lugar y situación.

—Jailyn.

l

Parpadeé varias veces, rápido. Perdí la cuenta de cuántas veces lo hice, hasta que me di cuenta de que no estaba respirando. Cogí una gran bocanada de aire y bajé la vista hasta mi mano. Temblaba, a medio camino de meter la llave en la cerradura.

—Jailyn.

Un escalofrío me recorrió, siendo consciente de que no era producto de mi imaginación. Me puse recta, mi brazo cayó a mi costado, y me preparé para enfrentar una imagen a la que me había hecho a la idea de que nunca volvería a ver. Giré sobre mí misma, muy despacio y tragué saliva cuando lo vi.

Ahí estaba, como lo recordaba. Pelo castaño, alborotado en la parte más alta, cejas marcadas que conjuntaban perfectamente con sus ojos, su nariz recta y sus labios carnosos, con el grosor perfecto. Mandíbula marcada, con un poco de vello de un día o dos. Alto, de hombros anchos, la ropa que lo cubría era como si fuese hecha a medida. Estaba tan increíble como siempre, tan perfecto… Mi todo, mi persona, mi… más que amigo, pero no en el sentido amoroso, sino por lo que nos habíamos considerado siempre: familia.

Encontré el valor para hablar, aunque me temblaron los labios al hacerlo.

—Dago —susurré.

Y se dio el cambio en su expresión seria. Sus labios se curvaron hacia arriba, en una sonrisa pícara, pero que escondía mucho. Bien lo sabía yo porque muchas veces había sido el anticipo de una buena bronca por su parte, una que acarreaba habitualmente cambios en mi vida.

Empezó a moverse, yo no pude. Caminó despacio hasta mí y se paró a pocos pasos. Tragué saliva, mirando fijamente su pecho, la parte que había quedado a la altura de mis ojos. Se me nublaron, no pude enfocar la vista por todas las emociones que me prometí guardar bajo llave.

Todavía creía que estaba soñando, o que mi imaginación, en un día como hoy, supuestamente importante, más para los que me querían que para mí, hubiese traído a Dago a una distancia en la que solo tenía que alargar la mano para tocarlo. Solté un jadeo por la impresión y me estremecí cuando sus brazos me rodearon.

l

Me abrazó con fuerza, con el silencio rodeándonos, los sonidos de la calle desaparecieron. A mí me costó reaccionar, mucho, hasta que temblando subí los brazos. Ya no hubo marcha atrás, todas las paredes que había levantado para soportar el dolor se fracturaron al sentir su contacto. Era él, y me derrumbé aferrándome con necesidad a su chaqueta, por la parte de atrás. Sentí cómo me mecía, sin separar nuestros pies del suelo. No entendí las palabras que me susurró, metida en una nebulosa de la que no conseguía salir.

Las lágrimas corrían por mi cara, mojando su jersey. Llevaba la chaqueta abierta y al aspirar su olor, al sentir su calor, tuve la sensación de que estaba en casa, en mi lugar seguro, como tantas veces había sentido a lo largo de mi vida.

—Shhh… —ese susurro sí que lo escuché— Tranquilízate, Jailyn.

—No… No puedo. —Me faltó el aire.

—Dame las llaves —me pidió con suavidad.

—¿Cómo sabes…? ¿Cómo sabías…?

No conseguí formar una frase completa, por todas las preguntas y dudas que no llegaba a entender en este instante.

Callado, me quitó la llave de la mano, viendo que no era capaz de reaccionar. No me soltó cuando caminó hacia delante, yo hacia atrás. Llegó a la puerta, la oí abrirse, pero no me separé de él, no pude.

No supe cómo lo hizo, pero consiguió alcanzar el manillar de la bicicleta y deslizarla. La entró en la casa y nosotros detrás de ella, sin que soltara el agarre de mi cuerpo y el de la bici. La dejó apoyada en la pared del salón cerró la puerta y dejé de notar el suelo bajo mis pies.

Me cogió en brazos, llevándome hasta el sofá. Se sentó conmigo sobre sus piernas y le rodeé el cuello con los brazos, con fuerza, con miedo porque pudiese desvanecerse en algún momento. No estaba preparada para que sucediera eso, ahora mismo no. Escondí la cabeza en su cuello, notando cómo uno de sus brazos me apretaba con fuerza a su cuerpo, mientras que, con el otro, movía la mano por mi espalda, acariciándomela.

Perdí la noción del tiempo, sin control alguno sobre mis emociones, mis lágrimas y los temblores.

—Una vez me dijo una chica muy valiente —empezó a hablar, su voz más rasposa de lo normal, por la emoción. Apreté los párpados con fuerza—, extremadamente valiente, que no podía darme por vencido, jamás. —Solté un pequeño jadeo—. Y esa misma chica, testaruda y alocada, me remarcó, que cuando se quiere con el alma con tanta intensidad que asfixia, no se puede dejar nunca atrás a esa persona, ni dejarla marchar.

Solté un gemido y temblé más sobre él.

—Y tengo a esa chica encima de mí, asfixiándome, por cierto.

Soltó una carcajada cuando aflojé la fuerza de los brazos. Su risa era… Algo en mi interior vibró con fuerza.

—Te he echado muchísimo de menos, Jailyn —susurró, antes de darme un beso en la sien. Tragué saliva.

—Yo… También. Ni te lo imaginas.

—Claro que me lo imagino porque vamos a la par. ¿Recuerdas? Somos dos mitades de un todo. —Me estremecí.

—¿Cómo me has encontrado?

—Aparte de extremadamente valiente, testaruda y alocada, eres muy escurridiza —murmuró—. Me ha costado lo mío, durante mucho tiempo, pero aquí me tienes.

—Si estás aquí… —susurré.

—No, ni se te ocurra llevar a tus pensamientos por ahí, ¿me oyes?

Me mordí el labio inferior por dentro, hasta hacerme daño, para evitar continuar por esa vía porque me podía costar muy caro.

—Esa chica también te dijo más de una vez que eres muy tardón y que te desorientabas con facilidad.

Su risa fuerte vibró por todo mi cuerpo y sonreí, con la cabeza ladeada sobre su hombro. Miré el perfil de su cara, aún no me creía… Joder, no conseguía salir del *shock*.

—Feliz cumpleaños, cariño —dijo y fruncí los labios, para no llorar otra vez.

Había conseguido parar, en cierta forma tranquilizarme, aunque esto último era mucho decir para como continuaba estando.

—Lo has hecho a posta —murmuré.

—¿El qué? —Noté como se contenía para no reír.

—Solo a ti se te ocurriría darme esta sorpresa el día que menos me gusta.

Terminó soltando una carcajada. Él, Dago, era la otra persona, aparte de Aneka y de sus padres, del que siempre había recibido regalos. Nunca le había importado, siempre ignoró mi actitud el día de mi cumpleaños.

—Mejor hoy que mañana, ¿no? —Me miró de reojo.

—Sí, pero no porque sea este día —me sonrió.

—Déjame verte bien —me pidió.

Levanté la cabeza y me separé de él. Me retiró el pelo de la cara con cuidado, pasando la vista por cada centímetro de la piel. Sonrió, pero con una expresión de tristeza. Me echó el pelo por detrás de los hombros y dejé que continuara haciendo lo que quisiese, sin poder apartar la vista de él.

—He llegado a pensar tantas cosas, Jailyn. —Soltó el aire despacio y apretó la mandíbula—. Me han desesperado y llevado a la locura más veces de las que recuerdo. —Tragué saliva.

—Lo siento —dije entrecortada.

—No. —Su tono de voz fue rotundo y serio. Colocó las manos a ambos lados de mi cara—. Nunca te lamentes por querer vivir, jamás te disculpes por querer aferrarte a la vida sin mirar atrás.

—Te quiero —murmuré y me sonrió con cariño.

—Te quiero —repitió como un juramento y así era entre nosotros—. Tenemos muchas cosas que contarnos. —Me frotó los brazos.

—Sí. Yo…

—Hay tiempo.

—¿Cuánto?

La pena porque se fuera me presión el pecho.

—Bastante, diría yo —sonrió de medio lado.

—¿Y eso? ¿Tu trabajo?

—Todo está bien, solo que me he cogido las vacaciones de este año y he sumado las de los cuatro anteriores. —Levantó las cejas, varias veces.

—Oh.

—Héctor no me ha puesto ningún problema —se refirió a su jefe—. Es más, me lo propuso él, después de decirle que estaba planteándome pedir una excedencia. Es mucho tiempo, pero no tanto como me gustaría.

—Ya… —Hice una mueca—. Gracias por no rendirte —murmuré.

—¿Contigo? Nunca.

Volví a verlo nublado y apoyé de nuevo la cabeza en su hombro. Recostada sobre él, cerré los ojos, relajada completamente. Ese era el efecto que provocaba Dago en mí: mi lugar seguro. El tiempo pasó sin que ninguno de los dos se moviera, con una de sus manos acariciándome la espalda.

—¿Has comido? —le pregunté.

—Sí.

—¿Cuándo has llegado?

—¿A esta ciudad? Hace varios días. —Me sorprendió su respuesta, pero entendí que hasta dar conmigo había pasado un tiempo.

—Encontraste dónde estaba, pero no exactamente en qué lugar.

—Correcto. —Me dio un beso en la frente—. Me he estado quedado en un hotel, allí tengo todas mis cosas.

—Te vas a venir conmigo aquí, ¿no?

—¿Lo dudas? —sonrió de medio lado.

—Podemos ir al hotel ahora.

—En este momento estoy muy a gusto y todavía no tengo la intención de moverme.

—Yo tampoco quiero hacerlo.

—Hacía tiempo que no estábamos de acuerdo —dijo con tono divertido.

—Hacía tiempo que no nos veíamos.

—*Touché.* —Soltó una carcajada—. ¿Cuéntame cómo ha sido y es tu vida aquí? ¿Fue al primer lugar al que viniste desde España? Quiero saberlo todo.

Y eso es lo que le di, con la calma que él me proporcionaba. Le conté toda mi experiencia, desde varios días antes de dejar España atrás, el último día que nos vimos. Al principio estuvo tenso, pero fue relajándose cuando empecé a explicarle lo que encontré en Faaborg. Le hablé de Aneka, de sus padres y de que la casa era de ellos, de la amistad y el cariño que nos unía, y de la familia improvisada que había encontrado.

También le hablé de Astrid, de mi trabajo en la cafetería y de todo lo que sucedía habitualmente una vez que me ponía el delantal. Eso me llevó al último enfrentamiento con Fiona y me desvié de ese camino para ponerlo en situación con respecto a Drake, su primo y Klaus. Supo lo que pasó en la fiesta a la que asistimos y la poca relación que nos unía a Drake y a mí, que era casi nula, precipitada y reciente, y que quizás no volveríamos a vernos nunca más, pero que igualmente eso no impidió que me defendiera frente a mi jefa, dejándome impresionada.

Añadí la primera vez que estuve parada frente a la puerta de su castillo, de vuelta de la excursión con Aneka en las bicicletas, y que en aquel momento no supe quién se mantuvo entre la oscuridad, observándome. Para finalizar le expliqué que venía de comer con Aneka, le enseñé la pulsera, y le dije lo bien que había ido en el restaurante, con tarta incluida y con el bochorno de no poder apagar las velas.

Me llevó casi toda la tarde hablarle de absolutamente todo, de mis emociones, de mis sensaciones, de mis experiencias… Pero a ninguno de los dos nos importó. Como siempre, él me escuchó atento en todo momento y mis palabras fluyeron solas.

—Voy a tener que hacerte una visita a esa cafetería —dijo serio y sonreí.

—¿También vas a poner a mi jefa en su lugar?

—Eso no se pregunta, se da por hecho. —Giró la cabeza hacia mí e hizo un guiño.

—Estoy preparada para saltar encima de ella, por si no te acuerdas tú fuiste el que me enseñó.

—¿Cómo voy a olvidar cada vez que te tiraba al suelo y me pedías que parara? —Rio.

—Muy gracioso. —Entrecerré los ojos—. Eso fue al principio.

—Y valió la pena. —Me acarició el pelo.

—Mucho —solté un suspiro.

—Me hubiese gustado verte con el mazo en las manos. —Volvió a reír.

—Puedo coger cualquier otra cosa si es lo que quieres.

—Vamos a dejarlo pasar hoy —comentó con tono divertido.

—Echaba muchísimo de menos estos momentos. —Cerré los ojos con fuerza.

—Igual que yo. —Apretó el agarre de su brazo en mi cintura.

—Ya sabes todo de mí, ¿y tú? También quiero saberlo todo, hasta lo más mínimo —susurré.

—¿Qué tal si antes preparamos algo de cena? Aquí se come muy pronto —se lamentó.

Esta vez reí yo. Él no estaba acostumbrado a los horarios.

—¿También vas a poner a mi jefa en su lugar?

—Eso no se pregunta, se da por hecho. —Giró la cabeza hacia mí e hizo un guiño.

—Estoy preparada para saltar encima de ella, por si no te acuerdas tú fuiste el que me enseñó.

—¿Cómo voy a olvidar cada vez que te tiraba al suelo y me pedías que parara? —Rio.

—Muy gracioso. —Entrecerré los ojos—. Eso fue al principio.

—Y valió la pena. —Me acarició el pelo.

—Mucho —solté un suspiro.

—Me hubiese gustado verte con el mazo en las manos. —Volvió a reír.

—Puedo coger cualquier otra cosa si es lo que quieres.

—Vamos a dejarlo pasar hoy —comentó con tono divertido.

—Echaba muchísimo de menos estos momentos. —Cerré los ojos con fuerza.

—Igual que yo. —Apretó el agarre de su brazo en mi cintura.

—Ya sabes todo de mí, ¿y tú? También quiero saberlo todo, hasta lo más mínimo —susurré.

—¿Qué tal si antes preparamos algo de cena? Aquí se come muy pronto —se lamentó.

Esta vez reí yo. Él no estaba acostumbrado a los horarios.

Capítulo 25

A la mañana siguiente, a las cinco y cuarto de la mañana, salí de casa, para ir a trabajar. Lo hice con una gran sonrisa porque no iba sola, Dago estaba conmigo, a mi lado. La noche anterior, antes de irnos a dormir, le insistí en que no hacía falta que madrugara tanto.

Para variar no me había hecho caso y aquí estábamos, recorriendo los primeros metros caminando. Hoy había dejado la bicicleta en casa. Podíamos habernos montado los dos, pero me apeteció en el breve paseo que había hasta la cafetería, enseñarle esta zona de Faaborg desde mis ojos y mis experiencias.

Con un brazo rodeándome los hombros, recorrimos las calles, mientras me escuchaba atento cuando le explicaba cosas de los comercios, de las personas que conocía y de cómo me había movido por la zona, durante todo el tiempo que llevaba en la ciudad.

Cuando me metí en la cama, le envié un mensaje a Aneka. La avisé de que nos veríamos en el trabajo porque iría a pie, añadiendo que tenía algo importante que contarle. Me pareció mentira hacer el mismo recorrido de siempre, pero sintiéndolo muy diferente al ir abrazada a Dago, por la cintura.

—¿Estás bien? —me preguntó al cabo de unos minutos.

Nos habíamos quedado en silencio, mientras faltaban pocos metros para llegar a la plaza en la que estaba la cafetería.

—Sí, mejor que bien. —Levanté la cabeza hacia él, sonriendo.

Me devolvió el gesto y de dio un beso en la frente, justo cuando accedíamos a la plaza. Cuando miré hacia delante mis pasos fueron ralentizándose, sorprendida por lo que vi, o más bien, a quién vi tan temprano. Drake estaba parado junto a la jardinera alargada que daba paso a la terraza, solo. No lo acompañaban Lain ni Klaus.

Nos vio enseguida, dado que no había mucha gente caminando a estas horas, lo que no tardaría en cambiar porque las mesas las ocuparían para el desayuno tempranero, como cada día. A pesar de ser sábado, el ritmo de entresemana poco variaba, hoy se consideraba un día normal de trabajo para todo el mundo.

—¿Qué pasa? ¿Te has cansado a unos metros de llegar? —me preguntó Dago, divertido.

Ya sabía dónde trabajaba, íbamos directos.

—Es Drake —susurré, a pesar de que todavía no estábamos cerca de él.

—Mmm… —Fue todo lo que dijo.

—¿Qué? —Lo miré de reojo.

—Nada. —Se encogió de hombros, con los labios fruncidos. Entrecerré los ojos.

—Conozco muy bien esa expresión.

—Solo me resulta curioso que se haya caído de la cama para venir a estas horas a una cafetería, y más curioso aún que te hayas casi parado al verlo y te note nerviosa. Solo eso.

—¿Te parece poco?

—Ajá. —Rio.

—Mierda, mi jefa. —Bufé.

La vi aparecer por la derecha, pero ella no vio a Drake, ni a mí, entró por la puerta que parecía la de una casa, antes de llegar a la terraza.

—Así que es esa —comentó Dago, pensativo.

—Sí —solté un suspiro—. Aneka ya ha llegado —dije localizando su bicicleta.

—Tengo ganas de conocerla —sonrió.

—Ella también tendrá ganas en cuanto le hable de ti. —Imité su gesto, pero con un revoltillo de nervios en el estómago.

Mis nervios estaban enfocados en una única persona, una que no tenía nada que ver con Fiona.

Dago tiró de mi cuerpo, para que caminara más rápido, mientras yo no podía dejar de pensar que, aunque era tan temprano, Drake se veía igual de impresionante como el último recuerdo que tenía de él, nada que ver con la cara de sueño que debía tener yo. Vestido con unos pantalones vaqueros, un jersey y una chaqueta de piel, tenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón, con la atención puesta hacia delante, en nosotros.

—Hola, Drake —lo saludé.

—Hola, Jailyn —asintió hacia mí.

No hizo el intento de moverse para darme un beso o un saludo más cercano, como sucedió cuando nos despedimos al irme con las chicas del castillo. Se mantuvo separado, sin variar su posición. De repente me sentí incómoda, mucho más nerviosa que al verlo, ante su mirada penetrante.

La desvió de mí, para fijarla en Dago.

—Hola, mi nombre es Dago. —Se presentó mi amigo, extendiendo un brazo, retirando el otro de mis hombros.

—Encantado. —Drake aceptó el apretón de manos, el que me dio la impresión de que duró bastante.

—Igualmente —sonrió de medio lado Dago.

—Yo… Tengo que entrar ya. —Carraspeé, llamando la atención de los dos—. Las mesas de esa zona son las que atiendo yo. —Se las señalé a Dago.

—De acuerdo. —Me hizo un guiño—. Ve tranquila.

—Vale —solté un suspiro—. Enseguida salgo a atenderos. —Miré a Drake.

Di por hecho que iba a ocupar una mesa porque… ¿Qué otro sentido tenía que estuviese aquí? Aunque quizás me había adelantado y elegía otra fuera de mi alcance. Les di la espalda y caminé rápido hacia la cafetería, comprobando en el reloj de pulsera que aún faltaban cinco minutos para el inicio de la jornada. Aneka y varios compañeros ya habían subido las persianas, por lo que fui directa hacia el vestuario, saludando a todos los que había con un gesto de la mano.

Aneka que ya estaba detrás de la barra, señaló con la cabeza hacia el pasillo y asentí, haciéndole un guiño. Guardé la chaqueta y el bolso dentro de la taquilla y salí rápido, anudándome el delantal.

—¡Qué despertar! —exclamó Aneka— Ha vuelto Drake y ¿quién es con el que has llegado? —Agrandó los ojos.

—Ya te lo explicaré —susurré viendo de reojo cómo la puerta del despacho de Fiona se abría.

n

Cogí el bote con el producto de limpieza que utilizábamos para limpiar las mesas y una bayeta, y salí a la terraza. Por unos segundos me paré, al ver a Dago y a Drake sentados casi juntos.

Habían llegado algunas personas, pero casi todas las mesas estaban vacías y ellos van y ocupan las que están pegadas. Solté el aire despacio y empecé a limpiar la primera mesa. A eso me dediqué, yendo de una a otra, dejándolas preparadas para los clientes. Nunca las recogíamos, como ya he dicho en alguna ocasión aquí podías dejar las cosas al aire libre que te las encontrabas igual.

—¿Cómo estás, Jailyn? —me preguntó Drake, al pararme al otro lado de donde estaba sentado.

—Bien, gracias —sonreí—. Voy a… —Levanté el bote y asintió.

Fue una tontería porque llevaba un rato viéndome hacer lo mismo, había tenido la sensación de su mirada puesta en mí mientras limpiaba las otras. Espolvoreé el líquido sobre la mesa con cuidado y me incliné sobre ella, para pasar la bayeta.

—¿Cómo han ido estos días por aquí? —volvió a hablar.

La pregunta correcta que quería hacer era: ¿cómo han ido los días después de mi intervención con tu jefa? Pero no la hizo tan directa, fue más sutil.

—Tranquilos. Ella no ha pasado mucho tiempo aquí, lo que va a cambiar hoy —dije sin dejar de frotar—. Gracias por preguntar.

—No tienes que dármelas.

—Hoy… Has venido solo —susurré, mientras me incorporaba.

—He salido dejando dormidos a Lain y a Klaus —asentí—. No son tan madrugadores.

—¿Qué quieres tomar? ¿Un café solo?

—Sí, y dos tostadas si no son muy grandes, si es así, con una tengo bastante.

—De acuerdo —le sonreí—. Ahora pido que lo vayan preparando y después continúo con…

—No tengo ninguna prisa, Jailyn. Puedo esperar.

—Vale. —Me ruboricé.

Aguantarle a Drake la mirada provocaba esa reacción, todo él era intensidad en estado puro.

—Ahora vuelvo —asintió.

Tuve que moverme poco para llegar a la siguiente mesa, a la que estaba sentado Dago.

—¿A mí no me vas a preguntar? —dijo con una clara diversión en el tono de voz.

—Sé de sobras lo que quieres y te gusta —murmuré, dándole con brío a la mesa.

—¿Y si he cambiado mis rutinas? —solté un suspiro.

—¿Qué quieres Dago?

a

—Lo mismo de siempre. —Levanté la cabeza y entrecerré los ojos, provocando que soltara una carcajada.

Por lo cerca que estaba Drake se enteraba perfectamente de nuestra conversación, por mucho que yo bajase el tono de voz.

—Me encanta picarte.

—Pues ten cuidado porque en esta ocasión, por si no te has dado cuenta, voy a traerte yo el desayuno y puedo hacer muchas cosas con él, antes de dejarlo delante de ti.

Más se rio y yo aguanté la risa, mientras pasaba a limpiar la última mesa que quedaba a su otro lado.

—Quiero invitarte a comer hoy —continuó—. Ya sabes, como ayer fue tu cumpleaños… —Lo miré de reojo y más allá de él.

Drake parecía estar mirando algo en el teléfono, pero tuve la sensación de que estaba muy atento a nosotros, aunque no mirase descaradamente.

—Hoy como con Aneka y sus padres —susurré—. Vendrás conmigo, ahora le hablaré… de ti.

Las últimas palabras me costó pronunciarlas. Drake giró la cabeza hacia mí antes de que terminara.

—Perfecto, será un placer. Estoy deseando conocerlos —sonrió con picardía Dago.

Lo estaba haciendo a propósito, todo, y no tenía ni idea de qué quería conseguir, pero lo primero tenía claro que era así. Y más me lo dejó cuando movió los ojos hacia Drake, sin que él lo viera, con los labios fruncidos, reteniendo la diversión. Puse los míos en blanco y me alejé de las dos mesas, sintiéndome muy sofocada de repente.

Entré detrás de la barra y le pedí a Gladys unas tostadas y un bocadillo, como le gustaba a Dago. Mientras me lo preparaba, hice los cafés, uno solo y otro con leche. Aneka estaba atendiendo una mesa en el salón interior y no vi

a Fiona. Intenté relajarme un poco. ¿Lo conseguí? Nooo, porque sabía quién estaba en la terraza, al que no tardaría en acercarme de nuevo.

Noté el estómago aún más revuelto, no tenía ni puñetera idea del por qué Drake me ponía tan nerviosa. Gladys dejó el plato con las tostadas en el poyete de la ventana y lo puse en la bandeja, añadiendo todo lo necesario que la acompañaba. Coloqué también el café solo y con leche, y solo tuve que esperar unos minutos para que sacara el bocadillo.

Con todo en la bandeja, me dirigí a la terraza, decidida a pasar otro mal ratito en presencia de Drake. Cuando ya me había mentalizado pasó algo con lo que me hirvió la sangre y el pecho, al derramárseme las dos tazas en la camisa que llevaba. La tela no era tan gruesa y al empaparse con los cafés me abrasó la piel, al estar los dos ardiendo.

La bandeja cayó a mis pies, provocando un ruido muy fuerte, mientras de mi boca salía todo tipo de palabrotas, intentando despegar la camisa de mi piel. Con la respiración agitada, al acabo de no sé cuánto tiempo, conseguí centrarme y me di cuenta de que tenía la atención de todas las personas que estaban en el interior de la cafetería, tanto de los clientes como de mis compañeros.

Aneka se había tapado la boca con las dos manos, ahogando un grito, con los ojos abiertos al máximo. Levanté más la cabeza, hasta ponerme recta y la giré muy, pero que muy despacio, hacia la persona que había provocado lo que acababa de suceder. Había sido intencionado, había chocado conmigo y no solo eso, su mano había levantado con saña la bandeja, para que todo se cayera.

a Fiona. Intenté relajarme un poco. ¿Lo conseguí? Nooo, porque sabía quién estaba en la terraza, al que no tardaría en acercarme de nuevo.

Noté el estómago aún más revuelto, no tenía ni puñetera idea del por qué Drake me ponía tan nerviosa. Gladys dejó el plato con las tostadas en el poyete de la ventana y lo puse en la bandeja, añadiendo todo lo necesario que la acompañaba. Coloqué también el café solo y con leche, y solo tuve que esperar unos minutos para que sacara el bocadillo.

Con todo en la bandeja, me dirigí a la terraza, decidida a pasar otro mal ratito en presencia de Drake. Cuando ya me había mentalizado pasó algo con lo que me hirvió la sangre y el pecho, al derramárseme las dos tazas en la camisa que llevaba. La tela no era tan gruesa y al empaparse con los cafés me abrasó la piel, al estar los dos ardiendo.

La bandeja cayó a mis pies, provocando un ruido muy fuerte, mientras de mi boca salía todo tipo de palabrotas, intentando despegar la camisa de mi piel. Con la respiración agitada, al acabo de no sé cuánto tiempo, conseguí centrarme y me di cuenta de que tenía la atención de todas las personas que estaban en el interior de la cafetería, tanto de los clientes como de mis compañeros.

Aneka se había tapado la boca con las dos manos, ahogando un grito, con los ojos abiertos al máximo. Levanté más la cabeza, hasta ponerme recta y la giré muy, pero que muy despacio, hacia la persona que había provocado lo que acababa de suceder. Había sido intencionado, había chocado conmigo y no solo eso, su mano había levantado con saña la bandeja, para que todo se cayera.

Capítulo 26



Mis ojos se encontraron con los de Fiona y su sonrisa asquerosa, una malvada y dolorosa, por lo que representaba.

—Mira lo que has hecho, nunca has servido para nada —soltó de malas maneras, con una prepotencia, un desprecio y un veneno…

«Respira» me dije, estirando los dedos. Lo hice, pero no me sirvió de nada. «Suelta» me pedí, flexionando los dedos, hasta formar dos puños apretados. «Contén el aire, más, un poco más». Lo intenté, juró que puse todo mi empeño en conseguirlo, pero fracasé rotundamente. La irritación pudo conmigo, tenía la visión nublada por la rabia, mientras giraba el cuerpo hacia Fiona. Notaba la piel dolorida por encima del pecho, todavía me quemaba.

Me agaché despacio, sin perderla de vista, hasta que cogí la bandeja vacía y manchada. Todo lo que llevaba en ella estaba desperdigado por el suelo, inservible y roto.

—¿Qué has dicho? Creo que no lo he escuchado bien —por fin hablé, desde abajo.

Cuando me incorporé di un paso acortando la distancia entre nosotras. Agrandó los ojos, tenía una ligera idea de lo que vio en mí. En este instante toda yo era una amenaza y si se había pensado en algún momento que yo iba a bajar la cabeza y a callarme, o a decirle alguna simple frase, es que no era consciente de lo que acababa de provocar.

—Repítelo —siseé.

Sucedieron varias cosas al mismo tiempo, escuché el susurro lejano de mi nombre, fue Aneka quien me llamó, preocupada. Sten salió de la cocina, haciendo tambalear la puerta, estrellándola contra la pared. Los demás compañeros se acercaron a nosotras, pero solo pude distinguir de todos ellos un borrón distorsionado, mientras mantenía mi vista sobra Fiona.

—¡No tengo por qué hacerlo! Me has escuchado perfectamente. —Alzó la voz, levantando la barbilla.

—Eres una impresentable y una desgraciada —siseé dando otro paso.

Sujeté con fuerza la bandeja, haciendo mucha presión con los dedos en ella, preparada para darle en cualquier parte del cuerpo. Para empezar la cabeza sería perfecta, y si lo hacía no tendría que molestarme por nada más porque la dejaría cao al instante.

—¡Cómo te atreves! —Jadeó, mirando hacia las mesas, donde estaban los clientes.

—Me he quedado muy corta en mi descripción —dije con rabia.

—Todos hemos visto lo que ha pasado. Lo que ha dicho la chica no es ninguna mentira, somos testigos —dijo en alto un hombre.

Era habitual de la cafetería y no hubo ni una persona, compañero o clientes, que no lo apoyaran. Fiona soltó el aire de golpe e hizo una mueca de indignación.

—Mírame —siseé—. Quiero que estés viéndome cuando te dé con tu propia bandeja en tu asquerosa cara.

Me tembló todo el cuerpo por la impotencia y su jadeó fuerte fue por la anticipación de saber que lo iba a hacer No le quedó ninguna duda de ello. Dio varios pasos hacia atrás, de repente asustada, lo que provocó que me saliera una sonrisa irónica en los labios.

Disfruté de su miedo, lo que solo me había permitido que sucediese una única vez, con anterioridad, mucho tiempo atrás. Lo degusté y lo paladeé, notando cómo todo en mí se descontrolaba. No iba a llorar, no iba a permitir que la imbécil que tenía delante tuviese ese placer, por lo que me tragué las lágrimas y contuve el nudo que se me había formado en la garganta.

—Jailyn. —Escuché a mi izquierda a Sten, con voz serena y calmada—. No merece la pena, cariño. Tienes razón, es una impresentable, una persona despreciable, pero tú estás a años luz de ella.

—Solo quiere hacer daño. —Fruncí los labios—. Y a mí más.

—Lo sé, es una amargada que no tiene ninguna consideración. Mírame, por favor.

—No —negué varias veces.

Me moví rápido, no pude controlarme porque no iba a permitir nunca más que alguien me pisoteara y pasara po encima de mí. Demasiado había aguantado con ella, aunque hasta hacía unos meses Fiona no había mostrado tant repugnancia hacia mí. Con anterioridad nos había tratado a todos por igual, pero jamás había llegado a los extremos de últimamente. Por eso me había mantenido bajo control, ignorándola, pero ya no. Simplemente no pude porque algo en mí se activó y supe que no podría retroceder.

Levanté rápido la mano con la que sujetaba la bandeja, para lanzarme hacia ella, pero no conseguí moverme, me quedé paralizada.

Un brazo fuerte me rodeó de la cintura desde la espalda y tiró de mi cuerpo. Choqué con una pared de músculos y carne de alguien, mientras que con el otro brazo me inmovilizaba la mano. Automáticamente retrocedí en el tiempo, más concretamente a una situación similar, dentro de la estancia de un castillo.

Solté un jadeo por la impotencia de sentirme bloqueada y me estremecí cuando a mi nariz llegó un aroma que no había olvidado. No me hacía falta mirar hacia arriba ni hacia atrás, para saber que era Drake el que me había retenido y mantenía mi espalda pegada a su cuerpo.

—Jailyn, respira —me pidió susurrándome en el oído.

No supe porque me dijo eso, no lo entendí, hasta que todo se fue aclarando a mi alrededor y me di cuenta de que no estaba respirando bien, que me encontraba mal. Mi pecho subía y bajaba descontrolado, tenía los labios entreabiertos, no me entraba el suficiente aire.

—Respira hondo. Coge una gran bocanada de aire, muy despacio, y expúlsalo de la misma forma —volvió a hablarme.

Di un respingo cuando sentí su mejilla pegada a la mía, el contacto de su piel caliente y de su cercanía me erizó el vello. Y fui consciente de que me había bajado el brazo y me lo sujetaba sobre la barriga, pero sin hacer fuerza, había aflojado el agarre.

—Si no lo haces voy a sacarte de aquí —continuó diciéndome Drake.

—Me ha hecho daño —murmuré entrecortada.

—Lo sé, pero ha sido la última vez. Te lo prometo.

Negué varias veces, viendo cada vez más borrosa a Fiona. Había retrocedido tanto, sorprendida también por la aparición de Drake, que se había pegado a la pared del pasillo.

Intenté coger aire, pero no lo conseguí.

—Jailyn, mírame. —Dago se puso delante mí y diferencié su preocupación y la rabia.

—No veo bien. No puedo… No…

Ni siquiera conseguí terminar de hablar. Escuché varias maldiciones y lo siguiente que sucedió me pareció surrealista. Dejé de sentir el contacto con el suelo, mis pies se elevaron, no fui consciente del porqué ni del cómo,

mientras no lograba que me entrara el aire en los pulmones.

Mi cuerpo se movió por unos movimientos y cerré los ojos, sintiéndome muy mareada, con ganas de vomitar, perdiendo la noción del tiempo.

—Estos lugares me encantan, y, sobre todo, cuando no hay nadie, cuando solo estoy yo y la naturaleza. —Escuché la voz lejana, a pesar de que sabía que salía de la persona que estaba muy pegada a mí—. Es como si no existiera nada más que la calma y la armonía, por mucho estrés que tenga y por muchas cosas que me preocupen. Por eso me gusta venir al castillo, es mi desconexión total, mi recarga de energías, una muy necesaria cuando empiezan a fallarme.

Parpadeé rápido, nerviosa e inquieta porque no podía controlar mi cuerpo, solo podía atrapar un hilillo de aire.

—Quiero que te relajes. Ya no estás en la cafetería, ¿me oyes? Respira, Jailyn, por favor.

Ese ruego, lo último que dijo. Me estremecí porque viniendo de Drake tenía un efecto calmante, uno inesperado Me dio la sensación de que no era una persona de ir pidiendo las cosas por favor, quizás estaba equivocada porque conmigo siempre había sido… Amable.

—Así, muy bien. Poco a poco. Lo estás haciendo muy bien.

Pues sí porque había conseguido coger una bocanada de aire y hacer lo que me había pedido, aunque de una forma muy torpe.

Solté un quejido por la pérdida del calor de su cuerpo, pero enseguida lo sentí a mi lado, pegado de nuevo a mí.

—Son muchas las veces en las que todo me desborda —continuó hablado. Su voz parecía una melodía susurrada—. Nunca lo reconozco, siempre tiro para delante con todo. No me gusta y no quiero preocupar a las personas que están conmigo, los que me quieren, pero en más ocasiones de las que me gusta reconocer, mi calma se desmorona.

»Por eso me obligo a venir al castillo de Faaborg bastante a menudo, para olvidarme de todo lo que me alejo, aunque sea por un breve espacio de tiempo.

Cerré los ojos al sentir sus caricias sobre el brazo del otro lado, en el que no estaba pegado a mí.

—Sigue respirando de esa forma, muy bien —repitió—. Se está pasando, ¿verdad? —asentí despacio, todavía sin fuerzas para hablar.

Toda mi concentración estaba puesta en meter el aire en mis pulmones y en soltarlo despacio, como me había pedido, aparte de en su voz. Me relajaba.

—Tienes una mala costumbre en levantar cosas, con una finalidad muy concreta.

Con esas palabras consiguió que mis labios se curvaran un poco.

—Me encuentro… Mejor —conseguí decir, temblorosa.

—Tómate más tiempo, hasta que no estés recuperada del todo no vas a moverte. —Tragué saliva.

Miré hacia abajo, hacia mis manos. Las tenía sudorosas, pero no solo en esa parte del cuerpo, notaba cómo el pelo se pegaba a mi cara. Me estremecí porque no llevaba el abrigo, al ser consciente por primera vez de la temperatura. Era algo bueno, estaba volviendo a sentir el exterior y lo que me rodeaba.

Me di cuenta de que estábamos sentados en un banco del parque que había cerca de la cafetería. Solté un suspir entrecortado. Drake se apartó de mí, pero no tuve que esperar mucho para saber el motivo. Me echó un poco para delante y colocó su chaqueta de piel sobre mis hombros. Olía a él y la agarré de la parte delantera, tapándome bie .con ella.

—Gracias —susurré.

—Estabas cogiendo frío.

Cerré los ojos al notar el roce de sus dedos en la cara. Me retiró un mechón de pelo, para colocarlo detrás de la oreja. Giré la cabeza hacia él, muy despacio. Sus ojos bajaron hacia los míos y me encontré con su intensa mirada de nuevo.

—Gracias por lo que has hecho. —Me humedecí los labios.

Los tenía resecos, como la garganta. Mi voz sonaba rasposa.

—Te he dicho varias veces que no tienes que dármelas.

—Pero quiero hacerlo, yo…

—No hables de ello, todavía no. Puede alterarte otra vez.

—No sé qué me ha pasado, suelo controlar muy bien mis emociones, sobre todo las malas.

—Y yo no sé cómo ha empezado todo.

No tuve ni idea de si se dio cuenta, si lo hizo como un acto reflejo o fue consciente, pero empezó a acariciarme el pelo, a meter los dedos, estirando las ondas. Fue un gesto íntimo e inesperado, pero me gustó, me gustó mucho

como para decirle algo al respecto. No quería que parase. De esa forma, con la vista fija en lo que hacía, volvió a hablar.

—Aneka ha salido a avisarnos a Dago y a mí, antes de que se escuchara el alboroto. Nos hemos levantado rápido, para ver qué sucedía en el interior de la cafetería, pero hemos llegado demasiado tarde.

—Yo diría que demasiado rápido, no he tenido tiempo de hacer buen uso de la bandeja. —Buscó mi mirada y detecté un inicio de sonrisa, pero no la mostró como me hubiese gustado ver.

—No iba a permitir que lo hicieras, habría terminado en tu contra. —Sacudió la cabeza.

—¿Cómo es que has venido tan temprano a la cafetería? —susurré.

ɔ

ɹ

como para decirle algo al respecto. No quería que parase. De esa forma, con la vista fija en lo que hacía, volvió a hablar.

—Aneka ha salido a avisarnos a Dago y a mí, antes de que se escuchara el alboroto. Nos hemos levantado rápido, para ver qué sucedía en el interior de la cafetería, pero hemos llegado demasiado tarde.

—Yo diría que demasiado rápido, no he tenido tiempo de hacer buen uso de la bandeja. —Buscó mi mirada y detecté un inicio de sonrisa, pero no la mostró como me hubiese gustado ver.

—No iba a permitir que lo hicieras, habría terminado en tu contra. —Sacudió la cabeza.

—¿Cómo es que has venido tan temprano a la cafetería? —susurré.

Capítulo 27



Drake

—Quería verte. No, necesitaba verte.

Durante unos segundos había meditado la mejor respuesta, pensando en si decorarla con una pequeña mentira o decir la verdad. Quise que supiera la última porque al verbalizarla, la asumía yo también.

—¿Por qué?

—No lo sé, Jailyn. —Nuestros ojos se encontraron—. Pero a la vista está que es la mejor elección que hice al levantarme de la cama.

—Siento meterte en mis problemas. —Se mordió el labio inferior y tuve que desviar la mirada, para no reaccionar a ese gesto impulsivo que hacía muchas veces, sin darse cuenta.

—No me has metido en tus problemas, en ninguno —le aseguré.

—Pero…

—Deja de preocuparte por mí —continué disfrutando de la sedosidad de su pelo.

—Desde que nos conocemos, tú lo has hecho varias veces por mí. Si no hubiese sido por ti, creo que habría dado rienda suelta a todas las emociones malas que me recorrían.

—Es necesario y bienvenido, siempre y cuando no te perjudiquen. Entiendo tu impotencia y la rabia, en los dos casos en los que te he encontrado a falta de muy poco para lanzarte hacia otra persona, o personas. Pero estando yo delante no voy a dejar que lo hagas.

—¿Por qué? —susurró.

—Buena pregunta —Esta vez fui yo el que cogí una bocanada de aire.

—¿Tampoco lo sabes?

—Sí. —Hice una pausa—. Tengo la necesidad de protegerte, es lo único que puedo decirte porque ni yo mismo puedo explicarlo de otra forma.

Noté cómo contuvo la respiración, y por unos segundos pensé que acababa de dar marcha atrás en su avance. Pero no, soltó el aire despacio, volviendo a respirar con normalidad, más o menos, porque todavía no estaba del todo tranquila.

Apretó mi chaqueta a su pecho y bajó la barbilla. Aparté la mano de su pelo y volví a rodearle los hombros con el brazo, acercándola a mí. Soltó un pequeño suspiro tembloroso. No supe si fue por la sensación más cálida o por mi atrevimiento de pegarla a mí. Fuese cual fuese el motivo, me dio igual, la tenía donde necesitaba en este instante porque la respuesta que le había dado era muy cierta.

—¿Cómo tienes el pecho?

—Bien, ya me siento mejor.

—No me refiero al ataque de ansiedad. He visto que tenías la camisa manchada de café. Ha tenido que dolerte.

—Un poco, estaban muy calientes —murmuró.

—¿Te duele o te molesta?

—Ahora mismo no lo noto.

—¿Seguro? —insistí.

—Quizás alguna pequeña sensación, pero el fresco me ha aliviado —asentí.

—¿Se ha repetido algo parecido desde que trabajas ahí?

—No. —Rio y la miré de reojo—. Esa mujer siempre ha sido insoportable, pero desde hace unos meses se ha superado con su carácter. Increpa demasiado a todos mis compañeros, a algunos más que a otros, pero supongo que le ha dado por mí porque yo también cambié cuando lo hizo ella.

—¿A qué te refieres?

—Antes me callaba, desde entonces, no.

—Entiendo. —Miré hacia delante—. Haces bien en frenarla, pero debes tener más cuidado.

—Ya. —Hizo una mueca.

—¿De verdad le ibas a dar con la bandeja? —asintió convencida, y me quedé observando el perfil de su cara.

— Me ha empujado a propósito, ha venido directa hacia mí para tirarme la bandeja y todo lo que había en ella. Con el golpe del cuerpo y con la mano, porque le ha dado con la suya. —Unas finas arrugas aparecieron en su frente, al fruncir el ceño—. Yo…

»Cuando me ha dicho que mirase lo que había hecho, que no valía para nada —apretó los puños en la chaqueta —, he perdido el control. ¿Tú alguna vez lo has perdido? Me has contado que necesitas venir al castillo porque aquí encuentras la desconexión para recuperar la energía, cuando tu calma se desmorona.

—Dentro del descontrol, intento mantener el control. No sé si me explico.

—Creo que te entiendo, quieres decir que nunca sobrepasas ciertos límites.

—Correcto. ¿Se te han pasado las náuseas?

Giró la cabeza hacia mí. Estábamos tan cerca por la posición que teníamos cada uno… Recorrí con la vista sus facciones, demorándome en todos los pequeños detalles.

—Tenías arcadas —añadí porque parecía no recordarlo.

—Ahora estoy bien —asentí.

—¿Qué vas a hacer? ¿Vas a volver a la cafetería?

—Tengo mis cosas en el vestuario —susurró—, y todavía no me ha despedido. —Se encogió de hombros.

—No va a despedirte, vas a continuar trabajando ahí, si es lo que quieres.

—Claro que me gustaría, por Aneka y por mis compañeros, sobre todo por mi amiga, pero no creo que tenga es oportunidad y, aunque la tuviese, sé que me costaría mucho saber que esa mujer está rondando a poca distancia de mí, que se cruzará conmigo en cualquier momento.

—No pienses en eso, lo que sea ya llegará. Lo que está claro es que hoy no te vas a quedar. ¿Supuestamente mañana trabajas o tienes fiesta?

—Mañana trabajo con el mismo horario y si no me echa no puedo irme.

—Yo me encargo.

—¿Cómo?

—¿Te ves con fuerzas para levantarte?

—Sí.

—Pues vamos. —Me levanté despacio y le ofrecí una mano, para que hiciera lo mismo.

No me fiaba que al incorporarse se mareara. No dudó en aceptar mi ayuda.

—¿Bien?

—Sí —sonrió con un ligero rubor.

Asentí y empecé a caminar, tirando de ella. Solo fue al principio, después me siguió decidida, al lado.

No la solté y durante el breve recorrido tuve muy presente el calor de su mano contra la mía, pero esa sensación desapareció en cuanto accedimos a la plaza. Jailyn me soltó cuando vio al hombre con el que había llegado: Dago Los dos se acercaron rápido, hasta que se encontraron. Se abrazaron y al quedarme un poco retrasado no escuché lo que él le dijo.

—Gracias. —Me miró a los ojos.

—No hay de qué. —Metí las manos en los bolsillos del pantalón.

—Aneka está muy nerviosa, me he presentado a ella. Ya sabe quién soy para ti.

«A mí también me gustaría saberlo», me dije. Veía demasiado cariño, ¿amor? Pero me mantuve callado porque no tenía ni idea en qué sentido iba dirigido, por lo que me quedé apartado, observándolos en tensión.

a —Vale —le sonrió Jailyn, cuando se separaron—. Entro y salgo rápido, ¿vale?
›

—Lo daba por hecho. —Le hizo un guiño él.

—Ahora vuelvo. —Le dio un beso en la mejilla y empezó a alejarse, pero se paró, girándose hacia mí—. Drake…

—Supongo que ya nos veremos.

—Claro —me sonrió—. Gracias por todo lo que has hecho.

No dije nada porque ya le había dicho que no tenía que agradecérmelo, pero entendí su necesidad de decírmelo, otra vez. Caminó de vuelta a mí mientras se quitaba mi chaqueta. Me la devolvió antes de alejarse de nosotros y fue directa hacia el interior de la cafetería. La perdí de vista.

—¿Le ha costado mucho recomponerse? —Miré de reojo a Dago, mientras me colocaba la chaqueta.

En el poco tiempo que la había tenido puesta ella, su aroma se había quedado impregnado en la prenda de ropa.

—Un poco, pero ha conseguido controlar la ansiedad —respondí al cabo de unos largos segundos.

Cogió una bocanada de aire y lo soltó de golpe.

—Os he visto desde lejos, pero por eso mismo me he mantenido al margen, sin acercarme a vosotros. —Noté su mirada, pero no aparté la atención de la cristalera de la cafetería—. Cuando he regresado a la cafetería para decirle varias cosas a esa mujer, no he tenido la suerte de encontrarla —asentí.

—No voy a disculparme. —Mi voz sonó tajante y seria.

—¿Cómo? ¿Qué te hace pensar que quiero…? Oh, joder. —Giré la cabeza hacia él, con una ceja arqueada—. Jailyn me ha hablado de ti, de cómo os conocisteis y de lo que hiciste hace unos días, más la ayuda que le diste a ella y sus amigas, por lo que también te estoy agradecido por eso —hizo una pausa—. Es una persona muy especial para mí, como una hermana, mi mejor amiga, mi otra mitad. Supongo que acabo de aclararte las dudas al respecto.

—Lo has hecho —dije en tono neutro.

No mostré ningún cambio hacia él, pero en mi interior algo dio un salto desbocado, al saber lo que los unía.

—Gracias por cuidar de ella —habló pensativo.

Apretó la mandíbula, pero supe que esa reacción no iba dirigida a mí.

—Ha sido un placer y volvería a repetirlo todas las veces que hicieran falta. —Le dejé claro.

—Un momento. Mierda, hasta ahora no me he dado cuenta.

—¿A qué te refieres?

—A que he aprendido algo sobre el idioma local, aunque siempre termino mezclando mucho el español, mientras intento hacerme entender chapurreando las pocas frases o las palabras que he memorizado, como en esta conversación. Pero tú te estás dirigiendo a mí en…

—Sé español y algún idioma más.

—Pues es un alivio —sacudió la cabeza—, e interesante. —Frunció los labios.

—¿Se puede saber por qué? No es tan raro saber idiomas.

—No me hagas caso, estaba pensando en alto. ¿No te parece que tarda mucho? —dijo mirando hacia la puerta.

—No estaría mal que nos acercáramos —propuse, empezando a andar.

Dago lo hizo a mi lado, pero no tuvimos de qué preocuparnos porque Jailyn salió antes de que llegáramos a una de las jardineras que rodeaban la terraza. Apareció con Aneka en la puerta, se abrazaron, se dieron un beso y entonces Jailyn caminó hacia nosotros. Aneka levantó la mano y Dago le correspondió, yo simplemente asentí, como era habitual en mí.

—Podría haberme quedado, pero no me da la gana —dijo al pararse a nuestro lado.

—¿Y eso?

—Se ha ido al poco de que me sacaras —respondió mirándome.

—¿Alguno de tus compañeros sabe si volverá? —Miré hacia el interior de la cafetería.

—No, no ha hablado con nadie. Es lo mejor que ha podido suceder. —Hizo una mueca.

—Ve al médico y pide varios días de descanso. No tendrás problema en conseguirlos cuando expliques lo que te ha sucedido hoy, sin entrar en los detalles del motivo —le pedí, centrándome en ella.

—Lo haré —me sonrió.

—Perfecto, y no te preocupes por nada —añadí.

Durante unos segundos, aunque me parecieron minutos, nos mantuvimos la mirada, hasta que ella la apartó despacio, para fijarla en Dago.

—¿Vamos al médico ahora? Habrá poca gente, es muy temprano. Así será rápido, tengo ganas de meterme en la cama.

—Dormilona —le dijo bromeando Dago, al mismo tiempo que le rodeaba los hombros con un brazo—. Ha sido un placer conocerte, Drake.

—Igualmente, Dago. Cuídate, Jailyn.

Volvió a sonreírme y me quedé con ese último recuerdo, aparte de los del parque en el que habíamos sido solo ella y yo. Con dudas y con vergüenza, no porque yo lo diga, sino porque era evidente, acortó la distancia. Me incliné hacia delante, para ponerle al alcance lo que quería hacer. Sus labios rozaron mi mejilla y sentí como un cosquilleo. Le devolví el beso, no me demoré al ponerme recto, y después de un adiós por ambas partes, los vi alejarse por la plaza.

Cuando los perdí de vista, volví mi atención hacia la cafetería. Mi intención inicial había sido ocupar una mesa en la terraza, simplemente para esperar por si regresaba la jefa de Jailyn, pero al no ser seguro opté por ir hacia el coche. Era probable que, al llegar al castillo, Klaus y Lain aún estuvieran dormidos.

Pero antes de largarme quise asegurarme de cómo se encontraba Aneka, por lo que empecé a caminar por la terraza, sorteando las mesas.

La vi detrás de la barra, de espaldas.

—Aneka —llamé su atención.

—Hola, Drake. Pensaba que te habías ido.

—Estoy a punto de hacerlo, pero quería comprobar que estás bien. —Se sonrojó.

—Eres muy amable. Lo estoy después de ver cómo ha regresado Jailyn —asentí.

—Gracias por salir a alertarnos.

—Ha sido todo tan… —negó con la cabeza— No sé ni cómo he podido moverme, Jailyn es la especialista en reaccionar ante situaciones como la que hemos vivido —soltó un suspiro—. Me he asustado al ver el cambio en su cara, estaba perdiendo el control. —Hizo una mueca—. Y no me he equivocado —asentí—. Fiona es asquerosamente despreciable.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo con la última parte.

—Gracias por estar junto a ella otra vez, si no hubiese dado la casualidad de que tú estabas presente…

—Cualquier otro habría parado a Jailyn —dije convencido, pero no contento con esa idea.

—No lo creo.

—¿Qué quieres decir?

—Tú… Lo mismo es una impresión mía, pero ejerces algo en ella diferente. Su amigo Dago también estaba hoy, pero no sé… Como digo, lo veo distinto. —Se encogió de hombros.

Estuvo bien escuchar la palabra amigo nuevamente de boca de Aneka. No es que desconfiara de lo que me había explicado Dago, pero imagino que me entendéis cuando digo que no lo conozco, por mucho que nos hubiésemos presentado y hablado un rato.

—Agradezcamos entonces a la casualidad —asintió sonriendo—. Quiero pedirte un favor.

—Claro —asintió decidida.

—Anota mi número de teléfono y guárdatelo, quiero que me avises si esa mujer regresa. ¿De acuerdo? Y si no lo hace, también. Mantenme informado de ahora en adelante de todo lo referente a ella, hasta la más mínima salida de tono. Le he comentado a Jailyn que vaya al médico para que le den varios días libres, le conviene mantenerse apartada de aquí. Me ha confirmado que lo iba a hacer.

—Oh, vale. A media mañana la llamaré. Y no te preocupes, me comunicaré contigo si sucede algo más —asentí.

Sacó de detrás de la barra un bloc de notas y anotó mi número de teléfono. Se guardó el papel en el delantal y, mientras tanto, yo cogí la cartera.

—Ni se te ocurra pagarme, ¿eh? —Me frenó, con las manos por delante— Ni siquiera has visto el desayuno, ha quedado esparcido por aquí.

—Cóbratelo igualmente. Coge el dinero, pero no para meterlo en la caja. No quiero darle a esa mujer ni un beneficio extra, es tuyo. —Arrastré un billete por la barra—. Y por supuesto, no quiero la vuelta.

—Drake…

—Te dejo para que trabajes tranquila —la interrumpí para que no volviera a negarse—. Cualquier cosa que pase, házmelo saber —insistí.

—Sí. Gracias de nuevo, Drake.

—No se merecen. Cuídate, Aneka.

Con una última sonrisa de ella me alejé de la barra y salí a la terraza. Observé la plaza durante unos segundos, hasta que me dirigí hacia el coche.

Con una última sonrisa de ella me alejé de la barra y salí a la terraza. Observé la plaza durante unos segundos, hasta que me dirigí hacia el coche.

Capítulo 28



Jailyn

Entreabrí los ojos y me giré despacio en la cama. La habitación estaba a oscuras porque bajé la persiana antes d tumbarme. No me molesté en mirar la hora que era en el despertador, mientras observaba la pequeña rendija que daba paso a una fina línea de claridad, en la puerta entornada.

Solté un suspiro y cerré los párpados. No tenía más sueño, la sensación de haber dormido bastante estaba, pero me notaba cansada. Los nervios y la ansiedad me habían dejado cao.

Me incorporé despacio al escuchar el murmullo de varias voces. ¿Quién había venido a casa? Si Dago estuviese hablando por teléfono solo lo escucharía a él. Aparté el nórdico y me bajé de la cama, yendo directa a ponerme una sudadera por encima, por el cambio de temperatura.

Fui hacia la puerta y la abrí, las voces fueron tomando forma y sacudí la cabeza. Debía ser pasadas las doce porque era Aneka la que hablaba con Dago. Caminé por el pasillo y me paré al final, viéndolos a los dos sentados en el sofá.

—La bella durmiente ha despertado —dijo Dago, medio girando hacia mí—. Cómo te gusta arruinar mis planes

—¿Qué dices? —Lo miré divertida, todavía adormilada.

—Te has adelantado, iba a despertarte con mi beso. —Levantó las dos cejas, de forma graciosa.

Aneka soltó una risilla, al mismo tiempo que se giraba en el sofá.

—¿Qué haces aquí? —Empecé a caminar hacia ellos.

—Quería verte y saber cómo ha ido desde que te has ido de la cafetería —me sonrió—. Dago ya me ha contado que has ido al médico y que te ha dado hoy y mañana de descanso —asentí sentándome en la esquina del sofá, co las piernas dobladas contra el pecho—. También que habéis aprovechado para ir al hotel en el que estaba él, y que todas sus cosas ya están aquí.

—Sí —susurré—. Al poco de llegar me he metido en la cama y hasta ahora. —Me encogí de hombros.

—Necesitabas descansar para recuperarte. —Hizo un puchero.

—Me ha venido bien —solté un suspiro—. ¿Ya has comido, Dago? —negó— Quédate con nosotros, preparo algo rápido y comemos juntos.

—No es necesario.

—Siempre sales con mucha hambre del trabajo. —Arqueé una ceja por su negativa.

—Sí —rio—, pero hoy bien merece la espera.

—¿Qué quieres decir? Oh, teníamos que ir a la casa de tus padres. —Me presioné la frente—. No me he acordado.

—Olvídate de eso, ya he hablado con ellos. Lo hemos dejado para el siguiente fin de semana y es mejor, porque tendremos fiesta sábado y domingo.

—No creo que yo tenga problema de días libres —negué.

—Bah, eso no lo sabes. —Le quitó importancia enseguida.

—¿Les has contado lo que ha pasado?

—Sí, y los he tenido que frenar, querían ir a llamar a la casa de Fiona. —Agrandé los ojos y volvió a reír—. Se han quedado tranquilos al saber que has tenido mucha ayuda y apoyo. —Me hizo un guiño.

—Vale. —Hice una mueca—. Pero entonces, ¿por qué no quieres comer aquí con nosotros? —Miré a Dago.

—Porque tenemos otros planes. —Nos señaló a los tres.

—¿Cómo que otros planes? —Ladeé la cabeza.

—Pues verás, resulta que me ha llamado Drake y…

—¿Qué te ha llamado? —Jadeé—. ¿Desde cuándo hablas con él?

—Esto cada vez se pone más interesante —dijo divertido Dago, recostando la espalda en el sofá.

—Desde hoy —sonrió de forma exagerada—. El tema es que antes de irse de la cafetería me ha pedido que anotara su número de teléfono, para que le informara de si Fiona regresaba y cómo se comportaba. No ha sucedid y le he enviado un mensaje diciéndoselo, media hora antes de salir del trabajo. Me ha llamado al instante y me ha pedido que vayamos los tres a comer al castillo, Dago también.

—¿En serio? —No salía del asombro.

—Klaus estará aquí en veinte minutos, viene a recogernos.

—Joder. —Me levanté de un salto.

—Estás perfecta, solo tienes que vestirte.

—No me esperaba nada de esto —dije pensativa.

—Buenooo… Sorpresas que da la vida —sonrió de medio lado—. Ve a arreglarte, nosotros ya estamos preparados. —Se encogió de hombros.

—¿Por qué no me habéis despertado con más tiempo?

—Hace poco que he llegado y que he terminado de explicárselo a Dago.

—¿Qué hora es?

—Las doce y diez —me respondió mi amigo.

Un poco desconcertada con la propuesta de Drake, llegué a la habitación y fui directa al armario. No esperaba volver a verlo tan pronto, por lo que los nervios volvieron rápido a mi estómago. No tenía ni idea del motivo que lo había impulsado a invitarnos, pero la verdad, era muy bien recibido.

Sonreí pensando en que iba a ser la primera vez para Dago, me refiero a ver un imponente castillo y estar dentro de él. Frente a la ropa, hice varias pasadas con la vista por todas las perchas, sin saber qué ponerme. Al final, eleg un pantalón cómodo que vestía mucho y un jersey de cuello ancho, caído hacia un hombro, para hacer el conjunto completo.

Entré en el baño para cambiarme de ropa y al quedarme desnuda de cintura para arriba arrugué la nariz. Tenía muy rosada la zona por encima de los pechos, terminaba rozándolos. En cuanto llegué a casa tras salir del médico después de darme una ducha rápida, me extendí la crema que me recetó, por lo que esperaba que no me saliera ninguna ampolla, ni me dejara marca. Por el momento solo notaba la piel muy sensible.

Me vestí rápido, me maquillé un poco, lo justo para darle color a la cara y me cepillé el pelo. Hoy tenía las ondas descontroladas, de esos días que por más que las peinara no conseguía manejarlas muy bien. Un lado me quedó mejor que el otro y decidí sujetarme el más revoltoso con varias pinzas, dejando esa parte de la cara descubierta.

Era lo que había, así que no le di muchas vueltas al asunto. Me eché un poco de perfume y cuando salí del baño me calcé los botines con un poco de tacón. El abrigo y el bolso los dejé en el salón al llegar, por lo que ya estaba preparada para irme. Justo cuando me reunía con mis amigos el timbre de la puerta sonó.

—Joder, qué puntual —dije apresurándome a ponerme el abrigo.

—Sí, verdad —dijo emocionada Aneka.

Sonreí al ver su emoción, que no se debía a otra cosa que a volver a ver a Klaus. No hacía falta que lo dijera. Abrió la puerta de un tirón, y el cuerpo de él apareció al otro lado, sonriente.

Cogí el bolso mientras Dago se acercaba a mí y caminamos para reunirnos con los dos.

—Hola —nos dio un saludo general, el que le correspondimos.

—Yo soy Dago. —Se presentó.

—Encantado, Drake me ha hablado de ti. Mi nombre es Klaus. —Agarró la mano de mi amigo y me llamó la atención que se dirigiera a él en español—. La carroza de las princesas os espera. —Hizo como una reverencia en broma y a Aneka le dio por reír, le salió una risa nerviosa.

—Uy, qué mono —dijo y yo puse los ojos en blanco, sin que ninguno de los dos me viese, pero con una sonrisa en los labios.

A Klaus le gustó su reacción porque amplió la curva de los labios, mirando solo a Aneka. Cerré la puerta con llave y los seguí. Nos montamos todos en el coche, y Klaus tomó rumbo hacia el castillo. Me pasé inquieta todo el recorrido observando a través de la ventanilla, y cuando Klaus se bajó del coche, frente a una gran puerta del castillo para abrirla, me empezaron a sudar las manos.

Entró el coche al interior y nos bajamos. Estábamos en una zona diferente que no recordaba haber visto, por lo que volvimos a seguir de cerca a Klaus cuando dejó la puerta doble asegurada. Nos fue explicando por dónde pasábamos. La cara de Dago era de incredulidad y de satisfacción, por lo que no puede evitar sonreír viéndolo.

El patio central se abrió ante nosotros y me pareció igual de bonito sin ninguna decoración. La hierba verde y fresca relució ante nosotros y lo recorrimos por un lateral, en el que me di cuenta de que había como un camino de cemento. Quedaba oculto a la vista por la hierba. Klaus tuvo esa consideración porque tanto Aneka como yo

llevábamos tacones.

Drake y Lain aparecieron por la puerta que daba acceso a la parte del castillo en la que habíamos estado con anterioridad. La cabeza de Baxter se asomó entre los dos y sonreí al verlo cotillear, pendiente de cómo nos acercábamos.

—Hola —nos saludó Lain. Hacia nosotras nos hizo un guiño, a Dago le ofreció una mano—. Mi nombre es Lain, soy el primo de Drake.

Por lo visto ninguno de ellos tenía problemas para expresarse en español porque él también lo habló, perfectamente, con un deje que me hizo sonreír. Sabía por mi amigo que Drake también lo hablaba. Por suerte, con el tiempo que hacía que Aneka y yo estábamos juntas, ella también se defendía bastante bien con el idioma natal de Dago y mío porque quiso aprenderlo. No se le daba nada mal, así estaríamos todos contentos y podríamos entendernos.

—Encantado. —Le apretó la mano mi amigo—. El mío es Dago —Lain asintió.

—Hola de nuevo —nos saludó Drake y le correspondimos todos—. Gracias por aceptar la invitación.

Habló hacia todos, pero con la vista fija en mí. Un repentino calor se apoderó de mí.

—Gracias a ti por hacerla —dije flojito.

Lain presentó a Baxter, pero el perro no se acercó, solo ladeó la cabeza sin apartar la mirada de los invitados, hasta que la dirigió hacia mí. Quise creer que me reconocía porque me pareció que sus astutos ojos cambiaron un poco.

Aneka y Dago dijeron algo, pero no estaba centrada como para entenderlos. Drake y Lain tomaron la delantera, se dieron la vuelta y entraron en el castillo. Los demás los seguimos, siendo el último Baxter, para cerrar el grupo. Me hizo gracia ver como Klaus se quedaba retrasado para continuar con Aneka, saltaba a la vista que los dos se gustaban.

Se percibía el deseo flotando alrededor de ambos, lo que me llevó a pensar en que esperaba que lo que a mí me sucedía hacia Drake no fuese tan evidente. Tragué saliva, pero lo descarté al instante.

—Es impresionante —comentó Dago, mirando hacia los altos techos y las paredes.

—Porque es la primera vez, después te acostumbras —comentó Lain.

—No sé yo sí me acostumbraría a esto —sonrió Dago, sacudiendo la cabeza.

—Con la paz que aporta, ya te digo que sí —habló Drake.

Iba vestido diferente, pero estaba igual de impresionante. Maldije por la dirección que tomaron mis pensamientos y me concentré en las telas que colgaban entre ventana y ventana.

Esta vez no fuimos a la cocina, subimos bastantes escaleras. Nos llevaron a un gran salón. Había sofás que se veían muy cómodos, repartidos por toda la estancia, como también butacas. El fuego de la chimenea estaba encendido y se notó el cambio de temperatura.

Lain dejó la puerta entornada, imaginé que para que se conservara el calor. Baxter se acomodó cerca de la chimenea, tumbándose en su cama acolchada, moviendo los ojos de unos a otros.

Una mesa muy larga, rectangular, quedaba un poco apartada. Estaba preparada con los cubiertos, las copas y los platos. No le faltaba ningún detalle.

—Como si estuvieseis en vuestra casa, poneros cómodos —comentó Klaus, invitándonos a que nos moviéramos.

Nos habíamos quedado parados al entrar. Aneka y Dago se activaron, yo iba a hacer lo mismo, pero di un pequeño respingo cuando sentí una presencia a la espalda.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó Drake.

—Bien, me metí en la cama nada más llegar a mi casa después de salir del médico y me he despertado media hora antes de venir aquí. —Giré la cabeza hacia atrás.

—Me alegro, era lo que necesitabas. —Su expresión era indescifrable—. Dame el abrigo y el bolso.

Joder, no me acostumbraba a su voz melódica susurrada.

—Sí, claro —dije a toda prisa.

Más nerviosa me puse cuando noté el roce de sus dedos en el hombro que quedaba al aire. Me acordé de respirar y lo hice. Me volví hacia él cuando ya tenía mi abrigo colgado de un brazo y le di el bolso. Lo cogió sin apartar los ojos de los míos, hasta que cortó lo que fuese que se había creado en cuestión de segundos.

Se alejó de mí para dejarlo todo encima del respaldo de una butaca, bien colocado. Lo seguí con la vista, hasta que regresó a mi lado. Me invitó con un gesto a que fuese hacia la mesa y lo hice sin dudar, necesitaba algo sólido en lo que sentarme. Ocupamos lo seis las sillas de una forma en la que cada uno quedó frente a otro. Me pregunté si había alguna premeditación o había sido casualidad.

Aneka quedó cara a cara con Klaus, Dago frente a Lain y yo, pues por descarte ahí estaba, delante de Drake.

Fue Lain el que hizo el primer movimiento. Se levantó para coger la botella de vino, la descorchó y nos sirvió en las copas.

Aneka quedó cara a cara con Klaus, Dago frente a Lain y yo, pues por descarte ahí estaba, delante de Drake.

Fue Lain el que hizo el primer movimiento. Se levantó para coger la botella de vino, la descorchó y nos sirvió en las copas.

Capítulo 29

Drake

No tenía la certeza de que Jailyn aceptara la propuesta para comer en el castillo. Considerando cómo había transcurrido su mañana, desde muy temprano, era natural que tuviera mis dudas.

Fue verla en el patio central y la calma me invadió, con una sensación cálida y muy buena.

En cuanto Aneka me envió el mensaje para decirme que su jefa no había aparecido más por la cafetería, a falta de muy poco para que ella terminara su turno de trabajo, no me lo pensé y la llamé, para proponerle lo de la comida.

Dado lo cerca que nos sentamos Dago y yo en las mesas de la terraza de la cafetería, y a la cercanía que tuvimos, fue imposible que no escuchara la conversación entre él y Jailyn, cuando ella limpiaba su mesa, antes de todo lo que sucedió en cuestión de minutos. Parte de esa conversación me había impulsado a actuar de esta forma, al enterarme de que el día anterior fue el cumpleaños de Jailyn.

Fue una información imprevista y lo más inesperado, que jamás en mi vida había hecho, sucedió un poco antes de las once de la mañana. Ni siquiera esperé a saber la contestación de Aneka cuando la llamara, actué por impulso con la sonrisa pícara de mi primo puesta en mí, constantemente.

Sabía qué iba a suceder, pero poco me importó cuando desayunando con Klaus y él, les conté mis intenciones. Quería celebrar una comida y traer invitados, los que les comenté quiénes serían. Les expliqué el motivo: el cumpleaños de Jailyn. Y para rematarlo, les dije que iba a salir a comprar un regalo.

Yo, ¿un regalo? Nunca había llegado a complicar mi existencia de tal manera. Ambos se quedaron boquiabiertos al escuchar la última parte de mis palabras, expresiones que variaron al cabo de pocos segundos, siendo sustituidas por sonrisas cargadas de significado. Opté por ignorarlos, directamente.

Lain me acompañó a comprar el regalo porque yo estaba muy perdido en ese tema, mientras Klaus se quedó en el castillo para empezar a preparar las cosas. En la ciudad de Faaborg entramos en varias tiendas de piel, especializadas en bolsos y carteras, en otras tantas perfumerías, y no sé cuántas joyerías. Para mi asombro no sentí agobio en ningún momento, lo había llevado muy bien.

Tuve que retener el impulso de comprarle un perfume, un bolso y un artículo de una joyería. Hubiese sido demasiado, era consciente de ello, por lo que me limité a la joyería. En un principio imaginé que me iba a costar decidirme por algo y que al final sería Lain el que elegiría por mí, pero sorprendentemente lo tuve muy claro al poco de recorrer varias vitrinas.

En una de ellas vi lo que buscaba sin saberlo, lo que para mí representaba a Jailyn, tal cual. Una cadena de oro fina y elegante sostenía un colgante aplanado que evocaba la forma de una llama, con relieves en las puntas, como si formara parte de un fuego vivo e intenso. Sobre ella había una piedra engarzada que simbolizaba un sol. Para mí, hacía alusión al color de su cabello, y me gustó nada más que posé los ojos en la pieza. Lain, al observar mi interés, me dio el visto bueno con satisfacción, porque esta pieza era una de las joyas que destacaban con respecto al resto.

En cuanto salimos de la joyería, nos dirigimos al castillo para ayudar a Klaus, y entre eso y la llamada que le hice a Aneka, no pasó mucho tiempo. Aceptó encantada y me dijo que contara con Jailyn y con Dago, que no dudaba que aceptarían también.

Así había sido, todos estábamos sentados a la mesa, Klaus se había encargado de destapar las bandejas con los entrantes. Me llevé la copa a los labios, prestando atención a la conversación que habían iniciado Lain y Aneka, mientras mantenía la mirada en Jailyn. Parecía que el descanso que se había tomado le había sentado muy bien, aunque sabía que no había sido todo el que habría necesitado. Pude apreciar que no estaba como siempre, la veía un poco agotada. Conforme fue relajándose en la silla fue notándose más en sus movimientos y en sus reacciones lentas.

No hice ningún comentario al respecto, tenía días por delante para recuperarse porque al mencionarme lo del médico, daba por hecho que así sería.

Lain captó su atención, diciéndole que sentía mucho por lo que había tenido que pasar hoy, a lo que se unió Klaus. Los siguientes minutos de conversación giraron en torno a eso y Baxter, se acercó sigiloso a Jailyn. Se quedó sentado a su lado, casi rozando su cuerpo con el hocico.

Intenté no sonreír al ver que Jailyn no se había dado cuenta de su presencia, pero no tardó en suceder.

—Ay. —Se llevó una mano al pecho, con la vista bajada hacia él—. Perdona, Baxter, no te esperaba —le sonrió.

Despacio, como si temiera que no la reconociera, acercó la mano a su cabeza. La sonrisa de ella se amplió cuando él aceptó sus caricias y apoyó la cabeza en su pierna.

—Se ha acercado a ti porque ha detectado tu cambio de ánimo —le informé.

—¿En serio? —Buscó mi mirada y asentí.

—Por el tema del que estabais hablando. —Dejé la copa en la mesa, despacio.

—Oh —susurró y volvió a centrarse en él—. Estoy bien, gracias —le dijo, pero Baxter se mantuvo sin moverse de la posición que tenía.

—Voy a traer la comida —comenté levantándome de la silla.

—Te ayudo. —Me imitó Lain.

—Voy con vosotros. —Se apuntó Dago.

Los tres salimos del salón y bajamos las escaleras. Había un buen tramo, pero podríamos con todo subiéndolo en bandejas.

—Así que eres de España —le habló Lain a Dago, una vez estuvimos en la cocina.

—Sí, igual que Jailyn. He venido para estar una temporada con ella.

Me paré en medio la cocina, de repente intrigado. La forma de hablar de Jailyn en nuestro idioma no indicaba que fuese extranjera, pero por la breve conversación que mantuve con Dago frente a la terraza de la cafetería, cuando Jailyn entró a por sus cosas, tuve claro dónde nació ella. Al decirme Dago la relación que los unía, la que no podía ser solo de unos meses por lo que representaban, no había que ser adivino para ubicarla.

—Vaya, de ella no lo hubiese dicho. —Silbó Lain.

—Ya se lo he agradecido a Drake, pero también quiero darte las gracias por cuidar de ella y sus amigas, días atrás. —Cambió radicalmente de tema, lo que llamó más mi atención.

—No hay de qué —le sonrió Lain, apoyando la cadera en la encimera de la isla—. Hicimos todo lo que pudimos cuando fuimos conscientes de lo que sucedía.

Dago asintió serio, se quedó pensativo.

—¿Esta comida es por su cumpleaños? —la pregunta la dirigió hacia mí, con una media sonrisa.

—En la terraza de la cafetería, al mencionarlo, fue tu intención que me enterara —comenté.

—Sí. —Rio.

—¿Lo hiciste por algún motivo en concreto? —Quiso saber Lain, mirándome de reojo.

Volví a moverme por la cocina, para preparar todo lo que necesitábamos subir.

—Creo que esa información no nos pertenece a nosotros, ¿no crees? —Se cruzó de brazos Dago.

—Yo creo que esa información la sabemos muy bien los dos, ¿no te parece?

Los miré de reojo y sonreí de medio lado, sacudiendo la cabeza.

—¿Habéis venido para hacer algo de provecho o para estar de chachara? —intervine.

—Dame eso, anda —dijo Lain, caminando hacia mí.

Me quitó de las manos la bandeja que acababa de preparar y después se puso a mi lado, para continuar con las demás. Dago se nos unió, en un silencio que fue muy bien recibido para mí. Empecé a darle vueltas a las palabras no dichas de ellos.

En un momento dado, Dago y Lain llevaron las manos, al mismo tiempo, hacia una bandeja de cerámica. Ambos arquearon una ceja y poco me faltó para reír, pero me contuve porque otra cosa no, pero control sobre mí mismo tenía para dar y regalar.

Subimos bien cargados, para reunirnos con el resto. Baxter había vuelto a su cama, tenía los ojos cerrados, mientras Klaus, Aneka y Jailyn reían por algo que habían dicho. Me gustó encontrarla así, se la veía relajada.

Cuando sus ojos se encontraron con los míos, volvió a hacer el maldito gesto que no se daba cuenta. Presionó su labio inferior con los dientes y tuve que apartar la vista de ella, al notar cierta reacción en mi cuerpo.

La comida fue perfecta, en un ambiente tranquilo y ameno. Klaus estuvo muy pendiente de cada detalle en todo momento, sobre todo en lo que respecta a Aneka. Lo bueno es que ella le correspondió, demostrando que quería que continuara. Al terminar de comer. nos trasladamos a los sofás más largos y próximos al fuego, con una copa en la mano cada uno.

Baxter en cuanto vio movimiento corrió hasta mí y se tumbó a mi lado, como hacía habitualmente. Le acaricié la cabeza que apoyó en mi pierna, mientras Jailyn que se había sentado en el sofá de enfrente, lo miraba sonriente.

Eran las tres y media, nos habíamos tomado nuestro tiempo para cambiar de zona. Seguí la dirección hacia donde desvió la atención Jailyn y me encontré observando el fuego. Volví a centrarme en ella. Ondas de su melena caían por encima del hombro que llevaba descubierto, el otro lado lo llevaba un poco recogido, manteniendo el pelo hacia atrás.

Incluso desde la distancia que teníamos pude apreciar las pecas que le cubrían ciertas zonas de la cara. Soltó un suspiro sin apartar los ojos del fuego, como pensativa. Bebí un buen trago del vaso, notando cómo el líquido ardía en mi garganta y me moví, para incorporarme.

—Jailyn —llamé su atención—. ¿Me acompañas un momento? —le pedí.

—Eh, claro. —A pesar de que dudó, se levantó rápido.

Todos los ojos se posaron en nosotros, dos pares de ellos sabían bien para qué quería llevarla fuera. Ignoré toda las miradas y volvieron a retomar las conversaciones que tenían, mientras caminaba hacia la puerta, con Jailyn a mi lado. Dejé que saliera ella primero y la guie por el pasillo. Estábamos en la tercera planta, la misma donde ella y sus amigas descansaron después de la fiesta y donde yo tenía la habitación.

—Espérame aquí un momento —le pedí frente a la puerta de mi habitación.

—Vale —me sonrió.

Entré para coger lo que necesitaba y me lo guardé en un bolsillo trasero del pantalón. Me reencontré con ella y volvimos a caminar por el pasillo, pasando por delante del salón en el que estaban los demás.

—¿Dónde vamos?

—¿Te apetece ir a la almena? —La miré de reojo.

—Me gustaría —asintió.

—Pues hacia allí vamos.

Tomamos la dirección de las escaleras y subimos todos los tramos, hasta que llegamos a la puerta que daba acceso.

—¿No cogerás frío? —le pregunté.

Se notaba bastante el cambio de temperatura del salón al resto y pensé que tendría que haberse parado a coger e abrigo.

—Por ahora estoy bien.

—De acuerdo. No estaremos mucho tiempo.

—No me canso de ver estas vistas —dijo mirando hacia el frente.

—Yo tampoco. —Me puse a su lado.

De repente me sentí torpe, me negué a pensar que serían nervios, aunque la verdad no había vivido muchas situaciones como la que estaba a punto de suceder.

—Te he comprado una cosa. —Carraspeé.

—¿Cómo? —Giró rápido la cabeza hacia mí.

—Dago dijo esta mañana que ayer fue tu cumpleaños y…

—Oh, pero… No hacía falta. ¿Esta comida es por eso?

—Me ha apetecido.

—Yo… Gracias —susurró.

Cambié de posición y me senté en el filo de la piedra fría, en el espacio que había entre las dos crestas, después de sacar lo que había guardado en el bolsillo trasero. Por el movimiento se quedó delante de mí.

—Esto es para ti. —Le acerqué el regalo.

Bajó los ojos hacia el papel decorativo y tragó saliva.

—No sé qué decir.

—No tienes que decir nada, solo cogerlo y aceptarlo.

—No… —Carraspeó para aclararse la voz—. No suelo recibir muchos regalos, con la comida era más que suficiente.

—Yo tampoco soy de regalar, pero esta vez quería hacerlo. —Buscó mi mirada.

Asintió y pude distinguir sus ojos más brillantes de lo normal. Puso la atención en el regalo y lo abrió despacio. Cuando destapó la caja agrandó los ojos y soltó un pequeño jadeo. No supe si esa reacción fue buena o mala, por lo que…

—¿Te gusta? Sino puedes descambiarlo por otra cos…

—No, me encanta. —Se mordió el labio inferior y maldije interiormente, pero eché mano a mi autocontrol y no mostré ningún cambio hacia fuera.

—¿Seguro?

—Segurísimo. Es… Es precioso, Drake. —Pasó la yema de los dedos por encima.

—¿Puedo?

—Sí —susurró respondiendo a mi pregunta de si podía ponérselo.

Se acercó a mí quedándose entre mis piernas, me dio la caja y se giró, dándome la espalda. Saqué el colgante con cuidado y solté la caja al lado de mi pierna.

—Ya lo hago yo. —Le quité la intención de retirarse el pelo.

Por unos segundos pensé que no me haría caso, se quedó con la mano suspendida en el aire, pero al final bajó el brazo.

—Vale —susurró.

Pasé los dedos entre las ondas y se las aparté para que cayeran todas por el hombro que tenía cubierto por el jersey. No tuve que moverme, ya que, al estar sentado, su cabeza estaba a la altura perfecta. Abrí el cierre y pasé las manos por delante, dejando caer el colgante sobre la parte de arriba de su pecho. Me las ingenié para mantener la melena controlada y cerré el cierre.

—Me encanta, Drake —repitió y noté cierta emoción en su voz.

Dio un pequeño respingo cuando pasé la yema de los dedos por su nuca.

—¿Sabes por qué lo elegí? —Mi voz sonó más ronca de lo habitual.

—¿Porque es muy bonito? —susurró.

—Sí, pero el principal motivo es porque me recordó a ti, o más bien a una parte concreta de ti.

—¿Cómo?

Al no apartarse continué rozándole la piel de la parte del cuello que tenía libre y bajé con pequeñas caricias hacia su hombro descubierto. No era una coincidencia que hubiese dejado ese lado libre de pelo, sabía muy bien lo que quería hacer después de colocarle el colgante.

Noté cómo contenía el aire y lo soltaba despacio, temblorosa.

—Tu pelo. Desde la primera vez que lo vi me vino a la cabeza un fuego ardiente, uno que a la luz del sol varía más intenso.

—¿En… Serio? —Se movió nerviosa entre mis piernas—. Eso es… Muy bonito. Ahora me gusta muchísimo más.

Bajé la mano y la agarré de la cintura, para girarla hacia mí. El rubor cubría sus mejillas, intensificando la tonalidad de sus pecas. Me pareció encantadora, una imagen que podría estar horas observando. Tenía los labios rosados entreabiertos. La moví más hacia mí, hasta que nuestros cuerpos se rozaban.

—Drake. Siento interrumpir, pero te necesito.

La voz de Lain provocó que Jailyn cerrara los ojos con fuerza y se aparara hacia un lado, pero sin volverse hacia a él. Mi mirada conectó con la de mi primo, pero las palabras que estuve a punto de decir quedaron en un intento, al ver la expresión de su cara. Fruncí el ceño, preguntándome qué cojones sucedía.

Noté cómo contenía el aire y lo soltaba despacio, temblorosa.

—Tu pelo. Desde la primera vez que lo vi me vino a la cabeza un fuego ardiente, uno que a la luz del sol varía más intenso.

—¿En… Serio? —Se movió nerviosa entre mis piernas—. Eso es… Muy bonito. Ahora me gusta muchísimo más.

Bajé la mano y la agarré de la cintura, para girarla hacia mí. El rubor cubría sus mejillas, intensificando la tonalidad de sus pecas. Me pareció encantadora, una imagen que podría estar horas observando. Tenía los labios rosados entreabiertos. La moví más hacia mí, hasta que nuestros cuerpos se rozaban.

—Drake. Siento interrumpir, pero te necesito.

La voz de Lain provocó que Jailyn cerrara los ojos con fuerza y se aparara hacia un lado, pero sin volverse hacia a él. Mi mirada conectó con la de mi primo, pero las palabras que estuve a punto de decir quedaron en un intento, al ver la expresión de su cara. Fruncí el ceño, preguntándome qué cojones sucedía.

Capítulo 30



Jailyn

¿Qué habría pasado si Lain no nos hubiese interrumpido? Dios, lo que estaba deseando, y me lamenté porque no sabía si volvería a darse una situación parecida.

Drake me pidió disculpas antes de irse y me dijo que enseguida regresaba. Se fue con Lain, sin hacerle ninguna pregunta del motivo por el que lo necesitaba. El tono de la voz de Lain no había sonado divertido, como muchas veces era habitual en él. Me había parecido serio, por lo que me giré temblorosa hacia la puerta por la que se habían ido.

Aún no me creía que me hubiese regalado el colgante y lo que me había dicho, el motivo por el que lo eligió para mí. Fuego y sol, pensé, dos cosas representativas del color de mi pelo, para él. Acaricié la forma aplanada muy emocionada, con un nudo en la garganta. Los detalles que había tenido, incluyendo la comida que había organizado por mi cumpleaños… El saberlo me había dejado descolocada y me había puesto mucho más nerviosa de lo que siempre estaba en su presencia.

Bajé la vista al colgante, era verdad que me había encantado y más después de saber el significado que le dio Drake al verlo. Levanté la cabeza hacia la puerta y caminé hasta ella. La curiosidad pudo conmigo, por saber qué había sucedido. No creí que fuese algo que implicara a Aneka y a Dago, pero ¿quizás a Klaus o a Baxter?

De la curiosidad pasé a los nervios y bajé los escalones despacio, haciendo el mínimo ruido posible. Al llegar a la tercera planta la puerta del salón en el que habíamos comido estaba a medio abrir, a unos metros de la escalera. Reconocí las voces de mis amigos y de Klaus, por lo que al último lo descarté.

Continué bajando, con el pensamiento puesto en Baxter. ¿Le había pasado algo? Solo de imaginarlo…

Me paré al llegar a la segunda planta. Estaba muy silenciosa y me decidí a bajar más para probar suerte. Pasé por la primera con el mismo resultado, pero algo varió al acercarme a la planta baja. Conforme lo hacía, fui frenando mis pies en los escalones. Escuché dos voces, una era de Drake, la otra de una mujer. Me asomé por la esquina de la escalera, en el último giro que llevaba a esa planta y los vi.

Tuve la sensación de que iba a arrepentirme antes de que encontrarme con lo que fuese, y así fue, en cuanto vi a

Drake frente a una mujer, a escasos pasos de la puerta que daba al patio central.

—¿Qué haces aquí, Karen?

—La última noche que nos vimos no terminó como deseaba —le respondió.

Entrecerré los ojos, al ver cómo subía una mano al pecho de Drake, por encima del jersey.

—Lo lamentó por ti. Te agradecería que te fueses, tengo invitados.

—¿Me estás echando? —sonrió con picardía— Yo puedo darte mucho más placer y mejores momentos, dime cómo y lo haré.

Di un pequeño respingo y tuve que apoyar una mano en la pared fría, echando el cuerpo hacia atrás. Drake dirigió la mirada hacia donde yo estaba y recé para que no me hubiese visto.

—¿Qué me dices? Va, Drake, céntrate en mí. La noche de la fiesta me dejaste con un buen sabor de boca, pero nada más.

Contuve el aire, no necesitaba escuchar más para saber quién era la mujer que había llegado. Cuando la vi aquella noche fue de espaldas, arrodillada y con la cabeza en movimiento, demasiados pocos detalles como para saber por anticipado quién era, solo por el color de su pelo, el que por cierto hoy llevaba recogido. Tragué saliva y no sé por qué, pero los ojos se me nublaron.

Pegué la espalda a la pared de piedra y los cerré. No iba a llorar por un hombre que realmente no conocía y con el que no había pasado nada íntimo. ¿No había pasado? A veces hay cosas mucho más íntimas que tener sexo.

Abrí los párpados despacio y cuando escuché de nuevo a Drake, volví a asomarme con cuidado.

—¿Quizás eso que has mencionado sucedió porque no quería nada más?

—No puedes estar diciéndolo en serio. —Paró las caricias sobre su pecho.

¿Por qué no la apartaba? ¿Por qué dejaba que lo tocara de esa forma si la estaba rechazando?

—Disfrutaste, escuché tus jadeos y cómo te ponías duro en mi boca.

Fruncí los labios, queriendo borrar la imagen de mi cabeza.

—No te he invitado a venir, lo que sí he hecho para que salgas. Ya te he dicho que estoy ocupado con unos invitados. Te aconsejo que no me hagas repetirlo, sabes lo que encontrarás de mí.

—Me encanta cuando te pones caliente por la rabia y la tensión. —Ladeó la cabeza.

Perdí la estabilidad del cuerpo de repente y abrí los ojos al máximo, creyendo que me caería hacia delante. Fue un contacto inesperado el que me sobresaltó, una mano que tapó mi boca desde atrás. La persona que me sujetó lo hizo también pasando un brazo por mi cintura, pegándome a su cuerpo.

Levanté los ojos, encontrándome con la cara de Lain. Tenía una ceja arqueada, pero negó, pidiéndome silencio. Cuando asentí liberó mi boca.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó la tal Karen.

Me puse rígida, me paralicé por la posibilidad de ser descubierta, más de lo que ya estaba hacia Lain.

—Baxter —respondió sin dudar Drake.

Lain hizo un gesto con la mano y en ese momento me di cuenta de que un silencioso Baxter estaba a nuestro lado. Ante el movimiento que vio, salió disparado escaleras abajo, imaginé que atendiendo a la orden silenciosa d Lain.

—Pues sí —dijo Karen—. Siempre está pegado a ti. —Bufó y su tono de voz sonó crispado e incluso habló con asco—. Dile que no se acerque a mí.

—Ha venido para acompañarte a la salida. Tú primero —habló Drake.

Lo siguiente que escuché más lejano fue como una queja llena de sorpresa. Eso fue todo porque Lain tiró de mí escaleras arriba, de espaldas, y no me soltó hasta que llegamos a la primera planta.

—Sígueme —me pidió.

Cuando pude ver bien su cara estaba serio, pero no detecté enfado al hablarme.

—Yo… Lo siento. Solo estaba buscando a Drake —me justifiqué avergonzada, pero con una rabia tremenda po lo que había visto y escuchado.

Caminé detrás de él por el pasillo. Se paró frente a una puerta y la abrió. Entramos en una habitación, la que se iluminó al instante, al conectar la luz Lain.

—No tendrías que haberlo hecho, Jailyn.

—¿Por qué? ¿No soy libre para moverme por donde quiera de las zonas comunes? Yo diría que la escalera es

una de ellas y no voy a coger nada que no me pertenezca. —Apreté los puños a los lados.

—¿Qué? ¿Piensas que te lo he dicho por eso? —Me miró sorprendido—. Estás muy lejos de la realidad. —Sacudió la cabeza.

—Sabes lo que te has encontrado en la almena —asintió y me jodió ver cómo me miraba con… ¿Tristeza? ¿A qué venía eso? —. Entonces solo me queda pensar que Drake quería ocultarme la presencia de esa mujer y dada la conversación que han mantenido y lo que yo ya sabía…

—Ninguno de los dos queríamos que ella te viera, no al revés. Karen desprende mucho veneno, es una caprichosa consentida y muy vengativa, que quiere lo que se le antoja, a cualquier precio. ¿Te suena lo del veneno? No creo que quieras recibir más, injustificado. Drake la va a sacar de aquí.

—Me importa una mierda lo que me hubiese dicho, la habría enfrentado. —Apreté los labios.

—No lo dudo ni por un instante, otra razón de peso para ahorrarte el mal rato.

—¿Si no estuviéramos mis amigos y yo en el castillo la habría dejado entrar? ¿Habría estado con ella? —le pregunté con rabia.

Mis celos eran injustificados porque Drake solo me había dado… Me daba igual, estaba celosa y punto, y cabreada y angustiada por la posible respuesta que pudiera decir Lain. Todo lo que había visto e intuido que pasaba entre ellos... Tonta de mí que pensé que en la posición en la que los encontré en la fiesta, tenía algo que ver con la noche que era, como sucedió en tantas de las habitaciones del castillo, con muchas personas.

Una mierda, esa mujer era constante en la vida de Drake y cada vez lo tenía más claro por la falta de respuesta por parte de su primo.

—Intenta tranquilizarte. Hoy no es el mejor día para que te alteres, Jailyn.

—No me digas lo que tengo que hacer —siseé—. Estoy perfectamente. No quiero tomarla contigo, solo quiero que me respondas a las últimas preguntas que te he hecho.

Se mantuvo callado, alterándome más. Pasaron pocos segundos cuando me sobresalté y me giré rápido. La puerta se abrió de golpe y la figura del cuerpo de Drake se quedó en el hueco. Su expresión… Joder si no lo conociese un poquito me hubiese puesto a temblar.

No iba a quedarme aquí plantada y de repente se me quitaron las ganas de hablar y de saber, solo quería largarme de aquí y olvidarme de la mierda de día que llevaba. Drake caminó unos pasos dentro de la habitación y cruzó la mirada con su primo. Ni puñetera idea lo que se dijeron sin hablar, yo continué mi camino, pasando por su lado, para…

Solté una exclamación y agrandé los ojos cuando igual que por la mañana, mis pies perdieron el contacto con el suelo. Esta vez sí que fui muy consciente y no salía de la sorpresa por la fuerza que tenía Drake. Me había cogido por la cintura solo con un brazo y mantenía mi costado pegado al suyo.

Lain fue el que consiguió pasar por nuestro lado y salir, no yo, por lo que maldije, mientras me removía para liberarme. No lo logré y me quedé rígida al escuchar la cerradura de la puerta. Lain acababa de cerrar con llave desde fuera, no podía creérmelo, nos había dejado encerrados en el interior de la habitación. Justo donde yo no necesitaba estar en este momento.

—¿Qué te piensas que estás haciendo? —siseé— ¿Suéltame?

Solté un grito de impotencia porque me ignoró. Caminó conmigo a cuestas, sin soltarme.

—Vas a tranquilizarte.

Solté una carcajada al escucharlo, quizás un poco malévola porque no reconocí la risa como mía.

—Ni tú ni él me vais a dar órdenes, ni a decirme lo que tengo que hacer. Te he dicho que me bajes al suelo.

—Lo mismo te digo sobre las órdenes.

Jadeé indignada y apreté con fuerza el brazo con el que me mantenía agarrada, pero no dio la sensación ni que lo notara, lo que me cabreó aún más. A estas alturas estaba a punto de explotar y no quería que lo pillara a él en medio porque… porque… Joder, Drake no me debía nada a mí, no éramos nada. El problema era solo mío y quería irme para tranquilizarme por mi cuenta y todo lo que fuese necesario para olvidarme de todo, hasta de que lo conocía.

Era lo único que quería, alejarme de él. Impotente con la situación, cuando aferró su brazo más a mí, dando a entender que no iba a ganar, dejé de presionar su piel. Bajé la mirada, viendo las marcas que le había hecho. Tragué saliva y cerré los ojos, apretando los párpados.

—Lo siento —susurré.

—¿El qué sientes Jailyn?

—Te he hecho daño —continué susurrando.

—¿Te has tranquilizado como para mantener una conversación?

—No quiero hablar contigo —hice una pausa y añadí lo siguiente cuando sus músculos se tensaron, rígidos—,

ni con nadie. Solo quiero irme.

—Lo siento, pero lo último no va a suceder.

Jadeé de nuevo, por la sorpresa y volví al ataque. Moví las piernas, balanceando el cuerpo, para que él perdiera el equilibrio y me soltara por fin. El gruñido que soltó provocó que toda la piel del cuerpo se me erizara, pero no paré, continué, hasta que me di cuenta de que no tenía el resultado que quería y de que me estaba agotando, e igualmente, si conseguía mi propósito no iba a llegar muy lejos, por mucho que me librara de su agarre. Lain nos había dejado encerrados, se había llevado la llave, fui más consciente de ello cuando los picos más altos de la rabia fueron menguando.

Fui perdiendo la energía poco a poco, asumiendo la realidad de la situación, y me quedé laxa en su brazo, contra su costado.

Me entraron ganas de llorar, por la impotencia, porque no quería escucharlo en este momento y por la pena del motivo que me había alterado. No quería oír lo que lo unía a esa mujer, su verdad y la implicación que tenía en su vida porque… Me haría aún más daño.

ni con nadie. Solo quiero irme.

—Lo siento, pero lo último no va a suceder.

Jadeé de nuevo, por la sorpresa y volví al ataque. Moví las piernas, balanceando el cuerpo, para que él perdiera el equilibrio y me soltara por fin. El gruñido que soltó provocó que toda la piel del cuerpo se me erizara, pero no paré, continué, hasta que me di cuenta de que no tenía el resultado que quería y de que me estaba agotando, e igualmente, si conseguía mi propósito no iba a llegar muy lejos, por mucho que me librara de su agarre. Lain nos había dejado encerrados, se había llevado la llave, fui más consciente de ello cuando los picos más altos de la rabia fueron menguando.

Fui perdiendo la energía poco a poco, asumiendo la realidad de la situación, y me quedé laxa en su brazo, contra su costado.

Me entraron ganas de llorar, por la impotencia, porque no quería escucharlo en este momento y por la pena del motivo que me había alterado. No quería oír lo que lo unía a esa mujer, su verdad y la implicación que tenía en su vida porque… Me haría aún más daño.

Capítulo 31



Drake

Había notado la presencia de Jailyn en las escaleras desde el primer instante. No sé cómo, pero supe que ella estaba oculta, escuchando y viendo lo que podía desde su posición. Como también sabía que Lain llegaría hasta ella y que Baxter no se habría separado de él.

Y así fue, cuando le dije a Karen que el ruido desde la escalera procedía de Baxter. Él apareció a los segundos, para llegar corriendo al lado de mis piernas.

Como si no hubiese tenido bastante con gestionar la puñetera aparición de Karen y hacer que se largara porque la conocía, y me negaba a que Jailyn se cruzara con ella, para colmo saber que estaba presenciando la escena y oyéndolo todo, cada palabra pronunciada por Karen… Había hecho todo lo posible por mantenerme calmado, sereno, cuando por dentro mi sangre hervía de rabia.

Solo me importó una persona: Jailyn, y sentí una gran impotencia porque se hubiese aventurado a buscarme, cuando le dije antes de irme de la almena que regresaría pronto junto a ella. No es que la culpara, pero dada a la situación que se había encontrado, me había jodido porque era lo que quise evitar a toda costa.

Tenía más que claro que hoy había sido el último día en el que Karen se había acercado a mí, entrometiéndose en mi vida. Iba a cortar de raíz todo trato con ella y después de mi forma de actuar y de lo concienzudo que sería, no tendría de lo que preocuparme hacia ella.

Pero por Jailyn, sí. El verla alterada de nuevo me transportó a por la mañana y más me cabreé porque dos veces con tan poco margen de tiempo era demasiado, por el estado nervioso que tenía en este momento.

Apreté la mandíbula e hice más fuerza con el brazo con el que la rodeaba y la mantenía en alto, hasta que de repente se quedó quieta, dejó de luchar. Su cuerpo se puso flácido contra mi costado. Giré la cabeza hacia la suya, temiendo que se hubiese desmayado o qué mierda sabía, si le había dado otro ataque.

No, tenía los ojos abiertos y miraba hacia el suelo. No supe si era una estrategia para que la soltara y en cuanto la liberara se lanzaría hacia mí con lo primero que pillase, o porque era realmente consciente de que Lain nos había dejado encerrados en la habitación, haciendo exactamente lo que le había pedido al mirarlo.

Necesitaba arreglar la mierda que había sucedido, llevándonos por el peor camino.

—¿Estás bien?

—Sí —murmuró.

—No lo parece.

—Entonces para qué me preguntas si me vas a contradecir.

—Solo quiero oír la verdad. —Apreté la mandíbula.

Soltó una carcajada y mi cuerpo vibró con el suyo.

La bajé despacio al suelo y poco a poco, como si se fuese a caer al suelo, separé el brazo de su cintura. Di un paso atrás, recorriéndola de arriba abajo con la vista, comprobando que ya no temblaba.

—Dime algo —le pedí.

—No quiero hablar. —Bajó la cabeza.

—¿Por qué te has ido de la almena? Te había dicho que subiría.

—Siento haberte chafado los planes.

—¿De qué estás hablando?

—Está claro que has sabido que os estaba espiando desde la escalera, por eso has actuado hacia esa mujer como lo has hecho.

—¿De verdad piensas que me he contenido hacia ella en ese sentido?

Me acerqué, pero ella se movió más rápido y caminó por la habitación.

—Jailyn.

Ante su silencio prolongado le di la espalda y fui directo hacia el minibar que había en la pared. Cogí un vaso, vertí dos dedos de *whisky* y me lo bebí de un trago, notando la quemazón en la garganta.

—He intentado contenerla por ti. No la conoces, no sabes de lo que es capaz de hacer cuando se siente amenazada de cualquier forma.

—¿Amenazada? ¿Te piensas que iba a saltar encima suya?

—Todo es posible. —Apreté la mandíbula y eché un poco más *whisky*, para bebérmelo como el anterior—. Tú habrías sido una amenazada para ella, ya has escuchado lo que venía buscando.

—Le has dicho que tenías visita, podría haberme hecho pasar por una. A fin de cuentas, es lo que soy.

—No eres eso. —Apreté con fuerza el vaso—. Y Karen se habría dado cuenta al instante, en cuanto hubiese visto cómo te miro.

—¿Cómo…? ¿Cómo me miras?

—Como desearía que hiciera hacia ella. —Solté el aire de golpe.

—¿Qué...? Yo…

—Solo te he protegido.

—Si no os hubiese visto, si no estuviésemos aquí… ¿La habrías dejado entrar?

—Hoy no. Días atrás tampoco. Hace meses, sí.

—¿Por qué?

—Porque tú me importas y estás inmensamente por encima de ella. No hay comparación posible.

Me giré despacio, quedándonos cara a cara.

—Karen no es nadie especial para mí, Jailyn. En el pasado fue una distracción, pero no una habitual, te lo aseguro.

—No tienes que explicarme nada del pasado, es tu vida. —Bajó la mirada al suelo.

—Tengo que hacerlo porque ese pasado, ha jodido el presente. Hacía largos meses que no la veía ni sabía nada de ella, hasta que vino a la fiesta.

Me gustó ver cómo acariciaba el colgante, fue un gesto espontáneo. Estaba seguro de que ni se dio cuenta de lo que hacía.

—Todo lo que te ha dicho…

—Me estaba provocando para conseguir lo que quería.

—¿Placer? —Levantó la cabeza, encontrándose con mi mirada. Asentí y rodeó el colgante con fuerza.

—Algo que a mí no me interesaba ni lo hará en un futuro. Hace tiempo que me cansé de todas sus tonterías, es solo que…

—¿Qué?

—Que Klaus me adelantó que iba a venir a la fiesta, me confirmó lo que ya imaginaba, y no me preocupó en ese momento. Esa noche se sintió insatisfecha y es algo que no soporta. —Arqueó una ceja—. En cuanto saliste de la sala en la que nos encontraste, la separé de mí y me fui.

—Vaya.

—Sí, vaya. —Apreté la mandíbula—. ¿Estás más tranquila?

—No tengo ganas de lanzarte cosas, así que yo diría que sí. —Hizo una mueca.

—Está bien saberlo. —Sacudí la cabeza.

—¿Dónde está Baxter?

—Cuando me he asegurado de que Karen estaba lejos de aquí, lo he dejado en mi habitación. Se ha quedado relajado —asintió.

Nos quedamos en silencio, observándonos desde la distancia.

—Siento que te debo una disculpa. —Desvió la mirada hacia un lado—. No me he comportado bien, he… He vuelto a perder el control.

—Quiero que me digas por qué.

—No lo sé.

—Esa es una respuesta equivocada, sabes perfectamente el motivo que te ha llevado a actuar como lo has hecho. Yo también, pero quiero oírtelo decir. —Soltó un jadeo.

—No tenía ningún derecho de ponerme como me he puesto. —Se mordió el labio inferior y me giré para echarme más *whisky*—. Tú me has ayudado, me has cuidado, has organizado una comida por mi cumpleaños y me has hecho un regalo y yo…

—No vayas por ahí, Jailyn.

—¿Qué?

—Que no te culpes. He sido yo el que no he sabido manejar la situación con Karen, estaba más preocupado por ti que de echarla a patadas a ella. Todo lo que he hecho por ti ha sido porque he querido, porque me ha nacido de dentro. No hay más.

e —¿No estáis juntos?

—Esa posibilidad no tiene cabida en mi cabeza, jamás la ha tenido. Las contadas veces que hemos estado juntos solo ha habido sexo entre nosotros. Ninguna caricia de más, ni una sola palabra que no hiciera alusión a los momentos de placer, ni un beso porque es algo que considero que es muy íntimo y traspasa la barrera que siempre he mantenido subida hacia ella. Eso es todo.

Apoyé la parte baja de la espalda contra el minibar y crucé los brazos, observándola. Soltó un bufido y esperé.

—Pues yo vi más de un beso hace días.

—En esa cabeza sí, cuando sucede le encanta darme placer mientras me follo su boca. —Jadeó—. Me refería a besos en los labios y de cualquier otro tipo, ya sean de cariño o de deseo.

—No quería saber tantos detalles.

—¿Por qué has perdido el control? —insistí— Y no vuelvas a decirme que no lo sabes.

—Yo… —Tragó saliva.

—¿Qué?

—Me considero una persona valiente, quiero decir… Hay pocas cosas que hacen que me retraiga.

—Lo eres. —Le dejé claro porque no tenía ninguna duda al respecto.

—Y una de esas cosas eres tú.

—¿Te intimido? ¿Te doy miedo?

—No. —Agrandó los ojos, encontrándose con los míos.

—¿Entonces? —Apreté la mandíbula.

—Eres un hombre que impone mucho, solo con tu presencia, pero si no… Si no me sintiera como lo hago y no me hubieses ayudado tanto, no tendría problema en enfrentarte. Me habría lanzado a ti como la persona adulta que soy, con toda mi lógica, la que no tiene que ser la tuya ni la de nadie.

Mis labios se curvaron hacia un lado, se movieron muy poco, casi imperceptiblemente, pero la sonrisa estaba ahí, con ganas de ampliarse.

—¿Cómo sientes, Jailyn? ¿Qué te ha retenido en realidad?

—Ya te he dicho que has sido bueno conmigo y… muy amable —susurró.

—Ese no es el motivo. Apuesto lo que quieras, y no perdería, a que independientemente de eso, si te ofendiera y te hiciera daño, como ha sido el caso, no habrías dudado en hacer más que apretarme el brazo con los dedos y las uñas, y en balancearte para que te soltara.

Dirigió la mirada hacia el brazo que tenía por encima del otro. Subiendo las escaleras me había remangado las mangas del jersey y la piel, junto a las marcas que me había dejado ella, eran visibles.

—Lo siento.

—Ya te has disculpado y no es necesario. Soy yo el que debo hacerlo.

—¿Por qué lo harías? —Su expresión fue de sorpresa.

—Porque me importas, porque lo que tú no eres capaz de admitir yo sí lo hago. —Se mordió el labio inferior y maldije interiormente. Noté una gran sacudida, pero me forcé a apartar las sensaciones y a continuar—. Desde el mismo jodido día en el que te vi, algo en mí se removió, y desde que te encontré en la cafetería, he tenido que resistirme muchas puñeteras veces.

»¿Sabes con qué intención abrí la puerta del castillo cuando tú estabas al otro lado, a unos metros en la oscuridad? —negó— Para espantar y echar con pocas palabras a quien fuese, animal o persona. ¿Y qué hice en cambio? No pude ni hablar y los que me conocen saben que eso es una gran señal de alarma.

»Tampoco pude moverme durante un buen rato, lo único que hice fue observarte, analizarte, mientras me mantenía oculto para ti, porque no tenía ni puñetera idea del motivo por el que me quedé paralizado. La realidad es que disfruté de tu imagen y más cuando la luz del foco de la bicicleta de Aneka te iluminó. Lo primero que me llamó la atención fue tu pelo, el color, recorrí tus facciones, intenté comprobar cuántas pecas tenías, pero la distancia y la oscuridad de alrededor, cerniéndose sobre nosotros no ayudaron. No hubo una parte de ti que no

viese, ni una.

Ella había dejado de respirar, directamente. No me moví, diciéndome que no tenía por lo que preocuparme, que solo era por el impacto de mis palabras.

—Son un defecto —murmuró.

—¿Qué? —Fruncí el ceño.

—Las pecas, son un… defecto. —Se frotó las palmas de las manos en la ropa, sin poder mantenerme la mirada.

Me puse en tensión y entrecerré los ojos, queriendo llegar a su interior para saber por qué mierda consideraba que esa parte de ella era un defecto. Aparté el otro tema de conversación porque este, por su reacción, era muchísimo más importante. Necesitaba llegar al fondo del asunto, con una necesidad imperiosa.

—¿Es lo que piensas? ¿Así te sientes con respecto a ellas?

—Crecí escuchándolo constantemente. —Más rígido me puse.

—¿Quién te dijo eso?

—Alguien que no voy a mencionar, y que ni siquiera quiero recordar.

—Ven aquí, acércate.

Me miró de reojo y se tomó unos largos segundos para decidirse, pero fui soltando el aire despacio cuando sus pies empezaron a moverse hasta mí. Se quedo delante, a poca distancia. Alargué un brazo y sujeté el suyo, para ponerla donde necesitaba.

Abrí las piernas y se quedó encajada entre ellas, nuestros cuerpos y caras estaban a pocos centímetros.

—No son un defecto, nunca lo han sido ni lo serán —susurré—. Me moría de ganas por hacer esto.

Contuvo la respiración cuando recorrí todas las zonas donde las pecas salpicaban su piel, con la yema de los dedos.

Capítulo 32



Jailyn

—Podría pasarme días enteros intentando contarlas. —Me estremecí ante su voz susurrada.

Cerré los ojos, Drake continuó acariciándome la zona de debajo de los ojos y de la nariz, tomándose su tiempo, como si en realidad estuviese contándolas.

—Son muchas. —Tragué saliva.

—No importa, más me gusta.

Levanté los párpados despacio cuando me agarró de las mejillas.

—¿Quién es esa persona?

—Una que no vio nunca nada bonito en mí, no quiero pensar que sí, porque esa opción aún es peor. —Bajé la mirada a su jersey.

—¿Por qué te fuiste de España, Jailyn?

Me mordí el labio inferior cuando me acercó más a su cuerpo y la punta de sus dedos se movieron por mi cara, sin apartar las palmas de mis mejillas.

—Para conocer cosas nuevas.

—No.

—¿Cómo?

—No me has mirado a los ojos al responder.

Bufé nerviosa e intenté dar un paso hacia atrás, para tener un poco más de espacio entre los dos, pero mi movimiento propició que él cambiara la posición de sus manos. Con una me agarró de la nuca y con la otra presionó mi cadera. Entonces ya no hubo ninguna separación entre nosotros y solté un pequeño jadeo cuando una parte de su cuerpo presionó por debajo de mi ombligo, una parte muy dura.

—Eres preciosa, tu cara y toda tú. Y las pecas, te dan inocencia, picardía, son un toque de alegría y armonía, cubriendo parte de tus facciones. No, ni por asomo son un defecto, es una cualidad que no todo el mundo tiene. Así me has puesto, excitado. La responsable de las reacciones de mi cuerpo eres tú.

»No quiero oírte decir nunca más que alguna parte de tu cuerpo es defectuosa, ni lo más mínimo, como tampoco quiero que tú lo pienses porque se aleja completamente de la realidad. Si tuviese ahora mismo delante a la persona que te ha metido eso en la cabeza, te aseguro, sin margen de error, que se tragaría sus propias palabras, una a una, sin importarme una mierda cuántas sean. No hagas eso…

El gruñido que soltó me hizo dar un respingo.

—¿El… qué?

—Morderte otra vez el labio. Estoy intentando contenerme para tener una conversación seria.

—Oh… —Lo solté de golpe—. Muchas veces no me doy cuenta. —Carraspeé.

—Lo sé y ese es mi martirio.

Subió la mano de la cadera hasta mis labios y acarició el inferior, moviéndolo a su antojo.

—No te contengas —murmuré.

Sus ojos se movieron rápido, pasaron de mis labios y de lo que me hacía a los míos. La intensidad que me transmitieron, a tan corta distancia, me dejó de nuevo sin respiración.

—Me estás distrayendo para no hablar más sobre ese tema. —Apretó la mandíbula.

—Eres tú el que me tienes pegada a ti.

—Es donde quiero que estés, en ningún otro sitio. —Solté el aire, temblorosa.

—Yo también. Esto es lo que siento: a ti. Todas las preguntas que has querido saber con anterioridad se resumen a que… Que te deseo, a que algo que no entiendo me consume. Me pones muy nerviosa, pero en el buen sentido, no puedo evitarlo cada vez que estás cerca. Mi cuerpo se calienta y algo en mi interior se remueve. Por eso me ha dado tanta rabia encontrarte con esa mujer, verte y escucharos.

»Yo… Sí, he tenido un ataque de celos injustificado porque, porque entre nosotros no ha pasado nada como

para comportarme como lo he hecho. —Tragué saliva—. Por eso te pido otra vez disculpas, aunque no quieras qu lo haga. Sé que me he dejado en evidencia, pero he sentido tanto en tan poco tiempo que no he podido controlarme.

—Entre nosotros ha pasado todo, Jailyn.

Su voz… Era ronca, profunda y como si tirara de mí levanté la cabeza despacio. La había bajado porque no había sido fácil expresar mis emociones. Abrirse a los sentimientos y dejarlos fluir no es fácil, al menos para mí nunca lo había sido.

No hubo cabida para la vergüenza, aunque sintiera arder las mejillas. Levanté las manos y apoyé las palmas sobre su jersey, en su pecho. Bajó la cabeza y fijó la vista en ellas, y por unos instantes dudé en lo que había hecho. Se mantuvo quieto, observando mi contacto. Con dudas, las separaré un poco para retirarlas, pero él tiró de mí de la nuca, provocando que volviera a notar el calor de su cuerpo, por encima de la ropa.

—No te apartes —susurró con voz profunda—. Sean cuales sean mis reacciones. Nada de lo que hagas estará mal, lo quiero, lo deseo, pero… Necesito adaptarme a lo que siento cuando me tocas, no quiero perder el control.

Sus palabras me erizaron la piel y me estremecí. Lo notó, se lo transmití por el contacto de mis manos. Con la mandíbula apretada levantó la cabeza despacio, hasta encontrarse con mis ojos.

—Yo… Quiero que lo pierdas —susurré y me mordí el labio inferior, esta vez siendo muy consciente de lo que hacía.

De su garganta salió una especie de gruñido y no me dio tiempo a reaccionar. Su boca se estrelló contra la mía, la reclamó, se apoderó de ella en un beso que nos incendió a los dos y estuvo a punto de consumirnos. Mi jadeo quedó amortiguado, mientras los labios de Drake se movían sobre los míos, con fuerza, con intensidad. Nuestros dientes chocaron, nuestras lenguas se buscaron desesperadas y yo, joder, me deshice entre todas las emociones y sensaciones.

Me estaba besando, lo estaba tocando, no había ni una parte delantera de nuestros cuerpos que no estuviesen en contacto. Retiró la mano de mi nuca y llegó las dos a mis nalgas. Gemí cuando me las apretó y me pegó más a él, a su erección. Noté la presión que ejercía, incluso sentí cómo palpitaba a través de la ropa. Me excitó más y le rodeé el cuello con los brazos, curvando el pecho hacia él.

Necesitaba más, mucho más, cuando con las manos desde mis nalgas movió mi cuerpo, rozándome contra él, buscando su placer, sin dejar de desatender al mío. Agradecí el agarre de sus manos porque noté las piernas temblorosas, todo el cuerpo en realidad. Tenía la piel muy sensible, todas mis terminaciones nerviosas se activaron y se potenciaron, mientras Drake me dejaba sin aliento. En ningún momento bajó la intensidad, ni la poderosa fricción en las partes en las que estábamos en contacto.

e Perdí la noción del tiempo entre sus brazos, con su beso, con su cuerpo. Entre el silencio que nos rodeaba solo se escucharon nuestras respiraciones, o el intento que hacíamos para respirar. Drake se quedó quieto de repente, apretándome a él. Solté un suspiro tembloroso, con la respiración entrecortada, cuando succionó con cuidado y lamió mi labio inferior.

Después, separó la cabeza de la mía. Sus ojos, joder, no sé ni cómo describir lo que vi en ellos. Si ya de por sí me ponían nerviosa, en este momento no supe ni cómo me sentí al respecto, solo que tuve que agarrarme con fuerza a sus hombros porque noté que mis piernas cedían.

Me sujetó con más fuerza de las nalgas, al darse cuenta.

—¿Estás bien? —Quiso saber, con la voz rasposa.

—Sí —susurré.

Apoyó la frente contra la mía, con los ojos abiertos, fijos en los míos. Nos quedamos en silencio, ninguno hizo por hablar durante los siguientes minutos.

—¿Quieres irte? ¿Volver con los demás? —Su pregunta me sorprendió y me decepcionó a partes iguales.

—¿Por qué me preguntas eso después… después de…?

—Quiero que te sientas cómoda en todo momento —me interrumpió—. Entiendo que tus amigos están aquí y no me gustaría que…

—Ahora mismo no quiero estar en otro lado. —Fue mi turno para interrumpirlo.

Su mandíbula se tensó, al mismo tiempo que echaba la cabeza hacia atrás.

—Si te quedas… Si continuamos aquí…

—Es lo que quiero y necesito. —Cogió una bocanada de aire.

—A pesar de lo que has visto y oído.

—Ya no me acuerdo. —Arqueó una ceja—. Bueno, vale, claro que me acuerdo. Joder, tengo muchas ganas de lanzarme al pelo de esa mujer, pero me has contado la realidad y te creo. No voy a juzgar tu vida antes de conocernos, antes de todo esto.

Sus labios se curvaron hacia un lado y cerré los ojos cuando me dejó apoyada en su pecho y llevó las manos a mi melena.

—Me encanta tu pelo —susurró, mientras pasaba los dedos por él.

—A mí también, menos cuando se pone rebelde —solté un suspiro.

—¿Cómo esperas que sea con una dueña como tú?

Entrecerré los ojos y soltó una carcajada, mi cuerpo vibró con el suyo durante todo el tiempo que estuvo riendo. Me pareció tan impresionante, era la primera vez que lo veía tan relajado. Le salió de una forma tan natural… Sentí como algo dentro de mí se retorcía, del gusto y por la satisfacción.

—¿Tú qué quieres hacer?

—Ahora mismo solo pienso en ti desnuda, expuesta para mí. Quiero conocer cada parte de tu cuerpo, memorizarlo con caricias y con besos, llegar hasta el centro que palpita en ti y perderme en él, de todas las formas posibles. Necesito tu sabor en mi boca, en mi lengua, quiero. —Soltó el aire entrecortado cuando presionó su erección contra mí.

»Lo quiero todo, Jailyn, absolutamente todo. Sentirme en tu interior, embestir con fuerza, llevarte al límite, mientras noto la presión entorno a mi miembro. Que perdamos el control los dos, para empezar. Después… No quiero que termine, no querré que el jodido momento finalice y tengas que irte.

—Mierda. —Jadeé—. Vale. —Cogí una bocanada de aire porque dejé de respirar.

—¿Eso qué significa?

—Que tienes todo lo que quieras y más. —Entreabrí los labios—. Sin restricciones de tiempo, de nada.

De su garganta volvió a salir otro sonido que fue de anticipación.

—Yo también quiero todo lo que has dicho, quiero… —Bajé las manos despacio, deslizándolas por su jersey, hasta el botón de su pantalón. Se tensó—. Quiero borrar de mi memoria la imagen que vi de ti en la fiesta, necesito sustituirla por las mías, unas en las que únicamente sea yo la que te acoge en la boca y te da placer. —Desabroché el botón y bajé lentamente la cremallera.

Contuvo el aire y me gustó, porque en este momento me pareció que yo tenía todo el poder sobre él. Disfruté de la sensación de ver la lujuria y el deseo en su expresión, de cómo contraía los músculos sabiendo lo que iba a hacer.

—Quiero rodear la suavidad de esta piel con los labios. —Entreabrió los suyos cuando le rodeé la erección con la mano, por encima del bóxer—. Lamer tu esencia, disfrutar de tu desesperación, que solo puedas pensar en lo que te hago, cuando lo esté haciendo y cuando no esté contigo.

»Y después quiero sentirte por todas las partes de mi cuerpo, que me llenes, que te vuelvas loco embistiéndome como has dicho, porque tu locura será la mía. Estoy excitada ya, muy mojada —gruñó recogiéndome el pelo en una coleta improvisada, con la mano—. Y no tengo ninguna prisa por irme.

—No te vas a ir —siseó.

Coloqué las manos en la cinturilla del pantalón y se lo bajé, mientras yo también descendía, hasta que me quedé de rodillas delante de él, sacándole el pantalón por los pies, después de que se quitara los zapatos. Hice lo mismo con los calcetines, sin dejar de mirarlo. Siguió mi movimiento con la mano, sin soltarme del pelo.

Sus ojos brillaban de una forma que no había visto nunca, centrados solo en mí. Sus respiraciones eran cortas y rápidas, su pecho subía y bajaba con el mismo ritmo.

—¿Quieres que me quede?

—Sí —confirmó apretando el agarre de la mano y me mordí el labio inferior—. Joder. —Cerró los ojos con fuerza y sonreí cuando no me vio.

Se puso rígido ante el contacto de mis labios. Besé su erección por encima de la ropa interior, pero no tardé en descubrir lo que escondía. Deslicé el bóxer hacia abajo, su miembro saltó liberado y yo solté un pequeño jadeo al descubrirlo por primera vez. Mi humedad aumentó, y mis nervios y la ansiedad también.

El bóxer desapareció en cuestión de segundos de sus piernas, las que abrió un poco más, para tener una mejor posición. Continuaba con la espalda apoyada en el minibar. Drake era poder en estado puro, sus piernas eran fuertes, de músculos contraídos, y su erección, larga y ancha, palpitaba a escasos centímetros de mi boca.

Me lamí los labios, lo que provocó que apretara la mandíbula. Lo quería, lo deseaba y lo iba a tener todo de él.

»Y después quiero sentirte por todas las partes de mi cuerpo, que me llenes, que te vuelvas loco embistiéndome como has dicho, porque tu locura será la mía. Estoy excitada ya, muy mojada —gruñó recogiéndome el pelo en una coleta improvisada, con la mano—. Y no tengo ninguna prisa por irme.

—No te vas a ir —siseó.

Coloqué las manos en la cinturilla del pantalón y se lo bajé, mientras yo también descendía, hasta que me quedé de rodillas delante de él, sacándole el pantalón por los pies, después de que se quitara los zapatos. Hice lo mismo con los calcetines, sin dejar de mirarlo. Siguió mi movimiento con la mano, sin soltarme del pelo.

Sus ojos brillaban de una forma que no había visto nunca, centrados solo en mí. Sus respiraciones eran cortas y rápidas, su pecho subía y bajaba con el mismo ritmo.

—¿Quieres que me quede?

—Sí —confirmó apretando el agarre de la mano y me mordí el labio inferior—. Joder. —Cerró los ojos con fuerza y sonreí cuando no me vio.

Se puso rígido ante el contacto de mis labios. Besé su erección por encima de la ropa interior, pero no tardé en descubrir lo que escondía. Deslicé el bóxer hacia abajo, su miembro saltó liberado y yo solté un pequeño jadeo al descubrirlo por primera vez. Mi humedad aumentó, y mis nervios y la ansiedad también.

El bóxer desapareció en cuestión de segundos de sus piernas, las que abrió un poco más, para tener una mejor posición. Continuaba con la espalda apoyada en el minibar. Drake era poder en estado puro, sus piernas eran fuertes, de músculos contraídos, y su erección, larga y ancha, palpitaba a escasos centímetros de mi boca.

Me lamí los labios, lo que provocó que apretara la mandíbula. Lo quería, lo deseaba y lo iba a tener todo de él.

Capítulo 33

Drake

El control que estaba ejerciendo sobre mí mismo… Me sentía al límite, desbordado por todas las sensaciones y las emociones que me provocaba Jailyn. Pero me mantuve cediéndole el poder porque era consciente de que lo necesitaba y lo quería, como me había dicho.

Y yo estaba encantado, por primera vez en mi vida, en dejarme llevar, en ceder, porque no veía el momento en el que mi miembro desapareciera en su boca.

—Jailyn… —hablé entrecortado.

Sentir su respiración caliente en la punta brillante me provocó un escalofrío.

—Mierda. —Eché la cabeza hacia atrás al sentir la primera pasada de su lengua.

Se llevó las gotas de placer y no se conformó con solo eso, provocó que salieran más, jugando con el glande extremadamente sensible. Apreté el agarre alrededor de su pelo, con el brazo en tensión, impidiéndome a mí mismo el moverle la cabeza para llenarle la boca.

Ella marcaba los tiempos, tuve que repetírmelo varias veces, mientras la respiración se me descontrolaba y los jadeos salían de mis labios. Cuando se quedó conforme lamió con la punta de la lengua todo el largo y bajé la cabeza, para no perderme ningún detalle de lo que hacía. Lo sentía en lo más profundo de mí, pero necesitaba grabarme a fuego su imagen: su mirada, el movimiento de sus pestañas, su lengua, sus labios y el cambio de su respiración.

Maldije cuando me acogió en la boca, con nuestra mirada fija en la del otro. Una especie de sonrisa apareció en su boca llena, al llevarme hasta el fondo. Gemí. Empezó a moverse por toda la extensión, su cabeza subió y bajó, mientras su lengua se movía conmigo dentro.

El tiempo se ralentizó, los segundos se convirtieron en largos minutos. Hizo un movimiento que impulsó a mi cadera hacia delante, el mío provocó que me perdiera por completo en el interior de su boca. Jadeó cuando le

acerqué más la cabeza, todo me sabía a poco, quería…

—Joder. —Cerré los ojos.

Me agarró de las nalgas desnudas y tomó una velocidad que me volvió loco. No pude resistirme, fue superior a mí cuando un temblor me sacudió con fuerza de la cabeza a los pies. Fui a su encuentro, desesperado, una y otra vez, al mismo ritmo que sus movimientos.

Incansable me tomó. Distinguía su placer, su desesperación y su excitación. Sus ojos brillaban desprendiendo deseo. Todo ello y el ritmo tan frenético me llevaron más allá del límite del placer.

Intenté apartarla porque el momento estaba cerca, pero soltó un quejido de protesta que vibró por toda mi erección. Ese fue el detonante para que me corriera en su boca, con gemidos que retumbaron por toda la habitación.

En mi jodida vida me había sentido de esta manera, nunca había perdido tanto la razón. Me quedé desarmado por ella, completamente fuera de juego, mientras me balanceaba entre sus labios. Con el pecho subiendo y bajando paré, pero me quedé dentro de ella. Agradecí que en este instante no estuviese mirándome porque solo hubiese visto sorpresa en mi expresión.

Había sido… No tengo palabras para calificarlo ni explicarlo. Solo me permití sentirlo, atesorarlo, mientras continuaba en el calor de su boca. Se apartó despacio, deslizándose muy lentamente, hasta que mi erección salió todavía dura.

Levantó la cabeza hacia mí y entreabrí los labios, al faltarme el aire, cuando se lamió los labios. No se conformó con eso, pasó la lengua por todo mi miembro, acogiendo lo que había en él. Volvió de nuevo a la punta y me tensé.

Más sorprendido me quedé por lo duro que continuaba mi miembro, el que no decayó por mucho que pasaron los minutos.

Por unos instantes me sentí torpe, notaba la cabeza embotada, lo que no me permitió pensar con claridad. Cogí una gran bocanada de aire, pero se me atragantó al escucharla hablar.

—¿Te ha gustado?

Todavía arrodillada delante de mí, sentada sobre sus talones, sus mejillas se sonrojaron. El color fue tomando cada vez más intensidad.

Me moví para acercar la mano a sus labios mojados y se los acaricié, con la vista fija en ellos, hasta que busqué su mirada.

—Espero que sea de esas preguntas que se hacen por hacer, cuando en realidad sabes la respuesta. —No reconocí mi voz al hablar.

—¿Eso es un sí? —Ladeó un poco la cabeza y su melena cayó hacia un lado.

Ya la había soltado del pelo y el verlo en movimiento me dejó jodidamente hipnotizado.

—Uno rotundo. —Apreté la mandíbula.

Sus labios se tensaron en una gran sonrisa y consideré que la pausa ya había sido suficiente. Me incliné hacia delante y la agarré de los brazos, para levantarla.

Jailyn

Drake se separó del minibar y me atrajo hacia él, buscando mis labios. Me besó. Fue igual de intenso, lo sentí por todo el cuerpo, pero de un modo
muy diferente.

—Puedes volver a hacerlo todas las veces que necesites, para tener más recuerdos —susurró.

Solté una carcajada, feliz y satisfecha con el resultado que había obtenido de él.

—No olvidaré lo que acabas de decir. —Le acaricié el pecho, por encima del jersey.
6

—Espero que no, igualmente te lo recordaré —sonreí, antes de que volviera a besarme.

Sin dejar de mover sus labios contra los míos, empezó a andar hacia delante, yo hacia atrás. Su miembro continuaba duro, clavándose en mi barriga. Al pararse se separó de mí, primero unos centímetros, después un paso. Cogió el bajo de su jersey y se lo sacó rápido por la cabeza.

Su pecho al descubierto quedó frente a mis ojos y me deleité con la visión. Estaba completamente desnudo y sentí mi cuerpo vibrar, por los nervios que regresaron de repente, por la anticipación de lo que sucedería a continuación y porque era él: Drake.

Me echó por detrás de los hombros los mechones que caían por delante y solté un suspiro tembloroso. Beso mi hombro descubierto, haciendo un camino de besos hasta mi cuello y mi oreja. Me estremecí por el contacto y su aliento cálido. Una de sus manos se apretó en mi cadera y cerré los ojos con fuerza cuando continuó con besos más pequeños hacia la mejilla.

Me mordí el labio inferior, recorrió toda la zona de mis pecas con sus labios, no quedó ni una de ellas sin sentir

el tacto suave y electrizante. Entreabrí los párpados, notándolos más pesados de lo normal. No tendría que haber hecho ningún comentario sobre ellas, debería haberme callado, pero no lo hice, las palabras salieron libremente de mi boca, lo que me había llevado a saber cómo me veía Drake.

Me había gustado tanto saberlo, me sentí tan bien y reconfortada… Pero agradecí inmensamente cuando conseguí cambiar el rumbo de la situación, cortando esa conversación. No estaba preparada para hablar sobre ello, eso supondría derribar de golpe todas mis barreras, unas que había forjado y alimentado con el paso de los años, manteniéndolas bien altas, para neutralizar el dolor que solo conocía una persona: Dago.

Solté un suspiro entrecortado cuando me agarró de la barbilla y me echó la cabeza hacia atrás.

—Eres deliciosa, Jailyn. —Jadeé—. Definitivamente tengo que contar todas las puñeteras pecas. —Me salió una risa nerviosa.

Su voz fue de frustración y me hizo gracia. Ni yo sabía cuántas tenía amontonadas.

—¿Hay más?

—Descúbrelo. —Busqué su mirada.

—Mmm… Esa respuesta dice mucho.

—Todo lo que necesito.

Cogió el bajo de mi jersey e imitó lo que había hecho con el suyo. Levanté los brazos para ayudarlo y lo lanzó a un lado, liberándome de él. Bajó la mirada, mientras me acariciaba los hombros.

Su mandíbula se tensó y sus facciones se endurecieron, y no supe por qué, hasta que caí en la cuenta, claro. Tenía la mirada fija en la piel más rosada, la que me había quemado por la mañana con los cafés.

—No me duele, solo tengo la zona más sensible. —Tuve la necesidad de decirle.

Levantó los ojos hacia los míos y asintió despacio. Pareció que mis palabras provocaron un cambio en él porque continuó.

—Aquí hay unas pocas separadas —susurró deslizando la yema del dedo por mi clavícula, con cuidado.

Me acarició los brazos, deslizando las manos por ellos.

—Aquí también hay.

Me mordí el labio inferior, asintiendo. Sus ojos se quedaron fijos en mi boca, durante unos segundos. Me giró y me quedé de espaldas a él. Retiró mi melena, erizándome la piel. La dejó caer por encima de mis hombros y me acarició la piel de la espalda, dejando parado los dedos en las zonas en las que fue encontrándose pecas.

Por el cuerpo las tenía repartidas, donde estaban más concentradas era en la cara.

Agarró el cierre del sujetador y lo desenganchó. No tenía tirantes, elegí uno sin ellos al llevar al descubierto un hombro. Por ese motivo la prenda de ropa cayó al suelo directamente, sin nada que la sujetara a mi cuerpo. Contuve la respiración al sentir sus manos cubriéndome los pechos. Me pegó la espalda a él y los acarició y amasó. Jugó con mis pezones, aumentando mi necesidad.

—Drake…

Pronuncié su nombre con un pequeño grito, por el tirón que dio en ellos.

—Me encanta. —Jadeé por su voz susurrada en mi oreja, mientras continuaba frotándome las puntas endurecidas.

—A mí más —dije con voz temblorosa.

—Lo dudo.

Pegó la frente a mi pelo y de nuevo, me cubrió los pechos con las manos, calentándomelos. Por unos instantes, se quedó así, sin moverse. Me hubiese gustado saber qué pensaba, qué pasaba en este momento por su cabeza, pero la mía estaba a otras cosas y no pude formular las preguntas.

Perdí el calor de sus manos, las bajó por mi barriga, directas al botón del pantalón. Lo desabrochó, y bajó la prenda de ropa, arrastrándola por mi piel, sin prisa. Sentí su aliento al final de la espalda y me moví inquieta, cuando me dio un mordisco en una nalga. No me provocó dolor, no lo hizo con esa intención, aun así, besó la zona. Repitió lo mismo en la otra. Mi cuerpo reaccionó excitándose más.

Los pantalones quedaron enrollados en los tobillos. Me quitó los zapatos y entonces, quedaron pocas barreras entre los dos. Su aliento caliente volvió al final de mi espalda y entreabrí los labios. Lamió mi piel, con una ternura que me costaba asociar a Drake. Pero ¿cuántas veces, en el poco tiempo que hacía que nos conocíamos, me había demostrado el tacto que tenía?

Aparentaba ser un hombre duro, no dudaba de que lo fuese, había muchos motivos para saber que era así, pero a la vez su toque era especial, así me estaba haciendo sentir: alguien especial a la que estaba volviendo a cuidar.

Bajó la braga, al mismo tiempo que sus besos quemaban la piel que iba quedando expuesta. Cuando la ropa interior cayó a mis pies, me agarré de las nalgas con fuerza y su lengua, sus dientes y sus labios, dieron buena

cuenta de ellas. Me salieron varios jadeos entrecortados. Se tomó su tiempo y di un respingo por un mordisco más fuerte de lo normal, antes de que se apartara. Lo único que me provocó fue deseo, uno crudo y potente.

Me giré con las manos, y con mucha vergüenza me quedé de cara a él. Continuaba de rodillas, como yo había estado. Bajé la mirada, su miembro duro y erecto palpitó, mientras sus ojos recorrían mis pechos, mi abdomen y llegaban hacia la separación de mis muslos. Se acercó para besarme el ombligo.

—Eres preciosa, Jailyn —dijo con voz ronca, como si fuese una certeza.

—Yo…

—No digas nada, solo quiero que lo sepas. De esa forma te veo, siempre te he visto. —Contuve la respiración.

Deslizó las manos por mis piernas, estremeciéndome, y me quitó la braga arremolinada en los pies. Noté el contacto por la cara interna de las piernas y jadeé cuando uno de sus dedos se coló entre ellas.

—Estás… —Apretó la mandíbula, poniéndose en tensión.

Su erección palpitó, mientras deslizaba el dedo por mis fluidos.

—Tan caliente, tan excitada y necesitada…

—Sí —susurré.

Gemí cuando se llevó el dedo a la boca y el sonido ronco que hizo quedó amortiguado al succionar su propio dedo.

Empezaban a fallarme las piernas, las notaba de gelatina.

—Abre más las piernas —me pidió o más bien sonó a exigencia.

Lo hice y gemí con fuerza cuando me separó los labios inferiores y succionó mi clítoris inflamado. Lo agarré del pelo, sin poder contener el movimiento de mi cadera. Me froté contra su boca, mientras su lengua y sus labios hacían magia por cada rincón.

Capítulo 34

Drake

La rodeé con un brazo por la cintura, al notar que sus piernas fallaban. Ese fue el único motivo por el que me separé de ella. Me levanté sin soltarla y la besé con los labios húmedos por sus fluidos. Jadeó aferrándose a mis hombros, y de esa forma caminé hasta la cama.

Cuando sus piernas chocaron con ella la guie hacia atrás, hasta que se quedó tumbada de espaldas, con los pies tocando el suelo.

—¿De quién es esta habitación? —Carraspeó para aclararse la voz.

—De Lain. —Agrandó los ojos—. No es la que suele utilizar, todos tenemos más de una, por habitaciones libre no es.

—No, ni por espacio. —Rio nerviosa.

Volví a arrodillarme entre sus piernas y arrastré su cuerpo hasta que su trasero quedó medio suspendido en el aire.

—Aún no he terminado. —Deslicé un dedo por el centro de su sexo, provocando que arqueara la espalda.

Aparté la vista de la puñetera marca rosada que tenía sobre los pechos y me centré en lo que necesitaba hacer. Le levanté una pierna, se la puse encima de mi hombro, abriéndola para mí. Fue un deleite para la vista ver sin ningún impedimento su sexo: el color, lo brillante que estaba, y caliente, muy caliente y excitado. Introduje un dedo en su interior y gimió, echando la cabeza hacia atrás.

Se deslizó solo y añadí otro más. Con movimientos lentos y calculados empecé a moverlos, a sacarlos despacio y a meterlos rápido, hasta el fondo de donde podía llegar. Se retorció encima del nórdico, jadeando, mientras me dedicaba a buscar dentro de ella el punto que necesitaba encontrar. Y lo hice, resopló poniéndose en tensión, al tirar de él y frotarlo.

Sin apartar los dedos, cubrí el clítoris con los labios, lo que la hizo tensarse más y mover la cadera contra mi

boca. Gruñí apretándola a mí, devorándola porque no tenía suficiente. Su cuerpo dio varias sacudidas cuando llegó al clímax. Se corrió, pero continué, alargándoselo.

Cuando me puse de pie admiré su cuerpo desmadejado encima de la cama. El pelo se extendía por el nórdico, rodeando su cabeza, su expresión era el reflejo del placer, de sus labios entreabiertos salían respiraciones cortas y rápidas, mientras su pecho subía y bajaba.

Rodeé la cama para ir hacia la mesita de noche, sabiendo lo que había en el primer cajón. Así fue y saqué el envoltorio de un preservativo. Moviéndolo entre los dedos regresé frente a ella. Lo rasgué y en menos de un segundo lo tenía puesto. No apartó los ojos de mí en ningún momento.

Me incliné, apoyando las manos a los lados de su cuerpo. Me agarró del pelo cuando mordisqueé uno de sus pezones duros y curvó la espalda, ofreciéndose a mí. Lo succioné y lamí, hasta que me quedé satisfecho, después de no sé cuánto tiempo. Lo mismo que hice con el otro. Solo entonces, me bajé de la cama y la giré. Se quedó bocabajo, estirada. Le separé las nalgas, a la vez que le separaba más las piernas con las mías.

Necesitaba con urgencia estar dentro de ella y es lo que hice. Me posicioné y empujé, hasta lo más profundo. Nuestros gemidos resonaron en la habitación y ya no hubo tiempo para ir despacio, para tomármelo con calma. Mis movimientos fueron rápidos y duros, provocando que se agarrara con las manos al nórdico.

Sin dejar de separarle las nalgas, mantuve la vista fija en cómo me acogía, en cómo mi miembro desaparecía en su interior, una y otra vez, cada vez más rápido, llegando hasta el fondo. Su cuerpo rebotaba por la fuerza, mientras hacía todo lo posible por ir a mi encuentro.

Mis embestidas se volvieron frenéticas, el sonido del choque de nuestros cuerpos, de nuestras respiraciones desacompasadas y de los jadeos, los gemidos y los gruñidos, nos envolvieron.

Jailyn se tensó y se corrió gritando mi nombre, yo continué, incansable, sin tener bastante de ella, de lo que me daba. Perdí la noción del tiempo cuando noté que mi cuerpo se preparaba para la gran sacudida y así fue, en cuestión de segundos me liberé, aferrándome con fuerza a su cadera.

—¿Drake? —susurró.

—¿Estás bien?

Sin salir de su interior, me incliné sobre su espalda y le retiré el pelo de la cara.

—Maravillosamente —soltó un suspiro—, pero no puedo moverme. Me he quedado sin fuerzas.

Mis labios se curvaron hacia un lado, mientras le acariciaba la mandíbula.

ó —Estás en el lugar perfecto para descansar. —Le di un beso en la mejilla y me incorporé.

Retrocedí y perdí el contacto de su calor. Fui un momento al baño, para deshacerme del preservativo y regresé junto a ella. Nos se había movido, continuaba bocabajo. Levanté el nórdico y lo dejé abierto.

—Ven aquí —le pedí.

Hizo como una especie de ronroneo, al menos así me sonó, pero gateó hacia arriba. Cuando su cabeza tocó la almohada y se estiró, soltó un suspiro. La tapé y caminé hacia el otro extremo. Me tumbé a su lado y la acerqué a mí. Le rodeé el cuerpo con un brazo y apoyó la mejilla en mi pecho, con los ojos cerrados.

—¿De verdad que no te duele la quemadura? —le pregunté retirándole varios mechones de la cara.

—De verdad. Dentro de poco no quedará nada, me estoy echando la crema que me dijo el médico.

—Vale. —Apreté la mandíbula.

Metí los dedos por las ondas de su melena, provocando que soltara otro suspiro, esta vez tembloroso.

✣ ✣ ✣

—Síii… —Jadeó.

Verla cabalgar encima de mí, cómo buscaba su propio placer y me lo proporcionaba a mí, acogiéndome con fuerza, hasta el fondo…

Nos habíamos quedado dormidos, sin importarnos que no estuviésemos solos en el castillo. Todavía no sabía cuánto tiempo habíamos descansado, pero a través de la ventana solo se veía oscuridad.

Algo muy excitante y provocativo me había hecho abrir los ojos de golpe. Mi miembro erecto estaba dentro de la boca de Jailyn, eso fue lo primero que vi y de lo que no pude apartar la vista. Había sacado otro preservativo y me lo colocó rápido, para subirse encima de mí.

Así habíamos llegado hasta este punto, en el que ella se movía desesperada sobre mi erección, con sus pechos danzando por la fuerza de sus movimientos.

En tensión, mientras mi cadera subía a su encuentro, coloqué varios dedos sobre su clítoris. Gimió con fuerza por el contacto. Lo froté con energía, con la misma que sabía que necesitaba. Su ritmo se aceleró hasta tal punto que se dejó llevar, echando la cabeza hacia atrás, mientras gritaba mi nombre.

Verla y escucharla, fue demasiado, sumado a cómo me tenía y me había puesto. Giré en la cama, rodeé sin salir de su interior, hasta que invertimos las posiciones. Se quedó de espaldas, con mi cuerpo cubriéndola. Evité que mi pecho rozara el suyo, porque vi que la marca rosada era más intensa.

Maldije internamente unos segundos porque debía haberle molestado más de lo que decía, cuando la mantuve bocabajo. No caí en ese momento, con la mente nublada por el deseo. Subió una pierna a mi cadera y me la rodeó, fue entonces cuando continué, esta vez embistiendo yo, hasta que alcancé el orgasmo, uno intenso y continuado.

Cuando dejé de balancearme en su interior, me tumbé a su lado y nos tapé con el nórdico. Nos quedamos de lado, con las cabezas apoyadas en la almohada, mirándonos.

—Ha pasado mucho tiempo, quizás deberíamos…

—Hacernos ver para los demás. —Arqueé una ceja.

—Sí. —Rio—. Supongo que es buena señal que no hayan venido a buscarnos.

—Lo es. Ahora vamos, aunque dudo de que continúen en el salón en el que los dejamos.

—Los buscaremos.

—Lo mismo te sorprendes si los encuentras —sonreí de medio lado—. Estoy seguro de que no se han aburrido, esperándonos.

—¿Tú crees que no hemos sido los únicos en…? —Nos señaló.

Contuve las ganas de reír.

—Quien sabe, Klaus y Aneka estaban muy a gusto juntos. Cuando nos sentamos en los sofás lo hicieron muy cerca el uno del otro.

—Me di cuenta —sonrió—. Me alegraría mucho saber que no han desperdiciado el tiempo, Klaus está muy pendiente de Aneka.

—Lo está —le confirmé.

—Pues si es así, Dago y Lain se habrán cansado de hablar.

—Y de beber, y de algunas cosas más que pueden hacer, ¿no te parece?

Agrandó los ojos, pero no por su amigo Dago, sino por…

—¿Lain…? Quiero decir, no es ninguna vergüenza, ni… Ay, mierda, ya me he liado por los nervios. —Solté una carcajada.

—Solo he necesitado un rato a solas con los dos en la cocina, para darme cuenta de la tensión que se había formado entre ambos.

—No fastidies. —Jadeó.

—¿Qué te sorprende tanto?

—Es que no pensaba que Lain…

—Dago tampoco lo parece.

—Ya —sonrió y fue una sonrisa de cariño. Iluminó su cara—. Dago es muy reservado con su vida privada, yo no cuento porque lo sé todo.

—Me lo imagino, más bien lo daba por hecho. —Apoyé el brazo en la almohada y la cabeza en la mano.

—Se toma muy en serio sus relaciones, no es de liarse por gusto con el primero que vea.

—Me gusta. Lain, a pesar de la apariencia que puede dar y hacer pensar, es igual. En la fiesta del castillo no estuvo con nadie.

—Vaya, pues ahora sí, espero que ninguno esté en el salón del que nos hemos ido —sonreí—. Pero… —Dirigió la mirada hacia la puerta.

—¿Sí?

—¿Cómo vamos a salir de aquí? Lain ha cerrado con llave por fuera.

—En la habitación hay otra llave. —Me miró sorprendida—. En todas las estancias hay varias copias, para evitar problemas.

—¿Y me lo dices ahora? —Volvió a jadear.

—Con la puerta abierta o cerrada, no ibas a irte sin aclarar las cosas. Pero sí, te lo digo ahora, porque me he librado de tener que correr detrás de ti, para darte alcance.

Bufó y reí.

—Así que podemos salir cuando quieras.

—Vamos. —Se incorporó.

Al quedarse sentada el nórdico resbaló hasta su cintura. Fruncí el ceño al ver algo en lo que no me había fijado anteriormente. Era complicado verlo si su cuerpo no quedaba de lado y estabas atento. Una fina línea larga, no, una cicatriz, iba desde debajo de su pecho hasta el inicio de su cadera.

—¿Cómo te hiciste esto?

Fue pronunciar las palabras y reaccionó por instinto, al darse cuenta a lo que me refería. Se tapó con el nórdico, mientras me daba la espalda.

—Fue un accidente —susurró.

Apreté la mandíbula porque en mi cabeza estaban empezado a encajar demasiadas cosas como para no darles una forma concreta. Con la conversación que habíamos tenido había abierto la veda, hasta llegar a este momento.

Me levanté despacio y rodeé la cama, hasta quedarme frente a ella. Me agaché. Me quedé de cuclillas viendo cómo apretaba con fuerza el nórdico contra su pecho.

—¿Jailyn? —murmuré su nombre.

Tenía claro que en este instante estaba en un lugar muy lejano, no conmigo en la habitación.

—Perdona mi indiscreción. —Me vi forzado a decir para traerla de vuelta.

Y funcionó, parpadeó varias veces rápido y levantó los ojos hacia mí.

—¿Estás bien?

—Sí —susurró—. No tienes que disculparte por nada —negó con la cabeza, varias veces—. La que lo siente soy yo, por mi reacción.

—No vuelvas a decir nunca más eso. ¿Quieres hablar de ello? —negó rápido.

Evité mostrar el cabreo que arrasó con todo a su paso, en mi interior. Me levanté despacio y le ofrecí las manos. Soltó el nórdico y colocó las suyas sobre las mías. Al quedar de pie, le di un beso en la frente y me separé.

No quería hacerla sentir incómoda, por lo que recogí nuestra ropa y la dejé encima de la cama. Empezamos a vestirnos, en completo silencio. Cuando terminamos, entró un momento al baño, antes de salir de la habitación.

Fuimos a buscar a Baxter. Nos lo encontramos jugando con una pelota, cerca de la puerta que abrí. Nos esperaba detrás de ella, al habernos escuchado. Junto a él, tomamos la dirección de la escalera.

Como imaginaba y había dado por hecho, el salón del que salimos se encontraba vacío. El fuego estaba a punto de consumirse, por lo que fui a echar varios troncos. Serví dos copas y me senté en el sofá, con Jailyn a un lado y Baxter al otro.

Ella apoyó la cabeza en mi hombro, él en mi pierna, como solía hacer. El fuego no tardó en avivarse.

No quería hacerla sentir incómoda, por lo que recogí nuestra ropa y la dejé encima de la cama. Empezamos a vestirnos, en completo silencio. Cuando terminamos, entró un momento al baño, antes de salir de la habitación.

Fuimos a buscar a Baxter. Nos lo encontramos jugando con una pelota, cerca de la puerta que abrí. Nos esperaba detrás de ella, al habernos escuchado. Junto a él, tomamos la dirección de la escalera.

Como imaginaba y había dado por hecho, el salón del que salimos se encontraba vacío. El fuego estaba a punto de consumirse, por lo que fui a echar varios troncos. Serví dos copas y me senté en el sofá, con Jailyn a un lado y Baxter al otro.

Ella apoyó la cabeza en mi hombro, él en mi pierna, como solía hacer. El fuego no tardó en avivarse.

Capítulo 35



Jailyn

Me estiré en la cama y me salió una sonrisa tonta, incluso antes de abrir los ojos.

Estaba en mi casa, debían ser las nueve de la mañana, a esa hora tenía puesto el despertador para que sonara.

Era miércoles y me tocaba regresar al trabajo, en el turno de las once hasta las cinco. No tenía ningunas ganas de ver la cara de Fiona, ni de sentir su presencia, y ya no digamos si me hablaba o más bien me atacaba.

Quería estar tranquila, en paz, como llevaba desde la tarde del sábado. Desde ese día me había separado muy poco de Drake, solo los momentos en los que me encerré en el baño, riendo, para evitar que se acercara a mí. Mi sonrisa se ensanchó ante esos recuerdos.

Al día siguiente de su invitación para ir a comer, el domingo, me trajo a la casa para coger varias mudas de ropa y cosas de aseo, para quedarme con él en el castillo hasta el martes. Ese fue el día que vine aquí, pero no sola, Drake se quedó conmigo y con Dago, hasta que se fue para que descansara, al tener yo que regresar a la rutina del trabajo.

Habían sido unos días inolvidables, los había vivido con intensidad y no podía sentirme más feliz.

Me levanté de la cama con la necesidad de tomarme un café. No tenía que ducharme, lo hice la noche anterior, antes de meterme en la cama. Cogí una sudadera y me la puse por encima del pijama. Fui al baño y cuando salí m dirigí hacia la cocina. Encendí la cafetera y me preparé el café con leche.

Con él en las manos, me dirigí al patio trasero para tomármelo. Sonreí al salir. Dago giró la cabeza hacia mí y me sonrió.

—Buenos días, dormilona. —Nos dimos un beso en la mejilla.

—He descansado como un bebé. —Me acomodé en la silla de al lado.

Los dos nos quedamos mirando hacia la gran extensión de verde que había más allá del muro del patio.

—Con el ajetreo que has tenido estos días, es lo más normal. —Lo miré de reojo e imité su gesto, sonreí.

—Sí que lo he tenido, pero no soy la única. Ya puedes empezar a contarme lo que pasó con Lain. —Me giré en la silla.

Soltó una carcajada. El muy descarado me dejó un poco más con la intriga. Cogió su taza y bebió un sorbo de café, tomándose su tiempo.

Él regresó a la casa el sábado por la noche, Klaus se encargó de traerlo, después de que cenáramos todos juntos, al igual que a Aneka.

Cuando Drake y yo nos acomodamos en el sofá del salón en el que comimos, estuvimos bastante tiempo solos, bebiendo de las bebidas que preparó él, acompañados por Baxter y el fuego de la chimenea. Era otro de los recuerdos que atesoraba.

Al principio estuve muy nerviosa por si sacaba el tema de lo último que sucedió antes de que saliéramos de la cama, pero no fue así. Drake se mantuvo en silencio, respetando el mío, lo que agradecí inmensamente.

Cuando pasó el tiempo y nadie vino al salón, decidimos subir a la almena. Drake me pidió que me pusiera el abrigo y lo cogí del sillón en el que lo dejó él. Baxter nos siguió de cerca. La experiencia, como las veces anteriores, fue inolvidable. Y en este caso mucho más, porque Drake me abrazó por la espalda y no me soltó en ningún momento, mientras la oscuridad nos rodeaba.

Cuando regresamos al salón, después de un buen rato, ya no estaba vacío. Dago y Lain estaban sentados junto a fuego, en dos sillones cómodos. Nos los encontramos hablando, no sé de qué porque se callaron en cuanto nos vieron. No para ocultar nada, sino para dirigirse ambos a nosotros.

Ellos estaban iguales a como los dejamos, no tenían ni un pelo fuera de lugar, pero eso no fue indicativo de nad porque solo necesité unos segundos para descifrar la expresión de Dago. Nos unimos a ellos junto al fuego, con Baxter tumbado en el centro. Empezamos a conversar, pero nadie sacó el tema del motivo que nos había alejado a Drake y a mí durante tanto tiempo. Todo transcurrió con naturalidad, supongo que, que vieran la actitud de los do fue todo lo que necesitaron saber.

Klaus y Aneka aparecieron al cabo de unos minutos. Mi amiga llegó sonrojada, pero al darse cuenta de que ninguno de nosotros prestaba atención a ese hecho y que continuamos tan normal, consiguió relajarse e integrarse en la conversación.

Cenamos todos juntos, había comida de sobra de la que quedó del mediodía. Dimos buena cuenta de ella y en un momento en el que me quedé más apartada con Dago y Aneka, les dije que iba a quedarme a pasar la noche

con Drake. Ya lo había hablado con él cuando estuvimos en la almena, o más bien me lo pidió y yo acepté encantada.

Cuando llegó la hora en la que mis amigos se fueron junto a Klaus, que se ofreció el primero para llevarlos, me despedí de ellos, dándole la llave de la casa a Dago. No dudé ni por un instante en que Klaus lo dejaría a él primero, para alargar la despedida con Aneka. Se los veía tan monos juntos.

Dago y Lain se despidieron con un apretón de manos, eso fue todo. No dieron indicios de nada. Y aquí estaba yo, esperando a que mi amigo se decidiera a hablar porque continuaba tomándose su tiempo para hacerlo, demasiado.

—Por si no te has dado cuenta estoy esperando. Se va a hacer la hora de tener que irme a trabajar y me vas a dejar con las ganas —comenté para sacarlo de sus pensamientos.

—Mmm… Me acabas de dar una buena idea. —Jadeé y soltó una carcajada—. Te voy a acompañar a la cafetería y me quedaré lo más cerca posible de ti. —Su expresión cambió radicalmente, se cubrió de seriedad—. Si tengo que estar todas las horas en un puñetero taburete en la barra, lo haré.

—Hay muy pocos. —Lo miré agradecida, pero preocupada también.

Dago podía aparentar ser muy calmado, alternaba la seriedad con la diversión, era muy correcto y respetuoso, pero hasta que algo lo alteraba y no le cuadraba según sus valores. Y con respecto a mí, nunca había dejado pasar ni lo más mínimo. Me alegré de que el sábado entrara al interior de la cafetería cuando ya había sucedido todo, porque eso favoreció a que solo se centrara en cómo me encontraba yo, dejando de lado lo demás.

Si no hubiese sido así, yo no tendría ni que haberme molestado en recuperar la bandeja vacía del suelo, habría sido él el que hubiese utilizado cualquier parte de su cuerpo para encararse a Fiona. Cuando se lo proponía no necesitaba mucho para dejar a la otra persona fuera de juego, las palabras también daban duros golpes.

Como ya saqué el tema una vez, si yo sabía defenderme, o más que eso, es gracias a él. Dago es un experto en defensa personal, como también en varias disciplinas de combate de las artes marciales. Llevaba metido en ese mundo desde bien pequeño.

Agradecí inmensamente que se enterara tarde, no quería que se metiera en ningún problema en un país en el que estaba de visita, por bastante tiempo, pero, en definitiva, solo estaba de paso. Cuanta menos implicación tuviese con mi jefa, mejor, para mí era una tranquilidad enorme.

Hoy no iba a poder frenarlo en su intención de permanecer a mi lado, por mucho que le insistiera en que no hacía falta. Era muy protector conmigo, pero de verdad esperaba que el ambiente en el trabajo fuese lo más calmado posible.

Si Fiona me iba a despedir que así fuera, lo aceptaría sin abrir la boca porque no tenía ninguna intención, ni ganas, de relacionarme con ella, en ningún sentido. Y si no se daba el caso, realizaría mi trabajo como siempre, pero evitándola y manteniéndome bien lejos de su presencia. A saber, lo que me esperaba una vez llegara a la cafetería. Todo podía darse, pero era algo que no había acaparado mis pensamientos por mucho tiempo. A estas alturas me daba igual el resultado con el que me encontrara.

—Me haré con uno de los taburetes, como si no me conocieras —sonrió de medio lado.

—No me cabe duda —negué divertida—. No quiero que estés todo el tiempo allí, te vas a aburrir. —Hice un pequeño intento—. Puedes aprovechar para dar un paseo por el centro, no he tenido tiempo de enseñártelo.

—Prefiero estar contigo. —Me hizo un guiño, dando el tema por zanjado.

—Bueno, haz lo que quieras, pero háblame de Lain.

Soltó otra carcajada.

—Cuando te fuiste con Drake, al poco lo hicieron Klaus y Aneka, supuestamente para que Klaus le enseñara más a fondo el castillo. Lain y yo nos quedamos solos en el salón. Notaba tensión, pero de la buena. No sé si me entiendes.

—Perfectamente —respondí rápido para que continuara.

Sonrió con los labios apretados, a la vez que negaba, mirándome divertido.

—Nos tomamos las bebidas en un silencio cómodo. Cuando las terminamos también me propuso enseñarme el castillo. Al menos para nosotros sí que fue nuestro propósito, en ningún momento nos cruzamos con Klaus y Aneka. —Se encogió ligeramente de hombros—. Me mostró toda el ala en la que estábamos, pero también me llevó a las demás. Tienes que pedirle a Drake que te las enseñé, el lado contrario al que estuvimos también es una pasada y los tapices de las paredes impresionan.

»No sé si es porque esa parte no está habitada, pero te transporta aún más al pasado —dijo pensativo—. Me encantó, la verdad, aunque teniendo en cuenta que en mi vida había puesto un pie en un castillo. —Reímos—. Me sentí muy a gusto con Lain, sus comentarios pícaros se unían a los serios y formales. Subimos a la almena, pero a la parte contraria a la que me comentó Lain que tú habías estado con Drake —asentí—. Las vistas son impresionantes, el verde intenso de la pradera se fusionaba con el mar, daba a la costa.

—Oh, eso me gustaría mucho verlo. —Me lo apunté mentalmente para la próxima vez.

—Te encantará, la panorámica de la imagen que ofrece es preciosa y cautivadora —asintió convencido y supe que sería así porque si alguien me conocía a conciencia era él—. Estar allí arriba es como si una parte de ti se desconectara del mundo, le das el sentido que realmente tiene a muchas cosas que con el pasar de los días,

inmersos en las rutinas, pasan desapercibidas y de largo.

»Me hubiese quedado horas en la almena, incluso en alguna otra parte de ella —sonreí—. No sé, es como si en el interior de uno todo se conectara, lo que verdaderamente tiene valor. Al menos es lo que me sucedió a mí y las sensaciones que me transmitió.

—Suena genial.

—Sí, fue una gran experiencia y nos llevó bastante tiempo, tanto el estar en la almena como recorrer casi todo e castillo. Joder, es inmenso. —Sacudió la cabeza.

—Pero ¿pasó algo entre vosotros más allá de la cordialidad? Sé lo que distinguí en tu cara cuando nos reunimos con vosotros en el salón, cuando estabais hablando junto a la chimenea. Drake y yo también veníamos de la almena en ese momento. Nos apeteció subir y como no aparecisteis ninguno… Baxter nos acompañó.

—Sí que pasó —lo confirmó, dirigiendo la vista hacia la pradera.

—¿Eso significa que no fue todo lo bien que querías o que esperabas? —pregunté con tiento, al ver el cambio en él.

—Para nada, fue demasiado bien y bueno, Jailyn. Ese es el problema y por lo que no va a volver a suceder.

—¿Por qué?

—¿Te recuerdo que tengo mi vida en España? ¿Qué tengo un trabajo al que regresar, aunque quede bastante para que lo haga, y que no puedo alejarme de allí porque…?

—No. —Tragué saliva—. No digas lo último porque me haces sentir responsable de que permanezcas allí.

—Tú no eres responsable de nada, joder. —Se pasó una mano por el pelo—. Todo corre de mi cuenta, es mi elección, mi decisión. Pero ahora que sé dónde estás, que te he encontrado, no hay problema. Puedo venir a verte siempre que quiera. —Giró la cabeza hacia a mí—. Igualmente, ya tengo tu número de teléfono, no vamos a perder el contacto nunca más.

Fruncí los labios cuando me acarició la mejilla con la mano.

—Todo está bien —dijo en tono bajo—. Sabes que mi decisión sobre lo de Lain es porque para mí no es sencillo tener una aventura y dejarme llevar, cuando en realidad querría mucho más con él.

—Lo estará —le aseguré—. No te enfades, pero creo que Lain es muy parecido a ti y encajaríais perfectamente. Dago… —susurré cuando negó.

—Que somos compatibles lo supe al poco de estar cerca de él, y que es como un dolor de muelas en algunos momentos, también.

A pesar del momento tenso los dos reímos, soltamos una carcajada.

—¿Entonces…?

—Nada, ese tema está zanjado. —Se encogió de hombros y se llevó la taza a los labios.

Yo hice lo mismo, pero con un nudo en el estómago. Quería que fuese feliz, era lo que más deseaba porque si alguien se lo merecía era él. Las pocas relaciones que había tenido no salieron bien, pero no por él, sino por las otras partes. Cualquiera en su sano juicio querría a un hombre como Dago a su lado, volcado por completo porque cuando quería lo hacía con todo su ser. Siempre me había dado rabia que no encontrara lo mismo, que no fuese receptor de todo lo que él da.

Para cambiar de tema le expliqué mi experiencia del sábado, lo que sucedió en el castillo desde que Drake y yo nos fuimos del salón. Le enseñé ilusionada y emocionada el colgante que me regaló, mientras él sonreía de oreja a oreja, satisfecho. Expresión que varió cuando continué con la parte en la que me alteré bastante. Se tranquilizó cuando continué, al saber cómo se dio todo cuando Lain nos dejó encerrados en la habitación.

Cuando terminé fui a vestirme, para ir al trabajo. Salimos de casa poco tiempo después y volvimos a recorrer las calles dando un paseo. Diez minutos antes de las once accedimos a la terraza de la cafetería y me paré de golpe. Dago chocó conmigo al ir muy cerca, detrás de mí, pero no pude responderle a su pregunta de si pasaba algo. Se dio cuenta él mismo, al seguir la dirección de mi mirada, motivo por el que me dio un beso en la parte de atrás de la cabeza.

Drake estaba sentado en una de las mesas de la zona que yo atendía, sin nada encima de ella. Sonreí al verlo y un montón de emociones se apoderaron de mí cuando nuestras miradas conectaron.

Aunque al principio solo pude verlo a él, no estaba solo, Lain y Klaus lo acompañaban.

—Que somos compatibles lo supe al poco de estar cerca de él, y que es como un dolor de muelas en algunos momentos, también.

A pesar del momento tenso los dos reímos, soltamos una carcajada.

—¿Entonces…?

—Nada, ese tema está zanjado. —Se encogió de hombros y se llevó la taza a los labios.

Yo hice lo mismo, pero con un nudo en el estómago. Quería que fuese feliz, era lo que más deseaba porque si alguien se lo merecía era él. Las pocas relaciones que había tenido no salieron bien, pero no por él, sino por las otras partes. Cualquiera en su sano juicio querría a un hombre como Dago a su lado, volcado por completo porque cuando quería lo hacía con todo su ser. Siempre me había dado rabia que no encontrara lo mismo, que no fuese receptor de todo lo que él da.

Para cambiar de tema le expliqué mi experiencia del sábado, lo que sucedió en el castillo desde que Drake y yo nos fuimos del salón. Le enseñé ilusionada y emocionada el colgante que me regaló, mientras él sonreía de oreja a oreja, satisfecho. Expresión que varió cuando continué con la parte en la que me alteré bastante. Se tranquilizó cuando continué, al saber cómo se dio todo cuando Lain nos dejó encerrados en la habitación.

Cuando terminé fui a vestirme, para ir al trabajo. Salimos de casa poco tiempo después y volvimos a recorrer las calles dando un paseo. Diez minutos antes de las once accedimos a la terraza de la cafetería y me paré de golpe. Dago chocó conmigo al ir muy cerca, detrás de mí, pero no pude responderle a su pregunta de si pasaba algo. Se dio cuenta él mismo, al seguir la dirección de mi mirada, motivo por el que me dio un beso en la parte de atrás de la cabeza.

Drake estaba sentado en una de las mesas de la zona que yo atendía, sin nada encima de ella. Sonreí al verlo y un montón de emociones se apoderaron de mí cuando nuestras miradas conectaron.

Aunque al principio solo pude verlo a él, no estaba solo, Lain y Klaus lo acompañaban.

Capítulo 36



Drake

—Me encanta verte así —me comentó Lain.

Recosté la espalda en la silla y giré la cabeza hacia él. Hacía pocos minutos que habíamos llegado a la cafetería, eran las diez y cuarenta de la mañana.

Klaus había entrado para acompañar un rato a Aneka, ella había llegado con tiempo de sobra para incorporarse a su turno de trabajo, por lo que estarían por alguna parte hasta que a ella no le quedara más remedio que empezar su turno.

Cuando Aneka nos vio, se acercó con una gran sonrisa y nos saludó. Nos comentó que Jailyn vendría caminando junto a Dago.

—¿Cómo?

—Completamente relajado —respondió sonriendo.

—Lo estoy, y hoy más —sonreí de medio lado.

—No esperaba otra cosa, te has salido con la tuya.

—¿Cuándo no? —Rio—. Desde el sábado no hemos tenido mucho tiempo para hablar.

—Has estado muy ocupado —dijo con picardía.

—Puedes apostar a que sí. —Moví los dedos sobre la mesa.

Lógicamente, aunque Jailyn se había quedado en el castillo desde el sábado, habíamos compartido muchos momentos, pero como acababa de decirle, no tuvimos tiempo para hablar en privado. Quise aprovechar al máximo el tiempo con ella, por lo que esos ratos compartidos fueron en grupo.

—Buenos días. —Dirigimos la mirada hacia el chico que nos habló—. ¿Qué quieren tomar?

Era uno de los compañeros de Jailyn que cubría su zona de trabajo, cuando ella no estaba.

—Vamos a esperar un poco —le dije, con la intención de que no fuese él el que nos atendiera.

No por nada, pero no hace falta que os dé mi razonamiento para que me entendáis.

—Ningún problema —nos sonrió—. Avísenme cuando quieran, aunque dentro de poco me sustituirá una compañera —Lain y yo asentimos hacia él.

—Te he visto muy taciturno estos días —continué con la conversación que quería tener con mi primo, cuando nos quedamos solos.

—¿Qué quieres saber? —Apoyó los antebrazos en la mesa.

—El motivo y cómo te sientes al respecto. Sé que Dago tiene que ver con ello. ¿No fue bien entre vosotros? Pensé que…

—Dago es increíble, con lo poco que lo conozco puedo afirmarlo —me interrumpió.

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema?

—No sé —dijo pensativo, desviando la vista, más allá de mí—. Tienes razón en lo de que he estado callado y pensativo, pero es que…

—¿Qué? —insistí al quedarse callado. Sacudió la cabeza.

—Que no esperaba encontrarme con una persona como él, para nada. —Se pasó una mano por el pelo—. Es perfecto ante mis ojos —buscó mi mirada—, pero me dejó las cosas muy claras antes de regresar al salón, donde nos encontrasteis.

—¿A qué te refieres? —Fruncí el ceño.

—Joder, que me dijo que lo que había pasado entre nosotros no iba a repetirse.

—¿Por qué? ¿Y qué pasó?

—¿Hace falta que te responda a la última pregunta? —Arqueó una ceja.

—Sí, cuando te dijo eso y no estás bien. —Imité su gesto.

—Yo qué sé, Drake. —Se echó hacia atrás en la silla—. Todo iba genial, entre piques y bromas, más por mi parte. Fuimos acercándonos.

—Lo de por tu parte no lo he dudado ni por un instante. —Rio y sonreí de medio lado.

—El tema es que cuando todos desaparecisteis le propuse enseñarle el castillo. Aceptó encantado y al terminar en el ala opuesta a la que solemos habitar, subimos a la almena. Le gustó mucho, sería raro que no fuese así. Estuvimos bastante tiempo allí, relajados, disfrutando del paisaje, y fui yo el que me acerqué a él. —Hizo una pausa—. Yo, joder, hacía muchísimo tiempo que no me costaba tanto controlarme, que sentía los nervios de la anticipación.

—Me hago una idea. —Carraspeé refiriéndome a mí.

—El caso es que bueno, lo acorralé en la almena, en uno de los espacios entre las crestas. Lo besé, sin venir a cuento —negó.

—¿Cómo reaccionó él?

—Pues la verdad, en ese momento pensé que la había cagado. —Soltó una carcajada—. Se quedó inmóvil, como paralizado, pero supe que estaba en todas sus plenas facultades, simplemente fue lo que quiso hacer. —Se encogió de hombros—. Cuando me aparté le pedí perdón y durante unos largos segundos no supe qué más hacer o decir, sin que dejáramos de observarnos. —Volvió a pasarse las manos por el pelo, esta vez las dos. Era evidente su agobio y algo mucho más importante, pero me mantuve en silencio para que continuara desahogándose.

»Nunca me había sentido como lo hice el sábado por la tarde. —Bufó—. Temí haberlo ofendido, yo qué mierda sé. Pero ese malestar se evaporó cuando me agarró de la nuca y fue él el que me besó —sonrió—. Yo… Me gustó mucho.

—Fue más que eso —dije convencido y terminó asintiendo.

—Nos enrollamos allí mismo, sin intención de movernos del sitio. Era el ideal, solitario, uno que transmite mucho y nos dejamos envolver por todo el conjunto —asentí—. Fue increíble —susurró—. Cuando el tema se descontroló, con alguna parte de nuestros cuerpos al aire, fuimos a mi habitación. —Se frotó la barbilla—. Ya te haces una idea de lo que sucedió, y por lo que me dijo Dago, cuando terminamos, él no era de actuar así.

»Me comentó que por primera vez en su vida se había dejado llevar, que yo no se lo había puesto fácil —sonrió con picardía—. El problema fue, como ya te he anticipado, lo que me dijo a continuación, que no podía repetirse porque él se iba a quedar una temporada aquí con Jailyn, pero que, aunque fuese bastante tiempo, tenía que regresar a España. —Apretó la mandíbula—. Joder, lo entiendo, yo soy el primero que no me lio con cualquiera.

—Lo sé.

—Pero me jodió porque…

—Porque te supo a muy poco. —Terminé por él y asintió, mirándome directamente.

—Después de eso ninguno de los dos cambió la actitud hacia el otro, pero yo por dentro era como un volcán a punto de la erupción. Respeté su decisión, la comprendo porque él se va a ir y soy consciente de lo que supondría para mí. Me quedaría hecho polvo porque sé que enamorarme de Dago sería muy fácil, en cuestión de poco tiempo.

»Quiero creer que él piensa lo mismo hacia mí, no sé. Por todo esto he estado metido en mi mundo, jodido, porque a pesar de que solo fue un puñetero encuentro, uno más que satisfactorio, mis ánimos terminaron por los suelos.

—Es comprensible. Pero tengo una duda. —Tamborileé los dedos en la mesa.

—¿Qué no te ha quedado claro?

—De lo que me has contado todo, mi duda es por ti.

—¿A qué te refieres?

—Si en algo nos igualamos, Lain, es en la capacidad de tomar decisiones y en llevarlas a cabo hasta el final, sin importar lo complicado que sea, sin pensar en los posibles resultados. Te has apartado de él a la primera de cambio, te has echado a un lado por lo que te dijo. Te has rendido sin luchar, mientras te lamías las heridas porque sí, un encuentro es bastante como para provocar que todo salte por los aires, cuando la atracción y el deseo superan con creces a la razón.

»Tú no eres de los que se dan media vuelta, eres de los que se queda y lucha. Entiendo que el tema del regreso de Dago a España sea algo que te tira para atrás, a los dos, pero, como sabes, va a estar aquí bastante tiempo. ¿Por qué no aprovecharlo? Quizás, cuando llegue el momento, lo hayas hecho cambiar de parecer.

—Joder, no me des ese consejo. —Bufó pasándose las manos por la cara, más agobiado.

—Perdona, pero es un gran consejo y por lo que se ve, a ti se te ha olvidado cómo sueles actuar y enfrentar las cosas. Y esto último es lo que me lleva a pensar que sientes mucho más por Dago de lo que quieres asumir, al frenarte por la negativa de él.

—Mierda, Drake. ¿Por qué hoy no te ha dado por el silencio? —se quejó y yo sonreí de medio lado.

—Será que como has dicho, estoy muy relajado.

—Pues menudo problema para mí. —Bufó.

—O no. Medita lo que te he dicho, tómate tu tiempo, pero no demasiado porque lo desperdiciarás. Y, actúa, sobre todo, actúa en consecuencia con lo que sientes y quieres. Lo que has dicho de que te sería muy fácil enamorarte de Dago… Pregúntate si no lo has hecho ya, aunque te parezca una locura, o si no has empezado a ir por ese camino sin darte cuenta. Por cómo te he visto mientras me lo explicabas, hay algo más en tus reacciones, algo mucho más grande que la atracción.

—¿Has terminado?

—Por ahora. —Soltó una carcajada.

Klaus llegó justo cuando dimos por finalizada la conversación. Nos comentó que dentro de la cafetería todo estaba tranquilo. Lo sabía de sobra, pero igualmente asentí.

Klaus ya nos había puesto al día desde bien temprano de cómo le fue con Aneka. Sobre ellos no teníamos nada de lo que hablar porque mejor no podían haberles salido las cosas. Era un comienzo, uno muy bueno, estaba por ver cómo evolucionaría con el tiempo porque Klaus regresaría con nosotros a Copenhague.

Conversamos de varias cosas, hasta que quien esperaba ver captó toda mi atención.

Jailyn apareció con Dago y me encanto la sonrisa que ella me dedicó. No esperaba encontrarse conmigo en la cafetería, cuando nos despedimos la noche anterior no le dije que estaría cuando llegara, por eso mismo, para darl una sorpresa.

Me levanté despacio mientras se acercaban a nosotros. Lain se puso la careta de siempre y no mostró nada diferente hacia Dago. Se saludaron con un apretón de mano, sonriendo, como si no hubiese pasado nada entre ellos. Con Klaus sucedió lo mismo. Yo me entretuve en rodear la cintura de Jailyn y en pegarla a mi pecho.

—Buenos días —susurré a pocos centímetros de sus labios.

—Buenos días. —Me correspondió, ampliando la sonrisa—. No esperaba verte.

—Ese es el motivo por el que no te dije nada. —Arqueé una ceja, pero sonreí cuando rio.

Apresé su labio inferior, antes que lo hiciese ella. Ese fue el comienzo de un beso en el que no me privé de nada de lo que quería y necesitaba, sin importarme una mierda los ojos que pudieran vernos. Cuando nos separamos, lo hicimos recuperando el aire que nos había faltado.

—Tengo que entrar —murmuró.

—Adelante, aquí estaré.

Se apartó de mí para saludar a Lain y a Klaus con un beso en la mejilla y un abrazo, y nos dijo que enseguida regresaba, para atendernos. Se perdió en el interior de la cafetería, mientras todos ocupábamos de nuevo las sillas. Dago se mantuvo de pie.

—¿No nos acompañas? —le preguntó Klaus.

Miré disimuladamente a Lain, cuando Dago se centró en Klaus. Se mantenía neutro.

—Quiero estar lo más cerca posible de Jailyn, tenía pensado sentarme en uno de los taburetes de la barra, o en una de las mesas más cercanas, en el interior —respondió relajado.

Me gustó la protección que proyectaba hacia ella, bien lo sabía porque Jailyn me había hablado mucho de Dago de la relación que los unía desde casi siempre. Detecté algo en él muy sutil, pero fue lo suficientemente significativo como para darme cuenta de que no estaba mejor que Lain. Independientemente de lo que sintieran cada uno, quedó claro que iban a continuar igual de cordiales como cuando se conocieron.

—No tienes de lo que preocuparte. —Me dirigí a él.

—¿Vosotros no estáis aquí por lo mismo? —Arqueó una ceja.

—No —mi respuesta fue tajante—. Siéntate y te lo explico, Jailyn va a estar bien.

—De acuerdo. —Arrastró la silla y la ocupó.

Klaus se quedó a su izquierda, Lain enfrente y yo hacia la derecha.

—¿No habéis visto a esa mujer? ¿Es eso? —preguntó, pasando la mirada de unos a otros.

Se apartó de mí para saludar a Lain y a Klaus con un beso en la mejilla y un abrazo, y nos dijo que enseguida regresaba, para atendernos. Se perdió en el interior de la cafetería, mientras todos ocupábamos de nuevo las sillas. Dago se mantuvo de pie.

—¿No nos acompañas? —le preguntó Klaus.

Miré disimuladamente a Lain, cuando Dago se centró en Klaus. Se mantenía neutro.

—Quiero estar lo más cerca posible de Jailyn, tenía pensado sentarme en uno de los taburetes de la barra, o en una de las mesas más cercanas, en el interior —respondió relajado.

Me gustó la protección que proyectaba hacia ella, bien lo sabía porque Jailyn me había hablado mucho de Dago, de la relación que los unía desde casi siempre. Detecté algo en él muy sutil, pero fue lo suficientemente significativo como para darme cuenta de que no estaba mejor que Lain. Independientemente de lo que sintieran cada uno, quedó claro que iban a continuar igual de cordiales como cuando se conocieron.

—No tienes de lo que preocuparte. —Me dirigí a él.

—¿Vosotros no estáis aquí por lo mismo? —Arqueó una ceja.

—No —mi respuesta fue tajante—. Siéntate y te lo explico, Jailyn va a estar bien.

—De acuerdo. —Arrastró la silla y la ocupó.

Klaus se quedó a su izquierda, Lain enfrente y yo hacia la derecha.

—¿No habéis visto a esa mujer? ¿Es eso? —preguntó, pasando la mirada de unos a otros.

Capítulo 37



Jailyn

—Te rebosan corazones de los ojos —dijo Aneka, después soltó una carcajada.

—¿Qué dices? —Sacudí la cabeza.

—Que desprendes un aura…

—Ya estamos otra vez con eso. —Reí—. Pues déjame he de decirte que vamos a la par, no te veo muy diferente a mí. —Levanté las dos cejas, varias veces.

—Ay, tengo que contarte cómo pasamos el domingo Klaus y yo. Es tan mono —soltó un suspiro.

—Mono es, y muchas otras cosas también. —Reímos.

—A la tarde hablamos con calma, vamos a salir ya del vestuario, no vaya a aparecer Fiona —comenté caminando hacia la puerta.

—Ojalá no venga hoy. —Hizo un puchero y sonreí.

Fuimos a la zona principal y empezamos a trabajar, cada una entreteniéndose con sus cosas. Salí a la terraza para atender a todos los clientes que esperaban, no solo a los que ocupaban la mesa a la que estaba deseando regresar.

Me paré en varias antes, anoté lo que querían los clientes, y fui hacia la de Drake y el resto.

—Hola —dije sonriente.

Los labios de Drake se curvaron hacia un lado.

—¿Tres cafés solos y uno con leche? —les pregunté.

—Por nuestra parte sí —me confirmó Lain.

—Por la mía también —añadió Dago.

—¿Algo más?

—Por ahora no, así tienes una buena excusa para regresar —comentó Drake.

—A ver si me vas a hacer trabajar más de la cuenta. —Reí y el resto me acompañaron.

Todos menos Drake que se dedicó a observarme como era natural en él. Me entró de todo por el cuerpo: bueno, buenísimo. Daba igual cuántas veces hubiese recibido sus miradas, durante los días que habíamos pasado juntos, no me acostumbraba. Su intensidad iba directa a ciertas partes de mi cuerpo.

—No tengo la intención de cansarte, hasta la tarde o la noche —dijo como respuesta.

Me mordí el labio inferior, fue una de las veces en la que era muy consciente de lo que hacía. Los ojos de Drake se centraron rápido en mi boca. Me encantaba lo que provocaba en él con este gesto.

—¿Tú quieres algo más, Dago? —Me dirigí a mi amigo.

—Por ahora no. —Me hizo un guiño.

—Vale, pues enseguida vuelvo —asentí y me giré.

Me alejé de ellos, pero me costó bastante hacerlo. Me hubiese encantado poder disfrutar con todos, pero era lo que había. Me metí detrás de la barra, le pedí a Sten y a Gladys los bocadillos que querían los otros clientes y mientras ellos los hacían, me dediqué a preparar los cafés y los tés, para volver a la terraza cargando con todo.

—¿Cómo va? —me preguntó Aneka, al ponerse a mi lado.

—Bien, teniendo en cuenta que hace solo unos minutos que he empezado a trabajar… —negué divertida.

—Joder, no me lo recuerdes. Con las ganas que tengo de que lleguen las cinco de la tarde —soltó un suspiro.

—Ya somos dos. Te dejo, vuelvo a la terraza —comenté casi quitándole de las manos los platos a Sten.

Mi compañero me hizo un guiño y le sonreí. Los coloqué en la bandeja, junto a las tazas y la levanté con fuerza El recuerdo de lo que me sucedió el sábado regresó con más intensidad, pero bloqueé ese pensamiento.

Ya no quedaba rastro de la marca rosada de la quemadura, el lunes por la mañana, cuando me quité el pijama para vestirme, había desaparecido por completo. Volvía a tener la piel de la zona por encima del pecho perfecta.

Serví primero a los clientes de las otras mesas, y después terminé en la de los chicos. Me puse entre Drake y Dago.

—Aquí tenéis —dije colocando la bandeja en la mesa.

Sentí un cosquilleo por todo el cuerpo, ante el contacto de la mano de Drake. La colocó por la parte de atrás de la pierna que tenía al alcance, justo por encima de la rodilla, mientras me inclinaba hacia la mesa, para repartir las tazas.

Me incorporé despacio, pero no fui la única que subí, la mano de Drake imitó mi movimiento y ascendió, hasta pararse casi al inicio de la nalga. Lo miré de reojo, estaba tan tranquilo, como si no estuviese haciendo nada.

—¿Qué tal Aneka? —me preguntó Klaus.

—Muy… bien.

Dios, esperaba que ninguno de ellos se diera cuenta del motivo por el que mi voz sonó entrecortada. Drake había deslizado la punta de los dedos por la cara interna y se había quedado tan cerca de… Tragué saliva, sintiendo mucho calor de repente, sobre todo cuando empezó a mover las puntas de los dedos, rozando una zona demasiado tentadora y sensible.

—¿Qué…? —le pregunté, mirándolo directamente.

Aproveché que Klaus le dijo algo a Dago y empezaron a hablar.

—¿Qué? ¿Necesitas algo? —me preguntó Drake, sin mostrar nada diferente en la expresión.

Entrecerré los ojos porque no era justo que me calentara de esta forma, para tener que aguantar las ganas durante las horas de trabajo. Ahora mismo quería encerrarme con él en el baño, y él era muy consciente de mi deseo y necesidad.

—Soy yo la que os sirvo. —Apoyé la bandeja con fuerza contra la zona baja de la barriga, en vertical.

Era la barrera perfecta porque sus dedos ya estaban entre mis piernas y me dio una vergüenza horrible pensar en la posibilidad de que alguno de los chicos lo vieran. No me moví, luché con la contradicción de las dos cosas que quería: continuar sintiéndolo y alejarme rápido de él para poder controlar las puñeteras pulsaciones.

—Me gusta como suena eso —dijo el muy descarado, sin dejar de acariciarme.

—¿Quieres algo más?

—Muchas cosas más, pero no creo que sea correcto mencionarlas aquí, ni mucho menos hacerlas. ¿No te parece? Aunque si tú quieres, yo no tendría ninguna vergüenza por complacerte. Me encanta hacerlo.

Noté un calor intenso en las mejillas y me incliné hacia él, para que no fuese tan evidente mi rubor hacia los demás. Solo esperaba que se me pasara para enfrentar las miradas de los chicos.

—¿Qué quieres conseguir? —susurré cerca de su cara.

—Que no puedas dejar de pensar en mí. —Me tensé cuando frotó mi clítoris.

—Drake… —dije su nombre anhelante.

—¿Voy por buen camino?

—No tenías que proponértelo, no hay manera de que deje de pensar en ti estando aquí o en cualquier parte —murmuré—. Aun así, vas por el camino perfecto, pero te estás salvando de que detrás de nosotros solo hay una jardinera alta, porque si no fuese así, la bandeja que tengo en las manos, tapando lo que me haces, haría rato que estaría sobre tu cabeza.

Se echó hacia atrás y soltó una carcajada. Sonreí al verlo, me encantó el sonido y las sensaciones que me produjo oírlo.

Con un pellizco en la zona que había excitado, retiró la mano. Me hizo un guiño y se acercó a la mesa, para coger su taza. Bebió sin mirarme. Pues ala, él se había quedado satisfecho y yo… Mierda, tenía una calentura…

Por suerte ninguno de los tres se había enterado de nada, cuando me centré en ellos. Hablé unos segundos con todos, pero tuve que continuar con mi trabajo, alterada.

Desde la cristalera de la entrada, observé cómo interactuaban Dago y Lain. Me dio pena verlos, no porque se estuviesen evitando, eso nunca sucedería, al menos por parte de Dago porque a correcto no lo superaba nadie, pero mi pena fue que hablaran y se miraran como si no hubiese sucedido nada entre ellos.

Durante unos segundos me mantuve observándolos. Me encontré con los ojos de Drake desde la distancia y asintió serio. Fue un movimiento casi imperceptiblemente. ¿Sabía lo que estaba pensando? ¿Lain le había contado algo? No tuve ni idea.

Una clienta me pidió que le llevase la cuenta de los tres desayunos que mi compañero le había servido a ella y a sus acompañantes, antes de que yo llegara, y fui hacia la barra.

—Podéis prestarme atención un momento, no os entretendré mucho.

Di un respingo al escuchar la voz de Drake, alta y clara, por alguna parte. Me giré desde detrás de la barra y no entendí nada. Estaba parado cerca del expositor donde teníamos las tartas y una gran variedad de dulces, hacia mi derecha. Lain y Klaus se encontraban a su espalda, un poco retrasados. Dago también había entrado, estaba apoyado con la espalda en la parte fija de la cristalera. Mi amigo me hizo un guiño y con eso y con la expresión que tenía, me dio a entender que sabía lo que estaba sucediendo e iba a suceder.

Intenté que me dijera de lo que se trataba con algún gesto, pero simplemente sonrió. Eso fue todo y puse los ojos en blanco.

—Gracias —continuó Drake.

En ningún momento miró en mi dirección.

—Algunos me tenéis visto de alguna que otra vez, de días atrás. Mi nombre es Drake y os comunico que, desde ayer, la que considerabais vuestra jefa y la dueña de la cafetería, ya no es ninguna de las dos cosas para vosotros. No volverá a aparecer por aquí.

Agrandé los ojos. Se escucharon varias exclamaciones y murmullos, incluidos los de los clientes que estaban súper atentos a la noticia.

—Ahora lo soy yo, el negocio es mío. —Los ojos estuvieron a punto de salírseme, ni siquiera me acordé de cómo se pestañeaba—. Así que, a partir de ahora reinará la cordialidad y la amabilidad en el trabajo. Confío plenamente en el personal, no me cabe ninguna duda de la profesionalidad de cada uno, por lo tanto, mi presencia aquí será muy esporádica, en el sentido de jefe. Espero que la noticia, aunque os haya pillado por sorpresa, sea de vuestro agrado total.

Me giré hacia la izquierda, al escuchar unos aplausos marcados y lentos. Era Sten, había salido junto a Gladys de la cocina y sonreía con satisfacción hacia Drake, mientras movía las manos. El resto no tardó en imitarlo, mientras se escuchaban comentarios de aprobación y de agradecimiento, algunos no podían borrar la sorpresa de sus caras. Drake ni se inmutó al respecto, aguantó estoico de pie, sin mostrar nada en su expresión.

—Me alegro de este recibimiento. Quiero que sepáis que todos seréis escuchados. Si alguna vez habéis pensado en algo que puede mejorar la cafetería, su funcionamiento, o lo que sea, como si hay que hacer algún cambio en lo que creáis oportuno, estaré encantado de escuchar vuestras recomendaciones. Os daré mi punto de vista y si lo considero viable, podéis dar por sentado que lo llevaré a cabo. Solo eso, podéis continuar con vuestro trabajo.

Los clientes, que la mayoría eran habituales, también aplaudieron cuando terminó de hablar. Quedó a la vista que estaban más que satisfechos con el cambio, pero es que ¿quién quería a Fiona? Esa mujer se había ganado a

pulso lo que tenía. Incluso los clientes que estaban en la terraza se habían asomado para enterarse bien y sus sonrisas lo decían todo. Mis compañeros se acercaron a Drake, para presentarse a él personalmente. Sten y Gladys no se quedaron atrás, se sumaron al resto.

Cuando empecé a salir del *shock* busqué a Aneka con la mirada, estaba igual que yo, aunque ella todavía no había conseguido reaccionar. Klaus sin pensárselo se acercó a ella y le dijo algo al oído. Ni idea de lo que fue, pero consiguió sacarla del trance y que mi amiga le sonriera.

—Jailyn. —Giré rápido la cabeza hacia Drake. Estaba al otro lado de la barra.

—¿Por qué no me habías dicho nada de tus intenciones? ¿Cómo…? ¿Cómo has podido quitarle la cafetería a Fiona?

De todo lo que podría haber dicho, fue eso lo que me salió al mover los labios.

—Hoy es el día de las sorpresas. —Apoyó las manos en la barra.

Me di cuenta de que todos volvían a estar en sus puestos de trabajo, en la cafetería todo continuaba con normalidad. ¿Cuánto tiempo me había quedado paralizada?

—Pero…

—Pero nada, si no quieres que tu nuevo jefe te dé varios azotes más tarde, yo que tú empezaría a encontrar las fuerzas para centrarte —dijo con una ceja arqueada.

—¿Azot...? Eso me ha gustado, no sirve de amenaza. —Me crucé de brazos y sus labios se curvaron.

—No era una amenaza, créeme, sé hacerlas mucho mejores. Esto era un anticipo placentero, a sumar a lo que he estado tocando en la terraza.

—Drake… —Noté otra vez las mejillas arder.

—¿Estás bien? —Me miró fijamente, serio—. Me refiero ante la noticia inesperada.

—Más que eso, tengo unas ganas terribles de lanzarme encima de mi nuevo jefe, pero no para estamparle la bandeja en la cabeza. Aunque como has dicho hace un rato, no quedaría muy bien que lo hiciera.

—Te recuerdo que ahora tengo un despacho, por si no lo has relacionado todavía.

Solté una carcajada, incrédula con todo. Es verdad, aun no lo había asumido. ¿Qué si estaba bien al no tener que volver a ver a Fiona? Como le había dicho, estaba conteniéndome para no saltar por encima de la barra y caer

sobre él, pero si lo hacía, ya no podría separarme de su cuerpo.

sobre él, pero si lo hacía, ya no podría separarme de su cuerpo.

Capítulo 38



Drake

Estaba satisfecho, la jugada no había podido salirme mejor. Había forzado a Fiona, la había puesto contra las cuerdas, pero ni siquiera había tenido que molestarme en tratar con ella directamente. Mejor, porque si se hubiese dado ese encuentro podría haber salido mucho más desfavorecida. Mis abogados se habían encargado de todo, siguiendo mis indicaciones. Tenían autoridad para actuar en mi nombre.

Desde días atrás, tuve claro lo que quería conseguir y lo había hecho, más concretamente cuando esa mujer quiso dejar en ridículo a Jailyn, pasando por encima de ella, delante de mí. Todo había salido perfecto, la tal Fiona estaba fuera del alcance de la cafetería y de todo lo que tenía que ver con ella, ya era historia pasada. Por suerte, encontré varias cosas de las que tirar, forzándola a presentar todo tipo de documentaciones del negocio.

No le había servido de nada, supe muy bien hacia dónde apuntar. Como había comentado alguna vez Lain, cuando me proponía algo, cuando se me metía una idea en la cabeza, no paraba hasta conseguirlo y este era el resultado de lo que había mantenido en secreto hacia todos, menos hacia Klaus y Lain que habían estado a mi lado en el proceso.

Hacía un rato que habíamos vuelto a la mesa, tuve que forzarme a apartarme de Jailyn para no arrastrarla a mi supuesto despacho. No me había molestado a entrar en él, ni falta que hacía. Como les había comentado a todos, mi presencia aquí no sería nada habitual. Me mantendría informado de hasta la más mínima cosa, pero desde Copenhague, a excepción de los viajes que hiciera al castillo.

Vi a Jailyn salir con la bandeja. Llevaba varios platos sobre ella. Caminó hasta que se paró junto a una mesa, nos separaba poca distancia. Noté cómo su mirada se desviaba hacia mí, siendo muy consciente de que tenía la atención puesta en ella. Me gustaba ponerla nerviosa porque decía mucho más que si hablara.

—Hola.

Esa simple palabra en forma de saludo cortó la conversación que mantenían Klaus, Lain y Dago. Giré la cabeza hacia la presencia que se había parado a mi lado, a muy poca distancia. Era una mujer joven y no tuve ni puñetera idea de quién era como para hablarme de esa forma tan directa. Porque estaba claro que el «hola» que había salido de sus labios iba dirigido en mi dirección.

—¿Nos conocemos?

Yo tenía clara la respuesta, clarísima, pero, aun así, hice la pregunta para saber por dónde iba a salir con la contestación. Mi mirada se desvió unos segundos hacia donde había estado Jailyn. No la encontré en el mismo sitio, se había desplazado, pero muy poco. En el breve tiempo que la observé me di cuenta de que se había puesto en tensión y fruncí ligeramente el ceño. Nos estaba mirando fijamente, o más bien a la chica, pero solo fue durante unos segundos, hasta que desvió la vista.

¿Jailyn la conocía? No me estaba enterando de nada, por lo que devolví la vista a la mujer.

—No —dijo acompañando con una risita a la negación—. Yo te vi una vez por la calle, pero no me acerqué a ti —Arqueé una ceja.

—¿Y vas saludando a todos los que ves por la calle? —Recosté la espalda en la silla.

Noté el carraspeó de diversión de mi primo, pero me mantuve firme aguantándole la mirada a la chica.

—Bueno, es la primera vez que lo hago. —Volvió a reír, esta vez de forma más exagerada.

—¿Y el motivo es…?

—Es que esa vez que te vi, me prometí que, si en alguna otra ocasión se repetía, no perdería la oportunidad de conocerte. Me gustaste y no sé, quizás te interese quedar algún día o noche, en otro momento. —Miró hacia los chicos unos segundos.

Se dedicó a saludarlos abiertamente, se presentó. Yo ni escuché su nombre cuando lo dijo, no estaba interesado en absoluto. Lo que sí que me interesó fue buscar a Jaylin y la localicé, pero esta vez sacándole brillo con esmero a una mesa libre. Fruncí los labios. Volvía a estar celosa y la reacción que tuvo mi cuerpo no podía esperar a la tarde o la noche, como le había adelantado.

—Por eso me he acercado —continuó, dirigiéndose a mí de nuevo.

Dago parecía que le estaba haciendo una radiografía, pero no en el buen sentido. Era de esperar, para él era una amenaza para su amiga. Lo que no sabía, pero estaba a punto de enterarse, es que por mi parte no tenía por lo que molestarse, ni siquiera en observarla como lo hacía.

Klaus y Lain se mantuvieron neutros, pero los labios de mi primo empezaban a tensarse, sabiendo muy bien cuál iba a ser mi reacción.

—Estoy con unas amigas. —Señaló hacia una mesa que estaba en el lado contrario a la nuestra—. Estarían

encantadas de unirse a vosotros —comentó dirigiéndose a los chicos.

—Es todo un honor —habló Lain, con tono sarcástico. Ella no lo diferenció. Dago lo miró de reojo unos segundos, sus ojos se movieron de forma involuntaria al escucharlo. Lo supe porque rectificó rápido—, pero no estamos interesados en la propuesta, ni lo más mínimo.

Pocas palabras, pero las justas y necesarias. Viene de familia, qué puedo decir… Miré de reojo a Jailyn y por lo más sagrado, tuve que hacer un gran esfuerzo, echar mano a todo mi autocontrol para no reírme. Continuaba limpiando sobre limpio la mesa, con energía, por detrás de los chicos. Eso sí, no miró hacia nosotros, ni falta que hacía, lo estaba escuchando todo perfectamente.

—Yo… —dijo ruborizada.

—Mi amigo no ha querido ser desagradable, pero la respuesta de todos es la misma —comentó Klaus, sin inmutarse.

—Nosotros podemos tomar un café. —Se centró en mí que todavía no le había dicho lo que me parecía su intromisión.

—Si me disculpas, tengo algo muy importante que hacer —hablé, mientras me levantaba de la silla.

—Eh, sí, claro —comentó ella, siguiéndome con la vista.

Pasé por detrás de ella y rodeé la mesa, yendo directo hacia Jailyn. Dio un pequeño respingo cuando le rodeé la cintura con un brazo y le levanté el cuerpo. Sin girarla, con su espalda pegada a mi pecho, le moví la cabeza por la barbilla. No esperé a que dijera nada, me lancé a su boca. El beso fue tan intenso que la sentí estremecerse entre mis brazos. Me tragué su jadeo, mientras mi lengua y mis labios consumían a los suyos.

Cuando nos separamos, no aparté los ojos de los de ella, con las respiraciones desacompasadas. No me hizo falta mirar hacia la chica, mi respuesta no verbal había sido lo suficientemente esclarecedora como para que se fuera. Me dio igual que continuara en el mismo sitio, no tardaría en irse junto a sus amigas.

—Ven al despacho. Ahora. —Sonó a orden porque en lo más profundo de mí lo fue.

La solté y di un paso atrás, provocando que tuviese que apoyarse con las manos en la mesa. Le di la espalda y me dirigí hacia la cristalera, mientras escuchaba las risas comedidas de Lain, Dago y Klaus.

No me paré hasta que llegué a la puerta que supuse que era el despacho, del que iba a hacer uso por primera vez Solo había tres puertas, una tenía claro que era un baño, en la otra ponía vestuario en una placa, por lo que por descarte no me equivoqué. Era imposible hacerlo, no había más opciones.

Encendí la luz y cerré, y me paré a hacer una pasada rápida por la estancia. Todo lo que había en ella iba a terminar en la basura, nada que tuviese que ver con la dueña anterior me interesaba.

Escuché movimiento en el pasillo y fui hacia la mesa. Me senté en el filo, justo cuando la puerta se abría. Jailyn apareció y sonreí de medio lado, tenía las mejillas ruborizadas.

—Nos han visto todos, hasta mis compañeros —se quejó al cerrar.

—¿Y? —Arqueé una ceja.

—Que no sabía nadie, aparte de Aneka, que tú y yo…

—Pues ya lo saben, y a lo que atenerse también, han tenido una muestra muy visual. No voy a esconder lo que tenemos, sea el nuevo jefe o no. Ni por asomo se me pasa por la cabeza.

—No es lo que quiero, pero…

—¿Te sientes incómoda?

—No.

—¿Entonces? —Me crucé de brazos.

—Que no sé lo que tenemos —habló en tono muy bajo.

Me quedé completamente en silencio durante unos segundos, los que ella aprovechó para cambiar el peso de su cuerpo, de un pie al otro.

—Acércate —le pedí más suave.

—¿Te has enfadado? —me preguntó mientras caminaba hacia mí.

Se paró enfrente y pasó la mirada por el despacho. Imaginé que, aunque hubiese estado muchas veces, ahora lo vería diferente por motivos obvios.

—No, pero quiero aclarar ahora mismo lo que tenemos. —Se centró en mí.

—Yo… —Se frotó las manos en el delantal.

—¿Conocías a esa mujer? —Cambié de tema, dándole un poco de tiempo.

Sabía que con este giro conseguiría mi propósito. Y así fue.

—De vista. —Bufó fuerte.

—¿En persona no? —negó.

—La escuché hablar de ti antes de que nos conociéramos. —Se mordió el labio inferior.

Esta era una de las veces que lo hizo sin darse cuenta. Me contuve, no iba a tardar mucho en echar por tierra mi autocontrol, pero me intrigaron sus palabras.

—¿A qué te refieres? ¿Cómo puedes saber que hablaba de mí si tú y yo no nos conocíamos?

—La he reconocido y me ha quedado claro, por lo que te ha dicho al acercarse a ti. Aneka y yo, hace un tiempo la escuchamos hablar sobre lo mismo con sus amigas en un *pub*, una noche que salimos. Ha repetido lo de que te vio, pero no se acercó. —Se encogió de hombros—. La dejaste muy impresionada, tanto que se le soltó la lengua con sus amigas. —Desvió la mirada.

—¿Y eso te molesta ahora?

—No.

—No te queda bien mentir. —Contuve la sonrisa que tiraba por aparecer en mis labios—. Porque yo diría que te has mantenido muy cerca de nosotros, para enterarte de todo, mientras frotabas tanto la mesa que has estado a punto de quitarle los dibujos que tiene grabados.

Bufó otra vez, esta vez con más fuerza. Dio un paso hacia atrás para apartarse, pero la agarré de la cadera e hice que volviera a darlo hacia delante. La dejé encajada entre mis piernas.

—Te has puesto celosa, otra vez.

—Será porque eres muy perseguido. —Levantó la barbilla, testaruda.

—¿Tú crees? Yo diría que no hago nada para conseguirlo, al menos en este caso.

—Sí, me he puesto celosa, ¿vale?

—Estupendo.

—¿Para eso me lo has preguntado? ¿Para decir eso?

—Sí, solo quería que volvieras a admitirlo. Y me encanta. —La agarré de la nuca y la acerqué a pocos centímetros de mi cara—. Me encanta que no puedas controlarte, que sea superior a ti, que se te remueva todo por dentro cuando te sientes amenazada, aunque sea sin sentido hacia mí. —Le lamí el labio inferior y soltó un pequeño jadeo.

»Me has puesto cachondo —gimió—. Mucho. Y para que te quedes tranquila, te aseguro que en ningún momento he tenido la intención de seguirle el juego a esa chica. Me ha dado exactamente igual su presencia y lo que quería conseguir. Creo que lo he dejado muy claro al ir hacia ti y al hacer lo que he hecho, besarte o más bien devorarte.

—Sí —susurró acariciándome los labios con los suyos, al hablar—. Tú no has hecho nada, solo ser tú.

Me levanté empujando su cuerpo hacia atrás.

—Quítate los pantalones y la ropa interior, si quieres tener algo con lo que salir cuando terminemos —le dije con voz rasgada.

—¿Cómo? —Jadeó y volvió a hacerlo cuando me giré hacia la mesa.

Deslicé el brazo y la mano por toda la superficie y la dejé libre de obstáculos. Menos el ordenador, todo lo que había en ella cayó al suelo, apenas sin hacer ruido porque debajo había una alfombra.

—Te voy a dejar muy claro lo que somos. Estoy esperando. —Hice una pausa—. Cuando estés preparada, siéntate en la mesa y abre las piernas, con los pies encima.

Gimió, mientras pasaba por su lado. Fui hasta la puerta y eché el pestillo. No creía que fuese a entrar ninguna persona sin llamar antes, pero no quise arriesgarme porque no quería ninguna interrupción. Si en algún momento alguien le diese por venir, se iría por donde había venido porque no iba a atender a nadie, excepto a Jailyn.

Me giré hacia ella y apoyé la espalda en la puerta, con los brazos cruzados. Arqueé una ceja, todavía no se había movido.

—Sí, solo quería que volvieras a admitirlo. Y me encanta. —La agarré de la nuca y la acerqué a pocos centímetros de mi cara—. Me encanta que no puedas controlarte, que sea superior a ti, que se te remueva todo por dentro cuando te sientes amenazada, aunque sea sin sentido hacia mí. —Le lamí el labio inferior y soltó un pequeño jadeo.

»Me has puesto cachondo —gimió—. Mucho. Y para que te quedes tranquila, te aseguro que en ningún momento he tenido la intención de seguirle el juego a esa chica. Me ha dado exactamente igual su presencia y lo que quería conseguir. Creo que lo he dejado muy claro al ir hacia ti y al hacer lo que he hecho, besarte o más bien devorarte.

—Sí —susurró acariciándome los labios con los suyos, al hablar—. Tú no has hecho nada, solo ser tú.

Me levanté empujando su cuerpo hacia atrás.

—Quítate los pantalones y la ropa interior, si quieres tener algo con lo que salir cuando terminemos —le dije con voz rasgada.

—¿Cómo? —Jadeó y volvió a hacerlo cuando me giré hacia la mesa.

Deslicé el brazo y la mano por toda la superficie y la dejé libre de obstáculos. Menos el ordenador, todo lo que había en ella cayó al suelo, apenas sin hacer ruido porque debajo había una alfombra.

—Te voy a dejar muy claro lo que somos. Estoy esperando. —Hice una pausa—. Cuando estés preparada, siéntate en la mesa y abre las piernas, con los pies encima.

Gimió, mientras pasaba por su lado. Fui hasta la puerta y eché el pestillo. No creía que fuese a entrar ninguna persona sin llamar antes, pero no quise arriesgarme porque no quería ninguna interrupción. Si en algún momento a alguien le diese por venir, se iría por donde había venido porque no iba a atender a nadie, excepto a Jailyn.

Me giré hacia ella y apoyé la espalda en la puerta, con los brazos cruzados. Arqueé una ceja, todavía no se había movido.

Capítulo 39



Jailyn

—Lo has dicho en serio —dije sorprendida.

—¿Alguna vez has oído de mí algo que no lo sea? —Arqueó otra vez la ceja.

—No. —Fruncí los labios.

—Dispones de muy pocos segundos, antes de que vaya hacia ti y me encargue yo de tus pantalones y de la braga, y créeme, si lo hago, quedaran inservibles.

—Joder.

—Has dado en el calvo, adelante.

—Puede acercarse cualquiera y escuchar.

—¿Me ves preocupado por eso?

—Tú nunca pareces preocupado. —Bufé.

—Hay otra opción, si la ves más correcta la hago.

—¿Cuál?

—Dejar la puerta abierta, así quien se acerque, no tendrá ninguna duda de lo que estamos haciendo, porque el quedarme expuesto no va a frenarme.

—La virgen. —Agrandé los ojos.

—Tú decides.

—Déjala como está —dije rápido porque lo veía muy capaz de llevar a cabo sus palabras.

—Eso pensaba.

Con manos temblorosas, desabroché el delantal que cayó al suelo, para continuar soltando el botón del pantalón y bajar la cremallera. No apartó los ojos de mí, de lo que hacía. Parecía muy concentrando en lo que veía. Me tenía atacada de los nervios, pero también, extremadamente excitada.

Me mordí el labio inferior mientras arrastraba el pantalón, junto a la braga, haciéndolos caer. Drake estaba tan excitado como yo, su dura erección se marcaba en su pantalón. No tenía ni idea de cómo podía tener tanta contención, yo estaba fracasando estrepitosamente en el control sobre mi cuerpo. Incluso el roce de la ropa y el de mis dedos me habían erizado la piel, por lo sensible que la notaba de repente.

Ver a la misma chica del *pub*… La reconocí al instante, cuando se acercó a Drake y le habló. Se me revolvió el estómago y ahora lo tenía revuelto por otro motivo muy diferente, uno muy bueno por la anticipación. Daba igual cuántas veces hubiese tenido sexo con Drake, durante los días que habíamos estado juntos, mis reacciones y sensaciones no variaban.

Me entraron ganas de reír mientras me sacaba la ropa por los pies, después de quitarme los zapatos. Solo de pensar dónde estábamos y al traer a mi recuerdo a Fiona, me dieron ganas de soltar una fuerte carcajada. Lo último de lo que me desprendí fueron los calcetines.

No dije nada, caminé de espaldas a la mesa, mientras la mirada incendiada de Drake no se apartaba de mi zona íntima, de lo que alcanzaba a ver. La imagen estaba a punto de cambiar para él, mucho, tanto como mis piernas dieran de sí para abrirse. La humedad entre ellas aumentó, mi pulso se desbocó.

Choqué con las nalgas en la mesa y me subí, quedándome sentada, bajo su atenta mirada. Me deslicé un poco hacia el centro y me tumbé de espaldas. Me quedé mirando al techo, eso antes de que tuviese que cerrar los ojos. Cuando lo hice, subí las piernas como me había pedido, colocando la planta de los pies sobre la mesa, a la vez que los deslizaba hacia los lados.

Tuvo lo que quería, una visión perfecta de mí, abierta y expuesta, y con unas ganas tremendas de moverme en la mesa, por todo lo que me recorría en este instante. De mis labios salió un pequeño jadeo al escuchar un gruñido de él.

—¿Tienes frío? —Di un respingo.

Se había acercado, estaba entre mis piernas sin haberlo oído moverse.

—No, estoy muy caliente. —Me mordí el labio inferior.

—Lo veo, brillas. —Arqueé la espalda por el contacto de varios de sus dedos.

Arrastró la humedad, acarició y frotó cada parte, provocándome oleadas de placer. Gemí cuando introdujo un dedo en mi interior y fui al encuentro de su dedo, para sentirlo más profundo. No podía quedarme quieta, era demasiado.

Drake solo utilizó una mano, pero llegó a todos los puntos necesitados.

—Por favor… —Jadeé sintiendo cómo la desesperación se apoderaba de mí.

—No tengo ninguna prisa, estoy disfrutando mucho.

—Pues yo sí —dije entrecortada, con los labios entreabiertos.

—Me encanta verlo.

—Joder. —Intenté juntar las piernas cuando separó mis labios inferiores, mi sexo abierto por completo para él.

Sus brazos hicieron de barrera para impedir que las cerrara, mientras que con sus dedos me daba placer.

—Dime, Jailyn. —Arrastró las palabras al decirlas—. ¿Qué somos, según tú?

—No, no lo sé. —Arqueé la espalda e intenté a agarrarme a la mesa con las manos, pero no encontré nada a lo que sujetarme.

—No me ha gustado esa respuesta, hasta que no des con la correcta no vamos a salir de aquí, y, por supuesto, no voy a parar. Puedo estar horas disfrutando de tu cuerpo, haciéndote retorcer, desesperada, una y otra vez, degustando tus orgasmos.

—Mierda —siseé y contuve el aliento.

Sus dedos se apartaron de mi zona íntima y me agarró de las piernas, para deslizarme por la mesa. Mi trasero se quedó al límite del filo y lo siguiente que sentí, fue un aluvión de sensaciones cuando su boca cayó sobre mi clítoris.

Grité, no pude contenerme ni retener el grito que salió de mi garganta, y en este instante poco me importó, por lo desesperada que me tenía. Su lengua empezó a rotar sobre mi punto sensible y excitado, aumentando cada vez más la velocidad, mientras sus dedos volvían a estar en mi interior, esta vez añadiendo otro más.

Arqueé la espalda con mayor intensidad, yendo a su encuentro. Mi cadera se movió sola, acompañando al

movimiento de sus dedos, mientras me restregaba en su boca. No tardé en dejarme llevar, me corrí sin remedio. La intensidad fue tanta, que tardé en dejar de sentir los espasmos. Cuando todo se ralentizó, me quedé desmadejada encima de la mesa, sin fuerzas ni siquiera para mantener las piernas dobladas.

No tuve que hacer nada, Drake se encargó de todo. Me bajó de la mesa y me giró, dejándome de cara a ella.

—Apoya el pecho y abre las piernas para mí.

—Síií…

—Lo estás deseando —gruñó y antes de que lo hiciera, saboreé el sabor de mi excitación y el suyo propio, en su boca.

Cuando paró el beso hice lo que me pidió porque sí, lo estaba deseando, bien lo sabía él.

Me tumbé otra vez sobre la mesa, pero esta vez bocabajo. Apoyé toda la parte superior en la madera, incluidas las palmas de las manos y la mejilla, al dejar la cara ladeada, para verlo de reojo.

Me subió un poco, elevándome la cadera. Perdí el contacto con el suelo e hice lo último que me faltaba, abrir las piernas para él, todo lo que pude, dándole el mejor acceso. Me recorrió un escalofrío al sentir el calor de sus manos sobre las nalgas. Me las separó y vi cómo tenía la vista concentrada en lo que acababa de dejar expuesto.

Con una mano, sin apartar la otra de mi piel, abrió su pantalón y la cremallera. Se lo bajó lo suficiente, igual que el bóxer, para encarar la punta de su miembro en mi entrada.

—Dios… —casi grité cuando entró de una embestida, rápida y fuerte.

—¿Te has pensado mejor la respuesta? —me preguntó mientras retrocedía.

—¿Y si me equivoco? —gemí cuando volvió a entrar, llenándome por completo.

Notaba la tensión de la piel, su calor, todas las sensaciones iban más allá del placer.

—Muévete —le pedí, haciéndolo yo hacia él.

—Dilo sin miedo a equivocarte, Jailyn, y te aseguro que te daré lo que tanto deseas. Esto es una jodida locura —siseó quedándose quieto por completo.

Al principio no caí a lo que se refería, hasta que volvió a moverse, repitiendo la intensidad. No llevaba protección, estábamos sintiéndonos al natural y entendí a qué se debían las nuevas sensaciones más intensas. Joder, ni me había dado cuenta.

a

Intenté recobrar la compostura, pero sus siguientes embestidas, profundas y certeras, me dejaron sin aliento.

—¿Qué somos, Jailyn? —insistió, mientras me llevaba a la locura máxima.

—Somos… Estamos juntos —gemí sin poder continuar.

—Síií… —siseó.

Apretó el agarre en mis nalgas y se impulsó dentro de mí con tanta potencia que tuve que agarrarme como pude
ıa la madera, para que mi cuerpo no se deslizara hacia delante. De repente paró y empezó a entrar y salir despacio, haciéndome desesperar por completo.

—Más… —me lamenté, intentando echar la cadera hacia atrás.

—Cuando me respondas lo tendrás, solo tienes que pronunciar las palabras correctas.

Jadeé, esta vez más por la impotencia de necesitarlo tanto y no obtenerlo.
s

—Estamos juntos, somos una pareja —dije ansiosa, no reconocí mi propia voz.

—Sí —gruñó.
e

Se inclinó sobre mí, a la vez que empujaba en mi interior. Su miembro llegó más profundo y dije su nombre en alto, reteniéndome para no gritarlo.

Se quedó con el pecho apoyado en mi espalda y me giró la cabeza hacia él, levantándomela.

—Que no se te olvide —siseó antes de besarme.

El beso fue demoledor, con choque de dientes, batalla de lenguas y nuestros labios buscándose desesperados.

Cuando se apartó y se puso recto, empezó un baile que fue mi perdición. El ritmo que tomaron sus embestidas me llevó a otro orgasmo que me dejó sin aliento. Drake no paró, aumentando la intensidad para su propio placer. Justo antes de correrse salió de mi interior y lo hizo sobre mis nalgas, provocándome un escalofrío.

Cerré los ojos, agotada y completamente saciada, mientras él se encargaba de buscar algo para retirar los restos de su orgasmo de mi cuerpo y la humedad entre mis piernas. Lo hizo con una delicadeza que me llegó al corazón, no dejaba de impresionarme los contrastes que tenía, pero estaba más que encantada por recibirlos todos.

Cuando terminó y se quedó conforme, me ayudó a levantarme y me dejó sentada sobre la mesa, de cara a él.

Me agarró de la nuca y se acercó a mí.

—¿Bien? —Me la masajeó con los dedos.

—Estupendamente —solté un suspiro—, pero a ver cómo encuentro las ganas de trabajar. —Hice un puchero, provocando que sonriera.

—Podría decirte que te vienes conmigo ahora, o dentro de un rato, pero sé que me dirás que no.

—Correcto, y menos después del beso que han visto todos y de que hace poco que nos hemos enterado de que eres el jefe. —Arrugué la nariz.

—Estoy deseando continuar cuando te tenga solo para mí. —Me rodeó con los brazos, acariciándome los labios con los suyos.

—No veo el momento de que llegue. —Lo besé.

El beso fue lento, pausado, el que disfrutamos de igual manera.

—Antes de las cinco vendré para recogerte. —Empezó a jugar con las ondas de mi melena.

—Vale.

—Mañana haces el mismo horario, ¿verdad? Entras a trabajar a las once.

—Sí —sonreí.

—Quédate esta noche conmigo, en el castillo. Puedes decirle a Dago que venga, con todo el espacio que hay si nos lo proponemos no nos encontraremos.

Solté una carcajada, pero me encantó la propuesta.

—Cuando se lo diga me dirá que no, querrá dejarnos solos. —Le acaricié el pecho por encima del jersey.

—Bueno, por unos días seré yo el que os deje tranquilos, así podéis estar más juntos.

—¿Y eso? —Ladeé la cabeza.

—Mañana cuando te traiga al trabajo salgo de viaje. Tengo que ir a Copenhague, necesitan mi firma en varios

documentos importantes y tiene que ser presencial. Por otra parte, tengo pendientes varias reuniones que no puedo retrasar más. Solo me llevará un par de días, como máximo.

—Oh, vale —sonreí, pero sin ningunas ganas de separarnos.

Era consciente de que Drake tenía gran parte de su vida en esa ciudad, empezando por la empresa de la que era dueño y en la que trabajaba activamente. La cafetería sería un extra para él.

—Por eso quiero aprovechar todo el tiempo que podamos estar juntos —continuó—. Te voy a echar de menos.

Sus palabras tuvieron un efecto en mí, uno muy bueno, uno al que aún me costaba adaptarme. Lo abracé apoyando la mejilla en su pecho. Todavía continuaba desnuda de cintura para abajo, pero no me importó, él ya estaba perfecto para salir por la puerta, con todo recogido y en su sitio. Se había acomodado la ropa rápido, después de limpiarse, una vez lo hizo conmigo.

Durante unos minutos nos mantuvimos en silencio, sin separarnos, hasta que fue él el primero en moverse. Se apartó para recoger mi ropa del suelo y me acerqué rápido a él, quitándole la braga, al ver la intención que tenía. Me hice con ella dejándola a medio camino de su nariz.

Soltó una carcajada, pero yo ya estaba excitada otra vez.

documentos importantes y tiene que ser presencial. Por otra parte, tengo pendientes varias reuniones que no puedo retrasar más. Solo me llevará un par de días, como máximo.

—Oh, vale —sonreí, pero sin ningunas ganas de separarnos.

Era consciente de que Drake tenía gran parte de su vida en esa ciudad, empezando por la empresa de la que era dueño y en la que trabajaba activamente. La cafetería sería un extra para él.

—Por eso quiero aprovechar todo el tiempo que podamos estar juntos —continuó—. Te voy a echar de menos.

Sus palabras tuvieron un efecto en mí, uno muy bueno, uno al que aún me costaba adaptarme. Lo abracé apoyando la mejilla en su pecho. Todavía continuaba desnuda de cintura para abajo, pero no me importó, él ya estaba perfecto para salir por la puerta, con todo recogido y en su sitio. Se había acomodado la ropa rápido, después de limpiarse, una vez lo hizo conmigo.

Durante unos minutos nos mantuvimos en silencio, sin separarnos, hasta que fue él el primero en moverse. Se apartó para recoger mi ropa del suelo y me acerqué rápido a él, quitándole la braga, al ver la intención que tenía. Me hice con ella dejándola a medio camino de su nariz.

Soltó una carcajada, pero yo ya estaba excitada otra vez.

Capítulo 40



—Muchas gracias.

—A ti, Jailyn. Que tengas un buen día.

—Igualmente —le sonreí.

Salí de la panadería. Eran las ocho y media de la mañana del viernes. Me sentía eufórica por terminar la semana de trabajo, pero ese no era el motivo real por el que estaba deseando que fuesen las cinco de la tarde. Drake me había dicho que vendría a recogerme.

Se fue el jueves por la mañana, nada más dejarme en la cafetería. Había necesitado menos tiempo del que me comentó porque no faltaba mucho para vernos. Bueno, todavía quedaban muchas horas por delante, pero ya no importaba, sabiendo que cerraríamos el día juntos.

Para rematarlo, no tenía que trabajar el fin de semana en la cafetería, por lo que estaría disponible completamente.

Me monté en la bicicleta y coloqué la bolsa en el manillar, atándola bien para que no se cayera. Pedaleé por las calles, yendo directa hacia casa. Me había adelantado a Dago, lo dejé duchándose y salí a hurtadillas. Siempre era él el que iba a comprar el pan y algo para desayunar.

Con una sonrisa tonta en los labios, crucé la última calle, llegando a la mía. La curva de mis labios se amplió cuando pensé en los días que llevábamos trabajando sin la presión que ejercía Fiona. El ambiente había cambiado tanto, que era un lujo pasar las horas con mis compañeros. Todos estábamos más que agradecidos a Drake, el que por cierto me explicó antes de irse de viaje, cómo había conseguido hacerse con la cafetería.

Yo de negocios entendía lo justo y necesario, por lo que muchas de las cosas que me dijo me sonaron como si me hablara en otro idioma. Lo importante era el resultado, uno totalmente inesperado y sorprendente.

Drake me aseguró que Fiona no volvería a aparecer por la cafetería, ni siquiera para echar un vistazo. Sus abogados, en nombre de él, le advirtieron a ella que, si se le ocurría acercarse ni que fuese a la terraza, Drake se

encargaría de que le llegaran denuncias de todos sus antiguos empleados, quienes habían sufrido mal trato continuado por su parte, y yo formaba parte de ese grupo.

Fue un requisito inamovible para Drake, así que se aseguró de que Fiona lo llevara a cabo. Y de verdad creía que lo que menos se le ocurriría a ella es presentarse en la cafetería, dado que más de uno no se callaría.

Vi la casa a lo lejos y pedaleé un poco más rápido, pero toda la alegría que me habían provocado mis pensamientos se evaporó en cuanto perdí el control de la bicicleta.

Solté un grito, justo en el instante en el que fui consciente de que me iba al suelo. Maldije y me quejé, dolorida en el suelo, después del impacto y de arrastrarme por él. Había intentado frenar la caída con una pierna, pero se me enredó con la bicicleta y el movimiento.

—¡Jailyn! —gritó Sorine, una vecina de la calle.

Vino casi corriendo a mi lado, mientras yo me mantenía en el suelo.

—Lo lamento —giré la cabeza hacia el conductor del coche que se había parado a un metro de distancia—, perc debería tener más cuidado. Puede que la próxima vez sea peor.

Me hirvió la sangre, ¿cuidado? Yo iba por mi puñetero carril, él era el que había sobrepasado su zona. Mandaba narices, que con lo tranquila que era la calle de tráfico, y voy y tengo un accidente aquí.

—El que debe tener más cuidado es usted —le gritó Sorine, junto a mí—. Ha dado un volantazo, lo he visto, si no sabe conducir o ir concentrado en lo que hace… Será imbécil. —Jadeó indignada.

El coche se alejó de nosotras, sin esperar a que ella terminara de hablar.

—No te preocupes. —Fruncí los labios, al sentir varias punzadas en las piernas, en el costado y en la cadera. La muñeca izquierda también me dolía.

Estiré las piernas con cuidado e hice una mueca.

—Hay hija, se te ha roto el pantalón de deporte y estás sangrando. —Se arrodilló a mi lado, Sorine.

—No es la primera caída que tengo en bici, estoy bien.

—Pues por tu expresión de dolor no lo parece. —Me miró preocupada.

—Por suerte estoy cerca de casa.

Sin importarme el dolor que me iba a provocar, le di una patada con rabia al manillar que se había quedado encima de una de mis piernas. Apreté la mandíbula y cerré los ojos, por el fogonazo que sentí.

—Déjame que te ayude. Ese hombre es un impresentable, con lo que ha provocado y no ha pensado en bajarse a atenderte, en ningún momento. —Sacudió la cabeza indignada.

Yo preferí quedarme callada porque bastante caliente estaba ya, como para dejarme llevar por su enfado.

Me ayudó a levantarme y lo hice en tensión, pero cuando llevaba unos segundos de pie, me adapté bastante bien.

—Ya está, gracias —le sonreí.

—No digas tonterías. —Se agachó para coger la bici y enderezarla—. Agárrate a mí, yo llevo la bicicleta —me pidió y lo hice sin dudar.

La bolsa en la que llevaba el pan y el desayuno no se había librado del golpe, lógicamente, pero por suerte se mantenía bien atada por el nudo que había hecho. Cojeando, así llegué junto a Sorine a la puerta de casa.

—Muchas gracias. —La abracé con fuerza, lo mismo que recibí de ella.

Noté unos pinchazos en la espalda, pero no me quejé ni dije nada.

—¿Quieres que entre? Puedo ayudarte.

—No —le sonreí, antes de darle un beso en la mejilla—. Te lo agradezco mucho, pero mi amigo Dago está en la casa.

—Ay, sí, lo he visto contigo algunas veces —me sonrió—. Parece un chico estupendo, al menos, guapo a rabiar lo es. —Reímos.

—Es ambas cosas, y muchísimas más. —Le hice un guiño.

—Hija, ¿hoy tienes que ir a trabajar?

—Sí. —Hizo una mueca.

—¿No vas a llamar para decir lo que acaba de pasar? Tienes las rodillas destrozadas, te van a doler las piernas al estar tantas horas de pie, eso sin contar la sacudida que le has dado al cuerpo.

Sorine conocía muy bien dónde trabajaba, solía venir mucho a la cafetería, aparte de que era una de las tantas

personas con las que cogí confianza, al poco de empezar a vivir en la casa de los padres de Aneka. Ellos, Inga y Arvid, la conocían muy bien, tenían una buena amistad.

La puerta se abrió de golpe y Dago apareció al otro lado. Nos había escuchado. Pasó la mirada de una a otra y apretó la mandíbula, cuando se centró en mí.

—¿Qué cojones te ha pasado?

—Un coche se ha metido por donde circulan las bicicletas y ha provocado que Jailyn se cayera. Se ha hecho mucho daño —contestó Sorine por mí, todavía preocupada.

—Disculpe mis modales —le dijo mi amigo—. Hola, soy Dago. —Le ofreció una mano que ella ignoró.

Me apoyé en el marco de la puerta cuando se separó de mí y dejó la bici contra la fachada, para ir hacia mi amigo.

—Yo me llamo Sorine, hijo. —Lo abrazó con mucha naturalidad.

Intenté no reír al ver la expresión de mi amigo, pero enseguida sonrió y le correspondió al abrazo.

—Muchas gracias por ayudar a Jailyn.

—No hay de qué. Me ha dado mucha rabia, y encima el conductor le ha dicho que tenga más cuidado la próxima vez, que puede ser mucho peor. ¿Te lo puedes creer? Le hubiese dado con un palo en la cabeza, hasta dejarlo tonto. —Bufó.

Intercambiaron varios comentarios rápidos, y Sorine se despidió de nosotros, deseándome que me pusiera bien. Dago metió la bici y se puso a mi lado. Me rodeó la cintura con un brazo y me ayudó a entrar.

—No estoy tan mal. —Intenté tranquilizarlo.

—No me fastidies quitándole importancia.

Opté por el silencio. Su tono de voz serio y tajante me indicó que era la mejor opción. Estaba enfadado, pero sabía que no era por mí, lo que no quitaba que los dos termináramos peleándonos con los nervios como los teníamos.

A mitad del salón me cogió en brazos, me pasó el brazo por detrás de las piernas, con cuidado, y se dirigió hacia el baño. Encendí la luz.

—¿Ha pasado algo más, aparte de lo que me ha contado Sorine? —me preguntó, dejándome con cuidado en el

suelo— ¿Jailyn? Joder —se lamentó porque no pude evitar mostrar el dolor que sentí al apoyar de nuevo los pies en el suelo.

—Solo es hasta que me acostumbro —negué—. No, es como ha dicho Sorine. Ni me he dado cuenta de que tenía un coche cerca, ni mucho menos detrás —solté un suspiro.

—Quítate los pantalones —me pidió.

—Puedo limpiarme y curarme sola.

—¿Tú has escuchado algo ahora mismo? Porque yo, no. —Se cruzó de brazos y puse los ojos en blanco.

No se trataba de que me diese vergüenza, para nada. Con Dago eso nunca había sucedido, igual que él no tenía ningún pudor en mostrarse ante mí, pero es que sabía que se iba a poner peor.

Con un suspiro entrecortado tiré de la cinturilla del pantalón de deporte hacia abajo, pero él se encargó de continuar, para que no flexionara las piernas. La prenda de ropa iba directa a la basura, se había rajado en la zona de las dos rodillas.

Dago maldijo al ver cómo las tenía, pero me mantuve callada.

—He comprado los dulces que te gustan.

—Si hubieses esperado solo un poco habría ido yo…

—¿Por qué te pones así? Ha sido un accidente, en el que no he tenido la culpa. —Hice una mueca.

Levantó la mirada hacia mí. Todavía estaba agachado, le faltaba liberarme un pie, después de quitarme las deportivas.

—En lo que me queda de vida no quiero volver a ver ningún daño en tu cuerpo —siseó—. ¿Lo entiendes? —Tragué saliva y asentí, viéndolo borroso de repente—. Ni un puñetero rasguño, Jailyn, y ahora mismo tienes mucho más que eso. —Tensó la mandíbula.

—Dago…

—No, dame un rato —me pidió y lo hice.

a

En silencio, me metí en la bañera con su ayuda. Me lavó las heridas con mucho cuidado y delicadeza, con agua y jabón, y aguanté el escozor de la falta de piel. Después de que me secara, para no inclinarme yo, me sacó en brazos de la bañera y me sentó en un taburete que había en una esquina. Le indiqué dónde tenía lo básico para

hacer curas y lo cogió todo.

—Hoy no pensarás ir a trabajar, ¿verdad? —me preguntó mientras se arrodillaba frente a mí.

—Aún queda tiempo, entro a las once y seguro que estoy mucho mejor.

Levantó la mirada, con el ceño fruncido, pero no dijo nada al respecto. No supe si era bueno o malo.

—Gracias —susurré.

—Como vuelvas a decir eso aprieto con fuerza en las heridas y vas a cambiar de parecer —me amenazó, pero sonreí.

Por suerte, estaba concentrado en curarme la primera rodilla y no me vio. Cuando terminó con las dos, me las cubrió con gasas y continuó con la espinilla en la que tenía algunos rasguños.

—¿Te duele algo más? Quítate la sudadera —me pidió levantándose.

Me ofreció las manos para que lo hiciera también.

—El costado, la cadera y la muñeca izquierda, pero ha sido por el impacto.

—Déjame ver.

Me quité la ropa, quedándome solo con el sujetador y la braga. Dago recorrió mi piel, mientras me decía dónde me iba a aparecer un hematoma. Examinó todas las partes que le había mencionado, y después me abrazó.

—No vas a ir a trabajar, así tenga que llamar yo mismo a Drake —susurró sobre mi cabeza.

Solté un suspiro porque tenía la batalla perdida de antemano. Podía llegar a salirme con la mía, pero la verdad era que me sentía dolorida, sin fuerzas y sin ganas de moverme. Solo me apetecía estirarme en alguna zona blanda y cómoda.

Cerré los ojos con fuerza. Me dio un beso en la frente, mientras varios de sus dedos se deslizaban por la cicatriz de mi costado, acariciándola con delicadeza.

Capítulo 41



Dago

Abrí con cuidado la puerta de la habitación de Jailyn. El interior estaba oscuro, pero con la claridad que entró del pasillo, la vi dormida en la cama. Cerré con cuidado y miré la hora en el reloj de muñeca.

Fui al salón para coger el móvil.

En cuanto terminé de curarla en el baño la llevé a su cama. Después de tomarse un calmante y de llamar a Aneka, para decirle que no iba a ir a trabajar, explicándole lo que le había sucedido, se quedó dormida en cuestión de minutos.

La desperté para comer, al terminar nos acomodamos un rato en el sofá, viendo una película. Gracias a los subtítulos pude seguir el hilo de la trama. Cuando finalizó, estuvimos un rato hablando, hasta que le empezaron a pesar los párpados como para mantenerlos abiertos.

La acompañé de vuelta a la habitación y desde entonces estaba descansando. Había pasado una hora, pero no tenía la intención de despertarla.

Cogí el móvil y abrí la puerta principal de la casa. La dejé entornada a mi espalda y busqué el número de teléfono de Lain. Antes de que nos liáramos en el castillo, nos intercambiamos los números en el salón en el que estuvimos relajados tomándonos las copas, cuando todos se fueron.

Era la primera vez que iba a utilizarlo, pero mi interés iba en otra dirección, no en la de Lain. En él no quería pensar.

—¿Dago? —me preguntó extrañado, después de descolgar bastante rápido.

—Sí. Hola, Lain.

—Eh, ¿cómo va?

—Podría ir mejor.

—¿Y eso?

—¿Sabes si Drake ha regresado ya?

Eran las cuatro y diez de la tarde, sabía que un poco antes de las cinco tenía pensado ir a la cafetería, para recoger a Jailyn. Él no sabía que no había ido a trabajar, y lógicamente no tenía ni idea de lo que le había sucedido. Faltaba muy poco para que estuviese al tanto.

—Sí, lo tengo aquí al lado. Estamos en el castillo.

—Perfecto, ¿me pasas con él?

—Claro. —Noté la sorpresa en su tono de voz.

—¿Dago?

—Drake, ¿puedo ir hasta ahí? ¿Al castillo?

—No tienes que preguntarme, ni esperar mi permiso para venir cuando te apetezca, pero ¿sucede algo?

—Es Jailyn, quiero hablarte de ella.

Silencio al otro lado de la línea, uno que prolongó.

—¿De qué se trata? Dentro de poco voy a la cafetería para…

—Lo sé, pero no hace falta que vayas. Hoy no ha ido a trabajar.

Recorrí la calle con la mirada, en ambos sentidos, varias veces.

—¿Qué mierda…? ¿Qué le pasa a Jailyn?

—Necesito hablar contigo y no te preocupes, ahora mismo está durmiendo en su cama.

—Voy a por ti y…

—No, prefiero buscarme la vida para ir yo hasta el castillo. No quiero que ella esté cerca cuando te cuente ciertas cosas.

—Ven pronto.

—En unos minutos salgo.

Colgué guardándome el teléfono en el bolsillo trasero del pantalón y entré. Fui hasta el patio y cogí la bicicleta. La dejé apoyada en el pasillo para cerrar bien la puerta trasera y me asomé de nuevo a la habitación. Jailyn no se había movido y esperaba que no lo hiciese pronto.

Igualmente, si se despertaba y no me encontraba, me llamaría al instante. Empujé la bici y fui hacia la puerta principal. Eché la llave por fuera y me monté. No me paré a pensar en cómo se me veía montado en la bicicleta de Jailyn, yo era bastante más alto que ella y fui todo el camino con las piernas demasiado flexionadas. Ni me paré a elevar el sillín.

Recordaba el camino hasta el castillo y lo recorrí, no me costó mucho tiempo llegar frente a la gran puerta doble.

—Hola —me saludó Lain, ya me esperaba apoyado en la fachada.

—Hola. —Le devolví el saludo.

Arqueó una ceja al ver la posición de mi cuerpo sobre la bici y frunció los labios.

—Como digas algo al respecto, con alguna de tus gracias, empezaremos mal —le advertí, bajándome.

Soltó una carcajada y lo seguí al interior del castillo. Coloqué la bici en un lateral del patio central y fuimos hasta Drake. Apareció en la puerta que daba acceso al interior.

Nos guio hacia la tercera planta y accedimos a una sala. No había estado en el interior, pero sí la vi de pasada cuando Lain me enseñó el castillo.

—¿Qué está pasando, Dago? ¿Por qué esa necesidad de hablar de Jailyn sin que esté ella presente? Estoy deseando saber por qué no ha ido a trabajar.

—Yo que tú no tardaría en empezar a hablar, lo he tenido que contener para que no saliera de aquí —comentó Lain.

Se había apoyado en el respaldo de un sofá, con los brazos cruzados. No hubo ningún indicio de sonrisa en sus labios, estaba serio. Drake se mantenía de pie, cerca de la chimenea encendida, con las manos en los bolsillos del pantalón y visiblemente cabreado con la situación de todo.

—Jailyn ha tenido un accidente esta mañana.

—¿Cómo? —se preocupó Lain, incorporándose.

Drake dio un paso hacia mí, amenazador. Me adelanté antes de que dijera algo al respecto. Continué.

—Está bien, más o menos.

—¿Qué cojones significa eso? —Me mantuve firme ante él.

—Salió temprano para comprar pan y algunos dulces, para desayunar conmigo, antes de ir a trabajar. Cuando regresaba a casa un coche se metió en el carril por el que iba ella y bueno, como es lógico ya sabéis lo que sucedió. Jailyn se llevó un buen golpe, tiene algunas zonas doloridas y las rodillas lastimadas. Se las he curado —añadí al ver la tensión en el cuerpo de Drake—. Por eso no ha ido a trabajar, al poco de suceder no podía moverse mucho sin que le doliera.

Se pasó una mano por el pelo, desviando la mirada. Le di unos segundos.

—La encontré en la puerta de la casa, con una vecina que la ayudó porque el conductor se fue a toda prisa.

—Hijo de…

—Ya. El caso es que quería ir a trabajar y si no hubiese estado yo, seguramente lo hubiese hecho. He pasado todo el día con ella y como te he dicho, ahora está descansando, dormida en la cama. Lleva una hora.

—¿Y por qué no querías que ella escuchara esta explicación si es lo que ha pasado? —Entrecerró los ojos, con ellos fijos en mí.

Lain se mantenía callado, había vuelto a apoyarse en el sofá. Para él también era el centro de atención.

—Porque eso no es precisamente lo que no quiero que escuche. Jailyn y yo tenemos confianza plena, el uno en el otro, pero… No quiero que sufra más.

—¿A qué te refieres? ¿Le ha pasado algo más hoy?

—No.

—¿Entonces? —Drake dio otro paso hacia mí.

—Voy a servir tres whiskies porque me da la sensación de que los vamos a necesitar —intervino Lain.

Pasó por mi lado y fue directo al minibar.

—No sé por qué he tenido el instinto o el presentimiento, pero… —Sacudí la cabeza—. Verla con heridas, ver su sangre, me ha hecho…

—No estás ayudando para que no estalle un huracán devastador en esta sala —Lain me advirtió sobre su primo.

Carraspeó mientras me ofrecía un vaso.

—Gracias —dije y asintió.

Se acercó a Drake que cogió el vaso y se bebió de golpe la bebida. Terminó de vuelta en las manos de su primo, vacío.

—Vale —suspiró—. Relájate un poco, ya sabes que Jailyn está descansando.

—¿Te crees que eso es suficiente? —Lo encaró Drake.

—Ya sé que no, pero es algo muy importante.

Drake asintió, dándole la razón. Después se centró en mí.

—¿Quieres otro? —le preguntó Lain.

—No.

—De acuerdo. —Fue a por su vaso y regresó rápido—. Vamos a sentarnos en los sofás —propuso.

Hasta que no se movió Drake, no lo hice yo. Me senté a un lado de Lain, a cierta distancia, y Drake ocupó el sofá de enfrente. Inclinó el cuerpo hacia delante y juntó las manos, observándome con atención.

—Necesito retroceder en el tiempo para que lo entendáis. —Tragué saliva.

Drake dio un pequeño respingo. No creía que Jailyn le hubiese contado nada de su pasado, no porque no confiara en él, sino porque era algo que tenía muy enterrado en su interior y no le era nada fácil sacarlo de buenas a primeras.

—Si os voy a contar esto, es porque es necesario. En mi jodida vida traicionaría a Jailyn. —Apreté las manos en el vaso.

—Lo sabemos. —Giré la cabeza hacia Lain.

Me había agarrado de la nuca y sentir su contacto me jodió, por lo que sentí. Retiró despacio la mano y asintió para que continuara.

—El caso es que mientras ella ha estado dormida durante la mañana y ahora por la tarde, me he dedicado a tirar de un contacto que tengo en España. —Me pasé una mano por el pelo.

—¿Por qué? Sigue. —La voz de Drake fue tan suave, que era peor que escucharlo enfadado, porque era engañosa.

Y no me equivoqué cuando me encontré con sus ojos.

,

—Me remonto a muchos años atrás… —Cogí una bocanada de aire, bebí un buen sorbo de *whisky* y continué —. Jailyn era una niña feliz, con una sonrisa constante en la cara. Era alegría pura, hasta que su padre falleció. — Acaricié el borde del vaso, con la vista centrada en lo que hacía—. Fue un duro golpe, pero, a pesar de ello, consiguió volver a ser ella.

»El problema es que ese episodio de su vida dio paso a otro muchísimo más traumático. —Apreté la mandíbula —. Su madre conoció a un hombre al cabo de un par de años y terminaron casándose. Fue muy rápido todo, pero por aquel entonces Jailyn todavía estaba bien. Lo aceptó, pero esa aceptación no tardaría en cambiar.

»Yo me di cuenta al instante de que algo pasaba. De la noche a la mañana se volvió callada, reservada, nunca conseguía sacarle una sonrisa, por muchas bromas que hiciera y por muy payaso que me mostrara. —Sacudí la cabeza—. Por más que le preguntaba, su respuesta siempre era la misma, que no le pasaba nada. Se cerró por completo. Con el puñetero tiempo, cuando crecimos unos años, entendí su cambio radical.

»Fue una mañana en la que fui a su casa. Su padrastro no estaba, su madre sí. Ella me abrió la puerta borracha y me hizo un gesto con la mano para que entrara, casi no podía mantenerse en pie. Yo sabía que a su madre le había dado por beber, e incluso llegué a pensar en algunas ocasiones que, por ese motivo, dadas las situaciones que se tenían que vivir en la casa, sería el detonante de lo que le pasaba a Jailyn.

»Más tarde supe que en parte sí, pero que no era el mayor de los problemas para ella. Ignoré a su madre y subí las escaleras. Al llegar frente a la puerta de la habitación de Jailyn abrí directamente, sin llamar, porque entre nosotros no hacía falta. Ignorante de mí que pensaba que nada podía sorprenderme, cuando me llevé un golpe tan duro que me quedé petrificado. Jailyn estaba de espaldas a la puerta, intentando ponerse un jersey y lo que vi en su piel…

Mi vaso desapareció de mis manos. Miré de reojo a Lain, me lo había quitado por lo que pudiese hacer con él.

—Tenía la espalda llena de hematomas. —Me pasé un mano por el pelo—. En cuanto se dio cuenta de que no estaba sola se giró rápido hacia mí, con un cuchillo en la mano. El impacto que me llevé… Todavía tengo puñeteras pesadillas en las que recreo ese momento. Le costó darse cuenta de que era yo, pero cuando lo hizo, se quedó sin aire, sabiendo que la había visto.

»Enseguida se le nublaron los ojos y se puso a llorar. La ayudé a vestirse y la saqué de la casa. Cuando se tranquilizó, para que mis padres no notaran que había estado llorando, fuimos a la mía. Ese fue el día en el que supe la verdad, que su padrastro llevaba maltratándola, desde poco tiempo después de que se casara con su madre

Yo… Me volví loco. —Me froté la cara, sintiendo la desesperación que sentí en el pasado.

»Juro por Dios que lo habría matado con mis propias manos, pero Jailyn me rogó que no hiciera nada, que me mantuviera al margen. Quería protegerme y eso es lo que le enseñé a hacer a ella. Desde bien pequeño he estado metido en el mundo de las artes marciales, soy experto en varias especialidades. Aprendió conmigo a defenderse, a no dudar a dar el primer golpe certero si era necesario. Estuvimos varios años entrenando, al principio era ella la que siempre estaba en el suelo —sonreí un poco, recordando sus quejas y cómo me amenazaba—, pero al final fui yo el que en más de una ocasión invertía la posición.

»Su… Padrastro estaba obsesionado con ella —apreté la mandíbula—, pero Jailyn aguantó. Me dijo más de una vez que iba a resistir hasta que tuviese claro que podía terminar con todo. Estaba decidida y yo la apoyé, nunca me aparté. El valor se asentó en ella y poco a poco consiguió que, como máximo, su padrastro solo la zarandeara. Pero eso cambió una noche en la que Jailyn llegó de trabajar. Esta parte me la explicó, yo no estaba presente y ojalá lo hubiese estado porque si no, ese desgraciado no hubiese sobrevivido. —Me presioné la frente.

»Cuando entró en la casa, estaba silenciosa y no se preocupó, hasta que llegó a su habitación y se encontró a su padrastro sentado en su cama. Todas las alarmas de Jailyn saltaron. La atacó, pero ante la sorpresa de él, ella supo defenderse y no quedarse a su merced. La pelea se complicó, pasaron por varias partes de la casa, hasta que Jailyn se desplomó sangrando en medio del salón. Él no iba desarmado, utilizó una navaja para atacarla y le rajó todo el costado, desde el pecho hasta la cadera. Aún hoy día, me cuesta creer que ella, en su estado, encontrara las fuerzas para atacarlo de vuelta.

»Utilizó la misma navaja porque en cuanto la hirió, soltó una carcajada y lanzó la navaja al suelo. Jailyn la agarró y lo apuñaló en el pecho. Me hubiese encantado ver la cara de ese hijo de… —Sacudí la cabeza—. Antes de perder el conocimiento, y después de llamar a la policía, para pedir ayuda, me llamó con las últimas fuerzas que le quedaban. En mi vida he corrido tanto, desesperado por llegar hasta ella. —Tuve que hacer una pausa.

»Cuando llegué a la casa varias ambulancias estaban en la puerta y los sanitarios atendían a los dos. Estaban inconscientes. Ese fue el final para él, pero no porque muriera, se recuperó con el tiempo. A final me refiero a que fue a la cárcel. Jailyn pudo vivir varios años tranquila, recuperándose de sus heridas, las que llevaba por dentro, hasta que supo que su padrastro iba a quedar en libertad mucho antes del tiempo que tenía que estar encerrado.

»El desgraciado tenía muchos contactos y el pánico pudo con Jailyn. Huyó de España, se alejó de mí sin decirme a dónde iba. —Apoyé la espalda en el sofá—. Solo me dejó una carta en la que me explicaba que tenía que apartarse de mí porque ese hombre era capaz de cualquier cosa y sabía la unión que teníamos los dos. Y aquí la encontré, después de mucho tiempo buscándola desesperado. —Solté el aire de golpe.

»El último detective que contraté, porque los anteriores no hicieron una mierda, dio con ella en esta ciudad. Era el único dato del que dispuse y viajé hasta aquí, dispuesto a encontrarla, sin importarme el tiempo que tardara. Y lo hice —sonreí un poco—, di con ella. Desde que este tipo salió de la cárcel le he estado siguiendo el rastro, no tenía de nada por lo que preocuparme porque estaba controlado, hasta esta mañana…

—¿No lo denunció? —preguntó en tono muy bajo Lain.

—Sí, en varias ocasiones. La acompañé para que lo hiciera, antes de lo último que sucedió entre ellos. La policía solo hizo algunos controles rutinarios, de pasada. Ese tío se encargó de ponerse una careta ante ellos y la cosa quedó en nada.

—¿Por qué hasta esta mañana?

La voz de Drake fue indescriptible. Dirigí la mirada hacia él. Su posición corporal y lo que desprendían su cara y sus ojos, no se quedaba atrás. Parecía que quería consumir todo lo de alrededor, pero lo entendía perfectamente.

—Jailyn me había dicho muchas veces que es casi imposible que en esta ciudad haya un accidente, sobre todo a ir en bicicleta —asintió y Lain lo confirmó—. Al enterarme de lo que le había pasado, y al escuchar las palabras de su vecina de la misma calle, no sé, en mi interior supe que algo no estaba bien.

»Lo poco que le dijo el conductor a Jailyn, es que tuviese más cuidado porque la próxima vez podía ser mucho peor. En cuanto Jailyn se durmió llamé al detective que dio con ella y le pedí que se informara del paradero de su padrastro. Esta tarde, mientras ella dormía otra vez, he tenido respuesta de él. La última localización en la que lo sitúa es…

—Aquí. —Terminó por mí Drake, levantándose de golpe.

—Fue en Odense hace unos días, pero poco varía. Ese tío no tiene porqué viajar hasta aquí, nunca había salido de España. Quiere vengarse, o terminar lo que no pudo. Yo qué mierda sé. Jailyn no reconoció al conductor del coche, pero estoy seguro de que ese tío sabía muy bien lo que estaba haciendo, al meterse en el carril para las bicicletas.

—¿Crees que el padrastro le había pagado o algo parecido? —preguntó con tiento Lain.

—Ya he dicho que tiene muchos contactos, y algunos bastante importantes —comenté.

—Joder. —Se pasó las dos manos por el pelo, dirigiendo la vista a su primo.

Drake había empezado a moverse, se mantenía callado, pero no podía dejar los pies quietos. Hasta que se paró y se volvió hacia mí.

—Quiero todos los datos. Desde su puñetero nombre hasta lo más mínimo —me exigió y asentí.

—Drake… —Lain y yo también nos levantamos. Él dio varios pasos hacia él —. ¿Qué vas a hacer?

—Esperar a tener noticias, en cuanto haga una puñetera llamada. Sucederá rápido, lo sabes —asintió Lain—, y entonces actuar para terminar con lo que tendría que haber sucedido hace muchísimo tiempo, dando un final definitivo a la situación, uno por el que Jailyn no tendrá miedo nunca más.

Cogí una gran bocanada de aire.

—Gracias por confiar en nosotros —me habló directamente Drake—, por contarnos algo tan sagrado para Jailyn —asentí—. Te juro que todo va a terminar.

No tuve ninguna duda al respecto, como tampoco pude responderle por el nudo que se me formó en la garganta Lain se puso a mi espalda y colocó las manos en mis hombros, para reconfortarme.

—Tranquilízate —casi me susurró, sin llegar a rozar su cuerpo con el mío—. Todo va a estar bien. Drake no permitirá que sea de otra forma.

No tuve ninguna duda al respecto, como tampoco pude responderle por el nudo que se me formó en la garganta. Lain se puso a mi espalda y colocó las manos en mis hombros, para reconfortarme.

—Tranquilízate —casi me susurró, sin llegar a rozar su cuerpo con el mío—. Todo va a estar bien. Drake no permitirá que sea de otra forma.

Capítulo 42



Drake

Abrí los ojos despacio y giré la cabeza. Le retiré varios mechones de pelo de la cara a Jailyn, con cuidado de no despertarla. Hacía media hora que Dago y yo habíamos llegado a la casa. Nos la encontramos durmiendo, ni siquiera se movió un poco cuando encendí la lámpara de la mesita de noche y la luz tenue iluminó la habitación, como tampoco cuando me senté en la cama, junto a ella.

Tenía la espalda apoyada en el cabecero. Menos los pocos segundos que había tenido los ojos cerrados, el resto del tiempo me había dedicado a observar cómo dormía, lo tranquila que parecía.

Le había asegurado a Dago que Jailyn no sabría todavía la conversación que habíamos tenido. Ninguno queríamos que se pusiera nerviosa, necesitábamos que estuviese lo más relajada posible, sin sentirse amenazada.

Bastante había sufrido ya, como para permitir que volviera a hacerlo.

—Tan valiente, tan fuerte… —susurré acariciándole con cuidado la mejilla que no tenía apoyada en la almohada.

Estaba de lado, hacia mí. Recorrí con los dedos sus pecas, despacio, y tuve que hacer otro esfuerzo de contención, uno grandísimo. Ya sabía el motivo por el que ella dijo que sus pecas eran un defecto, no me había hecho falta preguntarle a Dago. El hijo de puta de su padrastro le habría dicho tantas cosas que no podía permitirme pensar en ello, porque perdería la cabeza.

Paré el movimiento cuando se estiró, pero no la aparté.

—Drake… —susurró con voz adormilada.

Entreabrió los ojos, encontrándome directamente.

—Hola, dormilona —murmuré.

—¿Tan tarde es? ¿Cómo…?

—Dago llamó a Lain, para hablar conmigo. Quería avisarme de que no fuese a buscarte al trabajo.

—Vale —soltó un suspiro—. No te he dicho nada porque no quería preocuparte. Me pareció más correcto contarte lo que me ha pasado en persona. Supongo que Dago te lo ha dicho.

—Sí. Tranquila. —Agarré un mechón de su melena y enrollé la onda con el dedo—. ¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubiese caído de una bici en marcha y me hubiese arrastrado con ella encima por el asfalto —sonrió, pero yo apreté la mandíbula—. Era broma. Estoy bien, despertándome —asentí.

—He preparado la cena con Dago.

—¿Tan tarde es? —Abrió del todo los ojos, de golpe.

—Las siete y media, necesitabas descansar.

—No voy a dormir esta noche. —Arrugó la nariz.

—Ya te digo yo que sí, me voy a encargar de ello. —Se mordió el labio inferior.

—¡Ahora no! —me lamenté por eso y rio— ¿Te ves con fuerzas para levantarte o quieres cenar aquí?

—Necesito alejarme de la cama —soltó un suspiro.

Me bajé y fui al otro lado, donde ella estaba tumbada. Ya empezaba a incorporarse y retiré el nórdico con cuidado. La ayudé a ponerse de pie y la sostuve unos segundos, hasta que se acostumbró y el dolor pasó.

—¿Bien?

—Sí —me sonrió.

—Estupendo, pues vamos. —La agarré de la mano y seguí su ritmo al andar.

Con cada mueca de dolor, con cada gesto que hacía, mi cabreo fue en aumento, pero me mantuve neutro hacia ella.

—Ey —dijo Dago, levantándose del sofá.

Vino hasta nosotros y le dio un beso en la frente, por lo que Jailyn sonrió de oreja a oreja. Fuimos los tres hacia la cocina y la obligamos a sentarse junto a la mesa, mientras nosotros nos encargábamos de poner los platos con la comida, que era lo único que faltaba.

—¿Cómo ha ido el viaje? —me preguntó, después de tragar el primer bocado que se llevó a la boca.

—De un lado para el otro, pero bien —respondí.

Me guardé el darle los detalles de que me había reunido con Karen. Ese tema estaba completamente zanjado, ya se lo haría saber a Jailyn porque ahora no era el momento. No me había costado ni diez minutos que Karen se alejara de mí, con un grito e indignada. Como si me fuese a importar su reacción. Eché mano a cierta información privilegiada y turbulenta de la que disponía sobre ella, para hacerla desaparecer de mi vida, y lo había conseguido con creces.

—¿Te ha dado tiempo a todo? Has regresado muy rápido.

—Lo tengo absolutamente todo controlado. —Le hice un guiño.

—¿Cuánto tiempo más podrás quedarte en el castillo?

—El que quiera, siempre puedo ir y volver si se trata de algo urgente.

—Vale —soltó un suspiro y sonrió—. ¿Te has aburrido mucho? He dormido casi toda la tarde. —Giró la cabeza hacia Dago.

—He estado muy entretenido —le respondió antes de beber un sorbo de agua, cruzando la mirada con la mía.

—Aneka y Klaus han venido hace un rato, para verte —la informé.

—¿Por qué no me habéis despertado? —Agrandó los ojos—. No lo digáis.

—Exacto, tenías que descansar —dijo igualmente Dago. Ella bufó.

—Vete olvidando de ir el lunes a trabajar.

—¿Por qué? —Me miró sorprendida.

—Porque lo digo yo, y porque me da la gana, para algo soy tu jefe. —Arqueó las dos cejas.

—Ya estaré bien, no ha sido para tanto. —Frunció el ceño.

—Ya le he dicho que dirías eso, pero… —Dago alargó la última palabra.

—No lo entiendo —dijo testaruda hacia mí.

—Ya te lo haré entender después.

—Vale, no quiero saber cómo. Por favor —comentó Dago, después soltó una carcajada, cuando Jailyn le dio un golpe en el brazo.

—Yo estaría encantado de darte algunos detalles de cómo lo voy a hacer —dije ganándome una mirada fulminante de Jailyn.

Cenamos entre discutiendo y con bromas, fue una mezcla rara, pero muy bien recibida porque conseguí aplacar el malestar que se había asentado en mí.

✣ ✣ ✣

Miré la hora del mensaje. Hacía veinte minutos que lo había recibido, había estado haciendo tiempo hasta que llegara la hora.

Era sábado por la noche, las ocho y media para ser más exacto. Había pasado un día desde el accidente de Jailyn y ya disponía de toda la información que necesitaba, más la ayuda que era clave para que saliera como quería.

Caminé hasta el baño y entré. Estaba cubierto de vapor, Jailyn se estaba dando un baño. Nos encontrábamos en el castillo.

No me escuchó cuando abrí con cuidado la mampara. Tenía los ojos cerrados, los labios entreabiertos y las rodillas un poco en alto, para que las heridas no se le ablandaran mucho, aunque solo con el vapor que había…

Era una visión perfecta, sin contar el daño que tenía. El agua no obstaculizaba nada de su cuerpo, estaba gloriosamente desnuda. Sus pezones sobresalían del límite, de punta, duros. Tenía las piernas un poco abiertas, dando un primer plano estupendo de su pubis y su sexo.

Me arrodillé junto a la bañera y sonreí. Varios mechones le tapaban parte de la cara, pero no le habían molestado para quedarse dormida. Remangué la manga del jersey y metí la mano en el agua. Le acaricié con cuidado la cicatriz del costado, recorriéndola con delicadeza, de arriba abajo, pensativo durante un buen rato.

Me alejé de esa zona y coloqué los dedos en su clavícula, deslizándolos hacia abajo. Se movió un poco, pero no fue suficiente para que abriera los ojos. Lo siguiente sí, conseguí que los abriera de golpe y que soltara un

pequeño jadeo, cuando apresé uno de sus pezones con los dedos.

—Drake…

—¿Quién más podría estar aquí haciéndote esto? —Arqueé una ceja.

—Muy gracioso —negó un poco—. ¿Qué haces vestido?

—Disfrutar de ti.

—Pero…

—No puedo pararme ahora mismo, tengo que irme.

—¿Dónde?

—A hacer unas cosas, Lain me acompaña —asintió—. Pero antes quiero irme con un buen sabor de boca.

Eché el cuerpo hacia delante y bajé la cabeza. Jadeó con fuerza cuando su pezón desapareció en mi boca. Succioné y tiré, varias veces. Nunca tenía suficiente de ella y de su cuerpo, de todo el conjunto más que perfecto.

—No empieces si no puedes terminarlo. —Cerró los ojos con fuerza, ante el primer roce de mis dedos sobre su sexo.

—Te estoy preparando, quiero que cuando salga del baño, termines tú —gimió—. Voy a estar todo el jodido tiempo que esté fuera, imaginándote cómo te abres los labios inferiores y te frotas, como te calientas a ti misma, introduciéndote un dedo, y volviendo a este punto. —Dio un respingo cuando la acaricié sobre el clítoris—. Córrete pensando en mí, en lo que te he pedido que hagas y en lo que te estoy haciendo ahora mismo. —Lamí la punta dura de su pezón—. Estoy deseando regresar.

Me separé de ella y me levanté.

—Lo voy a hacer rápido. —Se mordió el labio inferior.

—Cuando vuelva quiero que me hagas una demostración en directo, encima de la cama. —Entreabrió los labios y soltó un suspiro entrecortado.

Le hice un guiño y me incliné de nuevo, esta vez buscando sus labios. La besé con intensidad, como necesitábamos ambos. En esta ocasión, cuando me separé de ella, fui directo hacia la puerta, sin decir nada más.

Salí acomodándome la erección por encima del pantalón y recorrí el castillo, directo al encuentro de Lain que

me esperaba en el coche.

—¿Preparado? —me preguntó al sentarme en el asiento del copiloto.

—Por supuesto. —Apreté la mandíbula.

—Pues vamos a ello.

Arrancó y aceleró. Nos alejamos del castillo, para ir hacia la dirección que me habían detallado en el mensaje de texto. Los dos sabíamos bien cómo llegar, yo estaba ansioso por encontrarnos con Einar, un buen amigo expolicía al que había recurrido. Su profesión, a la que llevaba dedicado muchos años, la mantenía en completo secreto, pero era infalible en lo que realizaba y en cómo lo llevaba a cabo, sin dudar.

Pasamos a recoger a Dago por la casa, no quería perderse el momento y lo entendía perfectamente. Cuando estuvimos los tres en el coche, tardamos quince minutos en llegar a la dirección, mientras poníamos al día a Dago Había estado en lo cierto desde el principio, Einar se había encargado eficazmente en encontrar al padrastro de Jailyn, y ubicarlo en un hotel de la ciudad.

Lain aparcó cerca y caminamos por la acera, en silencio. A unos metros del hotel vi a Einar, esperándonos apoyado en la barandilla que unas escaleras. Se incorporó cuando nos acercamos, con una sonrisa.

—Drake.

—Einar. —Le correspondí y nos abrazamos.

Saludó a Lain, se conocían muy bien.

—Hola, yo soy Dago. —Le ofreció una mano, la que aceptó Einar.

—Drake me ha hablado de ti —asintió—. Es un placer.

—Igualmente.

—El tío está en su habitación, lleva toda la tarde sin salir —nos informó.

—¿Has pensado cómo hacerlo? —le pregunté.

—De la mejor manera —sonrió con picardía—. Vamos a entrar en su habitación, intercambiaré unas breves palabras con él, lo dejaré cao y asunto arreglado. Del resto no vais a saber nada.

—Pero… ¿Irá a la cárcel? —Quiso saber Dago, pasando la mirada de unos a otros.

—No tienes que preocuparte por nada —le dijo Einar—. Yo me encargo de todo, pero para darte una pincelada de lo que va a suceder, no, no va a ir a la cárcel como tal. Me voy a encargar de llevarlo a un lugar mucho peor, sin opción a que salga de allí. Tranquilo, nadie sabrá nada, es un sitio clandestino, pero de máxima seguridad. No va a morir, por si os interesa, pero donde estará, es como si lo estuviese. Mi equipo está esperando mi señal, en la parte de atrás del hotel.

Dago nos miró desconfiado, yo no tenía ninguna pregunta que hacer porque sabía perfectamente cómo actuaría Einar y de lo que estaba hablando.

—Está bien —aceptó Dago.

Lo seguimos al interior del hotel, pero entramos por turnos. Nos encontramos en las escaleras y continuamos nuestro camino.

—Por cierto, ya se lo he adelantado a Drake. Ese tío ha conseguido la dirección de la casa de Jailyn, no creo que tardara mucho en ir hasta allí. Está confirmado, también que se ha hecho con varias armas. —Dago dio un respingo.

Vi de reojo cómo Lain le ponía una mano en el hombro a Dago, para intentar tranquilizarlo.

Llegamos frente a la puerta de la habitación y Einar la golpeó con los nudillos, varias veces, sin más.

Esperamos unos minutos, hasta que la puerta se abrió. Observé con atención al desgraciado que apareció al otro lado. Tenía una botella de alcohol en una mano, solo llevaba encima un pantalón de deporte.

—¿Qué…? ¿Quién cojones sois? No he pedido nada.

—¿Acaso tenemos pinta de ser del servicio del hotel? Pero te equivocas, has pedido de todo, a gritos. —Fue la respuesta de Einar, dándole un empujón a la puerta.

Se abrió de golpe, provocando que el padrastro de Jailyn retrocediera hacia atrás, con los ojos abiertos al máximo. Y más los abrió, estuvieron a punto de salírseles cuando se fijó en Dago, al reconocerlo. Lain se puso entre ellos, bloqueando el cuerpo de Dago.

Nos colamos todos en el interior y lo que pasó a continuación, en la jodida vida iba a olvidarlo. Einar lo dejó sin aliento, de buenas a primeras, para después obligarlo a sentarse en una silla que arrastré yo.

Se apartó para darme acceso a él y caminé, hasta quedarme enfrente.

—¿Quién eres? —dijo con la voz entrecortada.

—Con quien no tendrías que haberte cruzado nunca —sonreí de medio lado—. Para ti tu final. ¿De verdad ibas a acercarte a Jailyn? —Volvió a abrir los ojos de la misma forma. Me incliné sobre él—. Dime, ¿qué querías hacerle pedazo de mierda? —siseé— Vas a pagar por todo el dolor y el daño que le has causado y provocado, y yo, voy a disfrutar de saber que vas a suplicar porque la nueva experiencia que vas a vivir termine con tu vida.

»Ojalá yo hubiese llegado antes a la de Jailyn —gimió de dolor cuando le agarré del pelo con mucha fuerza y eché su cabeza hacia atrás. La botella resbaló de su mano, cayendo al suelo—. Grábate a fuego mi cara, recuerda este jodido momento, tu tiempo ha llegado a su fin.

Lo solté con asco, pero no me privé de darle varios puñetazos: en el estómago y en la cara. Por la fuerza con la que se los di, la silla cayó hacia atrás, con su cuerpo impactando junto a la botella.

—Todo tuyo —le dije a Einar, limpiándome las manos en el pantalón—. Que se pudra donde sea.

Esas fueron mis últimas palabras, antes de girarme e ir hacia la puerta, mientras escuchaba sus sonidos de dolor

e

Lain tuvo que empujar a Dago para sacarlo, evitando que se lanzara hacia él. Einar cerró la puerta una vez estuvimos los tres en el pasillo. Asintió hacia mí antes de hacerlo. Eso fue todo, lo que pasara a continuación no me interesaba en absoluto, confiaba plenamente en él.

Salí del hotel con la sangre hirviendo, con ganas de volver a la habitación para terminar yo mismo con él. No podía quitarme de la cabeza lo que había descubierto Einar, que este tío había localizado a Jailyn y lo que había adquirido, para utilizarlo en su contra. Tuve que recurrir al recuerdo de ella en la bañera. Estaba deseando llegar a su lado, era lo único que podía calmarme en este momento.

Se había terminado, toda la jodida mierda que envolvía a ese tío era pasado. Jailyn era completamente libre, por fin.

No más sufrimiento, no más lágrimas, no más miedo… Ahora solo quedaba que disfrutara de su vida, la que le habían robado injustamente y de la que yo no pensaba separarme. Lo último estaba a punto de hacérselo saber, en cuanto la tuviese desnuda en la cama.

1

—Con quien no tendrías que haberte cruzado nunca —sonreí de medio lado—. Para ti tu final. ¿De verdad ibas a acercarte a Jailyn? —Volvió a abrir los ojos de la misma forma. Me incliné sobre él—. Dime, ¿qué querías hacerle pedazo de mierda? —siseé— Vas a pagar por todo el dolor y el daño que le has causado y provocado, y yo, voy a disfrutar de saber que vas a suplicar porque la nueva experiencia que vas a vivir termine con tu vida.

»Ojalá yo hubiese llegado antes a la de Jailyn —gimió de dolor cuando le agarré del pelo con mucha fuerza y eché su cabeza hacia atrás. La botella resbaló de su mano, cayendo al suelo—. Grábate a fuego mi cara, recuerda este jodido momento, tu tiempo ha llegado a su fin.

Lo solté con asco, pero no me privé de darle varios puñetazos: en el estómago y en la cara. Por la fuerza con la que se los di, la silla cayó hacia atrás, con su cuerpo impactando junto a la botella.

—Todo tuyo —le dije a Einar, limpiándome las manos en el pantalón—. Que se pudra donde sea.

Esas fueron mis últimas palabras, antes de girarme e ir hacia la puerta, mientras escuchaba sus sonidos de dolor.

Lain tuvo que empujar a Dago para sacarlo, evitando que se lanzara hacia él. Einar cerró la puerta una vez estuvimos los tres en el pasillo. Asintió hacia mí antes de hacerlo. Eso fue todo, lo que pasara a continuación no me interesaba en absoluto, confiaba plenamente en él.

Salí del hotel con la sangre hirviendo, con ganas de volver a la habitación para terminar yo mismo con él. No podía quitarme de la cabeza lo que había descubierto Einar, que este tío había localizado a Jailyn y lo que había adquirido, para utilizarlo en su contra. Tuve que recurrir al recuerdo de ella en la bañera. Estaba deseando llegar a su lado, era lo único que podía calmarme en este momento.

Se había terminado, toda la jodida mierda que envolvía a ese tío era pasado. Jailyn era completamente libre, por fin.

No más sufrimiento, no más lágrimas, no más miedo… Ahora solo quedaba que disfrutara de su vida, la que le habían robado injustamente y de la que yo no pensaba separarme. Lo último estaba a punto de hacérselo saber, en cuanto la tuviese desnuda en la cama.

Epílogo



Nueve años después…

Jailyn

—Estás preciosa —le sonreí a Drake a través del espejo del baño.

Estaba frente a él, mientras me arreglaba las ondas de la melena. Se había puesto a mi espalda, rodeándome la cintura con los brazos.

—Tú estás impresionante. No es justo, como me comparen contigo… —Hice una mueca, en broma.

La carcajada que soltó vibró por todo mi cuerpo.

—Quien se atreva a decir algo malo de ti, será lo último que haga —me susurró al oído, provocándome un escalofrío muy placentero.

—Mmm… Eso ha sonado… —Me mordí el labio inferior.

—Como no sueltes el labio ahora mismo, te arranco la ropa y no salimos en todo el día —me amenazó y solté una carcajada, pero aproveché para rozar el trasero con la parte de su cuerpo que empezaba a animarse—. Jailyn… Que lo estoy diciendo muy en serio.

—Lo sé de sobra —le sonreí.

No sería la primera vez que llegásemos tarde a donde hubiésemos quedado, o incluso que ni apareciéramos.

—¿Dónde están Enok y Laisa? —le pregunté por nuestros hijos.

Tenían siete y cinco años, respectivamente.

—Con Baxter, Klaus y Aneka, por alguna parte. —Apoyó la barbilla en mi cabeza, cuando terminé con el pelo

—. Me encanta, creo que me enamoré de tu melena y del color, antes que de ti.

—Me ha quedado claro varias veces —carraspeé—, sobre todo cuando me la he cortado.

—No me lo recuerdes —gruñó, y reí.

—Te amo. —Puse las manos en sus brazos.

—Te amo —repitió mirándome fijamente a través del espejo.

Todavía, hoy día, me dejaba temblando la intensidad que transmitían sus ojos.

—¿Has terminado?

—Sí.

—Pues vamos a salir de aquí porque estoy perdiendo la batalla conmigo mismo.

—¿Para hacer qué?

—Para meterme entre tus piernas, de todas las maneras posibles.

Me giré entre sus brazos y me puse de puntillas, al mismo tiempo que él se inclinaba hacia mí. Nos besamos y terminé acorralada contra el mueble del baño, pero era lo que deseaba: a él. Durante todos los años que llevábamos juntos, la intensidad de nuestra relación no había variado. Drake me hacía sentirme pletórica, amada, deseada, respetada y muchísimas cosas más.

Mi marido, el hombre de mi vida. Nos casamos al año de estar viviendo en el castillo. Fue una boda preciosa, en la que el castillo se engalanó a la altura de la celebración. Estuvimos acompañados por los amigos y la familia, y disfrutamos al máximo.

Cuando finalizamos el beso, jadeantes, pasamos a las risas cuando yo tuve que retocarme el labial, y Drake se lo retiraba de los labios. Al terminar, salimos de la habitación preparados para irnos del castillo. Íbamos a comer a la casa de Arvid e Inga, los padres de Aneka. Nos habían invitado, pero no solo a nosotros, nos acompañarían nuestros amigos y familia, para pasar un día maravilloso en la mejor compañía.

Arvid e Inga se habían convertido en unas personas muy especiales y esenciales para todos, sin excepción, como no podía ser de otra forma. Continuaban igual de felices, eran un matrimonio digno de admirar. Se adoraban, el amor los envolvía, y eso hacía que todo lo demás fuese perfecto y encajara.

Yo de mi madre no sabía nada, ni quería saberlo. No me interesaba ni una mínima información. Sobre los

padres de Drake, los conocí en Copenhague, ciudad a la que me llevó él, expresamente para hacer las presentaciones y para enseñarme un poco de la vida que había llevado en esa ciudad. Tenía muy buena relación con ellos, nos manteníamos en contacto y cada vez que íbamos a verlos, nos quedábamos unos días para comparti momentos. Sus padres también venían al castillo, sobre todo para pasar las temporadas de verano.

Ahí vivíamos, en el castillo. Al principio, cuando Drake me lo propuso para estar en él definitivamente, me ech un poco para atrás porque por mucho que me encantara, ¿qué hacíamos con tanto espacio para nosotros solos? Pero la situación cambió mucho, muchísimo, cuando Lain, Klaus, Dago y Aneka, también se trasladaron a él.

Dentro de poco entraré en detalles de ellos, pero el caso es que vivíamos todos en el castillo, apartados, en cada ala, pero, en definitiva, juntos porque nos teníamos al alcance. El castillo se convirtió en nuestro refugio, una grandísima fortaleza a la que me había adaptado perfectamente porque cualquier lugar en el que estuviese Drake, era mi casa, mi hogar.

La primera vez que fuimos a Copenhague a conocer a sus padres, también me llevó a su empresa y me mostró todo lo que me interesó de ella. Drake viajaba a Copenhague cada semana y media, para hacer algunas cosas presencialmente, pero el resto del tiempo podía gestionar el trabajo a distancia, lo que nos venía muy bien porque estar tanto tiempo en el castillo, para él era sinónimo de paz y de vida.

Nuestro inseparable Baxter continuaba con nosotros, como ya sabéis, al salir en la conversación con Drake. Y esperaba que siguiera siendo así por mucho tiempo. La adoración que sentía por Drake y por Lain, empezó a ser compartida conmigo, y más tarde con nuestros hijos, de los que era una sombra constante.

Ahora voy a entrar en un tema que es necesario comentar, pero que no me llevará mucho tiempo. Sobre lo que sucedió sin que yo supiera nada, pero que me afectaba directamente… Formaba parte de una etapa demasiado larga que se cobró de mí muchas lágrimas, muchas noches en vela temiendo que la puerta de mi habitación, de la casa de mi madre en España, se abriera. De muchísimo dolor, frustración, rabia e impotencia. Fue algo que estuvo a punto de hundirme, pero que conseguí enderezar, haciéndome más fuerte, hasta el punto de casi arrebatarle la vida a mi padrastro, en el último enfrentamiento que tuvimos. Para mi mala suerte se salvó, por mal que suene, a pesar de que la navaja que le clavé en el pecho pasó casi rozando el corazón.

Años atrás, cuando Drake me explicó lo que había pasado con ese hombre, creí que la tierra se abría bajo mis pies y me engullía. Se tomó su tiempo en contármelo, haciendo todas las pausas que necesité. Me costó mucho creer que hubiese venido a buscarme, que me hubiese encontrado y el saber lo que planeaba hacer, de nuevo.

Sentí un alivio tan grande cuando supe cómo lo habían acorralado y qué había sido de él. «Supuestamente» porque nadie supo nunca dónde terminó, ni qué fue de él. Igualmente, yo no quise saberlo, lo único que me importó es haberme librado definitivamente de la obsesión de ese hombre y de sus ganas de venganza. Como si yo no hubiese acumulado muchísimos motivos para llevar a cabo la mía propia…

Drake me tranquilizó, asegurándome de que todo había terminado. Y le creí, no había forma de que no lo hiciera. También me contó lo que hizo Dago, lo de que fue hablar con él al castillo, dejándome a mí dormida, el

mismo día que tuve el accidente con la bicicleta. Pero esta última explicación fue en presencia de mi amigo Dago, el que estuvo muy afectado por lo que había sucedido, por lo que descubrió y porque según él, me falló al contar mi verdad.

Rápido le quité ese último pensamiento de la cabeza. Sentada en su regazo, abrazándolo, le dije entre lágrimas que él nunca, jamás, podría fallarme, que lo que hizo fue por mi bien, sabiendo que necesitaba desesperadamente la ayuda de Drake, si es que sus suposiciones eran ciertas. Así fue, Dago no se equivocó en lo que temió cuando tuve el accidente. Y a raíz de ahí, hizo lo que hace cualquier persona desesperada por proteger a las personas que más quiere.

Este tema lo cierro aquí porque no merece ni un segundo más de mi tiempo, paso a cosas muchísimo más importantes y que me alegran.

Empiezo con mi amigo Dago, mi mitad inseparable. La temporada que pasó en la ciudad de Faaborg dio para mucho y es que, Lain no se lo puso tan fácil como él esperaba que fuera. Lain supo poco a poco, llevarlo a su terreno y teniendo en cuenta cómo es mi amigo, ya os digo que fue todo un mérito que lo consiguiera. El caso es que, por mucho que Dago se negaba a tener otro acercamiento hacia Lain, acabó sucumbiendo a él. Al principio, solo fueron encuentros esporádicos, en los que daban rienda suelta al deseo que sentían, después llegaron los días en los que quedaban a comer, entremezclando las noches en las que salían a tomar una copa y terminaban disfrutando de la atracción mutua. Casi sin que se dieran cuenta, cuando llegó el día en el que Dago tenía que regresar a España, se habían convertido en inseparables. No podían ocultar los sentimientos que nacieron entre ellos, pero, aunque Dago era muy consciente de que iba a pasarlo mal, su determinación tomó el control. Volvió a España, despidiéndose de todos, para retomar su vida. Pero de lo que él no fue consciente en aquel momento, es que uno tiene y hace su vida donde se encuentran las personas que más quiere. Al cabo de estar unos meses en España, agobiado, decaído y rabioso por su situación, tomó otra determinación que lo llevó a dejar su trabajo y a viajar de nuevo hasta Faarborg. Yo fui la primera en saber lo que iba a hacer, Drake el siguiente. Nadie más supo de su inminente viaje y de que se embarcaba en la aventura para establecerse aquí. Cuando se encontró con Lain, este se quedó paralizado por la sorpresa. El primo de Drake tampoco lo pasó bien durante la separación ese tiempo, y saber el motivo del porqué Dago estaba de regreso y al ser consciente de que no iba a marcharse más, fue todo lo que necesitaron para unirse de nuevo, con más fuerza. El amor no entiende de tiempo ni de distancias, el amor verdadero, una vez que nace, solo conoce un final. Desde entonces están juntos y son felices. Se quieren, se adoran, se respetan y muchas veces Lain saca de quicio a Dago, pero todo tiene fácil solución cuando ambas partes se quieren con tanta intensidad que lo demás deja de tener importancia. Yo no pude estar más feliz por ellos, y sabía que Drake me igualó en el sentimiento. Para él su primo lo era todo. Como es lógico, Dago terminó dominando perfectamente el idioma, le costó un poco, pero gracias a las clases exhaustivas de Lain y a las prácticas muy placenteras que le daba, ambos consiguieron sus propósitos. Saber que nunca más nos iba a separar tanta distancia, para nosotros, para Dago y para mí, supuso un chute de energía. Lain también hacía viajes relámpago a Copenhague, donde trabajaba, pero ello no le llevaba mucho tiempo, por la forma en la que se organizó.

Sobre Aneka, pues qué os voy a decir. Era mi mejor amiga, una pieza vital en mi vida. Continuamos tan unidas como siempre. Su relación con Klaus avanzó estupendamente, tanto, que no tardaron en pasar por el altar. En ello

nada había variado, Klaus se desvivía por Aneka, ella, más de lo mismo hacia él. Y es que, cuando a tu vida llega la persona idónea, la que encaja perfectamente contigo y parece que sois parte del otro, por la compenetración que hay, es imposible que algo se desvíe para que tenga un mal final. Tenían un hijo de cuatro años, Jens. Habían formado una familia preciosa, en la que el amor predominaba por encima de todo. Klaus no tuvo que preocuparse por su trabajo, yo lo supe después porque no fue un tema de conversación que saliera de forma natural entre Drake y yo, pero me enteré de que Klaus trabajaba para mi marido, que donde estaba uno, estaba el otro.

Y sí, como ya he comentado, los seis vivíamos en el castillo, aunque había días en los que no nos veíamos. Ventajas de disponer de tanto espacio.

Ahora voy con Astrid. Desde hacía años ya no viajaba tanto por trabajo, una vez o dos al mes, durante pocos días. La mayoría del tiempo lo pasaba en Faaborg y no os vais a creer con quien, al menos las que conocíamos a la otra persona implicada nos llevamos una sorpresa cuando Astrid nos lo contó. Ella y Harald iniciaron una relación. ¿Os acordáis del chico que conocimos en la fiesta del castillo? ¿El que se lio con Aneka y sufrió y padeció junto a ella lo que estuvieron a punto de hacerle a mi amiga los dos hombres a los que encaré? Pues ese Harald, para asombro de Aneka y mío. Resultó que aquella noche Astrid eligió mal en irse a pasarlo bien con Ulrik, o quizás no, porque las cosas tienen su propio ritmo y no se pueden presionar. Eran felices, tenían una hija de seis años, Lise.

Sobre Ulrik, el amigo de Harald que acabo de mencionar, el que se lio la primera vez con Astrid, pues formaba parte de nuestro grupo de amigos, como no podía ser de otra forma. Él conoció a una chica cuatro años atrás e iniciaron una relación, pero sin prisa. Se tomaron su tiempo y hoy día eran una pareja consolidada y que se querían.

Sobre mi amigo Lars, después de estar un tiempo desaparecido, entre viajes de trabajo y disfrutando de sus regresos breves junto a Grette, la chica de la que me confesó que había empezado a tener sentimientos, pues solo os puedo decir que la historia de ambos fue a más. Cuando me contó que estaba perdidamente enamorado de ella sentí muchísima alegría. Fue un añadido a la paz que me dio el saber que los supuestos sentimientos hacia mí, los había magnificado por aquella época. Grette era una chica preciosa, simpática y espontanea. A la semana de que yo presentara a Lars a todos los que no lo conocían, él apareció con Grette a una cena que celebramos en el castillo, solo para los amigos. De ahí, hasta hoy, continuaban igual de felices y enamorados.

Por cierto, Drake me puso al corriente de la reunión que tuvo con Karen, en el viaje relámpago que hizo a Copenhague años atrás. Mi expresión de felicidad mientras me lo explicaba lo dijo todo y lo satisfecha que me quedé, aún más. Aunque me hubiese gustado ser testigo para ver su cara, pero no iba a quejarme, en absoluto. A Drake no le temblaba el pulso cuando quería hacer algo, ya me lo demostró la primera vez que se enfrentó a Fiona por mí, cuando me faltó el respeto delante de él, de Klaus y de Lain.

A quién quería era su todo, a quién se le metía entre ceja y ceja, mejor que se echara a temblar.

Y así, con el pasar de los años, nos habíamos convertido todos en una gran familia, sea de sangre o no, los sentimientos verdaderos son los que prevalecen siempre.

Se me olvidaba, Aneka y yo continuábamos trabajando en la cafetería, de hecho, Drake la puso a mi nombre y pasé a ser la dueña, aunque nunca dejé de trabajar como sabía, de cara al público y junto a mis compañeros.

Hubo una época en la que pensé que no era merecedora de la felicidad, que jamás en la vida conseguiría disfrutar de ella, ni siquiera encontrarla. Una época en la que me odiaba a mí misma, un odio que revertí con mucho esfuerzo, convirtiéndolo en amor propio.

Drake consiguió que me sintiera deseada, consiguió hacerme ver que los defectos que creía tener eran todos cualidades inmejorables que él adoraba.

Besaba y acariciaba continuamente mis cicatrices, tanto las que se veían como las que se encontraban en lo más profundo de mi interior. Y es que, quien te ama y te lo demuestra sin limitaciones, es capaz de conseguir lo imposible e impensable.

Estaba perdidamente enamorada de él y de todo lo que representaba en mi vida, en la de nuestros hijos, amigos y familia. Era único e irrepetible para mí, y solo esperaba que la vida me ofreciera muchos años para vivir, para poder permanecer a su lado e ir de la mano.

Se me olvidaba, Aneka y yo continuábamos trabajando en la cafetería, de hecho, Drake la puso a mi nombre y pasé a ser la dueña, aunque nunca dejé de trabajar como sabía, de cara al público y junto a mis compañeros.

Hubo una época en la que pensé que no era merecedora de la felicidad, que jamás en la vida conseguiría disfrutar de ella, ni siquiera encontrarla. Una época en la que me odiaba a mí misma, un odio que revertí con mucho esfuerzo, convirtiéndolo en amor propio.

Drake consiguió que me sintiera deseada, consiguió hacerme ver que los defectos que creía tener eran todos cualidades inmejorables que él adoraba.

Besaba y acariciaba continuamente mis cicatrices, tanto las que se veían como las que se encontraban en lo más profundo de mi interior. Y es que, quien te ama y te lo demuestra sin limitaciones, es capaz de conseguir lo imposible e impensable.

Estaba perdidamente enamorada de él y de todo lo que representaba en mi vida, en la de nuestros hijos, amigos y familia. Era único e irrepetible para mí, y solo esperaba que la vida me ofreciera muchos años para vivir, para poder permanecer a su lado e ir de la mano.

RRSS:

Facebook: Carlota Manzano

Instagram: @carlotamanzanoautora

Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano

Twitter: @ChicasTribu

RRSS:

Facebook: Carlota Manzano

Instagram: @carlotamanzanoautora

Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano

Twitter: @ChicasTribu